



Finalista VI Premio
de *Novela Irreverentes*.

Finalista III Premio
de *Novela Negra Blue Bayou*.

TRAS LA CORTINA

Aitor Martín

TRAS LA CORTINA

AITOR MARTÍN

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Tras la cortina*

© *Aitor Martín*

Blog: <https://aitormartin3.blogspot.com/>

Twitter: [@aitormaran](https://twitter.com/aitormaran)

Edición publicada en octubre del 2018

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

TRAS LA
CORTINA

Aitor Martín

— Índice —

- [1. Los fisgones](#)
- [2. La conocida de la comisaría](#)
- [3. La traición de Carla](#)
- [4. Anfitrión peligroso](#)
- [5. La inspectora Callahan](#)
- [6. El incidente de la cartera](#)
- [7. Doble persecución](#)
- [8. La tercera víctima](#)
- [9. Pacto](#)
- [10. Periodista impostor](#)
- [11. Simbad](#)
- [12. Recelo](#)
- [13. Llamada inoportuna](#)
- [14. Monstruos y psicópatas](#)
- [15. La señora Leonor y la inspectora Pedraza](#)
- [16. Revelación en el bar](#)
- [17. Los inspectores Monteagudo y Acosta](#)
- [18. El Corderito Valiente](#)
- [19. Enemigo público número uno](#)
- [20. Cabeza de turco](#)
- [21. Destino Asturias](#)
- [22. Los hermanos Fernández](#)
- [23. La sombra](#)
- [24. Los corderos valientes](#)
- [25. El sonido de la muerte](#)

- [26. *La pensión Savannah*](#)
- [27. *Como un insecto a la deriva*](#)
- [28. *Valiente por tierra y mar*](#)
- [29. *En la guarida*](#)
- [30. *En la tela de araña*](#)
- [31. *Cambio de cabeza de turco*](#)
- [32. *Desconfianzas*](#)
- [33. *Mercenarios*](#)
- [34. *La organización IT5*](#)
- [35. *Barbarie en la librería*](#)
- [36. *Supervivencia*](#)
- [37. *El misterio de los niños*](#)
- [38. *Al otro lado de la cortina*](#)
- [*EPÍLOGO*](#)

1

Los fisgones

Con unos periódicos sobre la cabeza, corriendo, llegó Biel hasta la entrada de la librería, sacudió los diarios, se limpió las suelas de los zapatos en el felpudo y se internó con decisión. El hilo musical emitía un suave y dulce sonido de violines compuesto por Shostakóvich.

—Buenos días, Acosta —me dijo alzando la voz, después vino hacia mí.

—Bueno, de días nada, que yo ya he comido —me quejé desde el mostrador.

—Anoche estuve documentándome para la novela hasta las tantas, eso es. Pero qué digo, ¿no soy yo el que paga?

—Por supuesto, jefe. Esta mañana ha venido el gerente de la distribuidora, me ha dicho que os teníais que ver hoy.

—Vaya por Dios. —Se echó una mano a la frente—. Se me ha olvidado por completo. ¿Qué le has dicho? —me preguntó arrugando el ceño.

—La verdad.

Dejó los periódicos sobre el mostrador y cruzó los brazos.

—Acostaaa.

—Te han llamado del hospital, tienes un hermano imaginario ingresado.

Suavizó la mueca y me regaló una mirada sesgada.

—Gracias, aunque no estoy obligado a dártelas, también te pago para estos contratiempos —soltó el muy caradura.

Su tardanza a la hora de acudir a la librería actuó como mecha incendiaria, siempre recurría a la excusa de la novela inacabable. La teoría que yo manejaba concerniente a sus constantes retrasos comprendía a su afición por los *pubs* nocturnos, además de a sus instantáneos amoríos.

Salvando unos pocos e insignificantes actos de descaros que me solía permitir, nuestra relación empleado-jefe había evolucionado hacia el apego. Tras el efímero conato inofensivo, nos apaciguamos, como dos púgiles honrados cuando la campana anuncia la conclusión de un asalto.

—¿Has leído la noticia de portada de los periódicos? —me consultó.

—La librería no me ha dejado tiempo para noticias —respondí

intentando generarle culpabilidad, aun a sabiendas de que lo hacía en vano.

Poseíamos similares gustos en cuanto al misterio y a los enigmas sombríos, así que cuando desplegó uno de los periódicos salpicados de goterones, enseguida atrajo mi atención. Pospuse para más tarde mi próxima labor, la de colocar en los caballetes los lienzos de artistas noveles que exhibiríamos esa semana.

—Aquí dicen que un famoso empresario madrileño ha muerto asesinado en su casa, eso es. ¿Te suena? —Señaló en el periódico a un hombre trajeado y henchido de satisfacción que posaba junto al Rey.

Planté mi vista a centímetros del papel.

—No, estoy perdido.

—Mira lo que pone aquí: «En la noche de ayer, efectivos policiales encontraron a Herminio Santos, propietario del Fútbol Club Ramagosa, degollado en su casa. Debido a la transcendencia de la víctima, las autoridades emitirán un comunicado en breve».

—Ahora caigo, éste es el dueño de los hoteles Partemia. Hace unos años compró el Ramagosa, un club de fútbol de barrio. Desde entonces, ha ascendido varias categorías hasta alcanzar la élite.

—No te tenía por un sabio del fútbol, cada día me sorprendes con una nueva... facultad —dijo con media sonrisa en los labios.

—Y no lo soy, pero la hermana de Chavela nos encasqueta a los niños de vez en cuando. El pequeño se nos ha hecho del Ramagosa y los dos mayores no paran de chincharle.

—Es insólito que a alguien tan afamado lo maten con esa brutalidad.

—Sí, ¿quién lo puede haber ejecutado?, no es propio de la mafia.

—Eso es, si así fuese habrían actuado con sutileza, enmascarándolo en un accidente o en una sobredosis, vamos, lo típico. Aunque tampoco somos unos expertos.

—No se me ocurre cuál puede ser la causa. ¿No crees que sería una apertura interesante para una novela?

El timbre del teléfono nos sobrecogió por un instante. Cuando contesté al teléfono y el gerente de la distribuidora volvió a preguntar por él, me vi obligado a mentir; recibí las indicaciones oportunas mediante las señas provenientes del desvergonzado irresponsable para el que me empleaba. Colgué el aparato. Decidido a quejarme, su actitud suscitó que me reprimiera, pues estaba volcado sobre el mostrador leyendo en el segundo periódico.

—¿Qué pasa?, ¿has visto algo interesante?, ¿qué has descubierto?

Venga, suéltalo —le exigí saliendo del mostrador y situándome a su vera.

—Nada, nada, tranquilo, ¿acaso me llamo Sherlock o Hércules? El redactor de la noticia es Pedro, un compañero que tuve cuando trabajé en la revista.

—Qué coincidencia, ¿mantenéis la relación? Lo digo porque puede que comparta los detalles.

Su mirada cómplice me recordó a un par de marujas metiéndose donde no las concernía.

—Escasa —dijo rastreando en la agenda del teléfono móvil—, pero si supieses las juergas que nos corríamos...

De improviso, vociferando con escándalo, entraron Carmen y Lola, dos vecinas. La primera, dueña de la ferretería que regentaba unos números más arriba en la misma calle, la segunda su inseparable amiga. En semanas precedentes, Lola había intentado seducir a Biel en vano, incluso le propuso una cita. Él, valiéndose de su experiencia, supo liberarse de dicho compromiso. Desde entonces, cada vez que se presentaban, salía a la fuga de un modo u otro. Aquella tarde se daba un caso de aquellos.

Las dos amigas se adentraron entre bulliciosas expresiones de alivio por haberse escabullido de las precipitaciones. Biel, que buscaba en la agenda del móvil el número de su amigo el periodista, levantó la vista con cierta alarma. Antes de que Lola y Carmen pronunciaran al mismo tiempo «buenos tardes, parejita», el librero se colocó el teléfono en el oído y habló con alguien imaginario. Le otorgó una entonación de entidad al supuesto coloquio. Después, con urgencia, atrapó los periódicos, con un golpe seco de muñeca los plegó y los recogió debajo de la axila, y sólo como los mejores jugadores de mus saben entenderse, con penetrante mirada y leve pestañeo, me indicó que le siguiera el juego.

—Acosta, atiende a las señoritas, la comunicación con el concejal del Gabinete de Cultura se va a prolongar.

Sonrió con amabilidad y huyó hacia el despacho. Lola alzó las cejas en dirección a Carmen en un gesto de admiración. Cinco minutos después de su entrada, aprovechando que otros clientes hacían la suya, se fueron sin comprar. Eso sí, dejaron un cargado olor a perfume y maquillaje que desentonaba con la hora y el lugar.

Comenzaron a acudir los clientes, como todas las tardes, había llegado la fase en la que no me podía mover del punto de venta. Ese lunes entró más gente de lo acostumbrado, siempre ocurría con el clima adverso. Biel se había

refugiado en el despacho, no tardaría en salir, teníamos un dispositivo sonoro conectado al umbral que avisaba cada vez que se traspasaba. Según guiaba a un joven hacia la sección de libros de autoayuda, la puerta del despacho se entornó para asomar un ojo que vigiló la planta inferior. Definitivamente, Biel se dignó a abordar su responsabilidad, ya era hora, ¡a las tres y pico de la tarde!

Me comentó que había leído el suceso completo en ambos periódicos y que los dos desvelaban idéntica información. En realidad, lo que me incumbió de lo que hizo en su guarida, fue la llamada que realizó a Pedro, su antiguo camarada de trabajo y juergas.

Después de que éste se hiciese de rogar, no sin antes conseguir que Biel se comprometiera para resucitar los viejos tiempos una noche cercana, le contó que tras publicar la noticia del presidente del Fútbol Club Ramagosa asesinado, había obtenido a través de un confidente de la comisaría un valioso dato que divulgarían al día siguiente: a Herminio Santos, que había sido degollado como ya sabíamos, le habían clavado un estilete de oro en la nuca. Además, le comunicó otra peculiaridad que no publicarían de momento por mandato de las autoridades: la empuñadura lucía una calavera atravesada por una daga.

Dialogamos un tiempo que se dilató más de lo esperado. Combinamos la conversación con la atención que se merecían nuestros clientes. El resultado fue una conclusión simple pero rotunda: el presidente del Ramagosa se relacionaba con el mundo del hampa. Transcurrieron las horas, conjeturamos con los múltiples supuestos, hasta que Biel optó por indagar en Internet sobre la calavera y la daga grabadas en el arma del crimen.

Entre unas cosas y otras, llegaron las ocho y di por finalizada mi jornada. Me dirigí al despacho donde mi jefe permanecía desde las siete y di unos leves golpes en la puerta con la intención de despedirme. Su voz sonó ausente, me figuré que estaría enfrascado en la máquina que todo lo sabe.

—¿Hay algo nuevo? —pregunté.

—Escarbo en Internet, pero no aparece por ningún lado qué demonios pueden significar la calavera y la daga del estilete —anunció absorto.

—Opino que un tallado tan burdo no es característico de la mafia, tal vez de una banda callejera.

—Claro, Acosta, claro, una banda callejera que fabrica estiletos de oro. Qué absurdo.

—Bueno, bueno, que sólo quiero ayudar.

—Pues no lo parece.

—Serás desagradecido... He recogido y cerrado la caja, acuérdate que mañana viene el gerente de la distribuidora.

Como en tantas ocasiones a lo largo de los últimos siete años, cerré la puerta de salida con llave y, tras bajarla, dejé la verja a unos centímetros del suelo. Reprimiendo el deseo de hacer del establecimiento una prisión, me introduje raudo por la parada de metro para llegar cuanto antes a mi casa, sentía fervientes ganas por compartir la noche con Chavela, mi novia. En el interior de la librería Monteagudo, su dueño, tras varias horas y cafés, gracias a la información en exclusiva que Pedro, el periodista, le había proporcionado acerca del apuñalamiento en la nuca y del extraño tallado del estilete, detectaría un hecho vital para la investigación.

2

La conocida de la comisaría

Una nueva jornada laboral nacía en la mañana del martes, salí de las profundidades de la urbe por la boca del metro y el sol me deslumbró con saña, por lo que mi galbana se acrecentó. El día anterior había descendido con precipitación por el mismo acceso para beneficiarme al máximo del periodo de ocio, trece horas después, la actitud era la contraria. Según sorteaba torpemente peatones que venían ávidos en contra de mi dirección, me fijé que la verja de la librería estaba alzada medio metro. Faltaban quince minutos para las diez, supuse que, por una vez, Biel se me habría adelantado.

Estimulado por la curiosidad, elevé la verja hasta el tope, cuando mi mirada cayó, deduje que algo no iba bien. A través del cristal comprobé que las luces permanecían apagadas. La única iluminación era la claridad que penetraba de la calle por unas ventanas del piso superior. No sería la primera vez que nos robaban, en la anterior ocasión se llevaron dinero suelto y algún ejemplar que los cacos consideraron valioso, el estropicio fue más molesto.

La mano me tembló al tirar del picaporte. Percibí resistencia, por lo que la opción del robo se desbarató, pues era improbable que los ladrones cerrasen el establecimiento después de asaltarlo. La posibilidad que se me ocurrió entonces estaba relacionada con el despiste que caracterizaba a mi jefe, supuse que se había olvidado de asegurar la verja por la noche. Aun así, cuando abrí, me deslicé con cautela hasta el cuadro de luces y advertí que habían activado un interruptor. Sin temor a equivocarme, entendí lo que allí sucedía cuando vi una fina franja de luz que surgía de debajo de la puerta del despacho.

Golpeé la puerta con los nudillos y la abrí, creí que Biel estaría trabajando, pero lo que hallé fue al mismo hombre sentado en el sillón con medio cuerpo tendido sobre el escritorio. Junto al ordenador y a los dos periódicos extendidos se erguía una pila de vasos de plástico marrón claro pertenecientes a la máquina de café. Una décima de segundo después de vocear su nombre se enderezó sobresaltado. Permaneció sentado, tenía el cabello revuelto como un matojo tieso, además de unas ligeras sombras

debajo de los ojos. Me miró con los párpados entreabiertos.

—¿Acostaaa?

—Sí, para servirle.

Mi intervención le cambió la cara de alorado. Se frotó un ojo mientras se situaba y sólo tardó un instante en levantarse de forma brusca.

—¿Son las diez?, me he dormido —anunció, se enfundó la americana y se toqueteó los bolsillos.

—Vete a casa a ducharte si lo deseas, me hago cargo, como de costumbre —dije de buena fe, aunque las tres últimas palabras no pude reprimirlas.

—No, no, qué va, cené en el bar de la esquina y me vine a husmear en Internet. Quería dormir un par de horas y a las ocho acudir a la comisaría.

—¡Qué ha ocurrido!

—Anoche encontré un suceso que puede estar relacionado con el asesinato de Herminio Santos, eso es. Voy a comunicárselo a la policía por si no están al tanto.

Mi interés era absoluto, le bombardeé a preguntas.

—¿Sabes quién lo ha matado?

—No, hombre, no.

—¿El motivo?

—Nooo.

—¿Una pista que la policía haya pasado por alto?

—Más o menos.

—¿Tiene que ver con la calavera y la daga grabadas en la empuñadura del estilete?

—Por Dios, Acosta, ya te lo cuento.

Cinco minutos después, se fue con andares apresurados hacia la comisaría, con la cara lavada y otro café en la mano.

—¡Vete tranquilo, llamo al gerente de la distribuidora y pospongo la cita! —le grité desde el otro extremo según salía.

Y es que cuando se involucraba con pasión en un asunto y se marcaba un objetivo, era muy difícil que desistiera. Tal era su testarudez, que en una ocasión estuvo tres días investigando en Internet acerca de las estelas blancas que desprenden algunos aviones en el cielo, convencido de que esta práctica alteraba el clima y, por supuesto, que era deliberada.

Ya desde la niñez se había asociado a un carácter husmeador que suscitaba que fuese conflictivo. Como cuando a los nueve años, en el caserón

en el que vivía en una localidad soriana, se le ocurrió subir al desván con la intención de espiar a su padre desde el interior de un baúl, sin embargo, lo que consiguió fue quedarse atrapado durante veintidós angustiosas horas. Esto provocó, aparte del sufrimiento de sus seres queridos, que los lugareños desplegaran multitudinarias batidas por la localidad y sus inmediaciones. Ni que decir tiene que su madre, que destacó como pintora, y su padre, escritor de poesía con una sola publicación, se llevaron el susto de su vida.

De todas formas, Biel, a sus cuarenta años, combinaba dos maneras de ser contrarias: una en la que, de repente, le daba por desconfiar de todo y de todos y se convertía en una especie de detective aficionado, y otra en la que se centraba en los ligues, en las juergas y en la novela que, aparentemente estaba escribiendo, y obviaba cualquier acontecimiento ajeno a él. Incluso solía desaparecer de vez en cuando durante dos o tres días en los que contrataba a Cantera (*personaje* del que hablaré más adelante), y por mucho que se le intentase localizar, no hacía caso de llamadas ni mensajes.

Transcurrieron las horas en una jornada más laboriosa para mí de lo acostumbrado, la diferencia consistió en la deserción de la otra mano de obra, que, a su vez, casualmente, era la del patrón. A las tres, poco después de comerme un exquisito menú para obreros en un restaurante próximo, apareció por la puerta de entrada. Me miró desde el otro extremo con la misma candidez con la que lo haría una niña de seis años, unió las palmas a escasos centímetros de la cara e imploró perdón, acto seguido se introdujo en el despacho. Al cuarto de hora tuvo el detalle de abandonar su madriguera.

—Acuérdate que mañana, antes de que abramos, viene Matilde para hacer la limpieza —comentó tal cual, como si no se hubiese ausentado en toda la mañana.

Era increíble que no me ofreciese una aclaración. ¿Habría sido capaz de liarse con alguno de sus ligues antes que trabajar en la librería de su propiedad? Por si acaso, me propuse castigarle con un embuste.

—La distribuidora ha cancelado el contrato —anuncié con la atención en la calculadora.

Acontecieron los suficientes segundos como para que me diese una respuesta que no llegó. Advertí de reojo que me miraba con suspicacia.

—Acosta, Acosta, piensas que he estado de jarana. Me he pasado por la distribuidora y he conversado con el gerente, de paso he hecho unos pedidos. También me he reunido con los alumnos de la escuela de arte, hay más que quieren que expongamos sus lienzos.

Al escucharle, noté una leve calidez, me imaginé con las mejillas sonrojadas, y no por la mentira que me cazó, sino por haber creído que me debía una disculpa, en todo caso era yo el que se la adeudaba. Me agaché detrás del mueble que soportaba la caja registradora, simulé que buscaba en los cajones.

—¿No quieres saber qué ha pasado en la comisaría? —me preguntó.

Había pensado con frecuencia en ello, pero con el enfado se me había pasado. Dejé de revolver papeles y me asomé gradualmente por encima del mostrador hasta erguirme frente a él.

—Sí...

—¿Se te ha perdido el librito de gracietas?

—Lo siento, era una broma —me excusé.

—Dejémoslo pasar, pero que no se repita.

Se le instaló una fina mueca burlona en los labios.

—¿Qué tal con la policía? —dije con rapidez para olvidar el bochornoso suceso cuanto antes.

—Casi me detienen, eso es.

—¿Cómo?

En los siguientes minutos, antes de que regresaran los clientes, me relató con exactitud su estancia en la Jefatura Superior de la Policía Nacional en Madrid.

Antes de acceder a la comisaría, pensó que sería muy fácil localizar al profesional adecuado. Sin embargo, cuando puso los dos pies en el interior, se quedó paralizado, como si le hubiesen extraído de su hábitat y todo cuanto contemplaba fuese hostil. Cuando finalmente reaccionó, dedujo que debía de acercarse al mostrador en el que atendía un agente de uniforme y presentarse.

—De acuerdo, caballero, ¿cuál es su nombre completo? —preguntó el uniformado, cogió una ficha de un casillero y se dispuso a anotar.

—Gabriel Monteagudo Infantes.

El cuestionario se extendió hasta resultar molesto. El agente le devolvió el carné de identidad que le había exigido después de recogerle los mismos datos que Biel le había transmitido oralmente y por escrito. A continuación, le explicó el motivo de su presencia.

—Pero esto es muy importante —dijo el agente—, tiene que hablar con los inspectores Matute y Carcelén, ahora mismo les aviso... Mire por dónde,

son esos que bajan por las escaleras. ¡Inspector Matute!

El individuo al que se dirigió abroncaba a su acompañante. Irritados, se acercaron.

—Te sonrías esa chavalilla y se te deshace el cerebro. Esas dos ni son inspectoras ni hostias, si están aquí es por esa ley ridícula. Tenlo claro, Valentín.

—No sé lo que me ha pasado —arguyó el tal Valentín Carcelén.

—¿Qué ocurre? —preguntó Matute situado ya a la vera de Biel.

La emisión de un pitido provocó que el agente del mostrador alzase el teléfono.

—El caballero os solicita —les comunicó, luego se hizo cargo del receptor.

—¿Y bien?, usted dirá —dijo Matute.

Examinó a Biel con un extenso vistazo de arriba abajo, le cogió del antebrazo y le condujo hacia la puerta principal. Su compañero caminaba por detrás. El librero, que había expuesto al uniformado sus averiguaciones y a cambio había obtenido varios minutos de formularios, se expresó con más cautela.

—Verá —tanteó midiendo las palabras—, quería denunciar una...

—¿Denunciar?, nosotros no nos ocupamos de eso, dígame al agente que es su trabajo —espetó Matute sin pudor, con inmediatez, salió a la calle.

—Pero...

—Sin peros buen hombre, al agente, al agente —le dijo el compañero de Matute, sin demora, siguió a éste.

A unos metros, el policía que anteriormente le había atendido continuaba con la conversación telefónica. La contrariedad duró un instante, hasta que el inspector Matute retornó.

—Denuncia ha dicho.

—Bueno...

—Venga conmigo, le guiaré hasta la persona que corresponde.

—No quiero crearle complicaciones a nadie, pero es urgente —adujo Biel esperanzado por atinar pronto con la autoridad adecuada.

Ascendieron por unas anchas escaleras de mármol con pasamanos plateados y una iluminación blanca. Su guía tendría unos cincuenta años, una barriga prominente, una calva brillante y un espeso mostacho canoso que le ocultaba parte de la boca.

—Las inspectoras Sandemetrío y Pedraza son amables, atentas y le van

a facilitar el proceso, no dude en detallar su problema, cualquiera que sea.

—¿Sandemetrio ha dicho?

—¿La conoce?

—No, no puede ser, será una coincidencia.

Cruzaron un pasillo pulcro, vacío e igual de luminoso que las escaleras, hasta llegar a una amplia sala colmada de policías y actividad. El ruido que producían era de bajo volumen, pero constante, lo originaban los múltiples diálogos y las charlas telefónicas. Matute se detuvo, mostraba una sonrisa parcialmente disimulada por el bigote, mueca que le marcaba unas profundas arrugas en los extremos de los ojos.

—Tengo prisa, ¿ve el despacho del fondo?, la adorable inspectora que lo capitanea estará encantada de recibirle.

Biel le agradeció las molestias y anduvo con paso resuelto. Le extrañó que le dijese que debía irse para después aguantar inmóvil comprobando cómo se aproximaba a la oficina. Mantenía la sonrisa bajo el mostacho, una simpática expresión que no había variado un ápice desde que se decidiera a ayudarlo. Se olvidó de él y deseó acabar cuanto antes, por su contenido había pronosticado que tardaría en revelar su hallazgo, pero no que se prolongara demasiado.

El despacho era acristalado de mitad para arriba y con paneles ocreos la parte baja. Distinguió a dos mujeres que se sentaban cada una en un escritorio, una enfrente de la otra. La que estaba de cara a la puerta rondaría la treintena, de largo cabello moreno y blanquecina tez. Según se aproximaba, Biel dudó de que no fuera aún más joven. Le asombró que una muchacha fuese inspectora de policía, aunque, tal vez, la amable inspectora a la que Matute se refería fuese la que se posicionaba de espaldas, la que justo cuando Biel se ancló delante de la entrada, se volvía de medio lado.

Una contracción interior le sacudió el pecho. El siguiente paso hubiese sido alzar el puño y golpear el cristal con los nudillos, por el contrario, se agarrotó. La curioseó atónito, como si se tratase de un evento enigmático e increíble, y que asumir la visión de ella fuese más laborioso para su mente que la de admitir la existencia de un extraterrestre verde con antenas y extremidades viscosas. La situación se hubiese convertido en ridícula de durar mucho más, pero la joven le indicó a su colega la presencia de Biel. La más veterana se incorporó del asiento y se miraron sin recato, con la separación de un cristal. Tras unos segundos, le abrió.

—Buenos días, dígame.

—Hola, Carla, no sabía que fueses policia.

—Soy inspectora.

—Vaya sorpresa, hace tanto que no te veía que vacilaba si en verdad eras tú.

—Han pasado muchos años. Pero ¿qué te trae por aquí?

—En el vestíbulo se lo he comentado a un agente, luego creo que he hablado con el profesional oportuno, pero entre que no he sabido expresarme y que el hombre tenía prisa me he dejado llevar. El inspector Matute me ha guiado hasta aquí.

—¿Matute?, pero ¿cuál es la causa de tu visita?

—Le he dicho a ese inspector que era una denuncia, pero...

—Ahora entiendo que ese listo te haya mandado aquí. Las denuncias son responsabilidad del agente del vestíbulo, si has hablado con él debería haberse hecho cargo.

—Eso es lo que quería explicarte, es un suceso relacionado con el crimen del empresario del fútbol.

—¿Cómo?, ¿Herminio Santos?

—Eso es.

—Siendo así estás en el lugar apropiado —dijo volviéndose hacia su compañera.

Biel se introdujo con paso inseguro, bien por el inesperado encuentro con aquella vieja conocida o, acaso, por lo que iba a revelar. La inspectora le ofreció el asiento de su propia mesa, luego hizo las presentaciones, ella permaneció de pie.

—Dinos, ¿qué es eso relacionado con el asesinato de Santos?

Fijados contra una de las paredes de panel, un armario y un archivador destacaban como dos robustos guardas de seguridad en el acceso a una discoteca. Entre estos y los escritorios se colaba un estrecho y corto pasillo obstruido por la inspectora Sandemetrío. Una ventana en la pared del fondo, detrás de la inspectora Blanca Pedraza, era suficiente para iluminar el despacho. Se percibía un ligero olor a humo de tabaco.

—He rebuscado durante toda la noche en Internet la calavera y la daga grabadas en la empuñadura del estilete con el que mataron a Santos. Otro ciudadano español murió hace dos meses con el mismo método, con un puñal idéntico clavado en la nuca, también lo degollaron.

Ellas se miraron, después volvieron sus caras hacia él.

—¿A qué te dedicas?, ¿cuál es tu trabajo? —preguntó Carla

Sandemetrio.

—Tengo una librería, pero ya le he dado los datos al agente.

—Ya puedes esclarecer cómo sabes los detalles del arma del crimen. Además, según tus palabras, sabes, por lo menos desde anoche, que le hundieron un estilete en la nuca, ese dato lo han publicado esta mañana. Explícate o vas a tener muchas complicaciones, Gabriel —profirió la inspectora Sandemetrio, cogió un formulario de una estantería.

—¿Qué es ese documento?, no tendré que rellenar nada más.

—Es para mí, es un impreso que se debe cumplimentar con cada detención. Aunque te conozca no pienses que no voy a desempeñar mi cometido.

—¡Detenerme! —alzó la voz poniéndose en pie.

—Tranquilícese, si nos aclara cómo sabe lo del estilete no habrá problemas, créame —dijo la otra funcionaria, la más joven.

—Sólo vengo a comunicar lo que he descubierto.

—Eso que nos ha dicho es imposible, todos los cuerpos de policía del país están informatizados, habrían saltado las alarmas, por así decirlo —dijo la inspectora Pedraza.

—Ocurrió en la ciudad de Boston, en los Estados Unidos, si quieren lo pueden comprobar.

La inspectora Sandemetrio, con un asentimiento, provocó que su compañera se dispusiera a teclear.

—Está bien, no perdemos nada por contrastarlo —dijo Pedraza con seriedad.

Biel extendió el brazo procurándole a la joven una hoja de papel de libreta.

—Es la dirección de la web de un periódico local de Boston, he anotado las instrucciones necesarias.

—Veamos qué es esto.

La joven pulsó las teclas mientras la veterana rellenaba el impreso de su detención.

—Carla, no hace falta que hagas eso, ahora lo veréis —dijo Biel.

—Aunque sea cierto lo que dices no te exime como sospechoso. No comprendo otro motivo por el que un librero sepa las características del arma con el que mataron a Santos.

—No fastidies, por Dios, no miento, vengo a ayudar. Te puedo decir dónde me encontraba la noche del asesinato y con quién.

—Eso da igual, puedes ser cómplice, para no detenerte debes decirme cómo lo sabes.

Biel recapacitó unos segundos, no quería delatar a Pedro, el amigo periodista que le desveló la confidencia.

—Te diré cómo lo he sabido, pero no el nombre.

—Eso no es posible, Gabriel, estamos en las mismas.

—Ha sido un periodista, él lo ha descubierto a través de un colaborador que tiene aquí dentro.

—Venga ya —espetó su conocida.

—Aquí está —anunció la joven inspectora—. Pelayo Cabrera, dueño de tres comercios de alimentación en Boston, en el estado de Massachusetts. Al parecer, fue degollado hace ocho semanas, también le clavaron un estilete de oro en la nuca, como ha dicho.

—Gabriel, tú o el periodista —dijo Carla Sandemetrio.

—Está claro, si no me dejas más opción...

—No lo hagas.

—..yo.

—Joder, no has cambiado, sigues siendo el mismo testarudo de la universidad.

—Concuerta todo, incluso el grabado del estilete —informó Blanca Pedraza.

—Puedo demostrar que hace dos meses no estaba en Boston —afirmó el librero.

La inspectora Sandemetrio frunció el ceño, luego rasgó el impreso en cuatro pedazos.

—Te repito que eso no prueba nada, puedes ser cómplice, puedes ser el autor intelectual, puedes estar vinculado de muchas formas.

—¿Y por qué lo rompes?

—Hará veinte años que no sé de ti, pero continúas siendo el mismo obstinado defensor de las injusticias. Estoy segura de que tú no eres el responsable y nunca me vas a decir el nombre del confidente. Por esta vez te salvas, pero hazte un favor y no te inmiscuyas.

—Estás equivocada, ya no soy aquel inocente chaval.

El librero se dirigió a la salida, la más veterana fue detrás.

—Hazme caso, Gabriel, déjaselo a los profesionales.

—Espero que os sirva. Me alegro de haberte visto —dijo enojado, abriendo la puerta—. Adiós, Carla.

—Adiós —respondió ella con voz queda.

Recorrió la sala ocupada por funcionarios con firmeza, se volvió antes de bajar las escaleras y observó por unos instantes el fondo de la estancia. La inspectora Sandemetrio, a través del cristal de la puerta de la oficina, le contemplaba con una mirada de piedra.

3

La traición de Carla

Cuando terminó de narrar su permanencia en la jefatura, me asaltó, principalmente, una incertidumbre: ¿quién era esa inspectora? Mi consulta, aunque no vi que le desconcertara, no le agradó.

—Veo que no pierdes el tiempo. Fue mi novia en la universidad.

—Eso se llama casualidad, para una relación larga que habrás tenido. ¿Sabes si les es útil la información?

—Supongo que sí, no me han dicho nada, ni siquiera me lo han agradecido.

—Pues vaya, ¿qué le hiciste a esa señora?

Por unos segundos, el comentario provocó que se abstrajera.

El ambiente de cordialidad era lo tradicional entre nosotros, confiaba en él, y él no disponía de motivos para no ser recíproco. Yo era de sus pocas amistades, puesto que únicamente se veía con amigos de esos con los que sólo se toman copas. No tenía a nadie más, salvo a la señora Matilde, la mujer que le limpiaba el piso dos veces por semana junto con el establecimiento, y que le consideraba de su propia sangre. Aunque también he de decir que era de fácil emparejar, sobre todo si la pareja en cuestión rondaba los veintitantos y su carne se mantenía apretada. No obstante, igual que se emparejaba, se desemparejaba, permaneciendo solo la mayoría del tiempo, haciendo honor al ejemplo clásico de un lobo solitario.

Biel había estudiado periodismo, pero sólo porque creía que era la carrera idónea para, algún día, convertirse en novelista. Ciertamente trabajó en un semanario de arte a la vez que escribía algún que otro relato corto en revistas de escasa tirada, pero nunca se atrevió a embarcarse en un auténtico proyecto literario con el que alcanzar su aspiración. Tal vez por eso, cuando ahorró lo suficiente, perseveró en otra idea que le rondaba desde la adolescencia y que le había penetrado con determinación: dirigir una librería en la que se pudiese explorar en las estanterías hasta dar con el ejemplar deseado y, entretanto, admirar las obras creadas por pintores noveles, tomarse un café o un zumo y disfrutar de Tchaikovski, Mozart o Beethoven. A pesar

de todo, no se le había olvidado que su mayor anhelo consistía en escribir una novela, ésta, en teoría, la había iniciado antes de que yo aterrizase en la librería, de esto, como he dicho antes, hacía más de siete años.

Por fin retornó a la realidad, lo hizo sacudiendo la cara, como lo haría un perro que se escurre la lluvia.

—No fui yo, fue ella —dijo.

¿Sería el germen que le había convertido en un mujeriego empedernido? Ahondé en el asunto.

—Pero te mantendrá informado, ahora que os habéis reencontrado reavivaréis la amistad.

—No lo creo, ni quiero —dijo tajantemente.

Predije que se mostraría reacio a desembuchar ese periodo de su vida. Traté el tema con tacto y lo pospuse para una mejor ocasión. Ocasión que se presentó unas horas más tarde, cuando, terminada la jornada, le invité a tomar una cerveza en el *pub* de enfrente.

No era la primera vez que, concluido el trabajo, conversábamos con tranquilidad en ese local, pero esta vez no fue como las demás en las que hablamos sobre trivialidades. La barra, ubicada en el centro, tenía forma de lágrima, fue el lugar que elegimos para sentarnos. Cuatro jóvenes bebían y discutían sobre deporte, un par de parejas intimaban cariñosamente y otros dos hombres charlaban con el camarero. Cuando apurábamos la segunda cerveza, sin necesidad de utilizar mi astucia, me relató una historia por la que adiviné el origen de su afición a seducir mujeres.

Transcurría el año 1993, Biel ejercía el segundo curso de la carrera de periodismo en la capital del país. El primer año empleó los fines de semana para viajar a Salduero, su localidad de nacimiento, de este modo visitaba a sus padres en el caserón de su propiedad. Durante el segundo disminuyó las visitas, la razón fue la única que podía ser: una mujer.

Conoció a Carla Sandemetrio en la biblioteca. Coincidieron en solicitar el mismo libro, él le cedió el ejemplar con galantería. Después de un lapso breve, Carla le buscó para devolvérselo y aprovechó para sentarse en su mesa.

*En la siguiente media hora Biel utilizó el libro para darle vueltas entre sus manos nerviosas. Hablaron en tono suave para no molestar, hasta que los carcajeos y los chascarrillos surgieron de forma natural, recibiendo una reprimenda. Optaron por prolongar la animada cháchara en un *pub*. La*

noche era agradable y las calles de Madrid concurridas y festivas. Bebieron, bailaron y se rieron, incluso tuvieron tiempo para charlar. La velada acabó de madrugada en la urbanización en la que vivía ella, enfrente de la casa de sus padres, en concreto, en el coche de su padrastro.

Al poco, volvieron a verse, un lluvioso sábado que no les concedió muchas opciones. Entraron en el Museo del Prado a las cuatro de la tarde, salieron a las siete de aquel ilustre lugar que Biel había visitado con frecuencia desde que residía en la ciudad, entre medias, la pasión les había desbocado. Esa noche durmieron en la residencia universitaria donde él se alojaba. Las ocho semanas que le siguieron, Biel las disfrutó sumidas en un sueño del que nunca se quiso despertar, pero pronto el sueño se tornaría en pesadilla.

El soriano no estaba sobrado de dinero, con todo se las arreglaba para no caer en monótonas actividades. Preparaban emocionantes excursiones por el monte, en ellas se recreaban con preciosos parajes que Carla pintaba al óleo. También se fotografiaban, dialogaban, reían, comían, en definitiva, congeniaban. Cada vez que se veían, confirmaban sus sensaciones; así lo sentía Biel y era lo que le daba a entender ella. Profundizaron en sus vidas, ella le confesó el episodio más triste de la suya: el fallecimiento de su padre cinco años atrás. A raíz de ello, su hermano menor dejó de hablar, desarrolló una serie de trastornos postraumáticos que aún le impedían comportarse como a un niño corriente.

Aunque se veían con regularidad, Carla le negaba invitaciones ocasionalmente, aludía que descuidaba los estudios. A él le extrañó tanta preocupación, puesto que le había transmitido la mala relación con su padrastro, que la obligaba a estudiar una carrera que aborrecía: Derecho. También aducía que debía cuidar de su hermano cuando su madre se lo solicitaba. Además, salvo el día en el que se lanzaron a intimar, no volvieron a estar juntos en las instalaciones de la universidad, Carla siempre rechazaba citarse en ellas. Hacía lo mismo en otros lugares en los que era común la presencia de universitarios. Le había contado que recientemente había abandonado un noviazgo de un año, pero no le dijo mucho más. Biel, tal vez cegado por la pasión que muchas veces nubla los sentidos hasta la irracionalidad, no advirtió anomalía ni engaño.

Un día, aproximándose la noche, salió de la biblioteca, había trabajado en sus estudios hasta ser de los últimos en irse. Según caminaba por los apagados paseos, se percató a tiempo de que unos estudiantes cargaban, con

actitud sospechosa, monitores de ordenador y diferente material en una furgoneta. Se marchó a la residencia con la convicción de no complicarse y guardar silencio.

Guardó silencio unos días, hasta que la policía detuvo a un compañero y amigo suyo que no tenía nada que ver con el incidente. Biel podía no revelar la identidad de los culpables, pero lo que no podía era consentir que inculparan a un inocente. Declaró ante la policía lo que había visto, pero aseguró que todos los integrantes del robo eran ajenos a la universidad y, por supuesto, que su amigo no figuraba entre ellos. Pero sus medias verdades pronto fueron interceptadas, con lo que los investigadores le añadieron a su lista de sospechosos.

Entonces creyó tener una carta en la manga cuando le propuso a Carla que mediara en defensa suya, testificando que le acompañaba en su paseo cuando descubrió a los ladrones, que vio lo que él y que no les identificó. No obstante, ella se negó. Cuando Biel se recuperó del imprevisto, alegó merecer que su novia actuase en su favor, en favor de un inocente.

—¿Novios?, ¿cuándo hemos dicho que lo fuésemos? —arguyó Carla.

—No hacía falta.

—No te he prometido nada, para mí eres un amigo, eso es todo. Quería decírtelo, he vuelto con mi exnovio. Lo siento.

—Pero...

—Lo siento, Gabriel, no debiste implicarte en lo de ese robo.

A los pocos días de terminar la intensa relación, la policía le comunicó que quedaba libre de cargos, no existían indicios contra él. Los objetos robados habían aparecido en las instalaciones de las que habían sido sustraídos, asimismo, una estudiante, Carla Sandemetro, había manifestado que la noche del delito vio a unos jóvenes ajenos a la universidad llevarse el material. Biel no entendió su extraño y contradictorio comportamiento, pues era exactamente lo que él le había pedido que declarara días antes.

Tiempo después, se enteró que Carla, aunque no interviniese en el robo, sabía quién lo había perpetrado, entre otros, su novio. La intrusión de Biel y la perspicacia de la policía dieron al traste con la intención de los verdaderos ladrones, que consistía en atribuirle el delito al amigo de Biel por algún tipo de cuenta pendiente. Carla no estaba envuelta en los hechos, pero eso a él no le importó. Lo que le importó fue que le hiciera creer que su relación era auténtica mientras ella se reconciliaba con su novio, lo consideró una traición.

La cuarta cerveza estaba cercana a su extinción. Biel me confiaba su historia con una triste mirada perdida en el recuerdo. Me sorprendió que en su relato se hubiese descrito como a un muchacho ingenuo, era evidente que pasados veinte años no quedaba nada de aquel joven, si acaso, su afición por la pintura.

—¿Y qué sucedió cuando os volvisteis a ver? —le pregunté.

Dio un extenso trago y después, con las mejillas coloradas, respondió:

—Ha sucedido que es inspectora de la nacional y he denunciado ante ella un crimen que la policía ignoraba.

4

Anfitrión peligroso

A las dos de la tarde del día siguiente, miércoles, cerré la puerta de la librería y permanecí en el interior, ya que era la hora de comer y en esa ocasión no estaba para restaurantes. En mi cocina, horas antes, me había preparado un arroz blanco, también había cogido un par de manzanas del frutero. Y es que sólo fueron cuatro las cervezas que ingerí, pero a mi buche le sentaron como cuatro barriles. La mitad de la madrugada la sufrí yendo de la cama al aseo y del aseo a la cama, parte de la otra media la pasé con la vista puesta en el techo.

A las ocho de la mañana, según meditaba si llamar a mi jefe para decirle que no acudiría, fue él quien me telefoneó. Me informó que iba de camino a un pueblo de la provincia de Segovia y que volvería por la tarde. Cuando le pregunté sobre el porqué de su repentino viaje, me contestó que, al llegar a casa por la noche, después de nuestra conversación en el *pub*, había contactado con su amigo el periodista, con el que había alcanzado un pacto: a cambio de que Biel le proporcionara el descubrimiento del ciudadano español muerto en Boston, Pedro le había conseguido las señas del domicilio familiar de éste, obtenidas de un confidente de la comisaría. Me callé, no aduje mis molestias estomacales, pensé que para él los crímenes de los empresarios se habían convertido en un reto. Me convencí para pasar el día como pudiese. Por suerte, zanjé la diarrea con otra visita al servicio de la librería.

Apuraba los últimos granos de arroz cuando se presentó en el zaguán. Antes de que entrase, a través del cristal, distinguí en su rostro una alegría especial. Cuando lo tuve delante de mí constaté que el regocijo se mezclaba con cierto aire de satisfacción.

—Buenas tardes, querido Juan Eduardo, buen provecho.

Definitivamente, algo insólito le ocurría, nunca me había tratado de ese modo, en siete años no había pasado de nombrarme por el apellido. Pensé que a las cuatro cervezas les había seguido algún licor más potente, incluso que había continuado pimplando por la mañana, no sería la primera vez. Luego atravesó por mi ilusa cabezota que había ganado la lotería, pero me acordé de

que aborrecía los juegos de azar. Una vez me contó que opinaba que era imposible que fuese real la mayoría de premios millonarios que se ponían en juego. Con relación a su numerosa cantidad, a la semana deberían aflorar tres o cuatro millonarios, unos doscientos al año, eso sin calcular los sorteos extraordinarios, y por supuesto, asumiendo que el afortunado era siempre distinto. No dudaba de los premios menores y que esporádicamente el sorteo fuese auténtico. Pero en su mayoría lo denominaba de estafa, porque no le entraba en su dura mollera que el Estado fabricase tanto millonario. Desde luego, cuando una teoría le conquistaba, la defendía a ultranza.

Al no intuir la inspiración de su regocijo, no me quedó más remedio que consultarle.

—Gracias, mi amado Gabriel. ¿De dónde proviene tu júbilo?

—Sé cuál es la relación entre los dos empresarios asesinados, eso es.

Le atendí entusiasmado, su pasión provocó que me interesase aún más de lo que estaba. Resultó que su antiguo compañero de juergas, Pedro, había averiguado que la madre de Pelayo Cabrera, el asesinado en tierras norteamericanas, vivía en La Velilla, una localidad de la provincia de Segovia. Por el trayecto, Biel ideó una identidad falsa y un plan, debía actuar con cautela. Para su sorpresa, la anciana que le recibió le acogió con excesiva amabilidad, causando que se sintiese culpable por haberse presentado como vendedor de seguros.

—Pase, joven. ¿Le apetece un vaso de leche con bizcocho?, yo lo iba a hacer ahora. Hágame caso, verá lo bien que le sienta, a estas horas no hay mejor almuerzo —afirmó la señora tirándole de la chaqueta con insistencia, justo después de que Biel se anunciase y antes de cerrar la puerta de entrada.

Era una casa vieja, reformada, construida con piedra y madera. Dominaban grandes ventanales en la planta baja y pequeñas ventanas en la superior. Biel se había criado en un caserón similar. El interior contrastaba con la apariencia exterior. La chimenea, que transcurría activa tres de las cuatro estaciones del año, había sido transformada con materiales de primera calidad. La dueña disfrutaba de modernos muebles y costosos electrodomésticos.

Se detuvieron en la amplia cocina. La mujer extrajo una jarra de cerámica de un frigorífico plateado repleto de comida. Biel, invitado, se sentó en una larga mesa de madera con bancos a ambos costados. Le sirvió

un tazón que contenía medio litro de leche. También le convidó a un trozo de esponjoso y sabroso bizcocho casero que dividió en porciones iguales, desprendía un intenso aroma a canela y limón.

Hacía cinco minutos que había llamado a la puerta y ya se encontraba mojando un pedazo de pastel en leche recién ordeñada, tal y como ella le había recomendado que se lo comiera. Para romper el hielo, si es que no estaba suficientemente roto, Biel alabó la excelente cocina que poseía. Ella enseguida le aclaró que el mobiliario de la casa se lo había regalado su benjamín, que residía en América. Pronto empezó a sacar conclusiones, sin embargo, le extrañó que mencionase en presente a su hijo fallecido.

—¿Y para quién ha dicho que trabaja? —preguntó la señora.

—Para Seguros Montreal. Es una visita de cortesía, para exponerle nuestros productos. Pelayo era un fiel cliente nuestro, que menos que tener un detalle y regalarle el seguro que usted desee —improvisó, a pesar de la inverosimilitud.

—Pero ¿mi chiquitín ya no está con ustedes?

Fue un instante de confusión. Tal vez se habría equivocado de casa, pero era difícil, o más bien improbable que en ese pequeño pueblo viviesen dos madres con un hijo llamado Pelayo afincado en Norteamérica. Conjeturó con la posibilidad de que no la hubiesen comunicado el fallecimiento. De inmediato, advirtió cuál era la razón del desconcierto.

—¿Le apetece un tazón de leche con bizcocho?, no puede haber mejor almuerzo a estas horas.

Opinó que no sacaría nada en claro, por otro lado, le dio una tremenda pena, se dijo que las personas que se hacían cargo de ella eran unas irresponsables por dejarla sola. Asumiendo que había sido un desacierto visitar a la señora, se sobresaltó por la irrupción de un individuo de unos sesenta años. Lucía un jersey de rombos marrones y rojos y unas gafas de culo de vaso. Una de sus robustas manos agarraba una liebre medio adormecida, tenía las patas atadas con un cordel. Biel, impactado por la súbita aparición, esperó a que se expresase, pero el hombre de las gafas de culo de vaso le miró fijamente. La anciana alzó la voz en tono de reprimenda.

—Y tú quién eres y por qué entras de esa manera en mi cocina.

—Madre, soy Faustino, su hijo. Mire lo que ha atrapado una de las trampas. —Alzó al animal—. Nada se mete a hurtadillas en nuestra propiedad. ¿Y usted quién es? —le preguntó a Biel.

A ella le habló con calma y en tono explicativo, como si lo hiciese con un niño. Respecto al desconocido endureció la entonación. La madre, que se incorporó de su asiento, parloteaba entre dientes algo ininteligible. Comenzó a desenterrar alimentos del atiborrado frigorífico y de los armarios.

—Me llamo Gabriel Mon... real, soy un amigo de su hermano, allí, en Boston. He venido a España y quería darles el pésame, no tuve oportunidad de venir al funeral.

—Claro, mi hermano tenía muchos amigos. ¿Es usted su pareja?

—No, no, no, sólo era asiduo a sus comercios, entablamos una amistad.

—Sí, Faustino, amigo de tu hermano —interrumpió la anciana, portaba un manojo de puerros en una mano y un pimiento verde en la otra—. Ay mi chiquitín, está tan lejos, pero en Navidad va a venir, nos juntaremos en esta mesa los hijos y los nietos. ¿Por qué no vais a la salita y me encargo de la liebre? Comerá con nosotros, ¿verdad? —Extendió el brazo hacia el animal, que intentó liberarse de la sujeción de Faustino de una sacudida.

Pasados los momentos de aprieto, se trasladaron a una habitación reducida pero moderna. Biel se sentó en el sofá, que ocupaba la mitad de la estancia. Faustino cogió una pipa de madera con un poco de tabaco dentro y la encendió, luego abrió la ventana de par en par, ésta estaba al pie de la calle. En las paredes y en el mueble exhibían fotografías entre otros adornos. Tras unos breves comentarios sobre la climatología, ignorando cómo sonsacarle al hermano de la víctima información relativa al crimen, se topó con algo más valioso por un golpe de fortuna.

—¿En esa foto que tienen sobre el aparador está su hermano?

—Sí, es el de la derecha, en la fila de abajo, hace muchos años de ello.

Una particularidad en la imagen enmarcada suscitó la atención de Biel. Pidió permiso y se acercó.

—Sabe, me he percatado que después de tantos años no tengo ninguna foto de... Pelayo.

—Me gustaría ofrecérsela, pero entenderá que no tenemos muchos recuerdos suyos, siempre ha estado yendo de acá para allá por todo el mundo, no tuvo domicilio fijo hasta que llegó a Boston. Ésta es de las pocas que tenemos, mi madre se pasa horas mirándolas cuando comprende que su hijo... —Se silenció, agachó la cabeza y chupó de la pipa.

—Entiendo, no se preocupe.

No insistió más, lo obtenido era suficiente. Continuaron dialogando sentados en el sofá, improvisaba sobre la marcha las respuestas que el

hermano le solicitaba.

—Nosotros no conocemos a su novio, también es español. Nos dio el pésame por teléfono, nos dijo que tenía a su padre muy enfermo y que le era imposible venir al entierro. ¿Usted sabe algo?

—No le puedo ayudar, me muevo en otro ambiente.

—Porque usted no es... Entiéndame, del otro lado —apuntó con mirada suspicaz.

—No, señor, tengo a mi tercera esposa en Boston, cuida del hogar y de mis cuatro hijos —dijo para zanzar su curiosidad.

—¿Tercera? Ya.

De repente, la anciana gritó desde la cocina:

—¡Será pilla, ha saltado por la ventana y ha corrido como alma que lleva el diablo!

Faustino negó.

—Tenía que haberme encargado yo, sabía que la iba a soltar. Cataremos los embutidos.

Biel quería viajar pronto a Madrid y había planeado una sencilla estrategia que le sacaría de allí: simularía una llamada. No obstante, no tuvo opción de utilizar la táctica.

—Si no es indiscreción, acerca de su hermano, ¿sabe quién y por qué le mataron?

La amistosa charla cesó, las facciones del hombre de las gafas de culo de vaso se endurecieron. Se puso en pie, se enfiló hacia la salida de la salita sin decir nada y agarró una escopeta que estaba detrás de la puerta, apoyada contra la pared. Regresó al sofá y apuntó al librero, amartillando el arma.

—Usted no es quien dice ser, sino sabría que el asesinato ha quedado impune. ¿Qué cree que sentirá cuando le meta un cartucho en el estómago?

Biel se irguió muy despacio, con los brazos extendidos en cruz, luego retrocedió hacia la ventana desplegada. Estaba sobrecogido, pero cuando Faustino se colocó las gafas de culo de vaso sobre la frente y cerró un ojo, fue cuando realmente temió por su vida. Reculando milímetro a milímetro llegó hasta la ventana, donde poco a poco sacó una pierna y de inmediato la otra, mientras tanto los labios de Faustino se fueron afilando en una mueca maligna. Biel salió disparado y no paró hasta alcanzar el coche.

Escuchaba sin perder detalle, engullendo el último trozo de manzana,

como cuando a mis sobrinos les leo un cuento, expectante por el desenlace.

—¡Madre de Dios! ¿Y si te hubiera disparado?

Se encogió de hombros y habló sobre su descubrimiento.

—La foto revelaba a veinte o treinta muchachos vestidos con uniforme verde. Aparte de aparecer lógicamente Pelayo Cabrera, a su vera se hallaba Herminio Santos, el presidente del fútbol.

—¿Estuvieron en el ejército? ¿Cómo no se sabía eso de Santos?

—No, uno de los fotografiados sujetaba un letrero con unos números: un *cinco*, y tras una barra de separación, un *ochenta*.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que hicieron la mili en el quinto reemplazo de 1980, eso es.

—¿La mili?, vaya, pero... tal vez se reengancharon.

—No lo creo, su hermano ha dicho que vagaba por el mundo.

—Engañaría también a la familia.

—Difícil —restó crédito a mi opinión.

Guardó silencio. Una vez más, esas dos maneras de ser que le caracterizaban se hicieron visibles. En los últimos tiempos se había comportado con despreocupación, permitiendo que su vida fluyese por los distintos cauces aceptando lo que el destino le deparara. Sin embargo, en el rato en el que me describió su matutina aventura, comprobé que se había transformado. Había adoptado determinación, tanto en sus palabras como en sus actos. Había conducido trescientos kilómetros para averiguar a través de una anciana de ochenta años fundamentos que afectasen a ambos crímenes. No era su trabajo, ni necesitaba tomarse tantas molestias, nadie le reembolsaría el gasto, ni siquiera se lo agradecerían. Hasta ese momento, sólo había investigado por medio de Internet, en un amante del misterio era frecuente curiosear. El punto de inflexión residía en su visita a la comisaría, más concretamente en el reencuentro con su antigua novia.

A mí no me disgustó este cambio, si ya de por sí estaba motivado con el enigma al que nos enfrentábamos, que la responsable policial del caso fuese su único amor, le daba aún más aliciente. Después de conocer la historia de su noviazgo en la universidad, estaba interesado en el proceder de mi amigo y en cómo resolvería el asunto.

—¿Y ahora qué? —pregunté sin imaginar cuál sería el siguiente paso.

—Una de dos, o voy a la comisaría y expongo lo que sé arriesgándome a que me acusen o insulten, o reflexiono en cómo puedo seguir... escarbando —moderó su alegría.

—Puedes informar a esa amiga tuya y a la vez seguir tu hado.

—Acosta, no es mi amiga, que te quede claro. ¡Y no fantasees porque entre ella y yo no va a haber nada! —gritó para cambiar, definitivamente, el estado de ánimo.

5

La inspectora Callahan

La noche anterior apenas había dormido debido a mi exceso cervecero, por lo que el cansancio se me había adherido a la piel. Suprimí los cantos de los pájaros y el murmullo de las fuentes del hilo musical y ordené el mostrador con movimientos perezosos para el día siguiente.

Desde nuestro diálogo con final desagradable, Biel me había hablado con parquedad, únicamente para encargarme tareas, en ese momento colocaba unos ejemplares en uno de los pasillos de la planta superior. La campanilla de la puerta de entrada tintineó, me sorprendió, puesto que había desactivado la iluminación de la zona delantera. Normalmente, cuando esto ocurría, los clientes que tenían voluntad de entrar se marchaban por donde habían venido. Alcé la vista y me topé con una mujer de melena corta color castaño, vestía una gabardina marrón clara con un bolso *beige* al hombro. Los cosméticos no ocultaban su expresión dura, como tampoco le disimulaban las profundas ojeras. Echó un rápido vistazo hacia los rincones y, con tranquilidad y paso seguro, se aproximó hacia mí. Me clavó la mirada, me sentí intimidado. La juzgué enfadada, aunque como no la conocía, supuse que, simplemente, era su rictus serio.

—Buenas tardes, busco al señor Monteagudo —dijo con aspereza.

Me fijé en sus ojos, eran del color del azúcar moreno, apacibles y penetrantes. Ante su rostro irrumpió una identificación en un compartimento de plástico transparente dentro de una cartera de piel. Junto a un escudo leí: «Cuerpo Nacional de Policía». Debajo, su cara fotografiada, notablemente más joven y risueña, además de la graduación y un nombre: «Inspectora Carla Sandemetro Mota». Este dato se paseó por mi intelecto como un letrero luminoso recién avistado. Lo había oído, sin ir más lejos la noche anterior, cuando Biel me contó la historia de la universidad, según le suministraba a mi estómago razones para hacerme pasar una desesperante madrugada en el servicio.

—No, no, se fue hará un rato —improvisé con afán reconciliador con mi jefe.

A continuación, sucedió una de esas situaciones en la que se es cazado en un renuncio, en donde se anhela que el otro lo pase por alto e indulte al protagonista del embuste sin despojarle de un trocito de dignidad. La funcionaria alzó la mirada hacia la segunda planta, se la seguí hasta que Biel asomó en mi campo de visión. Sus antebrazos se apoyaban en el pasamano de la barandilla. Impasible, espiaba la escena.

—Entonces ése quién es, ¿su gemelo?

—Uy, qué despiste, pensaba que no estaba.

No me creyó, lo vi en su mirada, con la que pretendió atravesarme.

—Ahora bajo —anunció Biel en tono neutro.

Cuando me habló de ella no me la imaginé con ese aspecto de sargento perdonavidas; arisca y malhumorada. La visualicé como a una mujer que anteponía la imagen a todo lo demás. Una de esas féminas de exuberante presencia que al indagar en su interior es fácil encontrar grandes vacíos y lagunas insalvables. Sin ir más lejos, del estilo con las que Biel solía citarse una o dos veces a lo sumo y después rehuía sin excepción, como el que se aparta de un borracho pesado e impertinente de garito.

—Buenas tardes, Carla —saludó Biel ya abajo.

Ella, que había empleado los dos minutos de espera en observar un estante dedicado al misterio y el terror, se volvió con avidez y correspondió de igual modo.

—Buenas tardes, Gabriel.

Su voz sonó más suave que antes, cálida, íntima.

—¿Qué te trae por aquí?

—Venía a disculparme por el recibimiento que te di, no estuve correcta, fuiste a ayudar y te traté como a un delincuente.

—No fue para tanto, no soy un niño, podría vivir con ello. Te doy las gracias, es un acto que te honra.

A mí no se me habría ocurrido mejor réplica para una disculpa que provenía de una persona que en su juventud tampoco se comportó con honestidad.

La inspectora no se entretuvo, abordó el asunto de su visita.

—Sé que no acabamos bien en el pasado, también sé que no eres de los que abandonan las cosas a medias. Sólo te pido que arrincones lo personal a un lado y si te enteras o descubres algo, me llames.

Lo dijo con vehemencia, tendiéndole una tarjeta rectangular. Biel contempló la cartulina, acto seguido la cogió sin concederle más atención. La

sujetó entre los dedos mientras miraba el color azúcar moreno de su iris. No hubo respuesta, ni siquiera intención, sólo una rígida mueca. La inspectora no se arrugó, me miró un instante y de nuevo posó sus bonitos ojos en mi jefe, finalmente, se volvió hacia la puerta para, con el mismo sereno y seguro paso con el que había entrado, dirigirse hacia ella.

No sé cuál fue el detonante, me pareció percibir una chispa en las pupilas de Biel, la chispa que, quizás, le hizo reaccionar. Antes de que el pasado se dispusiera a salir de su negocio, emitió un sonido que, si bien al principio no supe descifrar, de inmediato deduje: «Carla».

Ella se volvió, su mano aferraba el tirador de la puerta, lo soltó cuando Biel recorrió la distancia que les separaba. Dialogaron con brevedad y la invitó a pasar al despacho.

—Acosta, vete cuando quieras, yo cierro. Hasta mañana —me dijo Biel.

Contemplé con curiosidad cómo atravesaba el umbral y cerraba. No comprendí su actitud, se había comportado con firmeza para la situación que se le había presentado, pero tuve la sensación de que un resorte en su cerebro había terminado por ceder, como un atleta que salvaguarda la posición de cabeza con suficiencia durante la mayor parte de la carrera y es superado en los metros finales.

Con pasos cortos, dubitativos, me arrimé a la puerta del despacho. Cometí un acto que no me importa admitir porque fue un hecho puntual, inédito en mí y que el primer sorprendido por tomar esta deshonrosa conducta fui yo. En los diez minutos que mantuve el oído unido a la plancha de madera color cerezo me enteré de poco. Supe que Biel le contó lo de su tempranera excursión a Segovia porque entre una maraña de palabras ininteligibles capté: «La Velilla», «servicio militar» y «hermano casi me mata»; a la inspectora le descifré aún menos: «me gusta la decoración» y «es primordial que te comuniqués sólo con nosotras».

Lo que sucedió después es lo más indigno que me ha ocurrido en mis treinta y seis años. Peor que cursando séptimo, cuando en la clase de gimnasia, al efectuar uno de esos ejercicios en los que me atascaba, el salto del potro en cuestión, se me escapó una sonora ventosidad con mis compañeros como testigos, entre estos mi pretendida por entonces Chavela. Abochornándome para los siguientes años, mi pandilla me adjudicó un infame mote que se trasladó conmigo al instituto: «El hijo del viento», pero ésa es otra historia.

Como decía, para mi infortunio, aconteció algo vergonzoso. Cansado de

la escasa audición, cambié de oído. Unía la otra oreja contra la tabla cuando una ráfaga de aire me predispuso para sufrir una humillación; la puerta se había abierto. Paulatinamente, volví la mirada hacia el librero que me observaba como el padre que pesca al hijo en plena trastada, y hacia la inspectora, que detrás de él, exhibía una sonrisa sutil. Noté un calorcillo instalándose en mis mejillas, como cuando me pilló en una chanza con lo del gerente de la distribuidora.

Los siguientes segundos transcurrieron con velocidad. La visitante le ofreció un varonil apretón de manos que Biel aceptó. Éste alzó la tarjeta que le había entregado para sugerir que la llamaría. Para concluir, ella pasó a mí vera con andar solemne, sobre la marcha, en tono alegre, profirió una frase:

—Hay que estar más vivo, chismoso.

Salió con aire imponente. Tuve la impresión de que había entrado, se había expresado, tal vez utilizado una especie de turbador toque femenino y, por último, logrado su objetivo. Sólo por las hechuras al moverse, mi sexto sentido, que aparece y desaparece a su libre albedrío, apreció semejante efecto.

—Acosta, Acosta, no desistes, te gusta ponerte en evidencia —dijo Biel a la vez que se enfundaba la cazadora.

—Lo siento, sabes que me apasiona, este caso de los empresarios me motiva como a ti.

—Ya, lo que no tengo tan claro es si escuchabas tras la puerta por esa causa o por otra. Te lo voy a decir una vez más, no sé lo que sucederá entre la inspectora Sandemetro y yo, pero no va a ser ninguna relación amorosa, ni sexual, ni siquiera afectuosa, así que espero que no volvamos a tener esta charla. Si quieres que te informe sobre lo que averigüe acerca de Santos y Cabrera, cambia de conducta.

Apenas abrí la boca para despedirle, no me habían propinado semejante bronca desde mi rebelde adolescencia. No pude articular palabra, y no por sentirme avergonzado, que también, sino porque dentro de mi honestidad sabía que él tenía razón. Mi interés por los asesinatos era real, sin embargo, si les espíe, fue incitado por el morbo engendrado por su fortuita reunión. Me prometí a mí mismo comportarme conforme a mis principios. A veces, las bajas tentaciones, como yo las llamo, me doblegan, por lo que me salto mis valores para cometer incongruencias de este tipo, que, siendo inofensivas, merman mi dignidad.

Según cerraba, recapacité acerca del último mensaje de Biel, me dio a

entender que de algún modo continuaría inmiscuido en el caso. Supuse que había llegado a un acuerdo con la inspectora Sandemetrio.

Este pensamiento me llevó a otro, había algo en ella que me había seducido. Aparentaba una firme seguridad en su forma de hablar, de estar y de andar, esto unido a su profesión, ocasionó que me recordase a Clint Eastwood en cualquiera de sus interpretaciones de la saga de *Harry Callahan*. Sustituía el aspecto burdo que desplegaba el personaje cinematográfico, para envolver con elegancia y saber estar el cariz de dureza; descontando los toques groseros con los que me atacó por dos veces: uno con su desdeñosa mirada, y otro con su irónica despedida.

6

El incidente de la cartera

Antes de leer el lunes en el periódico el asesinato de Herminio Santos, al despertar aquella mañana, Biel jamás se hubiese imaginado que se tomaría tantas molestias por un asunto ajeno a su persona. Habían transcurrido tres días desde que todos los periódicos del país se hicieran eco de la noticia. Desde entonces, había combinado su trabajo con las pesquisas. La intervención de la inspectora Carla Sandemetro le confería a la investigación de Biel un tinte más serio.

Eran las diez menos diez de la mañana, caminaba con paso pesaroso hacia la librería cuando el frenazo de un vehículo me extrajo de mis cavilaciones. Junto a la acera, entre el tráfico fluido de los cuatro carriles, de un taxi detenido, bajó Biel con ansias de hablar conmigo.

—¡Acosta, Acosta! —voceó acercándose—. Préstame veinte euros, luego te lo explico.

Saqué la cartera sin replicar, le proporcioné lo que me pidió y me dediqué a observar. Le tendió el billete al conductor, a cambio recibió su reloj de pulsera. El automóvil emprendió la marcha y Biel se ajustó la joya a la muñeca.

—Pero ¿qué te ha pasado?

—Me han robado la cartera. Vamos hacia la librería y te lo cuento.

Durante el trayecto, paseando, me narró parte del desayuno que había mantenido con la inspectora Sandemetro. Inició con el pacto que alcanzaron la tarde anterior en el despacho.

A pesar de su enturbiado pasado en común, ella le propuso que le ayudase en la investigación. Él fue reticente, pero, no sin hacerse de rogar, accedió al percatarse que era la oportunidad perfecta para intervenir en un caso policial y no como un simple aficionado. Había un inconveniente, sólo podría comunicarse con ella o con la inspectora Pedraza, nunca con nadie de la comisaría, no debían advertir que obtenían apoyo del exterior. Su labor residiría en entrevistar a los compañeros de mili de los dos asesinados, eso

cuando descubrieran quiénes eran. Se habían reunido esa mañana de jueves para tal propósito.

Por la noche se había citado a través del teléfono con Carla, antes, ella había intentado averiguar el registro de reclutas del quinto reemplazo de 1980. Pese a no conseguir ningún nombre, había logrado la instalación y la localidad donde las dos víctimas habían prestado el servicio militar: el Cuartel de Nuestra Señora de los Dolores, en Ferrol. Al parecer, la foto vista por Biel comenzaba a dar frutos.

Sobre las ocho y media, el librero se detuvo ante la puerta de una cafetería ubicada en una masificada avenida próxima al edificio del Gobierno Militar. A través del cristal contempló el interior con detenimiento, todavía mantenía dudas y había rumiado al ducharse y al afeitarse por qué iba a intervenir en una investigación policial. Ya no consistía en ese juego de detectives que inició como entretenimiento.

Vio a la inspectora sentada en una mesa bebiendo de una taza y leyendo el periódico, era consciente de que, al entrar, iría más allá. Mientras esta idea le recorría el cerebro, como una lagartija recorre una ardiente roca, ella levantó la cabeza y le estudió de un modo que le ejerció una irreprimible curiosidad. Llegó a evocar a la muchacha alegre y cautivadora que fue cuando la conoció en la universidad. Duró muy poco, un movimiento brusco le sacó de la abstracción. Salió del pasado para retornar a la concurrida calle. La mujer policía le señalaba una noticia del periódico, lo alzaba y lo agitaba con insistencia.

Se adentró y sorteó mesas y sillas repletas de clientes hasta alcanzar la mesita en la que Carla le esperaba. Se saludaron con un apretón de manos. Un joven de chaqueta blanca y pajarita negra le preguntó por lo que consumiría. El local, amplio, era famoso por su chocolate con churros. Contaba con dos barras colmadas de actividad y un ejército de sirvientes que no cesaban de moverse, de atender y de servir.

—¿Qué era lo que me enseñabas?, parecía urgente —dijo Biel.

La inspectora extendió el periódico.

—No somos los únicos que sabemos lo de Pelayo Cabrera.

Biel se fijó en el nombre del redactor.

—Mucho han tardado.

—Qué casualidad, ¿no crees? Tú lo denuncias en la comisaría y luego lo publican.

Sonó a reproche, sus labios rosados dibujaron una mueca mordaz.

—Supongo que a Boston ha llegado la noticia de un presidente del fútbol liquidado de esa extraña manera. Con lo avispados que son por allí enseguida lo han relacionado con Cabrera, luego habrán contactado con gente de aquí. Será por eso de la globalización.

Bromeó, no estaba dispuesto a admitir que el redactor de la noticia era su aliado, y él quien le había suministrado la información referente al asesinato de Cabrera en Boston.

—No te quieras quedar conmigo —respondió ella, que leyó otra vez la noticia.

Él hizo lo propio, desconcertándose.

—Tampoco es que le hayan dado demasiada relevancia. La noticia viene en las páginas interiores, en un pequeño recuadro. Además, aseguran que no tiene relación con Santos. Qué raro, si es evidente que los dos crímenes están vinculados.

El gesto meditabundo de la inspectora se vio interrumpido.

—Discútelo con tu coleguita, apuesto a que éste es el mismo que protegías en la comisaría, ¿me equivoco? —Golpeó con el índice repetidamente sobre el nombre del cronista de la noticia.

—Piensa lo que quieras.

Carla exhibió una amplia sonrisa con la que expresaba que a ella no la engañaba.

—Pues sí, es excepcional que no los relacionen, aunque quién sabe, hoy en día cualquier cosa es posible, si yo te contara.

—Hazlo, cuéntame, ¿por qué un hombre tan prestigioso como Santos es ajusticiado de esa guisa?

—No se sabe. Te puedo decir que se ha destapado que desde 1981 hasta 1998 Herminio Santos no ha existido, no aparece por ningún lado. En un personaje tan notable es insólito. Sobre lo que se está al corriente es anterior y posterior, fundamentalmente desde el noventa y ocho hasta ahora, lo de los hoteles y el fútbol.

—¿Cómo puede ser que ese periodo esté oculto?

—Es muy fácil, si quien lo puede hacer se lo propone, ya basta. Da mucho que pensar, ¿no crees?

Llegamos a la librería y la preparé para su apertura. Biel se introdujo en el despacho en busca de la agenda, localizó los números de teléfono a los que llamó y anuló las tarjetas de crédito. Después continuó narrándome su

tempranera cita.

El camarero le sirvió un café junto a un cruasán de aspecto sublime que la inspectora tanteó con mirada deseosa.

—¿Cómo has descubierto el lugar en el que cumplieron el servicio militar? —preguntó Biel.

Carla torció los labios y adoptó una mueca suspicaz.

—No pretenderás que te desvele mis fuentes, porque nunca lo haría. Más o menos como tú con este fulano del periódico.

—Después de tanto tiempo conservamos algo en común.

El comentario provocó una mínima tirantez, quisieron disimularla, pero se precipitaron al hablar. Tras la efímera confusión, él le cedió la palabra.

—Ayer me fijé que exponéis lienzos en la librería, ¿sigues interesado en la pintura?

—Sí, son de chavales que se merecen una oportunidad, les prestamos un espacio gratuitamente.

—Eso está muy bien, por lo que veo sigues siendo muy altruista.

Volvieron a experimentar semejantes sensaciones.

—¿Tú?

—¿Yo? —contestó desorientada.

—Me refiero a si todavía es una de tus aficiones, pintabas al óleo como hobby y lo hacías con desparpajo. Aquellos paisajes coloridos que plasmabas en el lienzo me gustaban mucho, hacías alarde de tus emociones a través de la pintura sin ningún pudor.

—Aquellos maravillosos años —dijo en tono sarcástico—. No he vuelto a pintar desde que me casé. Hace poco estuve en un museo, pero tampoco suelo acudir a ellos. Supongo que son épocas por las que todos pasamos.

Cuando se citaron a las ocho y media en la cafetería, Biel creyó que sería beneficioso, a pesar de que hasta las nueve no se podía acceder a las oficinas del Gobierno Militar. La tensión, creada por los lejanos acontecimientos, le turbó e impidió manifestar su verdadera personalidad. Estimó que lo más acertado hubiese sido reunirse a las nueve en punto.

Con todo, no comprendía qué podrían hacer en esas oficinas. Se cuestionó si una inspectora de policía no tendría otro modo más sencillo de averiguar los datos que necesitaba, le resultó impropio. Recordó el reencuentro en la jefatura, Carla se había referido con desprecio al policía que le ayudó a localizarla. Con afán husmeador, se le ocurrió cambiar el

sino de la conversación.

—¿A qué se debe que quieras que me comunique sólo con vosotras?

—No gozamos de mucha confianza en la comisaría, las mujeres dentro de un mundo de hombres suelen crear complicaciones, y no precisamente por nuestra culpa.

—Entiendo, así que tenéis problemas tanto tu compañera como tú.

—Pues sí, estamos rodeadas de orangutanes, o peor aún, de primitivos de las cavernas.

—Lo siento, pero alguno se salvará.

—Por supuesto, es un grupito el que se comporta como si estuviésemos encallados en la prehistoria. Te noto tremendamente motivado —insinuó que no le hacía gracia tanta pregunta.

—Sólo lo decía por el inspector que me llevó hasta ti, Matute creo que se llamaba, muy amable, sí señor —acentuó adrede el final de la frase.

—Joder, Gabriel, anda que has dado en el clavo. No quiero hablar del tema, pero que sepas que Matute es de lo peor que hay en nuestra comisaría.

—Perdona, no sé, me pareció un buen tipo. De todas formas, tampoco estaréis tan mal cuando os han asignado un caso de semejante altura.

Persiguió una réplica reveladora, pero lo que encontró fue algo que le dolió por los recuerdos que desenterró.

—Claro, Gabriel, tan buen tipo como tú, que si no proteges estudiantes en la universidad estás metiendo las narices en un asunto policial.

Se miraron con dureza, transcurrieron varios segundos. Hasta que Biel se incorporó y posó un billete de diez euros sobre la mesa. Por un café acompañado de un cruasán era más que suficiente, no le quedaron ganas de esperar el cambio.

—No sé en qué demonios pensaba cuando acepté tu propuesta. Te reíste una vez de mí, no voy a permitir que lo hagas una segunda, no quiero saber nada más de ti. Adiós.

Avanzó decidido y disgustado hacia la salida, renunciando a lo que nunca debió volver, el doloroso pasado.

Me sorprendí cuando me describió el enfrentamiento. Ni siquiera sé por qué se comprometió a ayudarla si desconfiaba de ella, pero no seré yo el que se adentre en la psique humana. El relato había comenzado con el anuncio de la sustracción de su cartera, aunque lo mencionado hasta el momento había sido interesante, intuí que todavía faltaba lo mejor.

Los movimientos bruscos, el caminar por el café con paso resuelto, la acción de abrir la puerta acristalada con brío y, sobre todo, la rauda incorporación a la acera plagada de gente, apuntaban el nivel de rabia que la inspectora le había generado. Por el enojo acumulado, Biel no captó la presencia de un individuo, que sólo pudo examinar de espaldas después de recibir un topetazo que le desplazó un paso hacia atrás. Escuchó un «perdone usted» lánguido que contrastó con las prisas con las que el anónimo desfiló calle adelante.

Tras el desconcierto, Biel se dirigió en dirección opuesta, hacia una parada de taxi medio kilómetro más arriba, en una avenida paralela. Durante el trayecto, la irritación le desesperó por haberse dejado engañar. La furia le cegó, ésta se alimentó del dolor antiguo. La mente se le inundó por una espesa bruma que le aturdió los sentidos.

La parada estaba vacía, tanto de vehículos como de clientes, al poco, otros usuarios se posicionaron en las inmediaciones. Casi no reparó en ellos debido a las palabras de Carla, que le penetraron agudas, como si estuviera en un campanario al mismo tiempo que repiquetea la campana, no cesaba de repetírselas una y otra vez.

Llegó el taxi y accedió con determinación, saludó al conductor y le transmitió el destino. Miró a través de la ventanilla y se percató de que un joven se apoyaba en una farola a poco más de metro y medio. Vestía un chándal de tela gris que incluía una capucha que le colgaba a la altura de la clavícula, también portaba una gorra negra que le ocultaba la mitad del rostro. Este sujeto le observaba con rigurosidad desde la sombra de la visera. Inexplicablemente, movió la comisura de los labios en un atisbo de sonrisa ladina, asintió muy despacio y extendió el brazo para señalarle con el dedo corazón. El coche arrancó, Biel se revolvió sobre el asiento, por la luna trasera vio que el tipo se marchaba con paso sereno.

Pasmado, investigó las causas de la insólita actuación del extraño. El proceso concluyó con una primera suposición: creyó que esperaba un taxi antes que él y que se le había anticipado incorrectamente. Aunque de ser así, le hubiese llamado la atención, como haría con justicia cualquier persona, además, no se habría ido, aguardaría a otro taxi. Rechazó esta opción cuando percibió que le había visto con anterioridad, la respuesta se le presentó de inmediato, cuando visualizó la figura del joven al abandonar la parada. Era el mismo con el que tuvo el traspié a la salida de la cafetería, al

que había visto por detrás después de disculparse y rebasarle con precipitación. Según el conductor callejeaba con habilidad por las atestadas calzadas, reflexionó acerca del motivo por el que le había seguido. De repente, se toqueteó el pecho, con un gesto nervioso palpó la chaqueta, en concreto el bolsillo interior; su cartera había desaparecido.

El automóvil se detuvo a un lado de la carretera.

—¿Hay algún inconveniente, señor?, ¿qué tiene que decirme?

Al parecer, el chófer había distinguido su comportamiento a través del espejo. Biel, incrédulo, se rebuscaba aún en los bolsillos.

—He perdido la cartera, pero usted conduzca, las señas que le he dado son las del negocio de mi propiedad. Le pagaré allí, puede confiar en mí.

—Confiaré en usted, pero me prestará el reloj de su muñeca como señal, son muchos años en esta profesión y de vez en cuando se da con un listillo.

La preocupación por el hurto de la cartera predominó el resto del recorrido, pero también la incompreensión de la posterior actitud que mantuvo el ladrón.

Con la librería preparada, tratamos el asunto.

—Tal vez fuese un chiflado, igual no ha sido él quien te ha robado y se te ha caído —dije para tranquilizarle.

—No creo en esas carambolas, si hubieses visto su sonrisa...

—¿No se te olvida un pormenor?

Le llené de expectación, pero sólo un instante.

—No se me olvida no, coge los veinte euros de la caja —contestó malhumorado.

—No me refería a eso. Si tan seguro estás del robo deberías denunciarlo.

—Perdona, estoy encrespado con todo esto. Denunciarlo es lo que corresponde, pero volver a la comisaría es lo que menos me apetece ahora, quizás más tarde.

Se amparó en el tintineo de la campanilla de la puerta de entrada para escabullirse. Como se suele decir, le salvó la campana, en esta ocasión literalmente, de lo contrario le habría insistido hasta aburrirle. Me dio a entender que ese joven del chándal le había robado y perseguido para amedrentarlo. Disentí por carecer de sentido, quien roba corre todo lo que puede. Además, no conocía a nadie tan despistado como Biel (descartando en el tema económico, como ha quedado demostrado). Más bien los asimilé como dos hechos diferentes: la sustracción o la pérdida de la cartera, y un

pirado que se dedicaba a crear desconcierto.

A lo largo de la mañana, entre cliente y cliente, acabé por convencerle. Admitiendo que no conlleva mérito, adiviné que su negativa a denunciar el hurto, como él creía, se debía a que se arriesgaba a coincidir con la inspectora Sandemetrío. Le tuve que persuadir de semejante casualidad, era la Jefatura Superior de Policía, un edificio de cuatro plantas rebosante de actividad humana. A la par, le sugerí la alternativa de trasladarse a otra comisaría, pero debería desplazarse varios kilómetros, mientras que a ésta se podía llegar de un paseo.

Me invitó a comer en un restaurante cercano, luego le acompañé a la jefatura. Nos pusimos de acuerdo en que era lo más adecuado. Era difícil recuperar la cartera, pero al emitir parte a la policía habría más posibilidades.

Realmente era difícil cruzarse con Carla en la comisaría, sin embargo, al adentrarnos en el vestíbulo, Biel, con una iracunda mirada, me quiso atravesar al toparnos de frente con ella. Se vio obligado a parlamentar.

—Vaya, precisamente iba a tu librería —anunció la inspectora.

—Te he dicho esta mañana que no quería volver a verte, Carla —replicó Biel con inusitado sosiego.

—Pues no lo parece viniendo a mi centro de trabajo.

—Si vengo es forzado por las circunstancias, quiero denunciar el robo de mi cartera, eso es.

—Robo dices, ¿en qué te basas? —receló.

—Un tipo alto, fuerte, vestido con un chándal, ha provocado un encontronazo y ha aprovechado para cogérmela.

—¿Seguro?

—¿Por qué iba a mentir?

El ambiente podría caldearse si ninguno de los dos variaba el talante de enfrentamiento que, sin duda, les motivaba. Como una especie de lucha invisible de los sentidos, que más que extraer una consecuencia favorable, lo que les gustaba era chincharse y desafiarse. Aunque, de momento, el tono para nada era despectivo, imperaba la educación y la calma.

—No digo que mientas, puede que te equivoques.

—¿Eso lo has deducido tú como inspectora?, ¿sin el refuerzo de ningún antiguo novio?

En las cercanías, detrás de un mostrador, un agente uniformado escribía ajeno a la disputa verbal. Repentinamente, la seguridad que mostraba Carla respecto a la cartera quedó desenmascarada, nos dejó a los dos estupefactos.

—Es idéntica a ésta.

Sacó del bolso una cartera de piel negra con el símbolo del fabricante bordado en hilo dorado.

—Sí...

—De hecho, es ésta.

—¿Cómo?

—No te la han robado, ese camarero tan educado que nos ha servido se ha tropezado con ella en la acera cuando fumaba, me la ha entregado al reconocerte en el carné de identidad. El *pollo* se ha sentido aliviado cuando me ha visto, estaba convencido de que yo también me había marchado. Ahora iba a llevártela. Como sabes, esta mañana estaba saturada de trabajo y he extraviado tu número de teléfono, te habría llamado.

Le tendió la cartera y Biel no dudó en revisarla de inmediato.

—No sé qué decir, gracias. De todas formas, es mejor que no interfiera.

—Estoy conforme, no tengo ningún derecho a pedirte que te inmiscuyas, no es lo tuyo y hasta puede ser peligroso.

El desenlace resultó más moderado que el resto de la reunión. Se terminaron las palabras y auguré cierto resquemor, no obstante, me embelesé con sus miradas, me pareció que contenían atracción. Se despidieron con cordialidad, ella dio media vuelta, nosotros la imitamos y cada parte marchó hacia sus quehaceres.

Un poso premonitorio en mi conciencia me dijo que ésa no sería la última vez que veríamos a Carla. Si ambos se concedían una oportunidad, el emparejamiento era cuestión de tiempo, y también de que mantuviesen una cantidad considerable de riñas.

Por el camino apenas comentamos lo acontecido, nos aferramos a la casualidad en cuanto a tropezarnos con ella y a que el incidente de la cartera había finalizado positivamente. Descartaba que Biel cesase de investigar, puesto que nunca abandonaba una empresa a medias, pero entendí que necesitaba un empujoncito.

—Finiquitado, ya no hay misterio, uno quiere ayudar y en vez de agradecerse lo insultan —se quejó enfurruñado.

Procuré reconducirle del modo que se me ocurrió.

—Está claro que esa mujer sabe de lo que habla, la investigación no es lo tuyo.

No añadí más a la frase que equipé con un tono sumiso, él permaneció ensimismado. Minutos después, cuando abríamos la verja, volvió a

expresarse:

—Pienso demostrar que soy capaz de averiguar lo que haga falta. Desde el principio lo he hecho con desinterés, por curiosidad, hasta el momento no me había ido mal, ahora me voy a mover con un fundamento; Gabriel Monteagudo tiene dignidad y amor propio. Eso es.

No me enorgullezco de ello, pero si le manipulé no fue únicamente por mi interés en el caso, porque hubiese acabado por retomarlo él solo, lo que hice fue agilizar el proceso.

7

Doble persecución

Comenzaron a entrar los clientes en esa tarde de jueves y nos dispusimos a trabajar, no volvimos a referirnos a la conversación del vestíbulo de la jefatura. Yo lo reviví en mi mente, me centré en esa mirada idéntica que se dedicó el uno al otro. Mi opinión sobre la de ella podría ser desacertada por no conocerla, en cambio, intuí que la de él reflejaba sentimiento, como mínimo afecto, emoción significativa para ser ella quien era.

Sabía lo que había visto, pero no me atreví a pronunciarme, cualquiera lo hacía, el día anterior Biel fue rotundo: aconteciese lo que aconteciese entre ellos jamás sería una relación amorosa. Pero mi sexto sentido volvió a aflorar y fantaseé, o tal vez barrunté.

Cercana la hora de cierre, yo ordenaba el mostrador y él reubicaba la sección asignada a Julio Verne. Durante la tarde le había espiado, aunque habíamos dialogado de otros asuntos, le encontré absorto. Le pregunté acerca de cuál sería el próximo paso que efectuaría en cuanto a las pesquisas.

—Te acuerdas del periodista, tengo que confirmarlo, pero quiero salir esta noche con él a tomar unas copas. Si Pedrito no ha cambiado, antes de que empiece a tambalearse me habré enterado hasta del plato favorito del presidente del Ramagosa —me anunció.

Me sentí menos culpable, Biel también manejaba a sus amigos para su beneficio.

—¿Y si no sabe más?

—Sí que sabe, por lo menos el porqué de la decisión de su periódico de tratar a los dos empresarios como dos casos diferentes, cuando es tan evidente que no es así.

De súbito, otra voz se unió a la conversación.

—No hace falta que emborraches a nadie, si quieres yo te lo puedo decir.

Del susto se me escurrió de entre las manos la calculadora con la que había iniciado a hacer la caja, a Biel se le cayeron sobre los pies unos ejemplares. Ambos nos asombramos cuando la inspectora Sandemetrico surgió de detrás de un estante. Vestía con un abrigo largo, guardaba las manos en los

bolsillos.

—Qué quieres, qué haces aquí, cómo has entrado sin que suene la campanilla —dijo Biel con estupor.

—Es muy fácil, cuando quieras te ilumino.

—¿Estás de broma?

—La campanilla suena cuando la puerta ha recorrido unos centímetros, entre esa abertura me he colado. Normalmente uno la abre para entrar con amplitud, por eso suena siempre. Deberíais familiarizaros con vuestras medidas de seguridad.

—Eso es lo de menos, ¿por qué te presentas de este modo?

—Eso es... otra cosa —su voz se quebró, era la tercera vez que la veía y la primera que notaba una leve fisura en su coraza—. Tenía intención de dejártelas e irme, para mí no es fácil, son para disculparme por lo de esta mañana, pero os he escuchado y no he podido reprimirme. Siento lo de la cafetería, Gabriel —dijo con cortedad y señaló a su espalda con el pulgar.

Sorteé con la mirada un par de caballetes ocupados por sus respectivos lienzos y un expositor. A la vera de la entrada, posado en un atril antiguo de madera comprado para la decoración, había un colorido ramo de flores. La mueca de Biel, con la boca abierta, era de un desconcierto similar al mío.

—Son bonitas. ¿Cuál es el motivo? —pregunté rompiendo el mutismo que se había establecido.

—¿Cómo? —se sorprendió Carla.

—Lo del periódico y las víctimas —aclaré.

—Veo que estás al tanto. —Alternó la atención en mí con la incredulidad de Biel, que no quitaba ojo a las flores—. Te gustan o qué.

—Sí, pero no tenías que molestarte, gracias —dijo Biel.

—¿El cotilla está enterado de todo? —le preguntó Carla.

—Eso es, puedes hablar en su presencia, aunque no lo parezca es de fiar —dijo Biel.

Me avergoncé, me recordó mi lamentable actuación detrás de la puerta del despacho.

—Esta mañana he conseguido la lista de compañeros que cumplieron el servicio militar con Cabrera y Santos —anunció ella.

—¿Alguna sorpresa a destacar? —preguntó Biel.

—Como te he dicho en la cafetería, ignoramos bastantes capítulos de la vida de Santos. Que haya diecisiete años de los que no hay constancia en ningún archivo no es casual, y menos en un personaje tan popular. Si lo

combinamos con la prensa, que asegura que los dos crímenes no tienen relación, la manipulación sólo puede provenir de las altas esferas; alguien poderoso no quiere que se esclarezca el asunto.

—¿Qué se sabe de Cabrera?, ¿se han descubierto otras semejanzas con Santos? —consultó Biel.

La inspectora le miró con los ojos entornados.

—Del año ochenta y uno al noventa y ocho se le desconoce cualquier actividad, domicilio o localización, igual que a Santos. A partir de ahora los medios difundirán lo que les permitan, y la mitad no será cierto. Tu periodista es un mandado, te dirá convencido lo mismo que le han dicho a él.

—Esto se pone interesante —manifesté desde mi posición.

—Sólo para unos librereros aficionados al misterio, si eres la inspectora del caso es una putada.

—Parte de lo dilucidado ha sido gracias a un aficionado —apuntó Biel para recordarla que, aunque aceptase las disculpas no iba a consentir ninguna inconveniencia.

—Así es, sin tus indagaciones nos habría costado más tiempo y trabajo —rectificó ella con talante pacífico.

—¿Y ahora qué vais a hacer? —curioseó él dirigiéndose hacia el ramo.

Ella le respondió sin perder de vista su paseo.

—Perseveraremos en el mismo plan que teníamos esta mañana...

—Interrogar a los compañeros de mili —le interrumpió Biel, admiraba las flores entre sus manos.

Carla se le acercó hasta posicionarse frente a él. Yo permanecí en el mostrador, disfrutando de la función.

—Creía que no estabas interesado.

—No he dicho lo contrario —replicó, se empeñó en no concederla ni un palmo.

—Pero ¿lo estarías? —dijo Carla, mediante una sutil y penetrante mirada exteriorizó una feminidad retenida hasta el momento.

Ubicados cerca de la entrada, se distanciaban entre sí en un metro, en medio, por debajo de sus caras, la variada colección de flores destacaba por el colorido. Lo que ocurrió seguidamente fue una escena propia de una película cómica de enredo. En el zaguán iluminado aparecieron Lola y Carmen, nuestras vecinas, que atónitas observaron cómo Biel le ofrecía el ramo a Carla.

—¿Me lo devuelves? —se sorprendió la inspectora.

—Tú cógelo, luego te lo explico.

Nuestras vecinas mudaron el rostro. Lola, la pretendiente de Biel, se giró sobre sí misma para marcharse, Carmen la siguió, pero antes sonrió a Carla que se percató de su presencia. Me eché las manos a la boca para impedir que se me escapara la carcajada que pugnó por salir de mi garganta. Precisé de unos segundos para serenarme, en ellos Biel no cesó de mirarme, no supe con qué objetivo, si para vigilar que no me mofara o para pedirme auxilio. De repente, Carla se desternilló provocando el mismo efecto en mí, y tras unos instantes, en Biel.

—Eres... tan imprevisible como... siempre —dijo la inspectora entre risa y risa.

—Tiene... tiene una explicación —adujo él como pudo.

Para prolongar la broma solté una ocurrencia, fue lo que procuré, ellos se lo tomaron con una rigurosa seriedad.

—Será que te quiere invitar a cenar.

Sus miradas bruscas indujeron mi nerviosismo, nerviosismo que le debí de transmitir a Biel por la forma de manifestarse.

—Todo viene por un error, eso es, quiero decir que viene por un malentendido con esas mujeres.

—No me digas más. Respecto a lo de la cena, si alguien tiene que invitar, ésa soy yo. ¿Estás de acuerdo si esta noche charlamos en un restaurante civilizadamente?

—¿A tú marido no le molestará?, me has dicho esta mañana que dejaste de pintar cuando te casaste.

—Me divorcié hace un año. ¿A tu amigo o a alguien no le importará?

—No era seguro que nos viésemos, y no hay ningún *alguien*.

—¿Entonces a las diez en el Cavalcanti?

—¿El Cavalcanti sigue abierto?, no he vuelto desde la universidad. Conforme.

Se estrecharon las manos con firmeza, la inspectora alzó la barbilla en mi dirección, como un saludo de colegas.

—Ponlas en agua, durarán más.

Abrió la puerta y se marchó. Biel vino hacia el mostrador con el ramo en la mano, cuando estuvo frente a mí me entregó las flores.

—Si hablas de lo sucedido que sea de forma constructiva.

—Míralo por este lado, te has quitado de encima a Lola y a Carmen durante una temporada.

—Eso sí.

Distinguí vacilación tras la complacencia que intentó dibujar en los labios.

—Las flores llevan una tarjeta —anuncié, la cogí y se la tendí.

—«Disculpa por mi impertinencia de esta mañana en la cafetería. Carla».

Clara y concisa —añadió después de leerla.

—¿Y ahora qué?

—Espero que te refieras a la investigación.

—Desde luego, ¿a qué entonces?

No le gustó la media sonrisa con la que me adorné.

—Cualquier cosa, sea lo que sea te informaré mañana.

Sin hacer mención sobre ello, se estableció un compromiso en el cual yo no preguntaría ni opinaría sobre Carla y él como posible relación, a cambio, me haría partícipe de los avances de las pesquisas. En ese momento hubiese preferido que fuese a la inversa.

—¿Crees que sus intenciones son honestas?

—Creo que me necesita para ayudarla. Sé que tiene una especie de conflicto con compañeros de la comisaría, pero no sé si será suficiente como para que afecte a una investigación.

Carla no me había caído tan mal como en las otras dos ocasiones en las que habíamos coincidido. Intuí que era una de esas personas que por su carácter orgulloso chocan irremediablemente, pero que, al pasar un tiempo con ellas, se comprueba que son amistosas.

Cerramos y paseamos, de igual manera iniciamos la jornada por la mañana, cuando se bajó del taxi. Me acompañó hasta la entrada de metro y después, con lento y deslavazado andar, además de cabizbajo, se trasladó hacia su piso, a pocos minutos de allí. Su modo de moverse me confirmó el desasosiego que encerraba la frase que me dijo antes de marcharse: «Con lo sencilla que es la vida y lo que nos empeñamos en complicárnosla».

Me quedé en la boca del metro según veía cómo se alejaba. No sé cuánto tiempo hubiese permanecido allí meditando en sus palabras si no se hubiese interpuesto una circunstancia que me llamó alarmantemente la atención.

Tal vez, en un primer impulso, me dejé influir por el ambiente detectivesco en el que vivíamos, pero lo cierto es que por la estrecha y mal iluminada callejuela por la que mi amigo caminaba, vislumbé a un individuo que le perseguía. Y no era uno cualquiera, vestía idéntico al personaje que Biel me había descrito por la mañana, con el que se tropezó a la salida de la

cafetería y le siguió hasta la parada de taxi: chándal de tela gris con capucha y una gorra negra. También coincidía su físico: metro noventa y fuerte. Esta última característica no pude corroborarla porque se encontraba de espaldas, pero su complexión era ancha.

Sin miramientos ascendí los tres peldaños que había bajado y me situé por detrás. Según lo hacía me planteé el estar errado, pero lo resolví cuando calculé el odio que sentiría hacia mí mismo si al día siguiente me despertaban con la noticia de que a Biel le había sucedido un lastimoso percance, o peor. Si estaba desacertado en lo que aprecié una persecución, el único desbarajuste lo sufriría yo al llegar a casa más tarde de lo habitual.

La separación entre Biel y el sujeto era de unos quince metros, la mía respecto a la de éste de unos cincuenta. Troté con mis cortas piernas para compensar la desventaja, debía aproximarme al máximo para confirmar mis sospechas. La calle era peatonal, adoquinada donde no había socavones que más bien se asemejaban a trampas dispuestas a propósito. No había dos farolas seguidas que iluminasen con corrección, como si la casualidad hubiese querido que se fundieran alternadas, luego me enteré de que se debía a una medida de ahorro del ayuntamiento. Pasé a la vera del portal de un edificio antiguo de tres plantas, el escalón antes de la entrada estaba decorado con un charco de orines, y no precisamente de un perro, por lo menos de los de cuatro patas. A ambos lados se repetían los comercios cerrados y los bares con escasa asistencia y floja luminosidad, como si se hubiesen armonizado con el ayuntamiento. Se cruzaron un grupo de hombres que vestían con caftanes y departían con animación. También me fijé que un niño obeso pretendía atrapar a un perro pequeño junto a la verja de una panadería. La calle terminaba accediendo a otra más amplia en la que atravesaba una calzada de un carril.

El desconocido se había colocado a su espalda, a tres o cuatro pasos, yo había rebajado en pocos metros la distancia. Opté por la alternativa de avisarle a gritos, pero justo cuando lo fui a hacer, el anónimo incrementó el ritmo, le sobrepasó y desapareció dentro de la otra avenida más concurrida. Mi jefe rebasó la esquina y se perdió entre el gentío.

Había sido errónea mi apreciación, menos mal, cualquiera se enfrentaba a un bigardo de semejante tamaño. El chico obeso de antes se interpuso en mi camino, tenía cara de travieso e intentaba coger a un perrillo que le miraba asustado, un caballero llegó por detrás y espantó al niño.

Me disponía a dar media vuelta cuando advertí que en aquella vía donde

desembocaba la callejuela había una pastelería que, con suerte, aún seguiría abierta. Se me ocurrió comprarle unos bombones a Chavela, esa mañana todavía la había notado resentida conmigo por mi exceso cervecero dos días antes.

Satisfecho por la idea, me incorporé a la avenida, al poco reparé en el tipo del chándal, sobresalía de entre la multitud por su físico, porte y andares. Me llamó la atención que anteriormente se lanzase a correr como si llegase tarde a algún lugar, por el contrario, un minuto después deambulaba con tranquilidad junto a los bajos de los edificios. Que caminase en dirección al apartamento de Biel me persuadió para perseguirle.

Corrí, esta vez corrí hasta situarme a su espalda. Él andaba con la columna recta y con las manos dentro de los bolsillos de la sudadera. Con frecuencia vigilaba a su alrededor. Incluso me pareció que se fijaba en los pocos coches que circularon. Me percaté que el librero vagaba despreocupado por la acera de enfrente. Le acechaba, otra alternativa era improbable. Entre el acosador y yo había otros dos peatones, los cuatro formábamos una fila india arrimados a la fachada de los edificios. Abundaban los comercios y de vez en cuando se colaba un portal entre ellos. La cualidad avizora del joven resultó fructífera para él y nefasta para mí. Cesó de controlar a Biel, a los automóviles y a la panorámica que tenía por delante para observar un reluciente escaparate de una tienda de mobiliario de baño que se emplazaba a su izquierda. Tras unos pasos se detuvo en seco, se volvió con velocidad y cambió de dirección para venir hacia mí. Se acercó con una rapidez a la que no pude reaccionar. Cuando creí que pasaría de largo, me golpeó en el hombro con el codo de forma violenta. Me tambaleé y por la inercia giré ciento ochenta grados. Se alejó con extensa zancada, mientras me frotaba el brazo derecho.

De pronto, una voz áspera me abordó por la espalda:

—¿Qué haces aquí?, no me seguirás.

Era Biel, expectante por mi respuesta.

—Seguía al que te seguía a ti —le contesté todavía afligido.

—¿Cómo?, ¿quién?

Le conté que le había distinguido por la descripción. Le detallé el seguimiento, también el control que desplegaba hacia todo lo que le rodeaba. Cuando sugirió que podría estar equivocado, tuve que demostrárselo.

—Esta mañana me has dicho que llevaba una gorra negra.

—Sí —afirmó con insignificancia.

—No me has dicho más sobre ella, ¿estamos de acuerdo?

—Totalmente.

—En el frontal, en letras rojas, he podido leer *Simbad*.

Sus ojos se abrieron más de lo normal.

—Pero ¡qué quiere de mí!, ¡quién es! —exclamó, separó los brazos un instante para dejar que cayesen a los costados, el espaviento me confirmó que hablábamos del mismo personaje.

—Puede ser peligroso, ¿por qué no se lo comentas a Carla?

—Y qué quieres que le diga, que el tipo que no me ha robado la cartera me ha perseguido.

—Pero es verdad, yo le he visto.

Cabizbajo, tras unos segundos, encontró la solución.

—¿Tienes planes para esta noche?

—Estar en casa con Chavela.

—Pues llámala que te vienes conmigo, te invito a cenar.

8

La tercera víctima

Estaba poco convencido en acompañarle, a mis treinta y seis febreros era una situación que jamás había experimentado, Carla y Biel no eran pareja, pero tuve la sensación de ir de carabina. Por si fuera poco, cuando entramos al restaurante Cavalcanti y la inspectora reparó en nosotros, se reprimió una risotada al taparse la boca con la palma. Su actitud me indujo a pensar que era una guasona y que el compromiso sería tan vergonzoso como juzgué en un principio.

La mesa que había elegido era rectangular, con bancos de madera de cuatro plazas en los costados. Junto a su posición se levantaban vidrieras transparentes que separaban la calle del local. Eran las diez, estaba a la mitad de su capacidad. Olía a fritanga, pero también a chocolate.

—¿Qué tal estáis, dúo? ¿Sois como Batman y Robín? —nos saludó.

—No estamos para chanzas —dijo Biel.

Desde el descubrimiento de la amenaza su rostro había tomado un tinte melancólico que ensombrecía sus rasgos faciales.

—¿Es que ha pasado algo?

—Así es, por eso hemos venido los dos —respondió Biel.

—Pero sentaros y contarme.

Nada más acomodarnos frente a ella, el librero me miró impaciente, por lo que Carla centró sus maquillados ojos en mí.

—A la salida de la librería, el mismo que le ha intimidado esta mañana le ha perseguido cuando nos hemos despedido. Les he seguido hasta que ese delincuente me ha pescado a su espalda —expliqué.

—Esta tarde en la comisaría no me has dicho que te hubiese intimidado —se pronunció ella.

—He supuesto que era irrelevante, descartado el robo he considerado que era un pirado —alegó Biel.

—Contármelo todo, me tenéis en ascuas.

Entre que pedimos la cena y nos la sirvieron traté de describir al sujeto. Cuando tuvimos los manjares delante, Biel le contó el incidente de la mañana

y yo el de hacía hora y media. Carla, atenta, de vez en cuando daba pequeños bocados a un revuelto de ajetes y a unas croquetas con una fritura dorada perfecta, el crujir al contacto con los dientes lo confirmó. Cuando me tocó a mí narrar la parte que me correspondía, Biel engulló una sangrienta chuleta de ternera con patatas fritas y una ensalada. Yo me decanté por unos deliciosos chipirones en su tinta que me saciaron. Carla esperó a que sus porciones de tarta de chocolate y mi arroz con leche estuviesen en la mesa para dar su opinión.

—No deberías preocuparte, si quisiera hacerte daño ya lo habría hecho. Según Acosta, para ser tan controlador ha tardado demasiado en actuar, le habéis desenmascarado y no se expondrá.

Terminó y clavó el tenedor en el pastel, la apariencia era atrayente. Yo también introduje la cucharilla en el platillo de barro para extraer un dulce y delicioso bocado. En cambio, Biel se ensimismó en su postre, cuando se expresó pareció que se dirigía al triángulo de chocolate.

—Entonces cuál es su intención, qué quiere. No me creo que por un tropiezo fortuito haya ido por detrás de mí hasta el taxi. Luego ha aguantado hasta que hemos cerrado la librería. Alto, ¿cómo sabe dónde trabajo?

—No le des más vueltas, hazme caso, por mi profesión he visto montones de trastornados haciendo cosas incoherentes y sin sentido. Habría entrado anteriormente en la librería y se ha quedado con tu jeta, esta mañana le ha dado por pegársete a la espalda. Por la tarde... pues lo mismo, tendrá la azotea para reformar. —Hizo una pausa, con la punta del cubierto cogió un mínimo pedazo de pastel, lo mantuvo en el acero y reanudó, esta vez sonriente—. O quién sabe, le apetecerás y querrá que simpaticéis.

—Y digo yo, ¿no tendrá que ver con esto de los empresarios? —apunté, luego relamí el cubierto.

No les agradó mi lógica, por sus reacciones ninguno lo había contemplado. Biel fue el primero en argumentar que era reacio a mi teoría.

—No exageremos, te crees que soy tan importante. Eso es imposible, ¿cómo iba a saber ese individuo que he hecho un par de averiguaciones sobre el asunto?

—Bueno, no sé... —contesté con timidez, sin saber qué decir.

—Joder, qué imaginación tienes, Robín, será mejor que te quedes en la Batcueva y nos dejes a los que sabemos de esto —dijo Carla.

Me sentí humillado por la inspectora, sabía que investigar no era una de mis virtudes, pero tampoco era tan descabellado.

Se levantó de la mesa disculpándose, había recibido un mensaje en el móvil y debía hacer una llamada. Me mostró una sonrisa pícaro, un gesto de sorna que a Biel le divirtió, contrariamente a las circunstancias que nos ocupaban. Carla salió a la calle teléfono en mano.

—¿Te hace gracia que se ría de mí? Sé que no te va a gustar, pero sabes, tienes razón, no te conviene para una relación amorosa —dije como si fuese un adolescente enfurruñado.

Se limitó a repudiar mi consejo negando con la cabeza y esbozando una sonrisa cansina. Se centró en la tarta, todavía intacta, Carla y yo ya nos habíamos comido nuestros postres. Sin darme cuenta hasta más adelante, acababa de plantar una semilla que en unos días daría sus frutos. Nunca hubiese creído que la psicología inversa funcionase con Biel.

Al otro lado de la cristalera, Carla daba cortos paseos por la acera atenta al aparato, Biel la estudiaba con ojos soñadores, como los de un niño cuando se le promete algo que le entusiasma. La inspectora finalizó la llamada y pareció abstraerse. De pronto toqueteó de nuevo el móvil y se lo colocó en el oído.

Tardó un par de minutos en entrar, se sentó enfrente de nosotros. En ese tiempo Biel apenas había tocado la porción de pastel. A Carla todavía no le habían recogido el plato del postre, engancho la cucharilla entre los dedos y jugó con ella según contemplaba al librero con aire meditabundo. Él mantenía los codos clavados en la mesa y las manos entrelazadas a la altura de la barbilla, se examinaban sin ningún comedimiento. Volví a sentir lo mismo que en el vestíbulo de la comisaría, pero esta vez no sólo lo percibí por parte de él, los ojos dorados de ella lo admiraban.

—¿No te vas a comer la tarta? —preguntó ella.

—No me apetece, la carne ha sido suficiente.

—¿Puedo?

—Toda tuya.

Carla atacó la porción con el cubierto.

—Acabo de hablar con Blanca, ¿te acuerdas de ella? —reveló entre diminutos bocados—. Hay una tercera víctima muerta del mismo modo, con un estilete idéntico a los otros clavado en la nuca.

Comió como si hubiese contado una insignificante anécdota. Biel y yo nos miramos asombrados.

—¡Quién! —voceé.

—Óscar Lluch, entre otros negocios destaca por ser el dueño de una

cadena de gimnasios en Valencia.

—Otro empresario —dije pasmado.

—En Valencia —apuntó Biel.

Carla se colocó el dedo índice en los labios, nos sugirió que bajásemos la voz y fuésemos precavidos.

—Tranquilos, chicos, no os alteréis. Llevaba desaparecido un par de semanas, le han encontrado entre la vegetación, en el parque fluvial del Turia.

—Le mataron antes que a Santos —señaló mi jefe.

La inspectora asintió con una calma apabullante. Ya no comía a pesar de la porción que aún sobraba.

—Ahora viene lo bueno. Blanca me ha dicho que también está entre los nombres que hemos conseguido, hizo la mili con los otros dos asesinados — se expresó mirándole a Biel, había momentos en los que yo parecía no existir.

—¿Y eso qué quiere decir? —consulté.

Lo dicho, no me hicieron caso.

—¿Tus superiores ya saben lo de la lista? —preguntó Biel.

—Sí, evidentemente —respondió ella.

—Entonces está claro que tiene conexión con aquel reemplazo —dije.

Me ignoraron.

—Bueno, sabes cómo seguir, me alegro de que te haya servido mi colaboración —dijo el librero, que parecía que se apartaba del caso.

—Verás, Gabriel, quería pedirte que nos echaras una mano para entrevistar a los compañeros de mili —le propuso ella.

—No entiendo para qué me necesitáis, sois policías, tenéis compañeros que pueden hacer esa labor.

Carla volvió la mirada hacia mí, opté por ponérselo fácil y me incorporé de la mesa.

—Voy a pedir un café a la barra, ¿queréis vosotros...

—Tú permaneces sentado y no se hable más, estás en esto desde que empezamos —arguyó Biel que me sujetó de la muñeca, seguidamente se dirigió a ella—. Lo que me quieras decir lo puede escuchar él.

Me enorgulleció que adoptase semejante conducta. Las expresiones de Carla transmitían sosiego, como si supiese que la réplica de Biel entraba dentro de las posibles respuestas. Esta vez nos repasó a ambos con frialdad, hasta que confesó una declaración inesperada.

—El caso no nos lo han asignado a nosotras.

—¿Cómo? —dijimos al unísono.

—Lo puedo explicar —afirmó como si tal cosa.

Se presentó el camarero con la carta de cafés, tardamos sólo unos segundos en hacer el pedido. Después, ella se acomodó para dar inicio a su aclaración.

—Os va a impactar, pero allá voy. Me figuro que oísteis el mes pasado lo de la comisaría corrupta.

—¿Cómo ignorarlo? —dijo Biel.

Las cadenas de televisión habían realizado durante semanas un despliegue propio de la boda de un príncipe.

—Resulta que fuimos nosotras las que desentrañamos la trama. Gracias a nosotras, y sólo a nosotras, el comisario y los policías que se comportaban como una mafia fueron detenidos. Nos vino de rebote, al escarbar en un caso menor.

—No me digas que por delatar a unos corruptos estáis mal vistas en vuestro trabajo —interrumpió Biel.

—Todo lo contrario, todo han sido alabanzas y reconocimientos, hasta que nos reunimos el lunes con nuestro inspector jefe y el comisario Casanova para la designación del caso Santos. Antes, el comisario nos informó a Blanca y a mí sobre diversos aspectos que sólo pueden saber los encargados del caso, aparte de nuestros superiores, claro. Luego atendió una llamada en su teléfono particular, cuando colgó, habló con el inspector jefe en privado y se marchó. Al rato asomaron los inspectores Matute y Carcelén, al primero ya lo conoces, son dos lameculos profesionales. El inspector jefe, en nombre del comisario Casanova, les adjudicó el caso en nuestras narices. —Su faz varió para transformarse en una mueca de repugnancia, se desahogó como si fuésemos nosotros los culpables de sus desdichas—. Durante muchos años he hecho el papeleo de otros policías sólo por la desconfianza que hay en esa comisaría para con las mujeres. Los pocos casos transcendentales que me han entregado los he resuelto satisfactoriamente. Cuando logramos dismantelar a esa banda y gentuza que se hacían llamar policías, nos situamos como las más eficaces de la jefatura y parte de Madrid. Y cuando por fin nos iban a encargar un caso de verdad, se lo dan a esos dos. No os digo más, siempre se las arreglan para que las pesquisas transcurran en un bar.

—Pero lo justificarían —intervine con perplejidad.

—¿Sabes lo que hicieron?, dijeron que Matute y Carcelén estaban a punto de destapar a los corruptos cuando nosotras nos anticipamos. Mentir con descaro, eso es lo que hicieron. Supuestamente les han concedido el caso

por ser más veteranos y tener más experiencia, y a nosotras de apoyo.

—Entonces, de algún modo, estáis en la investigación —dijo Biel.

—En esta comisaría ser hembra y actuar de apoyo significa rellenarles el papeleo a los inspectores asignados, recopilar los números de teléfono junto con las direcciones de los interrogados y demás mierda que nos quieren hacer tragar.

El camarero la interrumpió, traía una bandeja en la que portaba los cafés. Los repartió con rapidez, la misma con la que se marchó a otra mesa.

—¿Y ese es el fondo de todo?, ¿el machismo? ¿Y por qué no os excluyeron desde un principio? —adujo Biel.

—La llamada, Gabriel, la que recibió el comisario Casanova, ése es el fondo de todo como tú dices. Matute y Carcelén son célebres por su ineptitud, muchos sospechamos que chantajean a delincuentes a cambio de abandonar su cometido respecto a ellos, aunque no se ha podido probar. Un apunte, Matute, el más veterano de los dos, proviene de la comisaría corrupta, es íntimo de muchos de los detenidos.

—¿Quieres decir que hay alguien en las alturas al que no le interesa que se esclarezca lo de los empresarios?

Se me adelantó Biel en señalar lo mismo que tenía intención de hacer yo. La inspectora abrió los brazos para confirmar que ésa era su opinión, luego tomó un sorbo de la taza y asintió.

—Así que estáis en el caso por principios —dije.

—Trabajo de policía, es mi obligación, aun arriesgando nuestra carrera. Blanca lleva unos meses conmigo y dice que prefiere que la expulsen a ejercer para gente que no ve más lejos de lo que entre en su bolsillo.

—Ahora entiendo que hayas acudido al Gobierno Militar, no teníais otra vía. Por eso necesitáis ayuda, por eso viniste ayer a la librería y por eso has traído las flores. Tus disculpas no han sido sinceras, qué ingenuo soy —intervino Biel, indignado.

—Alto, Gabriel, no jodas, mis disculpas van en serio. Si no aceptas ayudarnos lo entenderé, pero no vengas con ésas porque nunca he ido detrás de nadie con ningún provecho.

Se produjo un incómodo silencio en el que creí que se lanzarían improperios. La tensión que engendraron entre los dos podría estallar en cualquier momento. Biel ni siquiera pestañeó, hasta que al minuto se pronunció:

—Está bien, me disculpo, sé que eres como dices, esta tarde te has

excusado tú y ahora lo hago yo.

—No pasa nada, yo he comprado las flores, tú pagas la cena —sugirió Carla.

Ella y yo soltamos estrepitosas carcajadas, Biel sonrió e hizo un gesto de negación con el dedo índice.

—Tú pagas lo mío y yo lo de Acosta, tal y como habíamos convenido.

—Ni de coña, yo me hago cargo de todo —dijo la inspectora que tan bien me caía, a ratos.

Concluida la interesante velada, Carla se prestó a llevarnos en coche cuando descubrió que habíamos llegado en metro. Eran las doce de la noche, contando con que tendríamos que coger transbordos se nos podría hacer muy tarde, asimismo, cada uno viajaría por líneas distintas, por lo que ni siquiera iríamos juntos. Fue un detalle digno de agradecer, aunque si hubiese sabido que era un peligro al volante hubiese tomado el metro, un taxi o hasta un *rickshaw*. Eso sin añadir el complejo de chimenea industrial que había escondido hasta entonces y la retahíla de injurias que disparaba por la boca a otros conductores.

El automóvil era amplio y confortable, me senté detrás. Carla nos consultó si nos molestaba que fumase, ninguno se opuso, a pesar de no agradarnos. Se dispuso a encender un cigarrillo en marcha, a una velocidad imprudente, por fortuna, lo hizo rápido. Hacía un rato que circulábamos cuando un todoterreno invadió nuestro carril.

—Será canalla, ¡qué te crees, el puto rey de la carretera! —aulló Carla con el cilindro humeante pegado a los labios.

—Alguno tendría problemas para manejarse en el aeropuerto —la respaldó Biel, luego se refirió a la tercera víctima—. Así que ese tal Óscar Lluch también hizo la mili con Santos y Cabrera, ¿y no se sabe si tenía alguna otra vinculación con ellos?

—No se sabe nada de nada. Madrid, Boston y Valencia, estamos ante una matanza, pero a saber por qué —respondió Carla.

—¿Y si hicieron algo en la mili? —apuntó Biel.

—¿Algo?, un delito, quieres decir —contestó ella.

—Sí, aunque también puede que presenciaran uno y el responsable los haya eliminado por ello —conjeturó él.

Carla no respetó una señal de ceda el paso en un cruce y circuló acelerando con exageración, provocó que el vehículo al que le correspondía el paso frenase y nos dedicase un claxonazo.

—Qué pitas, miserable —soltó la inspectora por la ventanilla.

—Por nosotros tampoco hace falta que corras, ya haces suficiente con llevarnos —comentó el librero.

—Cuando empiece a correr ya te enterarás. Respecto a los asesinatos, puede ser cualquier cosa, pero hace más de treinta años que hicieron la mili, no creo que nadie los haya matado por temor a que le delatasen. De todas formas, es inútil conjeturar —arguyó, a continuación, cambió de tema—. ¿Qué tal vas, salado? —me dijo, me miró por el retrovisor.

—Bien, bien, distraído —dije.

—Aclárame una cosa sobre el tipo ese del chándal y la gorra que ha seguido a Gabriel. Cuando has dicho que controlaba todo lo que había a su alrededor, ¿a qué te referías con exactitud? —me consultó con el cigarrillo en la boca, alternó la calzada con mi rostro, tuvo que perder de vista la carretera varias veces.

—Pues a eso, no sé qué quieres decir —contesté confundido.

—Te ha dado la impresión de que estuviese preparado, formado por los cuerpos de seguridad, o simplemente era un chiflado que jugaba a policías y ladrones.

—No sé qué responderte, cualquier cosa.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Biel.

—Hace unos meses hubo unas denuncias en la comisaría, un perturbado perseguía y amedrentaba a la gente, pero no fue a más. Tranquilízate, estoy segura de que es ese espécimen, es inofensivo, debe de ser un entretenimiento. ¡Jodido anormal! ¿Te puedes creer?, se pegan atrás para que aceleres o te quites del medio.

Señaló con el cigarrillo a un utilitario que circulaba por detrás, luego nos detuvimos en un semáforo y machacó la colilla en el cenicero.

—Eres muy divertida —afirmó Biel con una cara de felicidad que contrastaba con los sentimientos que le había provocado esa mujer hasta esa tarde.

—Siempre he sido igual, que yo sepa, o es que se te ha borrado de la memoria.

—Tiendo a olvidar lo negativo, eso es.

Con esa frase, Biel promovió una tirantez que me asustó por la reacción que podría arrancar en la temeraria conductora. Ésta volvió a iniciar la carrera antes de que el disco rojo cambiase al verde.

—No deberías juzgarme por acciones del pasado, y menos cuando no

posees toda la información de lo que sucedió —apuntó Carla.

—Puede que estés en lo cierto, ¿quién sabe lo que deparará el futuro? —comentó Biel.

El vehículo se fue deteniendo poco a poco, hasta que Carla tiró del freno de estacionamiento.

—No pienso mucho en el futuro, más bien voy paso a paso, todavía no ha terminado esta noche. Calle del Olivo, a la altura del centro comercial. Cotilla, tu parada —indicó, se retorció sobre el asiento y me miró sonriente.

—Sí, aquí es —dije sin moverme.

Biel me contempló sesgadamente.

—Hasta mañana, Acosta, nos vemos en la tienda —me dijo el jefe.

Les dejé cuando menos me apetecía, la conversación se tornaba emocionante, pero mi casa estaba a escasos cien metros y no se me ocurrió ningún pretexto para quedarme. Desde la acera me despedí con la mano, la inspectora escapó fugaz, propagando un desagradable tufillo a caucho quemado.

9

Pacto

Una mañana más, una jornada laboral nueva, esta vez me dirigía al trabajo con otro ánimo, y no sólo porque fuese viernes, sino porque me embargaba una curiosidad fuera de lo común. Sabía que sería difícil de tantear y con probabilidad me costase uno de sus berrinches, pero mi intención era interrogar a Biel hasta que cantase. Por supuesto, además de su potencial relación con Carla, también me interesaba el nuevo crimen, el que nos anunció la inspectora, otro empresario asesinado del mismo modo, éste en Valencia.

Antes de coger el metro compré un periódico con la tentativa de informarme, pero resultó que yo sabía más que lo publicado. Lo busqué en la portada, al ser la tercera víctima con el mismo *modus operandi*, presentarían al autor como asesino en serie, pensé. No obstante, tuve que darle unas cuantas vueltas y desmenuzarlo, hasta tal punto fue así, que desparramé las hojas por accidente a lo largo del suelo del vagón. Lo encontré en las páginas interiores, en un pequeño recuadro con la noticia modificada. Se centraban en el hallazgo del cadáver por unos ciclistas en la orilla de un camino de tierra, oculto entre el ramaje frondoso. No aclaraban demasiado sobre la muerte, aludían a que había sido ocasionada de forma violenta, presuntamente para desvalijarle.

Me inquietaba qué poderosa organización, institución, poder público o privado podría influir para que a la prensa se le disfrazase la verdad, o para, en el caso del periódico, televisión, agencia o grupo de comunicación que estuviese al corriente de lo acontecido, hacerle cambiar de opinión para encubrirlo a propósito, como sabíamos había hecho el periódico en el que escribía Pedro. Sospeché que los homicidios encerraban una trama que englobaba a mucha más gente que a un solitario ejecutor.

Suponiendo que la librería permaneciese cerrada como cada mañana, me sorprendí cuando al aproximarme vi que la verja estaba subida. No me hice ninguna cábala y asumí que el jefe había acudido antes de lo acostumbrado. Al verle me entusiasmé, organizaba el negocio para su apertura al público,

menos jaleo para mí. Las emociones pronto variaron, la causa fue un desagradable asunto.

—¿A qué se debe su honorable presencia a estas horas tan tempranas? —le dije como saludo.

—Acosta, no empieces con tu ironía que he venido animado y no quiero enturbiarme.

—Vaya, te sentó bien la cena. Veo que llegaste entero a casa.

—Fue una idea excelente que vinieras para contarle a Carla lo de ese pirado que me persiguió. Me tranquilizó. Está casi segura de que se trata de ese trastornado que atosiga a la gente como afición.

—¿Qué tal cuando me marché? —solté aventurándome.

Es una manía que, aunque he intentado corregir, no lo consigo. Al parecer, una parte de mí me exige satisfacer al chismoso que llevo dentro.

—Fue agradable su compañía, permanecimos un rato en el coche, cerca de mi casa —respondió abstraído.

—Ah, y qué pasó, digo... ¿cómo habéis quedado? Me refiero en cuanto a lo del caso, desde luego.

Sonrió con descaro para jugar con mi morbosa mente. El talante con el que me recibió fue distinto al de días anteriores, cuando le había insinuado su emparejamiento. Fue entonces cuando me anunció el fastidioso asunto.

—¿Te acuerdas de Cantera? —me preguntó de repente.

—¿Qué le pasa a ese impertinente?

—Veo que no te cae muy bien. Pues es una lástima porque vais a ser colegas por un tiempo indefinido.

—Lo haces para castigarme, creo que es innecesario, aunque tú mandas, claro.

—Voy a ayudar a Carla con las entrevistas, me va a quitar mucho tiempo. Imagino que preferirás el refuerzo de Cantera a hacerte cargo de todo el trabajo.

Francisco José Cantera, veintisiete años. Biel solía llamarle los meses que preveía mayor asistencia, como diciembre, también cuando yo disfrutaba de mis vacaciones. Su ocupación habitual era la de *disc jockey*, o *diyeyi*, como se dice ahora, en definitiva, el pinchadiscos de toda la vida. Cómo no, conoció a Biel una noche de juerga. Siempre se mostraba disponible y sabía cuidar del cliente, otro punto a su favor era que se esforzaba y hacía lo que se le pedía. No lo soportaba, parloteaba, parloteaba mucho, no callaba, incluso delante del cliente. Conmigo se comportaba de manera insolente, me

vacilaba. Y, por si fuera poco, era de esos que se creen graciosos a pesar de su escasa chispa.

Lo admití sin emplear impedimentos ni quejas, sería para una corta temporada. Me seducía más descifrar cómo fue el final de la noche con Carla y qué habían convenido.

—Entonces ayer no os enzarzasteis en otra discusión —indiqué con el objetivo de sonsacarle, también porque me complacía que sentase la cabeza de una vez.

—¿Por qué lo dices?, hemos tenido nuestras rencillas, pero está todo solucionado. Hablamos sobre el pasado, aunque sigo sin comprenderla, podemos tratarnos civilizadamente.

Tras esas palabras, tuve claro que todavía le atraía.

—Si aceptas mi consejo, ni se te ocurra pasar de una amistad, sois incompatibles —practiqué la psicología inversa como en el restaurante, esta vez aposta.

—¿Me has oído decir otra cosa?, no sé ahora a qué viene tanta mala palabra hacia ella, deberías estarla agradecida por llevarte a casa.

—Y lo estoy, sólo que no volveré a subirme en un coche conducido por esa *fitipaldi*.

—Tampoco fue para tanto, aunque dé otra impresión controla al volante, sabe lo que hace.

No quise porfiarle más para que no se desviase de la cuestión que más me fascinaba. Le insistí con la colaboración que le iba a prestar, tal vez se le escapase una pincelada de la conversación que mantuvieron.

—¿Y en qué consisten esas entrevistas?, te habrá sugerido unas preguntas determinadas.

Antes de abrir me lo contó todo, y sobre el otro tema aún más interesante, también. Asombrosamente me relató hasta lo que ella le dijo que había sucedido después de cortar la relación en la universidad.

Cuando me dejaron en las inmediaciones de mi casa, recorrieron Madrid a más velocidad que la media de los demás vehículos, zigzagueando como si acudiesen a una emergencia. Al alcanzar la calle donde se emplazaba el apartamento de Biel, Carla aparcó sin previo aviso. Le anunció que debía decidir en ese instante si contribuiría en la investigación. Le miró sin pestañear, como si con ello fuese a influir en su decisión.

—Me gustaría que me contases cuál sería mi cometido, no puedo

acceder sin estar antes al corriente —exigió Biel.

—Te citarías con algunos de los compañeros de mili que hemos localizado. El reemplazo constaba de ochenta individuos, hemos conseguido las direcciones actuales de veintitrés. Hay uno en Madrid y dos en el área metropolitana, el resto de fuera de la Comunidad. Comenzarías por ellos, te presentarías con otra identidad, los tantearías hasta ganarte su confianza, cuando te asegurases de que no corres peligro, les consultarías acerca de Santos, Cabrera y Lluch.

—¿Peligro?

—Cualquiera puede estar implicado, sabemos que los asesinatos están relacionados con su estancia en la mili, es lo único que une a las tres víctimas. Por eso te digo que debes ir con cautela, si recelas no husmees, me llamas y nosotras nos encargamos.

—Salgo de allí y os llamo.

—Sí, si no fuesen tantos podríamos hacerlo nosotras. —Hizo una pausa, le sobrevino una expresión de preocupación, cabeceó y continuó—. ¿Qué estoy haciendo?, no tengo derecho a pedirte esto, te expongo al riesgo. Además, es lógico que desconfíes, no terminamos de la mejor forma.

—Puede ser, no sé, no he vuelto a saber nada más de ti en veinte años.

—Creo que te debo una explicación.

—Cuando íbamos hacia la casa de Acosta me has dicho que no disponía de toda la información de lo que ocurrió.

—Ha pasado tanto tiempo que ahora lo veo de otro modo, no sé cómo empezar.

Compartir el reducido habitáculo con Carla y recordar aquellos lejanos meses en los que todavía era un ingenuo muchacho le incomodó, pero según transcurrió el diálogo supo superarlo sin que surgiera ningún conato de bronca.

—Debiste decirme que para ti sólo era un entretenimiento.

—Pero eso no es verdad. Verás, en aquella época no te fui del todo sincera. Fue cierto que lo había dejado con mi novio, y también lo fue que en un principio no quería otros compromisos, pero tú... tú me tratabas como ningún chico lo había hecho. Tú veías en mí más que una cara bonita, y eso me gustaba porque sabías distinguir que en mi interior había una persona que sentía. A esa edad los tíos sólo se fijan en las tetas y en si pueden... bueno, ya sabes.

—¿Y qué es lo que pasó?

Ella lo miró titubeante.

—Cuando sucedió lo del robo en el campus, aunque hubiese concluido la relación con mi exnovio, no quería que le ocurriese nada malo, pero yo a él no le importaba tanto, como me demostró. Es falso que volviésemos a retomar el noviazgo como te dije en su día, francamente, no volvimos a estar juntos. Se enteró que tú y yo éramos pareja y que habías protegido con tu testimonio a aquel compañero tuyo al que acusaron. Mantenía alguna riña con ese chaval, y al no poder incriminarle, quiso vengarse de ti y me amenazó, o te abandonaba o junto con sus amigos te darían una paliza de muerte, y hazme caso, eran capaces de ello. Cuando tú y yo dejamos de vernos, declaré lo mismo que tú para exculparte. Me estuvo vigilando, me tragué mis sentimientos y me alejé de ti para salvaguardarte.

—Debiste decírmelo, no hubiese permitido que nos separaran.

—Era una cría, me asusté, esos chalados te hubiesen... Da igual, el pasado ya pasó. Ahora te necesito y a la vez no quiero que corras peligro por mi culpa.

—No entiendo, ¿cómo pudiste permanecer con un tipo de semejante calaña?

—Estuve con él hasta que descubrí su verdadera personalidad, fue el germen de la separación. Lo siento, Gabriel, siento el dolor que te originé.

—Como bien has dicho, el pasado ya pasó. De momento te ayudaré, pero debes contármelo todo.

—De acuerdo, pero júrame que no te arriesgarás por claro que lo veas.

Se tendieron la mano para sellar el pacto. Carla le entregó una lista de tres nombres con sus datos correspondientes. Le especificó cómo debía presentarse para no crear suspicacias que le delatasen, cómo debía hablar y hasta cómo gesticular.

—Tengo una duda, las víctimas pertenecían al mismo reemplazo, pero la causa de sus asesinatos podría derivar de cualquier otro, tengo entendido que en los cuarteles se mezclaban todos.

—Lo sé, pero se supone que sus quintos pasaron más tiempo con ellos. En todo caso hay que ir paso por paso, primero estos tres, de no sacar nada en claro ya buscaremos por otro lado.

Antes de despedirse, Biel quiso interesarse por su vida, creyó que era lo más apropiado ahora que se habían reencontrado, ella hizo lo mismo.

—Así que divorciada.

—Mi ex es un pedazo de cabrón que no se lo deseo ni a la mayor zorra

del reino. ¿Y tú qué?, me resulta extraño que no te hayas casado.

—Para divorciarse antes hay que casarse, escojo el amor libre.

—Te has vuelto pesimista, antes tenías un pensamiento más favorable, incluso diría que hasta eras optimista.

—Y lo sigo siendo, excepto en este campo, antepongo la cautela.

—No soy la más indicada para llevarte la contraria.

—Cuéntame, ¿tienes niños?

—No, por suerte para ellos no nos dio tiempo. ¿Cómo están tus padres?

—Fallecieron con pocos meses de diferencia en Soria, en el caserón, hará pronto ocho años, fue duro, lo fue.

—Lo siento, Gabriel. Mi padrastro murió hace años, pero no fui al funeral, desde la universidad no congeniábamos. Mi madre, la pobre, está en una residencia de ancianos, mi profesión me absorbe y no puedo atenderla como me gustaría, la visito todo lo que puedo. Saúl, mi hermano, trabaja en el extranjero.

—¿Saúl se recuperó de las dificultades que tuvo en la infancia?

—Sí, al final superó la falta de nuestro padre biológico.

Departieron extensa y superficialmente, salvo detalles como el estado de sus familiares, la conversación trató acerca de nimiedades. Acordaron que se llamarían por teléfono, si tendrían que citarse lo harían fuera de la comisaría. Biel sólo se pondría en contacto con ella o con Blanca Pedraza, su compañera.

Charlábamos apoyados en el mostrador, de espaldas a la puerta, cuando una estridente voz nos sacudió provocando que me sobresaltase. Me volví expectante. Supuse que sería el responsable de las máquinas de café y de zumo, puesto que estaba avisado para la reposición de ambas, pero para mi infortunio se trataba de Cantera. Biel le había llamado a las ocho de la mañana, dos horas después se encontraba preparado.

—¡Qué os contáis, aquí está diyei Cantera, dispuesto a animar la librería más molona de todo Madrid!

Vino hasta nuestra posición con rápido y nervioso andar. Cuando estuvo a nuestra altura inició un movimiento para saludarme con un choque de manos. Hubiese permanecido con los brazos cruzados y una expresión seria, pero ante todo debía prevalecer la educación. Saqué la mano para que coincidiera con la suya, pero amagó y esquivó mi gesto. Sin sonrojarse se la tendió a Biel y se la estrechó, como un saludo normal de una persona normal.

—Buenos días, Cantera, ¿qué tal el ajeteo nocturno? —le preguntó Biel.

—Lo de siempre, los mismos garitos y las mismas caras. Hace siglos que no te veo el flequillo por el local.

—Hay una edad para todo, ya te tocará.

—A mí eso no me pasará, vivo de la noche, colega. Y tú qué, muermo de tío, ¿sigues por aquí de paripé?, ¿haciendo que trabajas? *Tranqui, tranqui*, es broma —me soltó a bocajarro.

Me dediqué a revisar unas referencias en la libreta, maldiciendo la insensata idea de traer a ese comediante.

—Me voy a hacer un papeleo, no volveré hasta última hora de la tarde. Cantera, ya sabes cómo funcionamos. Acosta, le aclaras las dudas que pueda tener. Eso es, hala, a pasarlo bien.

Biel se despidió sonriente, yo sabía realmente cuál era su destino: entrevistar a los compañeros de mili; pero no lo iba a compartir con Cantera. Me planteé la indiferencia hacia él, no obstante, fui un incauto y consideré que podría haber madurado, aunque en la presentación no lo hubiese demostrado. Opté por tratarle con respeto, si Biel le contrataba sería por alguna razón. Esperando a que entrasen los clientes, procuré que congeniásemos, era preferible que permanecer a disgusto.

—¿Cómo llevas lo de pinchar discos? —le pregunté con afabilidad.

—¿Pinchar discos?, ¿tú de dónde sales? ¿Eres el mismo rancio de la otra vez? Te voy a poner al día, cuando vayas a casa tu novia no te va a reconocer. La aburrirás con tu pedantería y esas maneras de estiradillo que te gastas...

Siguió hablando, pero yo ya no escuchaba, en buena hora se me ocurrió darle palique, vaticiné un mal día.

10

Periodista impostor

La jornada avanzó de forma lenta y pesada. La asistencia fue la frecuente, el trabajo el habitual, la compañía fue la nota discordante. Cantera no me importunó demasiado comparado con otras ocasiones. Manejó temas comprometedores delante de los clientes, pero sospeché que lo hizo porque advirtió que sus vaciles y sus chistes insulsos no me agitaban.

Probó suerte y habló de cuestiones íntimas en el transcurso de las ventas o cuando los compradores estaban próximos, pero me lo tomé con calma, el único que se ponía en evidencia era él, me convencí. Por ejemplo, cuando entró un matrimonio de unos treinta y pocos años y Cantera me interrogó sobre el último botellón en el que había participado, me implicó para que respondiera. La pareja, cercana al mostrador donde estábamos los dos, curioseaba entre unos ejemplares de lectura infantil. Comprobé que atendían a los comentarios inoportunos de Cantera cuando vi medias sonrisas en sus labios. Eludí al pinchadiscos y simulé ordenar. Al insistir éste con mayor desvergüenza, me manifesté animado. Interpreté el papel de chico bueno y prudente que jamás había acudido a una fiesta donde el objetivo fuese alterar el estado de conciencia. Aun siendo mentira, mis palabras gozaron de credibilidad.

Biel apareció a las siete y media de la tarde. Cantera me describía con detalle las innumerables veinteañeras que habían brincado sobre la cama de su piso alquilado. El calvario se terminó por ese día.

—¿Alguna novedad? —preguntó el jefe.

Mi lenguaraz subalterno no me permitió pronunciarme.

—Productiv...

—Cojonudo tío, nos hemos hecho inseparables, le he dado unos consejos a Acosta que le van a venir de...

—Vale, vale, entiendo, si quieres te puedes marchar, Cantera. ¿Mañana a las diez? —le propuso Biel.

—Aquí estaré, puntual como el reloj de la Puerta del Sol. Me abro, colegas.

Se colocó a la espalda la mochila con la que se presentó por la mañana y salió hacia la calle con sus andares de afroamericano del Bronx.

—Me alegro de que os llevéis bien, ¿ahora le aguantas? —se extrañó Biel.

—El secreto está en ignorarle —afirmé con timidez, creí que le podría molestar al ser su amigo.

—Ya te ha costado cogerle el truco, si no te puedes volver loco. Y no le has alternado bebido, entonces no vale desentenderse, si le es necesario te sujeta por la pechera y te recita al oído su vida día por día.

Imitó el gesto conmigo, soltamos estruendosas carcajadas. Imaginarme a Cantera ebrio agarrándole por el cuello para no escaparse de su locuacidad, suscitó que ejercitase el músculo risorio sin control. Tuvieron que entrar un grupo de turistas orientales que buscaban mapas de Madrid para que se nos cortase el jolgorio.

Ese viernes, agotándose la jornada, resultó ser uno de esos días en donde comenzaban a entrar clientes, y aun llegando la hora de cierre, vendíamos hasta que se desalojaba la tienda por sí sola. Extinguida la sucesión incesante de compradores, cerramos veinticinco minutos más tarde de lo acostumbrado. Por fin, después de bajar la verja, pude preguntarle por las entrevistas que debía de haber realizado.

—¿Te ha ido bien con los compañeros de mili?

Paseamos hacia la parada de metro. Durante la semana, por las tardes, había llovido tormentosamente, mezclado con el calor había dejado un ambiente húmedo, en las aceras se respiraba esa vaporización.

—He conversado con los tres de la lista que me entregó Carla, un operario de aeropuerto, un bombero y un barrendero. También he logrado telefonarme con otro del que Carla no tenía constancia, el bombero me ha proporcionado el número, hemos convenido en vernos mañana.

—Pero dime, ¿con qué excusa les has engatusado?

—Con la que me iban a aceptar con seguridad, me he hecho pasar por periodista, he argüido que quiero escribir una biografía sobre Herminio Santos. He supuesto que al ser tan popular no se negarían, a nadie le desagradará que su nombre salga en un libro sobre el hombre que ha llevado a un equipo de barrio a la élite del fútbol.

—Me gusta, ¿pero no han recelado cuando les has mencionado a los otros asesinados, a Cabrera y Lluch?

—Te cuento. Para empezar, me he dirigido al más cercano de los tres,

cerca del Puente de Toledo.

El primero era un operario del Aeropuerto de Barajas de cincuenta años de nombre Juan José que se incorporaba a las dos a su turno. Biel le localizó a las doce y media, por lo tanto, no tuvo mucho tiempo. Se habían convocado por teléfono para reunirse a las doce, pero mi jefe y la puntualidad no casaban.

La charla fue captada por una anticuada grabadora que guardaba de su época de universitario. En un restaurante vetusto pero pulcro, en una apartada mesa, se llevó a cabo el que a la postre fue un breve diálogo. Juan José, al sentarse, se desabrochó el cinturón del pantalón para liberar a su panza de las apreturas. A la vez que desenterraba vivencias de la mili, engulló un plato de alubias con chorizo que desprendían un olor sublime a cocina casera. Pronto se interesó por el tema al ser un forofa del fútbol. Dejó claro que él era seguidor de otro club distinto al que presidía Santos, como si el que Biel pensase que simpatizaba con el Ramagosa, mermase su dignidad.

—Dudo que pueda servirle, caballero, no he vuelto a ver a ese señor — dijo Juan José.

—¿Desde la mili no ha vuelto a contactar con Herminio Santos?

—Lo dicho, cuando comenzó a salir en la tele hace unos años enseguida caí en la cuenta de quién era, pero no había relación.

—¿Recuerda peculiaridades tuyas de cuando efectuaron el servicio militar?

—Hace tanto de aquello... Al principio tuvimos más trato, porque al ser de la misma ciudad siempre te juntabas más, después cada uno cogió su sitio. Había tanta gente que... Lo siento, han pasado más de treinta años, no puedo decirle nada con seguridad.

—Y por casualidad no se acordará de un tal Pelayo Cabrera y un tal Óscar Lluch.

—¿Esos quiénes son, caballero? —se sorprendió según mordía un trozo de chorizo humeante.

—Hicieron el servicio militar con usted.

—Pues ya sabe más que yo. Disculpe, ¿usted es del Ramagosa?

La pregunta, seguida de una mirada entrecerrada, atrapó desprevenido a Biel. No había calculado que sus entrevistados pudieran desconfiar de él por esta cuestión. Al ser el biógrafo del presidente de un club de fútbol, estimó que tal vez tendría que exteriorizar mayor interés por el deporte rey.

—¿Se me nota mucho?

—A la legua.

No obtuvo más, por lo menos de provecho. Se enteró de que Juan José había tocado el tambor en la banda del cuartel y de un par de anécdotas que le avisó eran divertidas, después de escucharlas Biel sólo sonrió por cortesía. Le asombró que retuviese en la memoria las historietas y no a los compañeros.

Tras la infructuosa entrevista viajó a Torrejón de Ardoz. En esta localidad se citó con un bombero de cincuenta y dos años en su centro de trabajo, estaba de guardia y era la única posibilidad. Para no perder la costumbre llegó cuarenta y cinco minutos tarde.

Entró en las instalaciones y fue conducido hasta un reducido pero acondicionado gimnasio donde el funcionario se cultivaba. Le atendió con un pantalón corto ceñido, marcaba unas piernas musculosas, fibrosas y torneadas. El tronco superior lo cubría parcialmente con una camiseta de tirantes, sus espectaculares brazos exhibían unos músculos desarrollados que Biel, hasta entonces, no supo que existían. El bombero le dijo que le llamase por su apodo, Cañón, como le llamaban sus amigos y en el trabajo, mejor que Zacarías, su nombre.

—¿Qué le parecen estos brazos?, ¿había visto antes semejante poderío?
—preguntó Cañón.

—La verdad es que está fuerte.

—Fuerte, dice, de aquí extraen el acero para los barcos, toque, toque.

—Sí, sin duda nuestra flota estará segura —comentó Biel en tono de chascarrillo.

—Así que una biografía, dice. Pero ¿usted está autorizado por la familia? —receló.

—Sí, y por él.

—¿Cómo dice?

—Quiero decir que antes de la desgracia el señor Santos me había contratado para elaborarla. Ahora me veo forzado a investigar sobre su vida. A pesar de las entrevistas con él todavía me faltan datos, por ejemplo, de cuando cumplió el servicio militar.

—Entiendo...

Cañón plantó cara de extrañeza; y es que, en ocasiones, cuando se miente y el interlocutor sospecha, cuanto más se explaya uno más le sugiere al otro que le intenta engañar. Biel fue consciente de su error y lo subsanó.

Por la manera en la que Zacarías le comunicó su apodo, intuyó que el ego le dominaba la conciencia, le ayudó que presumiese constantemente sobre su físico.

—Dígame una cosa, me invade una gran curiosidad, me gustaría saber de dónde le viene ese mote.

El encuentro se encauzó cuando el bombero esbozó una enorme sonrisa de orgullo en su morena tez de rayos uva. Bajó la mirada a su entrepierna y la subió con un levantamiento de cejas.

—¿Usted qué cree?

Biel remató su obra de ingenio y colocó la guinda.

—Si está tan bien dotado como musculado no quiero ni imaginármelo.

—Va a tener que conformarse con su imaginación, amigo, esto sólo lo puede admirar mi parienta, y bueno, de vez en cuando alguna novieta —dijo acumulando una muesca más a su ego.

Cañón, con exultante ánimo, le invitó a tomar un zumo en la cocina. El culturista le anunció que en ella estarían tranquilos, puesto que habían comido y a los compañeros de su relevo les gustaba echarse la siesta. Le ofreció manzana o uva, le dijo que los dos sabían a piña, pero que eran muy refrescantes. Se sentaron en una mesa rectangular en la que cabrían diez o doce comensales. Una vez estuvieron cara a cara, Biel sacó la tosca grabadora del bolsillo de la chaqueta y la situó entre los dos.

—Dígame, ¿mantenía algún tipo de vínculo con el señor Santos en la actualidad?

—Qué va, si desde la mili no le he vuelto a ver, si descontamos en la tele, claro.

—¿Qué tal se llevaron en el Ferrol?

—Verá, señor... Montesillo me ha dicho, creo que no soy el adecuado, apenas me relacioné con él, excepto desde el inicio hasta la Jura de Bandera, y eso fue un mes. Si no estoy equivocado, le asignaron la Tercera Compañía, hacía guardias en un arsenal, en un monte cercano, les enviaban diez días allí y diez días al cuartel. Se pasó la mili de un lado para otro, siempre pringando, como todos. A mí me tocó la Primera Compañía que estaba dividida en dos secciones: los que viajaban a las Comandancias de Marina del País Vasco, y los que iban a Capitanía, al palacete del Almirante.

—¿No coincidió con Santos?

—Ya le he dicho que no hablaba con el más apropiado.

El segundo tanteado no manejaba mucha más información que el

anterior. Biel se percató que sería más complicado de lo que imaginaba. Aparte de los años transcurridos que disminuían la capacidad para reconstruir el pasado, estaba el inconveniente de, quizá, no contactar con los camaradas más cercanos a Santos en el cuartel de la ciudad gallega. Sin embargo, cuando estimó que se iría de vacío, el bombero protagonizó, con un repentino gesto, uno de esos momentos en los que se advierte una circunstancia olvidada.

—¿Qué ha recordado?

—Ahora me ha venido a la cabeza. Santos y otros tres o cuatro fueron trasladados a mi unidad. Les enviaron a una comandancia de Guipúzcoa como castigo por alguna fechoría que cometieron. No puedo decirle más.

—¿Castigo?

—En el cuartel se vivía muy bien.

—No se acordará del nombre de los que le acompañaban.

—Vamos, señor Montesillo, ¿qué se ha pensado que soy, el guggle? Me acuerdo de Santos por ser quién es, o por quién ha sido, mejor dicho.

—¿Cabrera?, ¿Lluch?

—¿Esos qué son, futbolistas?

—Gracias por su colaboración, señor... Cañón.

En su vehículo, aparcado en el exterior del recinto, repasó lo grabado, lo mencionado por Zacarías podría tener transcendencia. De súbito, unas sacudidas bruscas le extrajeron de la atención puesta en la grabadora, era Cañón, que aporreaba la ventanilla.

—Vaya trasto, ¿el periodismo no le da para más?

—Me lleva, me trae y es económico. Pero ¿qué quiere?

—No sé dónde tengo la cabeza. Hace un año y medio, aquí cerca, hubo un incendio en una propiedad privada, una caseta en un árbol de ésas que fabrican los padres para los niños. Resultó que el dueño hizo la mili conmigo en el Tercio del Norte. Le identifiqué por una cicatriz en la barbilla y por el marcado acento gallego. Se mostró reservado, hasta que no insistí no entablamos conversación. Luego me aclaró que le habían reubicado en la cocina de otro cuartel de la región por el enchufe de un tío suyo..., un capitán creo que dijo. Nos intercambiamos los teléfonos por eso de haber conservado un pasado en común y por si en el futuro nos necesitábamos. No he vuelto a saber nada. Tal vez a él le suene el Santos de entonces. Si quiere le doy su número —dijo móvil en mano.

—Claro, me puede ser útil. Aunque desempeñase parte de la mili en otro

lugar, lo mismo hizo migas con Herminio. ¿Cuál es su nombre?

—Cristóbal Mosquera, me quedó buen poso.

Poco después, Biel se lo agradeció y se despidió. Aunque vivía relativamente cerca, a las afueras de Torrejón según las indicaciones del bombero, utilizó el teléfono.

—Diga, quién es.

—¿Señor Mosquera?

—Quién es —profirió su interlocutor de forma brusca.

—Me llamó Ángel Montano, soy periodista. Desearía concertar una entrevista con el señor Mosquera para hablar acerca de Herminio Santos. — No contestaron durante largos segundos—. ¿Oiga?, ¿me escucha?

—Le escucho, qué quiere de mí.

—Se lo he dicho, discutir unas cuestiones.

—No tengo nada que ver con el señor Santos.

—No me he expresado correctamente, quería consultarle sobre la época en la que hicieron el servicio militar —aclaró. Volvió a producirse un extenso silencio, Biel no entendía por qué—. Es usted Cristóbal Mosquera o no.

—Lo soy, estoy muy ocupado y no dispongo de tiempo para usted. Pero dígame un par de cosas, ¿cómo ha averiguado que hicimos la mili juntos?, y, sobre todo, ¿cómo sabe mi teléfono?

—El teléfono lo he conseguido por un compañero suyo de mili.

Los segundos transcurrieron. Biel observó la pantalla, pensó que al otro lado ya no había nadie.

—¿Compañero?

—Sí, salgo ahora de la estación de bomberos.

—Estamos, al bombero se refiere. Y ahora que ha fallecido el señor Santos, ¿qué quiere saber que yo le pueda decir?

—Herminio me contrató para escribir una biografía sobre él y me faltan datos.

—¡Una biografía! —exclamó, se volvieron a originar unos segundos de mutismo—. Tengo unos minutos para usted por la mañana.

—Gracias, señor Mosquera.

—Si le parece podemos vernos en la cafetería Ariz del campo de golf Capital, a las diez, diga que va de mi parte y le permitirán la entrada. ¿Sabe cómo llegar?

—Sí, allí estaré, hasta mañana.

En vez de una despedida, recibió silencio, luego repiqueteó la señal de llamada cortada.

Se citó con el último de la lista para dos horas después en Alcalá de Henares, en teoría a treinta minutos. Arrancó y se propuso comparecer con puntualidad. Por el trayecto tuvo que soportar una retención, aprovechó para analizar lo grabado. Dedujo que era improbable que de entre los veintitrés individuos localizados por Carla, hubiese quien pudiera suministrarle algún argumento de interés cuando ni siquiera sabía lo que buscaba. Lo revelado por Cañón sobre el destino al que enviaron a Santos y a otros tres o cuatro como castigo era la línea que debía seguir. Sin embargo, no se le ocurrió otra manera de preguntar por ello sin correr riesgo.

Llegó a un parque, que era el lugar convenido y aguardó. Se sentó en un banco enfrente de un escenario con forma de kiosco, la típica construcción donde se desarrollan bailes para jubilados y ceremonias de carácter cultural. Su entrevistado era un empleado de limpieza del ayuntamiento, le aseguró que le distinguiría porque iba vestido con un mono verde fosforito y azul. Sobre el césped se posaban las hojas caídas de los árboles, los ramajes de las copas habían adquirido un color amarillento. Inevitablemente, contempló el kiosco, recién pintado, blanco reluciente. En los bajos resaltaban unas ventanas enrejadas del mismo color y una puerta precedida de una ancha escalinata que descendía hacia el interior.

Sobre las cinco y cuarto se aproximó un empleado de la limpieza con paso perezoso, empujaba un carrito con compartimentos y aperos. Se detuvo ante la puerta del kiosco. Examinó a Biel en la distancia al mismo tiempo que sacaba un manojo de llaves y escogía una de ellas. Bajó los pocos escalones y abrió la puerta doble. Volvió al carrito y miró a su alrededor, no había nadie más, le echó un vistazo más prolongado al librero. Éste salió de dudas, se incorporó y fue hasta su posición.

—Buenas tardes, ¿es usted Doroteo Guzmán?

—Sí, señor, ¿usted es el periodista?

—¿Podríamos dialogar ahora?

—Para eso hemos quedado. Pase, hasta las cinco y media no cumplo mi turno y prefiero que mantengamos la charla sin curiosos.

El techo de la lonja era bajo, lo rozaba con la coronilla, debía andar ligeramente encorvado. Era profunda, oscura y olía a humedad. Al fondo vislumbró dos carritos más y utensilios para la limpieza. A la izquierda,

junto a la puerta, había unas taquillas grises de plástico y un banco metálico, debajo de éste diferentes pares de calzado. Por no permanecer encorvado se sentó en el banco, se tuvo que levantar de inmediato para dejarle paso a Doroteo, que empujó el carrito escaleras abajo hasta aparcarlo junto a los otros. El operario se sacudió las manos un par de veces y pronunció unas palabras con desidia:

—Pues ya está, un día menos. ¿Le molesta que fume?

—No, adelante.

—Pero siéntese, señor.

Doroteo cerró la puerta y abrió una de las ventanas. Tenía cincuenta y tres años, se adornada la oreja izquierda con un aro dorado. Sus movimientos y su forma de actuar desvelaban una apatía conformista. Se acomodaron sobre el metal frío del banco, Biel percibió que el amable barrendero despedía un leve aroma a vino.

—Veamos, señor Guzmán, me ha dicho por teléfono que frecuentó a Santos en su época de servicio militar —dijo después de activar la grabadora.

—Sí, servimos en Ferrol. Ha dicho por teléfono que era para su biografía, ¿mi nombre saldrá en ella?

—Eso depende de lo que me cuente.

—Puedo contarle mil anécdotas.

—¿Con él?

—Sí claro, no nos separamos en toda la mili.

Doroteo daba lentas y espaciadas caladas a su cigarrillo rubio, hacía memoria y expulsaba profusas volutas de humo.

—¿Se relacionaban en el presente?

—Sí, señor, solíamos vernos de vez en cuando para tomar nuestras copichuelas.

—Discúlpeme, no me entienda mal, su empleo es igual de digno que cualquier otro, pero con su amistad de por medio, ¿nunca le ofreció Santos un puesto en uno de sus hoteles o en el club de fútbol?

—Todos los días, señor, pero los rechazaba porque aquí estoy en la gloria, soy feliz con lo que hago.

Biel recapacitó, su actitud indolente y su falta de ánimo respecto al trabajo que desempeñaba le hicieron sospechar.

—No se separaron, dice, entonces usted realizó la mili en la casa del Almirante, hacía guardias en... como se llamaba...

—Capitanía. Jamás se me olvidará. Por las noches, en las guardias, se nos acercaban los yonquis con sus cartones de vino en la mano a pedirnos dinero, tabaco y a darle a la lengua, hasta que un día Herminio y yo nos cansamos y les apuntamos con las pistolas, corrieron igual que zombis, con torpeza —aseveró, luego rio con exageración.

—Señor Guzmán, Herminio Santos no hizo la mili en Capitanía, usted me ha mentado.

Cortó la carcajada de repente, de seguido, bajó la cabeza. Dio una tímida calada y exhaló el humo con lentitud. Alzó el rostro con las mejillas sonrojadas y buscó los ojos de Biel, apenas tardó un segundo en desviar la mirada.

—Lo siento —musitó, se palpó el aro de la oreja—, yo... Me gusta hablar de estas cosas y he visto la oportunidad.

—Tranquilo, dígame lo que recuerde de Santos.

—No lo recuerdo. Si sé que hicimos la mili juntos es porque la primera vez que le vi en la tele me sonó, caí en quién era por una foto que conservo.

—Y esa foto no la tendrá aquí.

—No, lo siento, la guardo en un álbum. Si quiere se la puedo prestar —sugirió el barrendero con determinación para intentar arreglar el traspié.

—¿En ella posa el reemplazo bajo unos arcos?

—Igualita, señor, los arcos son los del Patio de Armas del cuartel. Mi casa está a diez minutos, venga conmigo y se la dejaré.

Biel condujo hasta un edificio de dos plantas en el Casco Antiguo de Alcalá de Henares, donde Doroteo le indicó. Según callejeaba, el barrendero se recreó, le contó varios sucesos de su época en la mili, a cada cual más impresionante. Insistió para que subiese a su apartamento, Biel declinó la invitación. Permaneció en doble fila hasta que retornó con la foto en la mano, la captaría con el teléfono móvil, de este modo no tendría que volver. Como había vaticinado, se trataba de la misma imagen descubierta en La Velilla, en casa de la madre y el hermano de Pelayo Cabrera. Cuando ejecutaron la operación y antes de despedirse con cordialidad, probó suerte y le preguntó por Cabrera y Lluch.

—Lo siento, señor, le puedo recitar las anécdotas que me pida mejor que la alineación titular del Ramagosa, pero de los nombres no me acuerdo más que de algún mando. A estos los recuerdo porque eran unos cabrones que me putearon mucho. Perdí el contacto con los compañeros cuando terminé la mili —dijo con pena.

Nos detuvimos ante la parada de metro, habíamos paseado sorteando charcos y haciendo caso omiso a las señoritas con escasa vestimenta que ofrecían sus servicios desde esquinas o portales. No nos percatamos de que Carla caminaba por detrás nuestro hasta que escuchamos un chapoteo.

—Mierda, por poco me mojo entera. —Zarandéo la pierna para sacudir el zapato de tacón bajo que había empapado, luego nos miró complacida—. Así que has conseguido una fotografía, hubieses sido un inspector cojonudo.

—¿Nos seguías? —dijo Biel, se le escapó una sonrisa.

—Perdonar, chicos, no era mi intención, pero venía a buscarte y me he encontrado con la librería cerrada, luego os he visto a lo lejos y no he querido interrumpir.

—Mi propósito era el de llamarte más tarde para ponerte al día —apuntó Biel.

—Mejor cara a cara que por teléfono, ¿no crees? —dijo ella.

A pesar de no ser invisible me ignoraban. Me atrajo la forma en la que él la miraba, estaba ante el comienzo de un idilio, era cuestión de tiempo.

—¿Tomamos una copa y te lo detallo? —propuso Biel.

—Vale, ¿dónde vamos? —me adelanté, por si acaso.

—Tú a casa, ahí tienes el metro —señaló el jefe a su espalda sin ni siquiera volverse.

—Tampoco hace falta que seas tan desagradable, por lo menos podrías enseñarme la foto —me quejé.

—Uy, qué sensible —dijo Carla, varió su voz, pretendió ridiculizarme.

—Se me ha olvidado el móvil en la tienda —mintió, le había visto guardárselo en el bolsillo antes de cerrar la verja.

De todas formas, él poseía razón, yo estaba fuera de lugar. Además, cabía la posibilidad de que mi presencia perjudicase el avance del inevitable noviazgo, la fotografía podría verla al día siguiente. Con todo, quise aclarar una circunstancia pendiente desde la mañana.

—Antes de irme me gustaría comentaros lo insólito que resulta que los medios de comunicación no estén al tanto de lo que ocurre.

La inspectora me contestó rápida y tajantemente, quería despacharme.

—Unos estarán al tanto y otros no. Verás, Acosta, te aseguro que en la sombra hay alguien poderoso —aseveró con seriedad, impulsivamente, adoptó un animado tono—. Pero para eso formamos un equipo de puta madre, chicos. ¡Vamos a joder a esos bastardos por todos lados! —exclamó y

alzó los brazos en señal de victoria.

Me sorprendió, con sinceridad, me sorprendió. En ocasiones se comportaba como una perfecta mujer refinada, de las que no se salen de su papel por nada ni por nadie, otras veces, por el contrario, exteriorizaba con una brusquedad brutal sus sentimientos, como cuando nos llevó en coche. Por momentos podía llegar a asustar.

—Sólo quería comentároslo —dije con timidez.

Biel no se pronunció, era evidente que perseguía quedarse a solas con ella.

11

Simbad

Me despedí, descendí varios escalones y eché la mirada hacia atrás un par de veces. En ambas vi cómo la inspectora destapaba una reluciente sonrisa dirigida al librero. Me interné en el túnel iluminado que enlazaba con el andén del metro y esbocé un regocijo similar. Atravesando las baldosas manchadas de las huellas del calzado de todo un día de trajín, reparé en la ilusión que me produciría que mi amigo encontrase el amor con esa mujer que, paulatinamente, con su peculiar carácter, me estaba ganando. Aunque estaba seguro de que a Carla no la conmovería en absoluto lo que yo sintiera respecto a ella si lo supiese.

Me subí al vagón, pude elegir asiento. Los pasajeros leían, toqueteaban sus máquinas de bolsillo, conversaban entre sí o introducidos en sus pensamientos permanecían ensimismados. Durante los pocos segundos que estuvo detenido el metro, no me percaté de su presencia, pero justo cuando el tren emprendió la marcha progresivamente, le descubrí. Sentado en un banco de espera de la parada se hallaba ese hombre tenebroso. Vestido de distinto modo, pero también de *sport*, lo que no cambiaba era la gorra negra con la inscripción de *Simbad* en letras rojas. Me incorporé para buscar un mejor enfoque y comprobar que estaba en lo cierto. Y desde luego, así fue. Su boca apretada en una línea de desasosiego y su constante asentimiento dirigido hacia mí fueron un claro indicio de su intención. No pude verle la mirada, ensombrecida por la visera, pero ese desconocido-conocido me amedrentó a propósito. Se quedó atrás, en su asiento, mientras el metro se adentraba en el túnel.

En mi niñez, en mi dormitorio, cuando me acostaban por las noches, los contornos de la oscuridad se transformaban en todo tipo de monstruos y malhechores portadores de herramientas para descuartizar seres vivos. Con el tiempo aprendí que fueron miedos irracionales que mi cerebro no supo distinguir, que para ahuyentarlos utilizaba el llanto sin lágrimas que atraía a mi padre hasta que me calmaba y me dormía. Unas décadas después era consciente de que la reciente turbación que en mi cerebro se había

reproducido, no se debía a la penumbra y a ningún sinsentido fácil de solucionar con un simple lloriqueo, ese joven había alojado un pavor en mis entrañas capaz de inquietar al tío más duro.

Me mantuve estupefacto hasta que el metro volvió a detenerse. Sentí mis manos sudorosas al tacto con las barras de sujeción. Salí del vagón muy despacio. Me desentendí de la existencia de los demás viajeros que me acompañaban y de los que entraban por mis costados. Me aproximé hasta uno de los bancos metálicos y me senté.

Segundos, tal vez minutos permanecí en un estado de abstracción propio de un fumador de marihuana. Sabía que debía reaccionar, aunque una circunstancia me impedía hacerlo, no podía ser otra cosa que el miedo, el puro miedo.

Comencé a despejarme. Era ilógico que me hubiese bajado del tren subterráneo. ¿Por qué lo había hecho si aún me restaba un largo trayecto? Lo que me atemorizaba se distanciaba en una parada, no tenía sentido, o sí. Biel corría peligro, ese individuo misterioso no quería nada de mí más que asustarme, pero sí de él, lo había demostrado por dos veces.

Saqué el móvil del bolso, presioné la tecla de marcación rápida que me conectaría con Biel y me lo coloqué en el oído. La voz femenina de una grabación me reveló que el usuario con el que quería establecer comunicación estaba apagado o fuera de cobertura.

Con el teléfono en la mano corrí hacia la salida como si de ello dependiese mi equilibrio emocional, de hecho, esta apreciación no andaría alejada de la realidad. En la calle aminoré la velocidad para transformar la carrera en un caminar ansioso. Tecleé de nuevo el aparato, el desenlace fue el mismo que bajo tierra. No disponía de otra alternativa más que la de registrar el barrio.

Me orienté hacia la parada por la que me había introducido con anterioridad, donde me despedí de Biel y de Carla. Mi paso era nervioso. Revisé los alrededores y también me fijé en los locales en los que podrían haber entrado. Por suerte, conocía los gustos de Biel en este sentido.

Deduje que habrían entrado a tomar una copa en las cercanías. Era demasiado pronto para cenar, si lo que querían era hablar, conjeturé que podrían hacerlo en un *pub* de estilo vanguardista, acompañados de música suave. Me imaginé a Simbad vigilándolos en las inmediaciones de uno de estos establecimientos, volví a correr.

Me detuve ante un local, no había entrado jamás, pero por sus

características podría haber sido el elegido. Destacaban una fachada de azulejos color oro y una cristalera espejada. Los alrededores, ennegrecidos por la noche y mal iluminados, eran difíciles de diferenciar, así que probé.

Tiré de la puerta y me adentré en un espacio a media luz. Una camarera, de espaldas a mí, colocaba botellas en unas estanterías dentro de la barra. Los bafles emitían una relajante música a bajo volumen, olfateé un intenso olor a tabaco.

Me interné y pasé a la vera de un grupo de jóvenes, reían junto a unas cañas de cerveza apoyadas en la barra. En el extremo de ésta, un empleado que vestía un chaleco de piel cortaba trocitos de naranja en forma de media luna, exhibía tatuajes en torno a sus poderosos bíceps. Abriéndose en la pared del fondo unas escaleras de madera caían hacia otra dependencia. El camarero levantó la mirada y cesó de trocear fruta según le rebasaba. Mi llegada hasta los peldaños que descendían fue precipitada. Me detuve en el primer escalón puesto que parecía resbaladizo. De repente, noté que unas manos me agarraban de los hombros. Desconcertado, volví la cabeza, el musculoso barman negaba.

—Si quieres bajar al aseo debes consumir, estoy harto de repetíroslo.

—Sólo he entrado para buscar a un amigo.

—Por eso, estoy hasta los mismísimos de vosotros.

Me obligó a girarme y me manejó como a un muñeco hacia la salida, inexplicablemente, mis piernas le obedecían.

—Creía que había otra sala ahí abajo —argüí sin entrever qué sucedía.

Los muchachos de la barra, divertidos, me miraron cuando pasé a su vera.

—Consumes o mi váter no hace de narcosala. ¡Fuera de aquí! —me espetó, luego abrió la puerta y me indicó la calle.

La camarera me dedicó una mirada insensible y continuó ordenando botellas.

En la acera asimilé lo sucedido, me entraron ganas de volver, no obstante, tenía algo más esencial que hacer. Aunque podría haber sido mucho peor si ese guarda aseos hubiese utilizado sus rocosas extremidades con intención de agredirme.

Me decidí por ir directamente al *pub* favorito de Biel, un lugar moderno con una estancia aislada que escondía una especie de reservados. Según mi juicio, el siguiente paso para encarrilar el inicio de una relación, bien se podría llevar a cabo allí. Familiarizado con la galantería con la que el librero

desbordaba a sus conquistas de una o dos citas a lo sumo, era el lugar ideal.

Junto a la entrada, en un sofá, una pareja joven adherida a un cochecito trataba de calmar a su bebé. Ambos giraron los cuellos al percibir mi impetuosa llegada. Recapacité y moderé mis formas. Olía a lavanda con un toque de fresa, sonaba música *pop* con moderación. Fue fácil comprobar que no estaban debido a la inexistencia de clientes, por lo que me dirigí hacia el reservado. Un pasillo separaba ambas estancias, cuando fui a introducirme por él, se plantó ante mí una camarera, mostraba una reluciente mueca.

—Lo siento, señor, esto es un reservado, ahora mismo está completo. Si desea sentarse en una mesa, tiene disponibles, le atenderán en breve —me anunció.

Opté por tomar la vía del entendimiento entre personas; intenté transformar el rostro en un apenado gesto de sufrimiento.

—Señorita, hágame el favor, es vital que localice a una pareja que puede que esté ahí.

—Nuestros clientes vienen por la intimidad que les proporcionamos, usted no puede entrar por las bravas.

Su sonrisa se disipó. Cualquiera diría que aquello era un simple *pub*. Me vino a la mente un local de alterne, con los parroquianos rondando entre la penumbra y el humo de tabaco.

—Hagamos una cosa, usted entra conmigo y repasamos la sala en un santiamén.

Le enseñé con disimulo un billete de diez euros, como en las películas.

—No, le he dicho.

Cambié de táctica, me arriesgué a cualquier complicación.

—Conforme, señorita, si no se puede, no se puede, perdone las molestias.

La sonrisa retornó a su rostro y se dirigió a la barra con avidez, la misma avidez que desplegué yo para salir disparado hacia el pasillo vedado. Cuando penetraba en la sala privada, sus berridos me horadaron los tímpanos. De un momento a otro me topé con dos hileras de biombos translucidos, una a cada lado de la habitación. Los biombos estaban colocados escalonadamente, de forma que ningún asistente pudiese cotillear lo que ocurría en los otros compartimentos. La estridente voz de la incorruptible camarera se cernía sobre mí, así que actué con urgencia y terminé con aquello por la vía rápida.

—¡Biel, Carla, estáis aquí!, soy Juan Edua... ¡Acosta!

Superando los biombos surgieron veinteañeros chicas y chicos, un par de

cuarentones y en el apartado del fondo dos mujeres de unos treinta años, todos ellos atrapados por mis gritos.

—Señor, por favor, no grite y salga de aquí —me aconsejó la camarera.

—De acuerdo, de acuerdo.

Alcé los brazos de forma que fuese evidente que era inofensivo, mi voluntad era la de irme. Recorrí el pasillo con la chillona voz de la empleada repicando. Entré en la estancia principal, la joven pareja del cochecito me miró, otros camareros venían hacia mí. Salí y veloz me interné por una calle amplia que desembocaba en la parada donde me había despedido media hora antes de Biel y de Carla.

Fue un desastre, mi tentativa de avisarles no resultó, ni siquiera los situé. Los jaleos protagonizados fueron patéticos, recé para que no me hubiese reconocido ninguno de nuestros clientes, y no por mí, sino por la imagen de la librería.

No podía olvidarme del semblante seco del acosador. Lo peor era la sensación de impotencia por no localizar a Biel. Volví a hacer uso del móvil como remedio, pero recibí la contestación grabada que me negaba la posibilidad de contactar.

Me detuve en la entrada del metro, giré trescientos sesenta grados sobre mí mismo y contemplé el entorno lúgubre. La noche envolvía las céntricas calles de Madrid alumbradas con intensidad baja, a pesar de ello, procuré atisbar en un último suspiro de providencia a la pareja, pero el destino no fue benevolente conmigo.

Descendí nuevamente hacia las profundidades con el espíritu puesto en mi casa, donde estaría a salvo de cualquier mal. Al bajar las escaleras y adentrarme en el túnel, un gato sucio le taponó el paso a un pequeño ratón que corría junto a la pared.

Repasando lo ocurrido, me convencí de que irme sería lo más conveniente, pues la otra opción era visitar la infinidad de locales de la zona, pero esto no me aseguraba que atinase. Desde casa volvería a llamarle hasta dar con él y confirmar su bienestar y el de Carla.

Un perezoso resoplido delataba el sentido de mis pensamientos. Cuando crucé la línea de validación de billetes y traspasé el pasillo posterior con un desánimo que se manifestaba en mis andares, todavía con media ciudad por recorrer entre túneles, el quebranto fue en aumento. Por si fuera poco, de súbito, un sobresalto activó la sangre de mis venas y precipitó mi corazón al borde de un ataque. Un par de pasos antes de abandonar el túnel y acceder al

andén, mi caminar se vio bloqueado con brusquedad por una persona que se ancló delante de mí. En mitad de la confusión me di cuenta de una circunstancia lógica que otro mecanismo de mi cerebro rechazaba: era posible que se tratase de Simbad. Noté una gota de sudor que me resbalaba por la frente, la ceja derecha le cortó el paso. Por los costados de mi torso unos hilos de líquido frío se deslizaron hasta perderse en la cintura del pantalón.

Mi temerosa vista ascendió desde sus deportivas de inacabable pie, trepó por su pantalón de chándal azul marino y pasó por la sudadera de cremallera del mismo color, se estancó en su cara impávida y su gorra negra. Era la primera vez que le veía la faz al completo, era joven, pero no tanto como había pensado, superaba los treinta años. Sus ojos de color carbón, apagados, se clavaron en mi expresión atónita. Yo forzaba el cuello para mirarle, puesto que él medía veinte centímetros más. Aprecié que mis huesos temblaban. Fueron unos breves segundos, pero juro que parecieron muchos más. Por fortuna, unas voces intervinieron, alguien venía discutiendo hacia nosotros por el túnel alicatado desde la línea de validación de billetes. Simbad levantó la vista hacia el fondo del pasillo, la bajó, sin ni siquiera hacer un gesto o una mueca se echó hacia un lado, luego se movió como un fantasma, sin hacer ruido me sobrepasó. No quise mirar, la parálisis tampoco me lo permitió, confié en que se estuviera alejando.

A los pocos segundos, tres adolescentes desfilaron por mis costados con indiferencia, me ignoraron aun hallándome en mitad del pasadizo. Mi olfato se estimuló a su paso por la mezcla de perfumes. Me volví con lentitud, detrás de mí el pasillo estaba vacío. No obstante, mi subconsciente se las arregló para que mi corazón experimentase un nuevo tambaleo, al creer que el guarda de seguridad que se incorporó al corredor por el fondo era ese hombre oscuro.

Me sumé al andén, me fijé en el tiempo que restaba para que compareciese mi tren y me dirigí a los asientos. El lejano rumor del metro se acercaba, en pocos segundos se presentaría, no era mi línea, pero preferí cogerla, más adelante haría un transbordo.

Los vagones se contoneaban debido a la velocidad, viraban por el entresijo de túneles fugaces hacia su destino. Las personas que no conversaban entre sí clavaban la mirada en el suelo o en el infinito. Cada individuo se mantenía distraído de distinto modo, me dije que me gustaría cambiarme por cualquiera de ellos.

Como quiera que fuese, no pude más que convencerme de que el bajo

ánimo que se había apoderado de mí también podía transformarlo. Busqué respuestas a las preguntas que estallaban una tras otra en mi interior.

¿Quién era ese sujeto? ¿Qué quería de Biel y de mí? ¿Por qué actuaba de manera imprevisible? La única explicación que encontré la había formulado Carla en el restaurante Cavalcanti: un pirado que juega a perseguir ciudadanos y a amedrentarlos, pero inofensivo. Sentí alivio porque todo encajaba para que así fuera.

Al día siguiente, tras contarle a Biel el percance, iría a la comisaría, denunciaría lo ocurrido, describiría con detalle al siniestro personaje y dejaría que la policía se encargase, cuando volviese le atraparían y se terminaría el juego. Noté que el abatimiento se desvanecía, la moral subió y mis sensaciones mudaron. Hasta sonreí.

12

Recelo

—Buenos días, Cantera —le saludé según alcanzaba la entrada de la librería.

Reclinado contra la verja, lucía unas gafas de sol con montura de colores llamativos. Cargaba con una mochila de estudiante y fumaba de un cigarrillo casi consumido.

—Qué pasa.

Extendió la palma para chocarla con la mía, volvió a hacerme la misma mofa de siempre, pues la apartó justo antes de contactar.

—Dios mío —me lamenté.

—¿Te has dormido? Son las diez pasadas. ¿No eras un tío serio?

—He perdido el metro.

La verdad era que había dormido fatal y aproveché al máximo el tiempo de reposo en la cama. Sin lugar a duda, el incidente con Simbad me había afectado más de lo que había supuesto. Con la calma nocturna llegaron los fantasmas y la angustia me extrajo del sueño. Los oscuros propósitos del acosador me impidieron recobrar el temple, por lo que volví a recrear el episodio. Conjeturé lo que hubiese hecho ese maleante si esos chicos no hubiesen aparecido por el corredor; era probable que la muerte me hubiera acechado.

En el metro, yendo a la librería, me aseguré de quién se sentaba en las cercanías. Caminando por las aceras me mostré intranquilo, tenso, volví la mirada con recelo ante cualquier movimiento brusco. Ni mucho menos había superado el lance, la complacencia experimentada la noche anterior en el viaje de vuelta a casa sólo me sirvió para no derrumbarme en público.

—Te podrías esmerar, si me mientes dime algo creíble. Tengo a la parienta en la cama con gripe, o mi suegra está hospitalizada y he tenido que llevar a la jefa con ella, por ejemplo. Lo digo por tu bien, Acosta, soy un experto en excusas. Una vez me dio por currar en una fábrica unas semanas, para ver cómo era eso, no por otra cosa. El caso es que falté un lunes porque fui incapaz de levantarme, eso sí, el *finde* fue memorable. Llamé al encargado

y le dije que había pillado un virus que me había dejado la piel azulada, algo atípico, pero que había comenzado a remitir, tampoco hay que exagerar. Al día siguiente volví, me hice el débil y el miércoles estaba olvidado. En otra ocasi...

—Anoche en el metro me libré por poco de que un tipo hiciese a saber qué conmigo, el incidente no me ha permitido pegar ojo.

Más que nada se lo dije para interrumpirle, para que mis oídos descansasen.

—¡Cojonudo, tío!, aprendes rápido, así, así, muy buena, me la apunto. No sé si volveré a necesitar una coartada, aunque me gusta currelar en la noche nunca se puede decir de esta agua no beberé, porque verás...

Continuó con su insustancial cháchara mientras subí el enrejado, abrí la puerta, nos preparamos para la apertura y prácticamente el resto de la mañana de ese sábado gris. Gris por la apesadumbrada sensación que permanecía dentro de mí como una punzante resaca mañanera, que me martilleaba cada vez que Simbad se paseaba por mi imaginación.

Simbad, como, por ejemplo, Simbad el Marino, el mítico aventurero incluido en un relato de *Las mil y una noches*. La casualidad había dispuesto que denominase a este tenebroso acosador con el nombre de un personaje literario. Como si el Destino arrojase su enigmática magia sobre nosotros, dos librereros entusiastas del misterio.

Cerca de las dos asomó el jefe, nosotros despedíamos a un cliente junto a la caja. Entró con aire de satisfacción, rezumaba optimismo, me planteé si estaría relacionado con la inspectora. No me importaba que fuese ese supuesto u otro, en ese momento lo básico era mi bajo ánimo que se acercaba irremediabilmente a una depresión. La culpable era la incertidumbre que me causaba el no saber por qué había quien tenía intenciones turbias contra mí.

Los sábados no cerrábamos al mediodía, al igual que tampoco lo hacíamos entre semana en ciertas épocas del año. Nos solíamos turnar para comer, entonces, le comentaría el porqué de mi pesar. Después me trasladaría a la comisaría.

En la tienda había dos muchachas que merodeaban por la sección de novedades, un joven que examinaba un ejemplar de uno de los éxitos provenientes de tierras nórdicas, y en la parte de arriba, apoyada contra la barandilla, una mujer que rebasaba la cuarentena y que estudiaba con atención una obra de poesía.

—Buenos días, Flequillos. No hemos parado un segundo, hemos

atendido sin tregua, tienes que estar forrado, te lo has montado como un ministro, *tronco*, gozarás como un faraón —afirmó Cantera convencido, le extendió la mano a Biel para chocarla estilo callejero.

—Te equivocas, vivo como cualquier otro —alegó exultante, respondió a la vez a su saludo.

—Buenas, hemos sacado la mañana sin pegas —dije, pretendí actuar con naturalidad.

No quería que notase mi desánimo, objetivo que no conseguí. Tras pronunciarme, sus ojos se entornaron instintivamente y su frente se frunció en un acordeón de pliegues. Prolongó su mirada suspicaz sobre mí, luego se centró en Cantera.

—¿Va todo bien entre vosotros, Francisco José?

—Va, va, no me llames así. No pasa nada entre nosotros, nos hemos hecho colegas. A que sí, Acosta.

Me miró expectante, suspiraba porque corroborara su afirmación.

—Sí, no hay inconveniente —dije.

—Aunque está embobado, creo que la *churri* le tiene castigado a pan y agua —dijo Cantera, formó con los labios un mohín pícaro.

Biel puso su atención en mí, me conocía más de lo que sospechaba.

—¿Quién se va a comer primero? —preguntó el jefe alternando la mirada de uno a otro.

—Todavía no tengo hambre —dije adelantándome por una vez a Francisco José.

—Pues yo estoy que me como un caballo por las patas. Estoy sin desayunar, he salido a las seis de la mañana de pinchar y no iba a desperdiciar horas de sueño por la comida.

—¿Has trabajado esta noche? —cuestioné.

—Jueves, viernes y sábado, tres noches por semana, ¿de qué te crees que vivo?

—Anda, toma diez euros, en el bar de la esquina ponen un menú muy completo —le informó Biel al mismo tiempo que le tendía el billete.

—Gracias, tío, me había traído un bocata, me lo guardo para merendar.

Me sorprendió, a pesar de lo bocazas y cargante que era, se tomaba sus responsabilidades en serio. Comprendí el porqué de su enojo mañanero por mi retraso.

Despaché a las chicas mientras mi amigo meditaba con la vista clavada en mí. Adquirieron una novela norteamericana para adolescentes. Cuando se

marcharon, indagó en tono suave para que los otros clientes no lo advirtieran.

—¿Va todo bien con Chavela?, o es otra cosa.

—Claro que va todo bien, ya sabes cómo es Cantera, habla por hablar.

Le quité dramatismo al asunto, no me gusta el victimismo, más tarde tendría tiempo de contárselo.

—No sé, no sé, estás diferente.

—Qué va. ¿Y tú, Flequillos?, vienes muy contento —señalé con guasa.

Me beneficié del mote con el que Cantera le había denominado para disimular mi abatimiento.

—¿Por dónde prefieres que comience?

—Por el encuentro con ese otro tipo.

—Pues sí, definitivamente te sucede algo, es raro que no husmees sobre Carla —aseveró con gesto contrariado.

El que dudaba si comprar la novela de autora sueca decidió irse con las manos vacías. A la cuarentona del ejemplar de poesía hacía un rato que la había perdido de vista en el piso superior. Con la precaución del bajo tono de voz, inició la descripción de la mañana vivida en el club de golf Capital.

Se esforzó por no llegar más tarde de las diez, la hora convenida. Aparcó su imperecedero coche en las inmediaciones de la entrada, entre dos todoterrenos. Aguantó ante el volante a que se acercase la hora, repasando las preguntas que le haría a Cristóbal Mosquera. Por teléfono reparó en su carácter cerrado, sería precavido.

La noche anterior le había contado a Carla lo relativo a las entrevistas con los otros tres. Concluyeron que apenas habían conquistado algún dato de valor, excepto el traslado de una Compañía a otra por un castigo que le habían aplicado a Herminio Santos, además de la foto que le proporcionó Doroteo Guzmán, el barrendero. Cuando le anunció que había obtenido una cita con Mosquera gracias a Cañón y que parecía un individuo difícil, Carla le comunicó que era suficiente, que se podía encargar ella, era inútil que se arriesgase. Sólo la obstinación de Biel suscitó que cediese a su petición de consultarle él mismo, no sin prevenirle la inspectora de que lo dejara en la estacada si detectaba alguna extrañeza.

El aparcamiento se ubicaba al pie de la entrada del club. El cielo nublado amenazaba con un día lluvioso. El calor bochornoso era un claro vaticinio de tormenta. Saltó del vehículo ansioso por reunirse. Con afán de cosechar resultados avanzó hasta la entrada y tiró de la puerta de cristal

opaco. El recibidor era tan extenso como su apartamento. Se dirigió hacia el mostrador de recepción, un joven le observaba con pupilas frías.

—Buenos días, me llamo Ángel Montano, me he citado con el señor Cristóbal Mosquera en la cafetería Ariz.

El trabajador del club bajó la vista y marcó una cruz junto al nombre postizo, estaba escrito con una bonita y fina caligrafía negra en una cuartilla cuadrada. Le explicó el trayecto con voz neutra y mirada impasible.

—Vaya por esa puerta. Recorra el pasillo. Salga al jardín. Verá una estructura de metal y cristal. El señor Mosquera almuerza en ella.

Después de seguir las indicaciones del hombre que se comportaba como un autómatas, entró en un espectacular edificio de vidrio reflectante y acero. Otro empleado custodiaba el vestíbulo. Éste, vestido con una chaqueta a rayas verticales blancas y negras y una pajarita, le examinó con la misma altanera pose que el recepcionista. Un ancho umbral conectaba con un profundo salón donde la cantidad de mesas vacías le llamaron la atención. El recinto era inmenso, su altura le otorgaba una fisionomía gigantesca. La luminosidad propiciada por las paredes de vidrio casi dañaba la vista, pese al cielo plomizo. Había algunos socios sentados, también empleados que se movían con presteza.

—Buenos días, señor.

—Buenos días —contestó Biel, interpretó que debía hablar con él por su insistente forma de estudiarle—. Me llamo Ángel Montano, el señor Mosquera me espera.

—Correcto, sígame, por favor —le solicitó sin mirarle a los ojos.

Embocaron el pasillo central que se abría entre las mesas. El sirviente se movía con ligereza, a Biel le costaba mantener su ritmo. Había cuatro o cinco clientes esparcidos, solitarios, cualquiera podría ser su cita porque se trataban de hombres que habrían sobrepasado la cincuentena. Pasaron junto a la barra, dos camareras hablaban con jovialidad, ordenaban y acicalaban su puesto de trabajo. Cuando se percataron de la presencia de Biel y del veloz guía, se silenciaron, sus rostros adoptaron la misma mueca severa que el resto de sirvientes. Al fondo, sentado en la penúltima mesa, de espaldas a ellos, descubrió a otro caballero, leía un periódico. Sostenía el rotativo a medio metro de la cara, se apoyaba erguido en el respaldo. Una bolsa de palos color marfil descansaba a su vera, contra la pared de vidrio. A través de la cristalera se podía contemplar el extenso y verde campo de golf. El camarero redujo la velocidad hasta detenerse a su altura, Biel aguardó a la

retaguardia de su próximo entrevistado.

—Disculpe, señor Mosquera, su invitado —anunció el empleado convenientemente retirado.

El aludido, sin bajar el periódico, se volvió para atender al sirviente y de paso reparar en quién le requería, luego plegó la publicación y se incorporó.

—Gracias. Buenos días, señor Montano.

—Buenos días, gracias por recibirme tan pronto, señor Mosquera.

—No hay de qué, siéntese, haga el favor. —Le ofreció la silla de enfrente y luego señaló con indiferencia al camarero—. ¿Qué le apetece tomar?

—Si usted también lo hace.

—Estoy en ello.

Un café negro y un platillo vacío se hallaban sobre la mesa rectangular.

—Lo mismo que usted, ese café tiene un color excelente.

—Café extra fino, por favor —le exigió al varón de chaqueta blanquinegra.

La altura de Cristóbal Mosquera destacaba en unos centímetros a la de su interlocutor. El cabello moreno con unas pocas canas diseminadas y unas arrugas en torno a los ojos le hacían aparentar más edad de la que poseía. Como Cañón le había dicho, una cicatriz se dibujaba en su barbilla, tenía forma de anzuelo, aunque también podría confundirse con un signo de interrogación. Terminaba las frases con un deje gallego que intentaba disimular. Sus ojos, de la misma tonalidad que el café que bebía, miraban examinadores.

—Si no le incomoda, grabaré la conversación.

Biel sacó el anticuado artilugio del bolsillo de la americana y lo posó sobre la mesa, Mosquera se asombró cuando lo vio.

—Así que periodista —dijo desconfiado.

—Sí, eso es —afirmó seguro de sí mismo—. Le tengo cariño a este trasto, lo adquirí en mis inicios. Si está conforme, comencemos.

—Entiendo que haya localizado mi número a través de ese bombero, ha tenido suerte, éste lo tiene muy poca gente. Pero dígame, ¿cómo supo que ese bombero había hecho la mili con Santos?

—Ya sabe, hoy en día le dan a una tecla y le dicen hasta su plato preferido.

—Claro, y diga, ¿cuál es el mío? —sonrió con picardía, se le marcaron aún más los pliegues junto a las cavidades oculares—. Es broma, no se irrite,

no puede haber otro modo de que lo sepa.

Una de las camareras de la barra sirvió el café y una pastilla de chocolate de acompañamiento.

—¿Desean algo más, señores?

—No, así está bien, gracias Teresa —dijo Mosquera.

La sonrisa que le mostró a la sirvienta no fue como la que le había enseñado a él. A la muchacha se le colorearon los mofletes, Biel intuyó que si no había acaecido un devaneo entre ellos estaba en vías de producirse. Cristóbal Mosquera presentaba un porte refinado, era atractivo y conservaba unas cualidades envidiables para comportarse como un galán.

Biel tomó un sorbo, devolvió la tacita al plato y saboreó el contenido de la boca plazeramente.

—¿Había probado un café similar? —curioseó Mosquera.

—Con sinceridad, está delicioso.

—Disfrútelo, son ocho euros la taza, pero a ésta le invito yo.

Su forma de expresarse sonó a reproche. La taza se quedó tal y como Biel la dejó, no volvió a ingerir de ella. Activó la grabadora y la situó en el centro de la mesa.

—¿Mantén algún vínculo con el señor Santos?

—No. Ahora pregunto yo. Ayer me dijo que el señor Santos le contrató a usted, supongo que le habrá contado su vida, ¿no es así?

Rebatió atrapándole desprevenido. Tuvo claro que la entrevista no sería como las otras tres.

—Dialogamos en alguna ocasión antes de su fallecimiento. En lo relativo a su juventud me faltan datos —habló con pausa, calculaba hacer las consultas adecuadas—. ¿Pasó mucho tiempo con él en el Ferrol?

—El justo. ¿Está en la nómina de algún periódico aparte de trabajar por su cuenta?

—No se lo tome a mal, señor Mosquera, pero lo lógico es que yo pregunte y usted conteste.

—He vivido lo suficiente como para no fiarme de nadie, hoy estoy donde estoy entre otras cosas por ese motivo. ¿Sabe a qué me dedico?

Biel no supo qué decir, el comportamiento de Mosquera fue por completo inesperado.

—Pues... es empresario.

—No, señor investigador. ¿Me está diciendo que no se ha molestado en indagar acerca de lo que hago?

—No es el único al que he llamado y me he reunido por el mismo asunto. Mi interés en usted es debido a la relación que pudo mantener con Herminio Santos, no creía necesario saber su ocupación.

—Está bien, acabemos rápido. Le dije que no me atañe nada con Santos, apenas nos vimos en el servicio militar, si acaso en el primer mes, antes del Juramento a la Bandera, pero no me acuerdo.

—¿A qué sección fue destinado?

La mirada reflexiva retornó a Mosquera, tardó unos segundos en responder, como en la llamada telefónica.

—Cocina.

—Creo que usted no va a poder ayudarme.

—Ya lo decía yo.

Juzgó que lo expuesto era falso. Optó por hacerle caso a Carla y desistir si no lo veía claro, no le tantearía acerca de Cabrera y Lluch. No obstante, creyó que preguntarle por el supuesto castigo que le habían aplicado a Santos según Cañón, no conllevaba riesgo.

—Para concluir, ¿sabría decirme por qué antiguos compañeros suyos me aseguran que Santos junto con otros tres o cuatro soldados de reemplazo fueron trasladados de Compañía como castigo? Los enviaron a una Comandancia de Marina en Guipúzcoa.

Fue una cuestión que a Mosquera le tensó los músculos faciales. Esta vez replicó instantáneamente.

—Me especialicé en pelar patatas y preparar pizzas de galleta, no sé nada de Santos.

—De acuerdo, eso es todo.

Biel recogió la grabadora y se alzó al mismo tiempo. Extrajo diez euros de la cartera y los dejó sobre la mesa, junto al café casi intacto. Mosquera esbozó una mueca orgullosa.

—Siento no haberle servido de más.

Mosquera se incorporó y le tendió la mano. El contacto fue rígido, poseía nervio, sin esfuerzo apretó la mano de Biel un punto más de lo normal, pero enseguida la aflojó. El librero se desplazó unos pasos y se detuvo.

—Por cierto, ¿a qué se dedica?

—Tengo la suerte de haber trabajado tanto en mi juventud que puedo vivir de las rentas, eso sí, soy el presidente de la ONG Ayuda a los Desfavorecidos. A que no se lo esperaba. Le deseo suerte con la biografía.

No añadió más, se afianzó la bolsa de palos al hombro y desfiló en sentido contrario.

—Vaya sorpresa, me había imaginado que sería el dueño de una fábrica de tanques, por lo menos. Porque lo habrás comprobado.

—Es lo primero que he hecho, pero que su nombre salga junto a una ONG no significa nada.

—Presiento que crees que ese tipo sabe más de lo que te ha contado.

—Pues sí, al entrevistar a los otros tres y entrevistar a éste he detectado diferencias. Oculta algo, no sé si concierne a Santos, Cabrera y Lluch, pero no ha dicho todo lo que sabe.

—¿Y qué vas a hacer?

—Lo he hecho, me he telefoneado con Carla y se va encargar el lunes, sólo tiene que ser discreta, no se pueden dar cuenta en la comisaría.

—Al final, el bombero te dio una buena pista que seguir.

—Eso parece. ¿Y a ti qué te pasa?, estás muy serio.

Nos encontrábamos dentro del mostrador, con las posaderas apoyadas en el borde, estaba decidido a desembuchar cuando nos interrumpió una tímida voz.

—Disculpen.

Era la mujer que había visto en la planta superior. En sus manos sujetaba una biografía de Antonio Machado que integraba un extenso poemario. Se sonrojó cuando nos volvimos hacia ella.

—Perdone, no la había visto —me disculpé.

La verdad es que me olvidé por completo.

—Deme, yo le cobro —se anticipó Biel, ofreció una sonrisa luminosa—. ¿Le gusta la poesía?

Le cedió el ejemplar con las dos manos, un detalle que decía mucho de ella. Años de ventas me han otorgado la suficiente experiencia como para fijarme en pormenores sobre la personalidad de los clientes. Cuando uno mantiene esta actitud, significa que le entusiasma ese libro en concreto.

—Sí, la encuentro atrayente, pienso que el autor escribe directamente con el alma, sin ninguna excusa ni interferencia que pueda intoxicar la idea que quiere plasmar.

—Es una opinión interesante, nuestros clientes no se suelen expresar con tanta valentía —respondió Biel.

—Gracias, a veces me sorprende a mí misma. Lo siento si he sido un

poco pedante.

—Para nada, me ha encantado escucharla —aseguró Biel devolviéndole el libro.

Los ojos de la mujer parecieron mirar a Biel con otro talante a como lo hicieron cuando le prestó la biografía. Una vez más, mi amigo se había comportado como un conquistador, coqueteando con una atractiva dama, aunque diferente de las que acostumbraba a seducir. Ésta, en apariencia, estaba dotada con unas condiciones donde el empleo del cerebro era imprescindible. Además, era de su edad más o menos, siempre le había visto con jóvenes diez o quince años menos que él. La transformación se había iniciado en las profundidades de este inquieto cortejador de jovencitas. Me hubiera gustado saber la opinión al respecto de la inspectora «Callahan».

—Se me olvidaba, tengo una buena noticia —anunció.

—¿Vas a echar a Cantera?

—Más quisieras. Cuando he llamado a Carla me ha dicho que han detenido al pirado que me persiguió, eso es. Le atraparon anoche cuando una adolescente llamó la atención de un coche patrulla porque ese tipo la acosaba. Le pillaron en el acto cuando escapaba.

Un escalofrío subyugó cada poro de mi piel, tanto que se me erizó el vello sólo de recordar al individuo de la gorra.

—¿Estás seguro?

—La descripción coincide, es él, dudo que haya muchos sujetos con gorras de *Simbad* comportándose como maniáticos. Me ha dicho que, para quedarme más tranquilo, que vaya a la comisaría y le solicitará al encargado de su arresto que me muestre la foto en la ficha policial. Pero es un riesgo eludible, no estoy dispuesto a que nadie sospeche que colaboro con ella y su compañera.

Fue sublime, mejor que si me hubiese subido el sueldo, mis sentimientos negativos mudaron de súbito. Me quitó una pesada carga de encima, como cuando me saqué el carné de conducir tras años en la autoescuela, o Chavela aceptó mi propuesta de boda. La angustia se disipó, ya no era necesario que denunciase a ese energúmeno y tampoco tenía que contárselo a Biel, no quería que el gozo con el que había vuelto se le enturbiase. Cambié el sentido de la conversación.

—He visto que no has perdido el tiempo con esa belleza, ¿te crees que no me he dado cuenta de que has empezado a hablar de otro tema?

—No lo he hecho conscientemente, te lo he contado cuando me he

acordado. Pero no me digas que no valía la pena, era una hermosura.

—No te hagas ilusiones.

—Cuando vuelva, porque volverá, tenlo claro, ya lo comprobaré.

—Puede que vuelva, pero hay muchas posibilidades de que estés fuera, me remito a esta semana —repliqué con sarcasmo.

—Veo que el auténtico Acosta ha regresado. Me da la impresión de que cuando me ves cerca de una mujer te animas.

—Puede ser.

—Pues nada, me alegro por ti. Por cierto, esta tarde me marcharé otra vez. Anda, acaba lo que te quede pendiente antes de que venga Cantera.

—A sus órdenes.

Imité el saludo militar acomodando la mano rígida a la altura de la sien. Prefería que creyese que mi euforia se debía a su galanteo que a la detención de *Simbad*.

13

Llamada inoportuna

Salí del restaurante emplazado en la esquina de nuestra misma calle reteniendo en el paladar los sabores de una sabrosa comida. El cielo, compuesto por voluminosas formas abstractas y grisáceas, había aguantado sin desembarazarse de una sola gota desde la mañana, se preveía una colosal tormenta en pocas horas.

Aligeré el paso según reflexionaba sobre lo que suponía la sapiencia de cierta información. Ya no sólo que fuese capaz de corregirme el estado de ánimo o de abrirme el apetito, sino también de proporcionarle paz a mi alma. Mis cavilaciones se frenaron con brusquedad cuando noté un ligero toque en el omóplato izquierdo. Al volverme con alarma, descubrí la presencia de Carla, mostraba júbilo.

—Vaya susto, podrías avisar —me quejé.

La noche anterior había protagonizado una acción similar cuando Biel y yo charlábamos de camino al metro.

—Perdona, hijo mío, mira que eres delicado. También me podría haber importunado yo cuando te pescamos detrás de la puerta cotilleando, pero fue tan gracioso. ¿Qué pensabas, que nos habíamos liado encima de la mesa?

—No es mi comportamiento habitual, me disculpo por esa conducta, olvídalo, ahora somos socios.

—Sí, por decirlo de alguna manera, aunque no creas que estoy de acuerdo con Biel en que te sople cada avance. Esa cualidad tuya de poner la oreja detrás de la puerta no me gustó, es propia de un chismoso, bien podrías largarlo todo en el bar con tus amigotes —afirmó, varió en centésimas de segundo el gesto jovial por uno austero.

No era la primera vez que me encontraba con una de esas personas que no se distingue si habla en serio o en broma, que aprovecha el desconcierto que provoca para coger a su interlocutor con la guardia baja y que, además, se posiciona a favor o en contra según le cuadre. Por lo poco que sabía de ella intuí que podría pertenecer a este grupo. Aunque, en contraste, también poseía esa naturaleza salerosa que le otorgaba luminosidad a su forma de ser.

Traté de sortear su juego burlón, le pregunté sobre el desalmado de la gorra.

—Me he enterado de que han detenido al loco que perseguía a Biel. Entornó los ojos de forma felina, a saber cuáles eran sus pensamientos.

—Lo que yo decía, ¿os lo contáis todo? En fin, total no va a ninguna parte. No le molestará más, te lo aseguro, esta vez se ha metido en un buen lío al hostigar a una menor.

Andábamos por la acera que un día fue de baldosas blancas y rojas, con el paso de los años y de la gente el blanco era gris a causa de la suciedad y el rojo desgastado se había transformado en un rosa cubierto de roña. Supuse que se había citado con Biel. Su vestimenta me asombró, su indumentaria siempre había sido sobria y clásica, por el contrario, un pantalón vaquero ceñido, unas botas altas, una cazadora de piel con la cremallera abierta y una blusa granate de la que distinguí unos botones desabrochados, me indicaron que tal vez buscaba más que ayuda de su antiguo novio. El resto del trayecto lo hicimos en silencio, lo rompió unos pasos antes de entrar.

—Espero que aguante la jodida tarde, no me apetece conducir bajo una tormenta —declaró, más que decírmelo a mí fue una meditación en voz alta.

—¿Dónde vais?, si se puede saber.

Mi interés sonó con retintín, como fue mi voluntad. Lo mismo me mandaba a freír espárragos que se comportaba con educación. Tiré del picaporte y atraje la puerta. Justamente, apareció Biel ante nosotros, en la mano portaba un plumero atrapa-polvo.

—Vamos a La Velilla, el pueblo de Segovia donde visitó Gabriel a la madre y hermano de Cabrera —me informó Carla.

—Pero no te preocupes, a mí no me verán el pelo. Carla indagará sobre el pasado de Cabrera y yo tantearé a los vecinos, puede que me den alguna pista —intervino Biel, se giró noventa grados a la derecha y zarandó el limpiador sobre el atril donde Carla había depositado unos días antes el ramo de flores.

—Cuando quieras, don limpio, antes de que esos nubarrones se desplomen sobre nuestras cholas —señaló ella contemplando el cielo en una difícil postura de espalda y cuello.

A los tres minutos se marcharon, en lo que tardó Biel en ir al despacho a por el anorak y tras darme un par de instrucciones rápidas sobre la librería. Les vi apresurarse calle abajo a través de la luna del escaparate. A pesar de ese aspecto canalla que desplegaba Carla ocasionalmente, ese otro de gracia impertinente me había cautivado. Tuve la certeza de que, aconteciendo el

mínimo roce, acabarían dándose una oportunidad. Me volví para, de súbito, colisionar con la estridente voz de Cantera, que desde el mostrador se expresó con excitación:

—Vaya potranca, ¿es su novia?, qué calladito lo tenía, no está mal.

—No lo es, son amigos.

—Hombre claro, esa trola puede que te la endiñen a ti. A esa *churri* le mola el Flequillos como a mí los cubatas, además, él no es de los que desperdician un caramelo.

La conversación referente al ansiado idilio se quedó en esa convicción de Cantera, que también era la mía. Respecto a lo escuchado sobre la madre y el hermano de Cabrera no hizo alusión.

La tarde, amenizada por mi compañero, que aparcó su vena insoportable para marcarse una retahíla de chistes que me sorprendieron por su agudeza y gracejo, transcurrió en un contexto de confraternización. Mientras atendíamos a los clientes o estos merodeaban por nuestras inmediaciones la profesionalidad imperó, cuando permanecimos solos parloteamos y reímos. Únicamente tuvimos un momento de desencuentro, cuando pretendió sonsacarme el porqué de las repetidas idas y venidas de Biel, pretexto para su contratación mes y medio antes de lo acostumbrado. No respondí, le dejé intrigado. Los hechos que constituían la trama de la investigación estuvieron a buen recaudo.

El transcurso de la jornada nos trajo una corriente de clientes mayor de la habitual, el origen, una tormenta que cayó sobre la Comunidad de Madrid y sus provincias limítrofes. Era un fenómeno frecuente el del establecimiento a rebotar cuando la climatología era adversa, no obstante, las ventas no aumentaban significativamente.

El diluvio ocasionó que cerrásemos sobre las ocho y cuarto, cuando logramos despachar a compradores y refugiados. Biel no se había pronunciado en lo relativo a sus intenciones, por esa razón pensé que retornaría a la tienda a última hora, pero no fue así. El trajín era continuo en la acera colindante al negocio, puesto que el cielo había detenido su castigo y a la vez providencia. Cantera y yo bajamos la verja y nos despedimos.

—Bueno, tío, voy a dormir una horita que esta noche regreso a la faena —dijo con ímpetu, como si tuviese prisa.

—Es meritorio lo tuyo, yo no sé si sería capaz.

—Claro que lo serías, lo que hace una persona lo puede hacer otra, sea lo que sea —aseguró con cierto aire divagatorio.

Se dio la vuelta y emprendió el rápido andar que le caracterizaba. Terminé de cerrar y me dirigí hacia el metro esquivando charcos y peatones, encaraba la recta final del día, o eso creía.

Me disponía a bajar las escaleras del metro cuando capté una melodía familiar. Al instante saqué del bolso el teléfono móvil, en la pantalla destacaba el nombre de mi jefe. Un goterón la golpeó con fuerza, salpicó el aparato y mi mano, era el anuncio del reinicio de las precipitaciones. Según contestaba, bajé al túnel previo a la línea de validación de billetes para guarecerme.

—¡Sí! —grité, el bullicio procedente de los usuarios me obligó.

—Acosta, dime que todavía estás en la librería.

—Pues no, estoy bajando al metro.

—Tienes que hacerme un favor.

—Habeer dime —dije resignado.

—Estamos en una carretera comarcal dentro de la provincia de Segovia, está cortada por inundaciones. Bomberos y policías nos han dicho que no se puede franquear. Hemos cogido la autovía, pero a unos kilómetros de la entrada ha caído un poste de electricidad sobre la calzada, la ha cortado para varias horas. Había retención, nos han desviado a otra carretera, no sé dónde saldremos porque esto es un patatal, existen cañadas más firmes que esta calzada —su voz sonaba interrumpida, me imaginé que estaba causada por los baches que intuía sobrepasaban—. Vamos a pasar la noche en un motel, o lo que encontremos, con este temporal y de noche no es cuestión de jugársela.

—¿Y qué puedo hacer por vosotros?

—Aquí no puedes, pero allí sí. Por un casual no llevarás encima la copia de la llave de mi apartamento.

—Pues sí, creí conveniente ponerla con las mías antes que guardarla en mi casa. Lo digo por el trecho que hay, también por si te hacían falta mientras me hallase en la tienda, nada raro visto lo visto.

—Déjate ahora de ironías, te suplico de rodillas si es necesario que vayas a dar de comer a Amadeus. Por favor, Acosta, sé que no te gusta, pero si lo haces te deberé una grande. No le he puesto comida y estará hambriento, me va a fastidiar el mobiliario si se pone nervioso —escuché de fondo a la inspectora carcajeándose—. Ya os invitaré a ti y a Chavela a comer un día, anda, compadre.

Lo habría hecho de todas formas, pero el «anda compadre» me traspasó el pecho hasta alcanzar el lugar donde las decisiones que se toman no pueden

ser más sinceras.

—Lo haré, lo haré, tranquilo, le doy de esas latas tuyas que almacenas en el armario de la cocina, supongo.

—Sí, con una es suficiente, y le llenas el recipiente de agua. Gracias, Acosta.

—Pero ¿qué tal os ha ido?, ¿qué habéis descubierto?

—Ah, sí, hemos conseguido información interesante respecto a Cabrera. Resulta que unos vecinos me han... —se silenció de súbito, el sonido del vacío resonó, volvió a hablar, esta vez con precipitación—. Acosta, tengo que colgar, mañana te llamaré, gracias otra vez.

—¡Qué ocurre! —grité, pero al otro lado ya no había nadie, aun así, vibró un silbido, zumbó como una interferencia, se cortó de inmediato.

Me figuré que había suspendido la comunicación porque habrían llegado a una localidad, debían apresurarse para encontrar unas camas donde dormir, o al menos una cama. Desconocía el desarrollo de su relación, la noche anterior estuvieron juntos, no sé de qué manera, pero si una vez sintió pasión por ella, bien podría sentir dos. A veces, el corazón sigue su propia ruta sin concernirle el efecto de los acontecimientos pasados.

Ascendí parcialmente las escaleras hasta que un grupo las ocupó en todo su ancho y comenzaron a bajarlas con atropello. Uní los brazos, saqué los hombros, bajé la cabeza y aguanté la estampida. Una pareja de muchachas que descendieron agarradas de la mano se desunió justo antes de arrollarme, aun así, me golpearon en un costado y casi me desequilibré.

Cuando la carga humana se introdujo en el corredor, me percaté de que lo que caía del cielo no era una simple lluvia, era una cortina de agua, un aguacero con viento fuerte que propició que la gente se resguardara. Retrocedí hasta el túnel y fui en dirección al andén. Valoré como ventajoso subirme al metro y bajarme en la siguiente parada, saldría por una calle ubicada detrás de la casa de Biel. Con suerte, habría cesado de llover y daría de comer a ese demonio de Amadeus.

En los vagones, repletos, el hedor a humedad por la ropa mojada dominaba en el ambiente, como lo hace el olor a humo de tabaco en un cuarto atestado de fumadores. Un artista, al que no se le podía denominar de otro modo, hacía sonar una flauta travesera. Su música sonaba con unas cualidades que estimuló a los asistentes a atender. Vestía con ropa de estilo oriental, estaba sentado en uno de los asientos. Ante él, en el pasillo del vagón, los pasajeros habían hecho un corro y era el punto donde más se

concentraban, todos querían ver el arte que expelía de los labios el atípico músico. Fue insólito, bello, una experiencia que los presentes disfrutamos sin recato.

El tren comenzó a detenerse mansamente, me había colocado de pie junto a la puerta. Antes de que la máquina se inmovilizase, las notas musicales cesaron, un estallido de aplausos se descargó en el vagón, lo que provocó que volviese a mirar hacia el círculo que rodeaba al flautista. En una milésima de segundo, a una distancia de diez metros, entre el movimiento de los que pretendían salir, entre butacas, cuerpos y ropajes, vi una palabra escrita en una gorra, no me dio tiempo a más, un viajero me exigió que le permitiese pasar.

Cuando bajé y sorteé a los que querían acceder, intenté confirmar lo visto a través de las lunas, pero el abarrotamiento era de tal magnitud que no pude diferenciar lo que suspiraba fuese un engaño de mis sentidos. El metro arrancó hacia el siguiente destino.

Avancé cabizbajo, con rapidez resolví que no estaba dispuesto a hundirme por unas letras cuando ni siquiera había visto al portador de la gorra. Quizá, la palabra *Simbad* era la marca de una línea deportiva, en boga tras promocionarla un multimillonario futbolista, o una película de Hollywood que dentro de sus productos de *marketing* incluían estas prendas.

Me tranquilicé cuando un individuo de unos treinta años me rebasó viniendo desde atrás, cubría su testa con una prenda de cabeza de color negro, en el frontal, la palabra *Phish* resaltaba en letras rojas. Era probable que me hubiese sugestionado, formaba parte de los efectos secundarios que había engendrado en mí subconsciente el lance del día anterior con el acosador.

Al aproximarme a la salida advertí que, si bien llovía, la intensidad con la que lo hacía no era la misma, había amainado y no estaba para tonterías. Me encaminé con velocidad hacia el apartamento de Biel. Me protegía de acera en acera gracias a las cornisas, cuando podía trotaba. El agua fluía hacia las alcantarillas en diminutos ríos transparentes. Tenía que avanzar con cuidado para no resbalarme, pero también ansiaba terminar con aquel asunto.

Pasé junto a la ventana entornada de una vivienda baja, dos palomas caminaban sobre el alféizar con intención de adentrarse por la abertura a modo de intrusas. Unas frías corrientes asesinas me quisieron atrapar, pero corrí para resguardarme. Decidí que cogería un taxi para ir hasta mi casa cuando diera de comer a la peligrosa mascota de mi jefe.

Monstruos y psicópatas

Amadeus era un gato de color pardo, poseía los ojos de un azul intenso, debido a esta circunstancia, la primera vez que le vi me recordó a Paul Newman. Cuando habíamos coincidido se había comportado conmigo como si fuese uno de los juguetes que arañaba y mordía. Siempre que algún visitante se acercaba al rellano, se alertaba, en el caso de que la puerta se abriese, intentaba escabullirse entre las piernas, y si lo lograba, corría escaleras abajo. Biel se había apresurado más de una vez hasta atraparlo en el portal.

Me planté delante de la puerta del apartamento e inserté la llave en la cerradura con mucho tiento. Abrí y dejé una mínima abertura para introducirme con la seguridad de que el gato no se me escurriría. Entré, cerré con rapidez y encendí la luz del recibidor, calculé ver al felino intrigado ante mí, pero no fue así. Enseguida me vino a la mente una de las veces que saltó sobre mi espalda desde unas estanterías en las que se ocultaba con maestría. Según su dueño, jugaba.

El suelo del pasillo estaba recubierto de parqué color nogal. De las paredes colgaban cuadros coloridos de paisajes de campo y de la naturaleza en las cuatro estaciones. Todas las puertas estaban abiertas o entornadas, todas del mismo color que la superficie que pisaba.

Le llamé, no acudió. Estaría hambriento como Biel había dicho, así que entré en la cocina situada a mi derecha. En un primer enfoque, en el extremo opuesto, sobre el embaldosado, destacaba un enorme recipiente de plástico translúcido relleno de guijarros grises. Al lado había un cuenco con un poco de agua y otro envase donde se suponía que debía depositar la comida. Saqué del armario de encima del frigorífico una de esas latas de carne que tanto le gustaban, había cenado allí varias veces con Chavela, por lo que no tuve que revolver. Recé para que llegase el olor de la comida hasta el rincón donde quisiera que se estuviera lamiendo. Le animé para que fuese a comer. Me planteé si habría enfermado, otra opción podría consistir en que estuviese dormido, aunque la descarté automáticamente, mi presencia le hubiese

suscitado interés. Cansado, fui en su busca.

La estancia contigua a la cocina era la más grande, cuando la iluminación me la mostró evocé la llamada de Biel: «Me va a fastidiar la casa si se pone nervioso». Había libros tirados y papeles esparcidos por el sofá y la alfombra, pero lo más impresionante eran los cajones del mueble de la televisión, completamente abiertos.

No recapacité, en mi cabeza sólo asomé ese gato cabrón. En el pasillo, la puerta del aseo estaba entornada. Pasé de largo y me dirigí hacia una de las habitaciones. Grité el nombre del animal cuando entré, encendí el interruptor y me tropecé con una estampa similar a la del salón.

De entrada, me pareció raro que el ordenador estuviese encendido, podría deberse al descuido de Biel, sin embargo, los papeles impresos, los libros y un lienzo pintado al óleo que había visto en otras ocasiones colgado de la pared, se hallaban tirados sobre el parqué, además de los cajones de la mesa y del armario, abiertos como en el salón. Sospeché que un gato no fuese el causante de aquel caos. El colchón de la cama estaba del revés, con las sábanas y la colcha sobre el somier. Ese desastre no lo había desencadenado un animal pequeño por muy bestia que fuese, aquello era obra, como mínimo, de un ser humano. Llamaría a Biel para decirle que le habían robado y a la policía para denunciarlo.

Extraje el teléfono del bolso, marqué y de inmediato se cortó, apenas captaba cobertura. Amadeus, asustado en cualquier rincón, esperaría a su dueño, zanjé. Por el pasillo y a paso lento, regresé hacia la puerta de entrada de la vivienda. Comprobaba si subían las líneas que indicaban la cobertura, pero esta cuestión seguía igual. Pasé de nuevo a la vera del aseo y me fijé en la estrecha abertura y en la oscuridad profunda que pude ver a través de ella, era probable que Amadeus estuviera dentro. No me gustaba, me había atacado reiteradamente, pero era sabedor del cariño que su cuidador le profesaba a ese gato, dudé de que el ladrón también se lo hubiera llevado. Insistí.

—Amadeus, gatito, ¿estás ahí?

No pretendía una respuesta, sólo que asomase los bigotes, pero el sonido que escuché proveniente del fondo del apartamento, como el de una caja de zapatos que golpeaba contra el suelo, fue como si lo hiciera.

—¿Amadeus?, enseguida estoy contigo, majó, voy a hablar con tu papá.

Empuñé el tirador de la puerta del apartamento al mismo tiempo que en la pantalla del móvil se agregaba una línea de cobertura. Presioné la tecla de

llamada y me dispuse a salir al descansillo, yendo en esa dirección el teléfono localizaba la señal. Con el aparato en el oído tiré del pomo y desplegué la plancha de madera blindada. La siguiente imagen que presencié al otro lado me descolocó. Esas pupilas que me miraban con ternura a la vez que con desconcierto propiciaron aún más mi confusión. Nos revisamos los dos de arriba abajo. Yo tardé menos porque él se trataba de un gato de color pardo con los ojos de Paul Newman sentado en el felpudo.

En mi mente se plasmó el término *peligro*. Mis músculos se inmovilizaron. De mi boca surgió un débil «¿Amadeus?». Con todo, conseguí mirar a mi espalda, tal vez, la instantánea que vislumbré a continuación fue la más terrorífica de mi vida, al menos hasta ese momento. Del fondo sombrío del pasillo, del dormitorio de Biel, que era la siguiente habitación a la del ordenador, divisé unas botas negras y las perneras de un pantalón del mismo color que cruzaban el umbral. También distinguí que la puerta del aseo, la que estaba entornada, se abría con lentitud. No era uno, por lo menos eran dos.

Los siguientes acontecimientos transcurrieron con increíble velocidad. Me agaché ante Amadeus y le recogí con una mano, con la otra sujetaba el teléfono. Al emprender la escapada con rapidez no pude erguirme plenamente, por lo que estuve a punto de perder el equilibrio en el descansillo. Descendí alocado por las escaleras de la tercera planta, que era donde se ubicaba el apartamento. El bolso de piel bamboleaba sobre mi muslo, lo golpeaba y rebotaba.

Amadeus quería soltarse, me arañaba los dedos. Si hubiese podido me habría mordido, le agarraba de tal forma que por mucho que se retorciera le fuese inalcanzable.

Corrí vertiginosamente por el segundo y el primer piso en un estado de agitación que se acercaba al frenesí. Oí mi resuello, entrecortado y ansioso. No sabía si venían detrás de mí. Huía como si los monstruos y psicópatas que en mi niñez imaginé hospedados en el armario, tendidos bajo la cama o al acecho tras las cortinas de la ventana del dormitorio, corriesen detrás de mí ávidos de sangre.

Con un salto desde los últimos peldaños terminé el descenso. Me dirigí gracias a la inercia hacia la pesada puerta metálica y acristalada del portal. Liberé un par de dedos de la mano que sostenía el móvil y a la vez que giré la manilla tiré hacia adentro. Creí que tendría que guardar el móvil para lograrlo, pero el estado de excitación me proporcionó las fuerzas necesarias

como para abrir lo suficiente y colarme por la abertura.

Sobre la acera prolongué la carrera bajo una intensa lluvia. Amadeus rasgó con más fuerza la carne de mi mano, al parecer no le agradaba mojarse. Cien metros en línea recta más tarde, crucé una carretera encharcada y me planté en el otro lado de la calle. Atravesé por un callejón y aparecimos en la parte trasera de una antigua iglesia. La rodeé y nos refugiamos en el pórtico del acceso delantero.

Estaba empapado y mareado, me apoyé contra la pared de ladrillo, intenté absorber todo el aire que mis pulmones fueron capaces de acoger y cerré los ojos. Amadeus cesó de arañarme, se relajó, lo retenía contra mi torso.

El siguiente suceso lo juzgué sobrenatural, hasta que advertí su lógica. Mi apellido comenzó a sonar lejano y distorsionado. Sobresaltado, miré a mi alrededor, no había nadie, calculé si el lugar donde me había detenido tendría relación. Miré al minino que me contemplaba asustado, temeroso del mundo que le rodeaba. Llegué a pensar que era Amadeus el que me nombraba, pero sobre mi pecho, además de proteger al gato, también conservaba el teléfono; el juicio retornó.

Mis pulmones me exigían más oxígeno, pero me coloqué el móvil en el oído, Biel estaba en la línea.

—Acosta, Acosta, ¡por Dios, no sé qué pasa!, Acost...

—Estoy... aquí... —atendí al aparato, me expresé como pude.

—Te llamaba a voces, he escuchado jadeos y golpeteos.

—Ahora te... lo explico.

—Pero...

Respiré a fondo cuatro veces, sentí las pulsaciones de mi corazón disminuir, me tranquilicé y aclaré la voz.

—Biel.

—Sí —contestó con ímpetu.

—Acabo de escapar de unos delincuentes. —Hice una breve pausa para recuperarme plenamente—. Cuando he ido a dar de comer a Amadeus me los he encontrado en tu apartamento.

Tardó cinco segundos en pronunciarse.

—No te entiendo.

—Ladrones.

—¿Ladrones?, un momento, Acosta.

En ese instante de interrupción, Amadeus reposó la cabeza contra mi

pecho y cerró los ojos. Me enterneció, a pesar de que, entre el dedo índice y el pulgar, la herida creada por sus garras me escocía, como la piel que se quema bajo el sol en un día de verano. La voz cálida de la inspectora me obligó a olvidar el dolor.

—Acosta, hemos activado el manos libres, cuéntanos qué es lo que ha pasado.

No tardé en exponer lo sucedido, luego vino el interrogatorio.

—¿Tú estás bien? —se preocupó Carla.

—Estoy calado y acoj... Bueno, podría haber sido peor, estoy bien.

—Eso es lo más importante. ¿No has visto más que los pies de uno? —me preguntó la inspectora.

—Sí, verás, quería darme prisa, procuraba que no me atrapasen.

—Acosta, déjate de bromas, Carla sólo quiere ayudar —dijo Biel.

Mi actitud se debía a que tenía el pálpito de que el incidente estaba relacionado con la investigación que habían emprendido.

—Os he dicho que eran ladrones, pero presiento que no te pretendían robar, buscaban otra cosa —anuncié.

—¿Insinúas que están detrás del asunto de los empresarios? —dijo Biel.

—No lo creo, parecen unos *manguis* —objetó ella.

—¿Cómo estás tan segura? —cuestionó él.

—¿Quién sabe de tu colaboración con nosotras? Además, te has presentado en las entrevistas con identidades falsas —alegó Carla.

—Es cierto, nadie puede saber quién soy o dónde vivo.

—Yo no lo creo así —intervine—. ¿Os acordáis del tipo que te persiguió por dos veces?, ¿el de la gorra y el chándal?, pues bien, puede haberte seguido hasta descubrir que te dedicas a indagar. No sabemos quién es ni qué hace.

—Si ese pirado está vinculado con este asunto es que ha ascendido de delincuente común a criminal. Aunque en muchas ocasiones les cogemos y al poco les ponen en libertad, con éste no creo que hayan tenido la desfachatez, sería lo último —se quejó la inspectora.

—Puede tener cómplices —dije.

—Ahora da lo mismo especular, lo esencial es que tú estés bien. Y... Amadeus, ¿qué ha sido de él? —preguntó Biel.

—Está aquí, conmigo, no te preocupes. Me lo llevaré a casa cuando denuncie el robo o lo que quiera que sea en la comisaría.

—Sería preferible que no lo hicieses —comentó Carla.

—¿Cómo? —dijimos mi amigo y yo al unísono.

—Será mejor que te envíe a Blanca. Le explico lo sucedido y ella sabrá qué hacer. Si por un casual la razón está de tu parte y no son unos chorizos, sería más ventajoso para nosotras, no olvidéis que el caso no nos pertenece.

—Podríamos aprovecharlo, estoy de acuerdo —intervino Biel—. ¿Y tú, Acosta?

—¿Cómo sabrá tu compañera si se trata de un robo o de otra cosa? —me resistí.

—Hasta que no vayamos mañana no decidiremos qué hacer, ¿qué os parece? —propuso Carla.

—Bien —dijo Biel.

—Vale —dije sin fe.

—Dime un lugar en el que citarte con Blanca —me solicitó ella.

No me agradaba la idea en absoluto, estaba mojado, con una herida sangrante en la mano y a cargo de un gato impredecible, si no fuese porque el apartamento era de Biel y había que asegurarse en qué estado quedaba, me habría negado. Al lado opuesto de la calle, tras cuatro carriles de carretera y un jardín, había una luminosa cafetería abarrotada, habría que ver las reacciones cuando entrase.

—En la cafet...

De repente, una voz femenina me interrumpió.

—¿Joven, se encuentra bien?

Una anciana, que alternó mi cara con Amadeus y la herida, apareció de la nada.

—Sí, señora, es un rasguño.

—Tardará en escampar, tiene pinta de infectarse, si quiere le puedo curar, colaboro en la parroquia del padre Nicanor.

—No quisiera molestar, pero me vendría bien un poco de agua oxigenada.

—Claro que sí, no se preocupe que no molesta, uno de los compromisos de la iglesia es el de prestar auxilio en lo posible.

—Un momento. ¿Estáis ahí?

—Decídetes de una vez —me exigió Biel.

—Estaré en la iglesia... —dudé cuando advertí que ignoraba el nombre.

—San Pablo —apuntó la amable señora.

—San Pablo, la más cercana a la casa de Biel, darle mi número a tu compañera y que me avise cuando llegue.

- Ahora se nos mete en una iglesia —protestó Carla.
- He escuchado a esa señora, ¿es grave? —se interesó Biel.
- No, un roce cuando bajaba por las escaleras.
- De acuerdo, mañana nos vemos, gracias una vez más.

15

La señora Leonor y la inspectora Pedraza

Me impresionó la apariencia desoladora del lóbrego templo por la ausencia de almas, la mía se calmó cuando dejé atrás el trance.

Me cautiva adentrarme en las iglesias de barrio o de pueblo, donde la sencillez es su cualidad más significativa, asimismo, en las catedrales de ciudad en las que la ostentación es una de sus señas de identidad, o en las basílicas, notables por su antigüedad. Lo cierto es que me apasiona visitar cualquier santuario de cualquier religión que, a pesar de sus diferencias, transmitan la misma paz respetada por todas las personas sin excepción: creyentes, agnósticos, ateos; de distintos cultos o ideales. Muy pocos hoy en día se atreven a consumir un escarnio en un Santuario Sagrado, por miedo o veneración, y si no por deferencia al dolor derramado en estos lugares. Desconocía si los ladrones o quienes quisieran que fuesen me habían seguido, pero no creí que se atrevieran a cometer daños contra mí en esas instalaciones.

Con Amadeus en brazos, anduve junto a la mujer entre dos grupos de hileras de bancos de madera barnizada. De frente me topé con el altar, decorado con mantos religiosos, flores y cirios, supuse que habían preparado la iglesia para el día siguiente. También que se bautizaría a algún nuevo socio, puesto que habían engalanado la pila bautismal con coronas de flores y con cintas de seda translúcida.

Recorrimos el pasillo en un instante, y no porque la señora fuese rápida, su paso era sereno. La reducida parroquia estaba iluminada por un foco que colgaba de un arco sobre el altar, además de por otro de menor tamaño sobre una puerta de madera con forma redondeada en la parte superior, junto al retablo, por la que nos introdujimos.

La señora activó el interruptor, un fluorescente alumbró la habitación. La mirada se me fue hacia la pared contraria, hacia una ventana con la persiana casi bajada. Contiguo a ésta, un portón de metal enlazaba con la fachada trasera. A nuestra derecha, hacia el centro, destacaba un armario deteriorado

que precedía a una mesa amplia. Aparte del portón y de la que habíamos utilizado para acceder, existían dos puertas más, una enfrente de la otra, una a la izquierda y otra a la vera del armario.

La anciana entró en la estancia de la derecha. Al poco salió con un plato hondo, un cartón de leche y una toalla de mano que me tendió. Se agachó con lentitud, posó la loza en el suelo y la llenó. Se incorporó y acarició a Amadeus detrás de las orejas puntiagudas, luego le habló como si se tratase de un bebé.

—¿Tienes hambre, pequeño?, ahora te vas a tomar la leche y te vas a portar bien, precioso. Déjelo en el suelo, estará entretenido mientras le curo.

—Tutéeme, por favor, mi nombre es Juan. Es una experta con los gatos.

Nada más soltar a Amadeus en la superficie embaldosada, atacó el alimento como si fuese el último del planeta.

—Mi hija tiene uno, me he acostumbrado al animal cuando cuido de mis nietas.

—Gracias, señora, menos mal que tiene leche, el pobre está desfallecido. Suerte de este lugar —dije complacido, me sequé el cabello y el cuello.

—Llámame Leonor. Estamos en la sacristía, donde el padre Nicanor se organiza para la misa.

—¿No le disgustará mi presencia?

—Si lo frecuentara sabría de su gentileza. Lo da todo, no sólo ha entregado su vida a Dios, sino que hace lo que está en sus manos por la comunidad y los vecinos, esta noche participa en un comedor social. Pase por aquí.

Desplegó la puerta del lado izquierdo, era un aseo resplandeciente donde reinaba el olor a lejía, disponía de un retrete, una ducha y un lavabo. Me limpió los arañazos con un antiséptico dermatológico. Con una gasa y una venda remató, todo extraído del armario de triple espejo adaptado sobre la pila. Me curó con oficio. Me contó que su vida laboral había transcurrido en un hospital como enfermera de urgencias, tras la jubilación y después de quedarse viuda se había involucrado en la parroquia, contribuía desinteresadamente. Con exactitud, su tarea consistía en mantener en perfecto estado los ropajes y enseres del padre Nicanor para ejercer misa, además de decorar el recinto para las ceremonias, como en esta ocasión.

—Muchas gracias, si no fuese por usted, Leonor, Amadeus y yo estaríamos perdidos.

—No será para tanto. ¿Sueles acudir a misa?

—Sí, a la de mi barrio. Mañana vendré con mi novia a la del padre Nicanor. Espero que el párroco de nuestra iglesia no se lo tome a mal por irnos a la competencia, el año que viene nos va a casar.

Leonor sonrió con sobriedad.

—Te doy la enhorabuena, Juan, veo que tienes las cosas claras. He deducido por la avería de la mano que no eres el dueño del gato.

—Se lo cuido a un amigo, pero se ha complicado la noche.

Recordé el reciente incidente, yo mismo noté la variación de mi faz.

—Si tus acciones son honestas serán recompensadas, de eso puedes estar segur...

Unos golpes secos en la puerta que conectaba con el templo la interrumpieron, nos encontrábamos en el umbral del cuarto de baño.

—Me iban a venir a recoger.

Leonor se colocó el dedo índice en los labios cercados de arrugas y me sugirió que guardase silencio, luego lo utilizó para señalar a Amadeus. Estaba agazapado debajo del armario, con ojos temerosos observaba la puerta, a la que volvieron a golpear al mismo tiempo que alzaban la voz:

—¡Abran, se ve luz!

La mujer, por medio de mímicas, me propuso que permaneciese en el aseo. Cuando se acercó a la puerta, Amadeus surgió con rapidez y restregó el costado contra su tobillo. Leonor lo cogió con cariño, le acarició la cabeza y me lo alcanzó, para mayor comodidad solté la toalla sobre el lavabo. Apagó la luz del servicio y entornó la puerta.

—Ya va —anunció.

Desdobló un paño de un golpe de muñeca, simuló secarse las manos cuando abrió. El plato de leche se quedó detrás de ella.

Desde dentro del aseo ensombrecido procuré escuchar la conversación, pero era difusa y apenas les entendí. El tono del visitante era de pregunta, la anciana explicaba su presencia en la iglesia.

La mascota de Biel me miraba apenada, se hacía querer con sus arrumacos, se cobijaba entre mis brazos como si necesitase de mí para su supervivencia. Su dueño pocas veces lo había sacado del apartamento desde que lo había adquirido hacía tres años siendo un cachorro, de aquí que cualquier entorno le pareciese hostil.

Leonor se despidió con un «que Dios les ayude», de lo que derivé que no era un solo individuo. Cuando cerró, vino hacia mí.

—Eran dos hombres que solicitaban al párroco, no me han aclarado para

qué, pero hasta que no les he dicho que estaba sola arreglando la iglesia, no han desistido. Intentaban curiosear el interior según me hablaban.

—Pero ¿puede entrar cualquiera hasta aquí?

—La iglesia no se cierra hasta las nueve. —Miró la hora en el minúsculo reloj de su muñeca—. Suele ocuparse de esa labor don Nicanor, menos cuando no está, hoy me ha tocado a mí, me he retrasado.

Eran las nueve y veinte, cuando nos tropezamos en el pórtico se dispondría a marchar.

—Será mejor que me vaya, no quiero entretenerla más.

—Pero el gatito no se ha bebido toda la leche.

Depositó a Amadeus junto al líquido blanco, dio un par de lametazos rápidos y lo rodeó examinador. Luego alzó la vista, nos miró con ojos somnolientos y se acomodó contra la pata del armario.

—Se le han quitado las ganas. Leonor, dígame una cosa, ¿cómo eran?

—Dime tú otra, ¿por qué el animal se ha arrinconado cuando los ha percibido tras la puerta? Hazme caso, aguanta un poco para salir.

—No sé qué opinará de mí, le aseguro que no he hecho nada malo.

—Lo sé, eres noble.

Retiró el plato y el cartón de leche y los llevó a la habitación de donde los había sacado un rato antes. Allí dentro estuvo haciendo tareas relacionadas con aperos de cocina, lo supe por el sonido característico que liberaron al rozarlos unos con otros.

Me acerqué a la ventana que contenía la persiana bajada salvo unos centímetros. En cuclillas contemplé la parte trasera de la iglesia, también la estrecha callejuela por la que había cruzado para buscar un escondite. Sin previo aviso, por la izquierda, provenientes del lateral del edificio sagrado, surgieron dos varones que sólo pude ver de espaldas. Uno era más alto que el otro, vestían con ropa negra, con gorros de lana y guantes. Andaban con rapidez, hasta que el de menor estatura se detuvo en seco y se volvió. No tardé más de un parpadeo en agacharme bajo el alféizar. El pavor retornó, como lo hace un dolor de muelas después del efecto del analgésico, con intensidad.

Desconocía si me habían llegado a ver, por la abertura por la que me había asomado sólo había expuesto los ojos y si acaso mi nariz aguileña. Si bien eso carecía de importancia, en el caso de que fueran ellos, aunque no me hubiesen identificado, habrían visto lo suficiente para saber que Leonor les había mentado.

Me senté en el suelo con la columna contra la pared y las piernas encogidas al máximo. Amadeus me miró con atención, tendido, pero con la cabeza alzada, expectante por mis movimientos. Me imaginé las caras de dos tipos feos que me espiaban a través del cristal, que se burlaban de mí y que planeaban cómo entrar. Amadeus se incorporó, estiró las patas y el cuerpo, bostezó y me miró con curiosidad, luego se acercó a mis pies.

Leonor regresó, se asombró cuando me vio sentado en el suelo. Comprendió qué ocurría cuando señalé con la mano sana hacia arriba, hacia la ventana, inequívocamente hacia la calle. Siguió el dedo hacia el cristal, por su comportamiento al alzar los hombros y bajarlos de seguido, me percaté que no había nadie, probablemente nunca lo hubo.

—Los has visto —no preguntó, afirmó.

La pegadiza melodía nacida de mi bolso que de súbito se reprodujo nos sobrecogió a los tres. Amadeus retrocedió unos pasos y se alejó de mí, Leonor miró a su alrededor procurando distinguir de dónde procedía, yo me sobresalté por la tensión que había acumulado segundos antes.

—¿Diga?

—¿Eres Acosta?

—Sí.

—Soy Blanca, la amiga de Carla, estoy fuera de la iglesia de san Pablo.

—Vale, ahora salgo.

Me incorporé y alcé a Amadeus. Me arreglé la ropa humedecida y me acerqué a la anciana para despedirme.

—Cuida de este pequeñín —me dijo.

Le acarició el morro al minino, éste rezongó tras un gesto de indolencia.

—Gracias por la cura y por lo demás. Mañana en la misa le presentaré a Chavela, seguro que le gusta.

—Bien, Juan, cuida de ella también.

Me anunció que tardaría en salir, así que no la quise molestar más, me volví por donde había entrado. La iglesia continuaba con esa aureola de imperturbable apariencia que mantienen estos recintos benditos a pesar de que asistan una marabunta de almas. La asimilé de menor tamaño, una extraña sensación de opresión me acechó, como si sus muros se cerrasen para atraparme. Respiré hondo, siempre funciona a la hora de tranquilizarse. En una de estas aspiraciones distinguí un olor que contrastaba con el lugar, era de humo de tabaco, pero mezclado con una sustancia dulzona, envolvía el ambiente con un tufillo distinto al del tabaco normal. Casé el aroma con los

visitantes, porque con anterioridad a su presencia no lo había advertido.

Entorné el portón para vigilar las inmediaciones. Tras el pórtico solitario y la acera encharcada había un automóvil corto, amarillo fosforito. Estaba detenido con las luces de emergencia activadas. El resplandor que se reflejaba en el asfalto aparentaba que dispusiese de más luces intermitentes de las que en verdad poseía. A través de las ventanillas ensombrecidas por la escasa iluminación vislumbré una silueta, supuse que la tal Blanca se refugiaba dentro.

Miré a derecha e izquierda, vehículos aparcados o que circulaban, además de cafeterías y otros establecimientos fue lo que vi. Me envalentoné y salí, me arrimé contra la madera, sujeté a Amadeus con las dos manos y volví a echar un rápido vistazo. Cuando mis ojos recorrían de nuevo el utilitario, la ventanilla del acompañante se bajó, la luz del interior iluminó a una muchacha.

—Oye, tú, ¿eres Acosta?

Tardé más de lo normal en recapacitar, había creado un retrato de la inspectora que no era acorde a lo que veía. Biel en su descripción me había detallado que también le causó sorpresa su juventud, pero aun así no la concebí con un aspecto tan tierno.

—Sí, voy.

Me lancé a la carrera, hacia la seguridad de la compañía de una policía.

Cuando entré me recibió con una agradable sonrisa. Su dentadura se vestía con una ortodoncia de porcelana, brillante como los dientes parcialmente ocultos. En realidad, no era tan joven, pero con el corrector aparentaba menos edad. Se recogía el largo cabello moreno en una coleta.

—Buenas noches, soy Blanca.

Me ofreció la mano.

—Hola, Juan Eduardo.

Liberé al minino y se la estreché.

—¿Eso es un gato?

—Tiene toda la pinta.

Amadeus se agitó, estiró el cuello hacia la chica. Ésta, inquieta y con mirada desorbitante, arrancó.

—Habrá que ir rápido a casa de tu jefe, les tengo alergia.

—Vaya, lo siento, es de Biel, no lo podía dejar con esos tipos.

Amadeus despertó con brusquedad. Maulló, maulló mucho, peleó por desasirse, lo apresaba entre mis manos y no le iba a permitir que se soltase.

Luchó, probó a rasgar mi piel, esta vez le cogí las patas y le oprimí la boca. Me dio la impresión de que quería provocar de algún modo a Blanca, sus constantes forcejeos los dirigía hacia la conductora.

—¿Qué le pasa?

Alternó la mirada con el gato y la carretera, luego bajó las ventanillas para que el aire corriera por el habitáculo.

—Le gustas.

—Vaya suerte. Gabriel vive por aquí cerca, ¿verdad?

—Sí, gira por esa calle y ya estamos.

Al poco, detuvo el coche en doble fila, salió dando un brinco y se echó las manos a la cabeza.

—Vaya mala pata —se lamentó.

—¿Qué ocurre? —pregunté según me incorporaba del asiento.

—Voy a tener que desinfectar el coche, no puedo acercarme a ellos. En una ocasión, de niña, me regalaron un gatito y me puse muy mal. Me acuerdo de unos sarpullidos horribles por la cara y el cuello, de estornudar, toser y faltarme el aliento, mis padres tuvieron que regalarlo.

—Lo siento, si lo hubiese sabido...

Se mordió los labios. Mi amigo de cuatro patas, que había cesado de intentar evadirse, la contemplaba indagador. Blanca adoptó una dulce expresión.

—Con lo majo y bonito que es y ni siquiera puedo tocarlo.

Amadeus se calmó, no volvió a interrumpirnos. A mi entender, la inteligencia de los animales está fuera de toda duda, he tratado con personas más insensatas que la mayoría de ellos.

Blanca demostró ser una excelente profesional, desde nuestra entrada al portal hasta las conclusiones que extrajo. Mientras acudía el ascensor estornudó un par de veces, luego me explicó lo que sabía.

—Has sido testigo de un robo con allanamiento de morada. Has visto a los ladrones, pero no para describirlos. Has huido, muy inteligente, no pienses que eres un cobarde.

—No lo pienso.

—Mejor para ti. Crees que es más que un robo, dices que puede estar relacionado con los crímenes de los empresarios, Carla dice...

Alcé el brazo con el índice estirado, necesitaba intervenir para desvelar el último episodio. Me cedió la palabra. Le conté mi permanencia en las dependencias del templo y el lance de los dos hombres que sospechaba

habían entrado a buscarme, que sin duda eran los mismos del apartamento por la reacción de Amadeus en la sacristía. También le describí la indumentaria de los que vi por la ventana. Encogió la frente. El ascensor compareció y le di la llave del apartamento.

—Suenan raro. Espera cinco minutos y subes.

Lo dijo serio. Luego sacó una pistola automática y tiró de un mecanismo que produjo un chasquido contundente. Se introdujo en la cabina que la transportaría al tercer piso. Amadeus y yo la admiramos según la puerta plateada y corredera se cerraba ante nosotros. Me di la vuelta y remonté las escaleras.

Descartando las de los museos específicos, era la primera vez que veía un arma de fuego tan de cerca. Persistió la imagen grabada, porque aun sabiendo que era policía, nunca la habría visualizado con ese hierro entre sus manos de muñeca. Estimé que, a esa mujer de apariencia dulce, tierna y delicada, un aparato semejante le venía grande, era como si una abuelita se hiciera cargo de una grúa torre. Después de extirparme los prejuicios que di rienda suelta entre el portal y la vivienda, advertí su intrepidez.

Me asomé al umbral, había transcurrido más tiempo del que me aconsejé para reunirnos. No se hallaba en el recibidor, tampoco en la cocina con la puerta abierta, la llamé.

—Estoy en el despacho, tranquilo, no hay nadie —respondió.

Deposité a Amadeus en el suelo de la cocina y corrió veloz hacia la carne del cuenco, cerré la puerta acristalada y me interné por el pasillo. Así las cosas, me detuve en la habitación del ordenador.

—¿Qué piensas del desastre? —la consulté.

Miré sus manos, finas, con las uñas cuidadas, pero sin pintar, ni rastro del arma. Rotaba sobre sí misma según examinaba con meticulosidad. Sus ojos negros resplandecieron ante la devastación.

—He comprobado la casa, no sabemos si han robado hasta que no venga Gabriel, pero es revelador que el televisor y el ordenador sigan aquí, son unos modelos estupendos, al igual que la mini cadena del dormitorio. Cuando Carla y él me han comentado de qué creían que se trataba, le he preguntado si guardaba dinero en metálico, joyas u objetos de valor, su contestación ha sido negativa. Al describirme la casa me ha hablado del ordenador, he aclarado que me dijese en qué estado lo había dejado, puesto que también me ha dicho que poseía una cuenta *on-line* del banco, otros documentos y una novela que debe de estar escribiendo y a la que le ha dado

un fuste por encima del resto, con rotundidad ha dicho: «Siempre que salgo de casa lo apago, eso es» —imitó su voz con gracia, luego señaló el monitor con el fondo de pantalla de un lienzo que reconocí como una de las obras de la madre de Biel.

—Lo han encendido —dije perdido, sin saber dónde quería ir a parar.

—Lo han encendido, lo que demuestra que no han venido a robar.

—Entonces tengo razón.

—Pueden emplearse en la sustracción de documentos informáticos, o también puede que husmeasen para pescar información sobre Gabriel, lo que nos aproximaría a tu teoría.

—¿Estás conmigo?

—No he dicho eso —dijo sonriendo—, sólo es una posibilidad que habría que considerar.

Decidimos cortar la conversación en ese punto, hasta que Biel no revisase el piso estaba de más conjeturar. Dimos otra vuelta sin encontrar nada que suscitase nuestra atención. Me acordé de la señora Matilde.

Blanca me anunció que se encargaría de llamar a Carla y a Biel. Dejamos todo tal y como estaba, salvo la CPU, que acarreó con ella por si volvían de madrugada. Recogí a Amadeus que dormitaba en un cojín descuajeringado, además de dos latas de su comida preferida. Reparamos en que la cocina era la única estancia que aparentemente no habían registrado, dato que le dio que cavilar a Blanca. En el descansillo analizó la cerradura.

—No son unos ladrones corrientes, son muy cautos, ni una sola marca de forzamiento, no han venido a buscar enseres de valor. Un chorizo no entra de esta manera, porque si sabe forzar una cerradura de seguridad sin dejar rastro no se dedica a robar televisores, apuesto a que no hay ni una huella.

Con una mirada calculadora dirigida hacia mí, intuí que se acercaba a mi hipótesis. Presentí que, si no lo había hecho ya, era por la influencia que la inspectora Sandemetro ejercía sobre ella.

—Y yo soy el testarudo según tu compañera. ¿Te he dicho que los hombres de negro, los de la iglesia, iban enguantados?, por supuesto que te lo he dicho —me jacté.

—Carla también me ha avisado contra ese defecto tuyo, y no te enfades conmigo que es cosa suya.

Río vivaracha, como lo hacen las personas risueñas y encantadas de la vida, me contagié de su jovialidad.

Ella descendió en el ascensor con la CPU, estornudó cuando se cerraba la

compuerta. Me apresuré por la escalera con Amadeus en brazos. Abajo nos despedimos. Cuando se marchó, llamé a un taxi.

Me preocupé sobremanera por el cariz que estaba tomando la participación de Biel en el esclarecimiento de los asesinatos, demasiadas evidencias para que el incidente del apartamento fuese casualidad.

La imagen de Blanca desfiló por mi mente. Me formé una opinión sobre ella, tenía un porvenir prometedor. Mientras el chófer conducía hacia mi hogar, acompañados de la lluvia de gotas gruesas que había retornado, Leonor invadió el espacio de Blanca, la desplazó de mi pensamiento. Me dije que era afortunado por haber coincidido con una persona que miraba por el bienestar de los demás, máxime en un momento de aprieto como el que me había tocado vivir. Unas horas más tarde, al día siguiente, advertí que en el mundo en el que nos estábamos adentrando, se pasaba con mucha facilidad de la fortuna a la desdicha.

16

Revelación en el bar

Chavela recibió a Amadeus con ternura. En las ocasiones que habíamos cenado en casa de su dueño, la provocación y las acometidas con las que me había atacado las había transformado en armonía y lealtad con ella, practicando un juego de combate contra mí y de afecto con mi novia.

Ella hacía poco que había llegado, resultó ser una tarde de contratiempos para los dos. Había visitado a su hermana y a sus tres sobrinos, su cuñado permanecía en viaje de trabajo. Se topó con ella hecha un cisco, con fiebre y vómitos, la encamó y se hizo cargo de los tres diablillos. Me dijo que a la mañana siguiente volvería temprano para atenderla.

Respecto a mí, varié lo ocurrido. Explicué por qué estaba el gato en nuestro piso. Para que no se alarmase, me ahorré que había coincidido con los delincuentes durante el robo y que me habían perseguido. Días antes había hecho lo mismo con el episodio de *Simbad*. Me inventé que Amadeus había escapado y corrido hasta la iglesia. Mencioné a una amable anciana que me había curado la herida.

En cuanto al caso la mantuve al tanto, describí lo tocante a la inspectora Pedraza, incluida su alergia. Para rematar, la previne de que me había comprometido con Biel para citarnos al día siguiente, y con Leonor para asistir a misa de once, también la esperaba a ella. Convenimos que era más oportuno que velara por su hermana. El resto de la noche transcurrió con tranquilidad.

Los sábados solíamos ir a cenar con amigos, a bailar o al cine, pero debido a las circunstancias vimos una película tirados en el sofá, con Chavela acariciando al minino. Éste se comportó conmigo con respeto, ¿sabría que había arriesgado mi vida para salvarle?

Me desperté descansado, la luz del nuevo día penetró con poderío en el dormitorio, igual que la voz de Chavela en mis oídos. Antes de centrarme en lo que me decía, procuré situarme en el reciente sueño. Lo único que pude rescatar fue la imagen de una amplia catedral repleta de parroquianos. Arrodillados, adoraban a un gato de dimensiones exageradas, como un Buda

en uno de sus templos, con Chavela y yo mismo en primera fila.

Me despejé y me concentré en mi novia, que vestida para salir y con el bolso colgado del hombro me comunicó que Biel me aguardaba en el salón, también que ella se marchaba a casa de su hermana y que me pasase por allí a la hora de comer. Me plantó un beso en la mejilla y desapareció.

Me arrastré por el pasillo hasta el salón y me asomé.

—¿Qué tal estás? —me preguntó Biel, estaba sentado en el sofá acariciando a Amadeus, éste mordía una billetera de piel marrón.

—Dormido. ¿Qué hora es?

—Ocho y cuarto. Hemos salido a las cinco y media de la mañana del motel. Hemos pasado por mi apartamento para echarle un vistazo, creo que no se han llevado nada, luego Blanca me ha traído la CPU y se ha ido con Carla.

—Ah, bien, bien. ¿Qué tal la noche?

—Dúchate y desayuna, luego tienes que aclararme algo sobre una iglesia, según Blanca puede que hayas acertado.

Me entusiasmé por el reconocimiento de Blanca, pero también por ella misma, demostraba que no se dejaba influenciar por Carla. Aún la tomé en mayor estima.

—Entonces me estáis dando la razón.

—Sí, estoy contigo.

—¿Y Carla?

Mi interés era máximo.

—Asume que se equivocó en su valoración.

Me quedé satisfecho, sobre todo porque la inspectora reclusa después de negarse por teléfono. Amadeus continuaba royendo la cartera, por lo que no pude aguantar y le pregunté por ella.

—Carla me ha proporcionado una placa y un carné falsos de policía que le requisó a un tipo, por si me veo en problemas.

—Qué amable.

Veinte minutos más tarde, después de cambiar la gasa de la mano herida, arrancamos hacia su apartamento en su automóvil, le ayudaría a recomponer la casa. Me dijo que el lunes llamaría a un cerrajero para que le colocase una cerradura adicional, no expuse mi parecer, pero si quisieran volver a entrar, sólo les frenaría una puerta de cámara acorazada. Entre él y Carla habían resuelto no denunciarlo, según mi criterio era un error, y así se lo hice saber.

En el transcurso del recorrido le narré todo, le sorprendió todo. El día

anterior, telefónicamente, no le había dicho la forma en la que me tropecé con los malhechores, cuando se enteró, noté el aprecio que sentía por mí.

Le informé sobre Leonor y que iría a la misa de la iglesia de san Pablo. Le propuse venir conmigo, rechazó la invitación, como había vaticinado. No era religioso, con probabilidad no había pisado una iglesia desde su bautismo, si es que le habían bautizado.

—Esto se ha convertido en una cuestión peligrosa, si te ocurriese algún mal me sentiría culpable —anunció reflexivo, con la vista en la calzada.

—Yo no estoy metido en este asunto, si en vez de ir yo a dar de comer a Amadeus hubiese ido la señora Matilde, a saber qué hubiese sucedido. Con esto te quiero decir que no puedes controlar los actos de los demás, no es responsabilidad tuya.

Le calmé, por fortuna no le había contado lo del joven de la gorra dos días atrás.

—No sé si ha sido buena idea meterme en este embrollo, de todas formas, el mérito se lo llevarían Carla y Blanca. ¿Qué tal con la muchacha?

—Es simpática y lista —no pude reprimirme y le pregunté sobre Carla—. ¿Y tú?, ¿qué tal la noche?

En las calles, relativamente vacías en comparación con un día entre semana, resaltó el bullicio del que hasta ese momento no me había percatado, el motivo fue el mutismo con el que jugó. Tras unos segundos de incógnita por la reacción que tomaría contra mí, se le imprimió en la boca una mueca ladina.

—Encontramos una habitación con una cama, hemos dormido muy, muy poquito, gracias por interesarte.

No supe si era verdad o se quería burlar. Con las noticias que le di por teléfono sobre el asalto a su casa no tendría el cuerpo para mucha jarana. Aunque quién sabe, el ser humano no ha dejado de asombrarme desde que tengo raciocinio.

Restaba un largo trayecto hasta su apartamento, me detalló lo que habían descubierto en el pueblo de La Velilla. La parte que correspondía en exclusiva a ellos dos, la que intuía que había comenzado, se la ahorró.

Se desplazaron a la provincia de Segovia en el moderno vehículo de ella. En el viaje de hora y media resolvieron cómo debía actuar él, se haría pasar por articulista en una publicación e intentaría sonsacar a los habitantes de La Velilla. Según la teoría de Carla, a la gente en general le gusta

chismorrear sobre sus vecinos, y si indagaba adecuadamente, obtendría resultados.

Decidieron que era arriesgado que ella compareciese ante el hermano y la madre de Cabrera con su nombre y como policía, más adelante se podrían presentar Matute y Carcelén, averiguando que había estado allí, con lo que, de no obrarse un milagro, acabaría su carrera. Ir con otra identidad era peligroso, el hermano de Cabrera, el hombre de las gafas de culo de vaso, estaría alerta después de la visita de Biel, pero no había otra alternativa, se haría pasar también por periodista.

Carla le desveló otro dato interesante. Al igual que Santos y Cabrera, la ficha de la tercera víctima, la de Lluch, el valenciano, aparecía en blanco desde 1981 hasta 1998, lo referente a su vida anterior y posterior a estas fechas figuraba como las de cualquier otro. Ella estaba convencida de la ocultación y manipulación a los medios de comunicación, y de esa capacidad sólo podría gozar una autoridad en las alturas de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado, del Gobierno o superior a ellos, alguien con tanto poder que manejase a todos estos.

Le dieron vueltas, conjeturaron, analizaron y, finalmente, concluyeron que si existía el caso de los empresarios era por la notoriedad de Herminio Santos, el presidente de un club de fútbol. De haber sido un personaje intrascendente su muerte no habría sido tan mediática, se habría disfrazado sin que nadie se hubiese preocupado, como en un principio ocurrió con Cabrera, el degollado en Boston, nadie hubiese relacionado a las tres víctimas.

A través de la luna del automóvil vieron cómo el cielo adoptaba un cariz de negrura tenebrosa que terminaría por descargar con contundencia en un par de horas. Biel expresó una brillante idea que le sobrevino al repasar los acontecimientos, Carla dijo que era ingeniosa. Se trataba de introducir en el ordenador del archivo de la Policía Nacional los nombres de los veintitrés compañeros de mili que poseían, de los que había entrevistado y de los que faltaban por hacerlo. Los que se ajustasen a un vacío de fechas en sus vidas similar al de los tres difuntos tendrían más posibilidades de estar vinculados con la enigmática trama. Carla se ocuparía al día siguiente en la jefatura, sin levantar sospechas ni dejar rastros que la delatasen.

En La Velilla, Biel le indicó a la inspectora cuál era la casa de los Cabrera, luego se separaron con la intención de cumplir con sus respectivos objetivos.

La superficie asfaltada contenía un polvillo ocre propio de los rastros que las maquinarias del campo abandonan a su paso. El olor a excremento de vaca y oveja se respiraba por cada rincón. La vía principal, por donde avanzaba la carretera que atravesaba la población, estaba delimitada por sendas aceras a cada lado. Los comercios transmitían su función con sencillos rótulos. Se hallaban en los bajos de casas de dos plantas, era la máxima altura que alcanzaban las construcciones.

Apenas había visto a alguien, únicamente a un lugareño que descansaba sobre un bastón. Éste, a su vez, le había contemplado con los ojos entornados, como el cowboy que contempla a distancia un grupo de jinetes que desprende una estela polvorienta, luego se había adentrado en un bar con apariencia de permanecer en aquella tierra antes, incluso, que la iglesia. Biel se dirigió en esa dirección, anheló encontrar algún detalle que le sugiriera cuál era el fundamento de tres asesinatos.

Desde el exterior del bar escuchó el murmullo que los parroquianos producían. La puerta de cristal, moteada por el mismo polvo que recubría las calles, emitió un quejoso chirrido cuando la desplegó. La estridencia cesó y las personas del interior, de pie ante la barra, guardaron silencio. Unos se volvieron y junto con los que estaban de frente le miraron desafiantes y con desconfianza. Cuando saludó, retornaron a su posición y las tertulias se reiniciaron.

Todos eran varones de entre cuarenta a sesenta años, vestían de forma similar, con pantalones de chándal o vaqueros y camisas remangadas hasta unos centímetros más arriba de los codos. Ninguna cara estaba afeitada, destacando su aspecto de rudeza. Se arrimó a la barra de encimera metálica. El barman lucía un llamativo bigote con las puntas hacia arriba y unas greñas blancas. Éste se aproximó al forastero según limpiaba el mostrador con un trapo. Le preguntó qué tomaría. Desde la consulta hasta la respuesta volvió la mudez al establecimiento. Cuando el camarero le sirvió la cerveza solicitada, Biel aprovechó para entablar conversación.

—Dígame una cosa, señor —las voces se atenuaron—, ¿está al tanto de la revista Confidencial 21?

—Tengo el Balompédico, el periódico de la región y otro nacional —recitó automáticamente.

—Perdone, le quería decir que trabajo para esa revista. Estoy haciendo un reportaje sobre Herminio Santos, el presidente del Ramagosa recién fallecido.

El camarero secaba un vaso de tubo con el mismo paño que había restregado sobre la barra. Las charlas de los asistentes se habían aplazado, examinaban a Biel como si fuese un animal extraño fuera de su hábitat.

—A saber en qué estaba metido.

—¿Lo dice por la forma en que lo han matado?

—Cosas raras de las ciudades.

Al comprobar que había atraído a los siete clientes con su exposición, probó suerte, pero se aseguró de no errar.

—¿Alguien de ustedes pertenece a la familia Cabrera?

No se pronunciaron, unos bebieron de sus vasos y otros se miraron entre sí. Esperó una respuesta del que atendía la barra y la obtuvo.

—En el pueblo vive la Gervasia, y también el Faustino, que es su primogénito, los otros hermanos están fuera, en Segovia, Madrid... Pero ¿en qué le tocan a usted?

—¿Trataban a Pelayo?

El camarero lanzó un vistazo fugaz al resto de sus clientes y se centró en el cristal de la copa que brillantaba. De repente, intervino un fortachón que rayaba la obesidad, exhibía una barba cerrada y las cejas unidas en una línea de pelo negro.

—Era el hijo pequeño, la espichó hace unos meses, se hizo aquí el entierro, anduvimos todo el pueblo para el cementerio.

—En efecto, pereció en Estados Unidos, su forma de hacerlo fue similar a la de Herminio Santos.

—¿Qué quiere decir? —requirió otro con una mirada entreabierta de recelo, era calvo y poseía un bastón.

—Los mataron del mismo modo. Es la causa de mi visita a su encantador pueblo, investigo una posible conexión entre ellos.

—No sé cómo murió el Pelayo, pero Faustino me dijo que investigaban cualquier posibilidad, cosas raras de las ciudades —dijo el camarero atusándose el bigote.

—Lo asesinaron y el que lo hizo sigue en libertad, ustedes conocen cómo mataron a Santos, ¿no creen que es mucha casualidad?

—Si en las noticias y en los periódicos no han dicho que tengan que ver, es que no lo tendrán —replicó el calvo que mostró un semblante áspero.

—Puede ser, señor. ¿Están al corriente de la vida de Pelayo?, a qué se dedicaba o si venía mucho, cualquier cosa.

Los vasos volvieron a los labios y un par de cigarrillos se encendieron.

El hombre ancho de la línea negra sobre los ojos se manifestó:

—Estuvo muchísimo tiempo sin aparecer por aquí, en los últimos años lo hacía alguna Navidad que otra. Siempre que venía, la Gervasia lo anunciaba por el pueblo, en mi carnicería lo pregonaba cada vez que hacía la compra. La pobre anda fatal de la mollera, el otro día sin ir más lejos volvió a repetirlo, como si esta Navidad fuese a pasarla aquí —terminó la frase con una risita.

—Y no hay más, ¿no saben nada de él? ¿Dónde permaneció ese tiempo? ¿Su hermano nunca ha dicho nada?

El mutismo se impuso. Biel, resignado, dio un trago largo a la cerveza.

—Hará unos inviernos que...

El orondo inició un comentario, pero se calló cuando el calvo alzó el bastón y lo meneó de un lado a otro.

—¿Perdone, decía? —insistió Biel.

—Tomasino, este señor sólo pretende su verdad, si le beneficia lo que diga Francisquín, no hace daño a nadie —terció el camarero, le quitó transcendencia al asunto.

—No me gusta que vengan de fuera a meter las narices. No interesamos más que para deslomarnos en el campo y pagar sus impuestos, pero si necesitan algo de nosotros vienen como si tuvieran todo el derecho del mundo. ¡No me gustan! —se quejó el calvo.

Golpeó varias veces el suelo con el bastón, luego le dio la espalda a Biel y exhaló una calada del cigarrillo.

—Estoy de acuerdo con usted, señor, contribuimos demasiado para lo que recibimos. Yo también pago impuestos, aunque no me deslomo en el campo lo hago en las calles, investigando, si me pueden ayudar se lo agradecería, soy un trabajador como ustedes.

—Tampoco irá muy lejos lo que tenga que decir Francisquín —cedió el calvo.

Todos observaron expectantes al que se suponía poseía remembranzas que describir.

—Me voy a poner colorado como me sigáis mirando así —dijo, sus amigos rieron, todos menos el que se había quejado—. Me he acordado de que un día de Navidad, hará unos dos años, entraron Pelayo y Faustino a mi carnicería, los dos hermanos iban borrachos, se sujetaban el uno al otro y reían por cualquier tontería. Fue el día antes de Nochebuena, estaba recién llegado porque Faustino dijo que les diera unas chuletas de ternera para

celebrar el regreso de su hermano. En el mostrador no tenía lo que me pedían, entré en la cámara frigorífica y saqué una pieza para extraer las tajadas. Cuando me puse a ello, Faustino bromeó con Pelayo por si se mareaba al ver tanta sangre. —Detuvo la explicación para secarse el sudor de la frente con un pañuelo—. ¡Leche!, Carmona, podrías poner uno de esos aires acondicionaus, me estoy asando.

—Más te valdría comer menos, un día vas a reventar —contestó el dueño que se defendió de lo que creyó un ataque a su local.

—A estas alturas me voy a poner a hacer dietas, no te jode. ¿Por dónde iba?

Comenzaban a soltarse y a mostrarse con naturalidad sin afectarles la presencia del forastero.

—Se refería a lo de la broma de la sangre —apuntó Biel.

—Es verdad, es verdad. Faustino, que es muy exagerado, le vaciló con esa tontería de la sangre que arrojaba la carne, tampoco era para tanto, pero iban piripis. De seguido, Pelayo torció el morro y se concentró en el trozo de ternera, ¡leche!, como si se le hubiese pasado la mona en un segundo. Luego dijo algo así como: «Eso no es sangre, hermanito, en Bosnia sí que la vi, o cuando torturaba desgraciados». Tenía los ojos paralizados cuando dijo eso y la cara alegre cuando volvió a la borrachera. Eso lo oí y lo vi con estos soplillos y estos ojitos que el Señor me ha dado. Un tiempo después se lo refresqué al Faustino y me comentó que cuando su hermano bebía decía cosas raras sobre armas, guerras y muertos, que soñaba con esas cosas y murmuraba entre pesadillas.

—¿Saben si fue militar?

—Qué cojones, si conociese a Francisquín entendería por qué se lo dijo. A este membrillo le dices que los bancos están hechos para guardar el parné del ciudadano y se lo traga, los Cabrera se burlaron —aseveró el calvo con desprecio.

—¿Cómo sabe que no fue militar?

—Porque es nuestro pueblo, sabemos todo de todos, nadie oculta nada como hacen los delincuentes —dijo el calvo.

—¿Están ustedes conformes con esta opinión? —preguntó Biel a los demás asistentes.

—Esto no es la ciudad, caballero, aquí no pasan cosas raras —afirmó Carmona, el dueño y camarero del bar.

—Ya veo ya, cóbrese, les invito a una ronda, por las molestias. —Dejó

un billete de veinte euros y se fue satisfecho con la nueva revelación.

Estaba seguro de que la sentencia emitida por el calvo no era la de la mayoría. El camarero le había secundado porque regentaba un negocio que dependía de los clientes habituales y sabía cuándo debía hablar a favor o en contra, el resto se calló. La cólera que se le vislumbraba al calvo y su conducta al golpear el suelo con ese palo lacado con el que se apoyaba, además de sus apreciaciones anteriores y la forma de tratar al carnicero, le sugirieron que dominaba al grupo. Les era más conveniente no meterse en problemas que respaldar a un forastero.

Al pie del establecimiento dudó si perseverar en la búsqueda de pistas, le había sido fácil encontrar la que consideraba una valiosa estela que seguir, pero, a cambio, el riesgo que corría le hizo pensárselo. Los indicios que apuntaban a los tres empresarios hacia una disciplina militar realizada en su pasado y ese espacio de diecisiete años en el que coincidían sus vidas en una oscuridad absoluta, guardaban relación, estaba convencido.

A uno de los cielos más plomizos que había visto en sus cuarenta y un octubres le faltaban minutos para desparramarse, le envió a Carla un mensaje. La esperaba en las inmediaciones del vehículo.

En otro automóvil, el deslucido y vetusto de su propiedad, continuábamos la marcha hacia su casa más rápido de lo que hubiésemos calculado en un principio. El tráfico era de baja intensidad, las aceras y carreteras todavía indicaban las consecuencias de la tormenta. Había ramas y abundante hojarasca diseminada, contenedores de basura volcados por los latigazos del viento ocupaban las calzadas inadecuadamente. Unos operarios del ayuntamiento los desplazaban hacia su ubicación original. Reconponían el material urbano y limpiaban las calles sucias por la ira del vendaval que las había desmantelado.

—Qué interesante, así que en su juventud fueron militares —afirmé.

—Militares es una opción, pero Carla no lo cree, aunque Cabrera estuviese en Bosnia es mucho conjeturar.

—¿Guardia civiles?, ¿policías?

—¿Y si no pertenecían a ningún cuerpo?, los tres disponían de mucho dinero, de algún modo harían esa fortuna, la utilizaron para construir empresas estables.

—¿Mercenarios?

—Mercenarios muy bien pagados, deducimos anoche.

—¿Cómo le fue a Carla?

Más de media hora estuvo Biel deambulando por la plaza del pueblo, una superficie hormigonada que colindaba con un frontón. Estaba rodeada por una valla metálica pintada de verde y tenía una fuente de piedra en medio. Fue la comidilla de los ancianos, que sentados en los aledaños le contemplaron pasear inquieto, poniéndole aliciente a una tarde más, hasta que las primeras gotas de lluvia y ráfagas de viento les obligó a resguardarse en sus hogares.

La inspectora Sandemetro apareció cuando la tormenta arreciaba y la situación climatológica se tornaba malcarada. Biel la vio llegar desde el refugio más cercano que localizó, agachado bajo la pala de una inmensa excavadora aparcada cerca de unas obras. Ella caminaba veloz pese a tener el viento en contra, soportaba la rabiosa lluvia y los ramalazos que la azotaban. El librero dejó su cobijo atrás y corrió hacia el coche. Se introdujeron ávidos, ella se acomodó en el asiento del conductor y él en el del acompañante. Se despojaron de la cazadora y del anorak respectivamente y se secaron la cara y el cuello con pañuelos de papel.

—Jodido tiempo, se me ha mojado hasta la mierdecilla de entre los dedos de los pies. Siento haber tardado tanto, ¿llevabas mucho rato metido ahí debajo? —preguntó Carla.

—No pierdes el humor ni empapada. Tendría que dar gracias por ese hueco, vaya tempestad. ¿Qué tal te ha ido?

—La anciana es muy agradable, nos hemos hecho amigas. El hijo se iba al bar cuando he llamado a la puerta, se ha quedado, faltaría más.

—¿No ha sospechado?

—Me he presentado como reportera de la sección de sucesos extraños de una revista para adolescentes, no me ha quitado ojo. A él no le he sacado nada, cuando le tanteaba sobre Pelayo apenas contestaba y desviaba el asunto junto con la mirada, el muy... —Se señaló el pecho de un vistazo, tenía la camisa parcialmente mojada, con los primeros botones desabrochados.

—Vaya. ¿Y la madre?, difícil por la enfermedad, supongo.

—Se la nota muy deteriorada a la pobre, padece periodos en los que desvaría. El hijo, que como sabes se llama Faustino, dice que se le olvidan muchas cosas, otras veces lo recuerda todo y es la de siempre. En un intervalo en el que he estado a solas con ella en la cocina, cuando hemos ido

a preparar unas tazas de chocolate con un delicioso bizcocho casero, me ha confesado que su hijo Pelayo le mandaba cartas cuando estuvo tantos años fuera.

—¿Las has leído?

—No he disfrutado de la oportunidad. Resulta que las esconde en una caja de zapatos en su dormitorio porque a Faustino no le gusta que las lea. Pero va y se saca un sobre del bolsillo de la bata, viejo, arrugado y amarillento, la carta favorita de la anciana. Iba a leérmela cuando no se le ocurre otra cosa al salido de su hijo que vocear por el pasillo exigiendo el chocolate porque está hambriento, Gervasia, que así se llama, la ha guardado al instante.

—Mala suerte, tal vez desvelase a qué se dedicaba o desde dónde la enviaba.

—A la segunda cuestión te puedo responder.

—¿Te lo ha dicho?

—He pillado el remite. Provenía de Tuzla, en Bosnia-Herzegovina. Hay un ordenador detrás de tu asiento, podrías echarle un vistazo, puedes husmear qué tropas de nuestro país estuvieron en ese lugar durante la guerra de los Balcanes y demás curiosidades.

—El viaje ha valido la pena, a mí me han narrado una anécdota que confirma tu carta.

—Venga, venga, desembucha.

Al rato vinieron las deducciones, se felicitaron por el acierto y Carla le dio las gracias por su refuerzo.

Aprovecharon los minutos, anhelaron que la tormenta amainara, pero no fue así, empeoró de tal forma que no arrancaron el coche hasta tres cuartos de hora más tarde. Se arriesgaron a avanzar entre una cortina de agua que promovió la lenta circulación.

En la habitación del motel, escarbaron en Internet, lo que descubrieron otorgó mayor misterio al laberinto en el que nos estábamos adentrando. Los buscadores informáticos dictaminaron que ni unidades ni destacamentos del ejército español vinculados a las Naciones Unidas, los denominados popularmente como «Casco azul», habían estado destinados en Tuzla, una ciudad situada al noroeste del país. El cuartel más cercano en el que residieron fuerzas españolas se asentó a noventa kilómetros, en Sarajevo, la capital. No le concedieron demasiada transcendencia porque ésa era otra historia, ellos investigaban si los tres asesinados habían pertenecido a

cuerpos militares. Se preguntaron qué extranjero permanecería en un país en guerra si no la integraba de algún modo.

Los inspectores
Monteagudo y Acosta

El cielo volvía a ser grisáceo, tirando a negro. Un papel del tamaño de un folio se adhirió a la luna delantera, el viento lo impulsó hacia arriba y por un instante pude ver que se trataba de la esquila de alguien. Dos rectas más y alcanzaríamos el garaje del edificio donde se emplazaba el apartamento de Biel. Luego subiríamos al piso dispuestos a ordenar y limpiar y así suavizarle el trabajo a la señora Matilde, ésa era nuestra intención. Sin embargo, a veces, la vida le conduce a uno a su antojo sin que pueda evitar el sino al que le dirige. Sin saber cómo ni por qué acontecen ciertas vicisitudes, se rebota de un lado para otro, como la bola de acero de una máquina de petacos, hasta que se cae en el agujero correspondiente.

—Sobre las once me voy a Ciudad Real —me anunció Biel—, Carla me ha entregado más nombres. Me he citado con otro de los compañeros de mili, de todos con los que me he telefoneado ha sido el más amable e inclinado a ayudar, me ha dicho que estuvo unido a Santos en el servicio militar. Mañana o pasado, ya veré, me marchó a Asturias para conversar con dos hermanos que la realizaron juntos, aunque con estos aún no he hablado.

—¿Carla va contigo?

—No, se va a hacer cargo de indagar en el archivo, por si hay alguno de la lista con un vacío en su historial como el de las víctimas, eso nos facilitaría mucho la labor. Mañana debe ocuparse de su cometido en la comisaría, pero quiere sondear a Cristóbal Mosquera, ayer ese galán cincuentón me creó muchas incertidumbres.

—Entonces recojamos cuanto antes tu piso... ¿Qué es eso?

—Las luces de un coche de policía, habrá pasado algo en la iglesia.

Según entramos en la calle paralela a la del edificio donde se ubicaba el apartamento, atravesando la larga diagonal de cuatro carriles, entre las copas de los árboles devastadas y sus ramas, entre las farolas y la muchedumbre que se reunía en las proximidades de la iglesia en la que me protegí la noche anterior, divisamos las potentes luces azules de unos automóviles policiales y

la ámbar de una ambulancia, subido sobre la acera había un furgón funerario. No llegamos al garaje, aparcó después de superar a la multitud, supuse que serían los asistentes al oficio religioso.

Nos bajamos expectantes, Amadeus se quedó tendido en el asiento trasero, ajeno al ajeteo humano. Los murmullos producían un sonido que, sumado a los operarios municipales que trabajaban en el interior del semicírculo formado por los parroquianos, nos predispuso para afrontar la suerte adversa de alguien. Le pregunté a una pareja de ancianos que intentaba vislumbrar lo que envolvía la aglomeración.

—Disculpen, señores, ¿qué ha ocurrido? —pregunté.

—Don Nicanor ha encontrado a la señora Ortiz en los bancos de la iglesia, con lo buena que era. Dios mío, siempre nos dejan los mejores.

La manifestación, enmarcada con unas lastimeras lágrimas, la efectuó la parte femenina. Afectada, se aferró al brazo de su consorte.

—Dispense, caballero, si no entiendo mal, ha fallecido una mujer.

—Claro, así se lo ha dicho mi señora. Ha sufrido un paro cardiaco, los enfermeros no han podido hacer nada. Pobre Leonor, la tratábamos desde hacía años.

Mi mente, ofuscada por el trajín de los policías y por el del gentío, no había caído en la cuenta. Un vahído me sobrevino, se me enturbió la vista exactamente cuando el semicírculo se abría para que el vehículo funerario alcanzase la carretera. Sentí que me agarraban, era Biel que me extrajo de la muchedumbre.

El amago de desvanecimiento se evaporó sentado en un banco. Biel me proporcionó un botellín de agua junto con una pieza de bollería adquiridos en una panadería.

—Tu cara ha cambiado de color un poco antes de que se te doblasen las piernas, por eso he advertido que te mareabas, si no habrías caído redondo —me informó Biel.

—No es para menos, la difunta era Leonor, la anciana de la que te he hablado.

—Lo siento, sé que te cayó en gracia, ha sido inesperado.

El término *inesperado* se me clavó en el cerebro con violencia, entonces, experimenté una de esas sensaciones premonitorias que surgen sin preaviso: ¿y si su muerte no había sido natural?

—Si estás conforme aplacemos lo de tu piso, tengo un presentimiento —anuncié, me incorporé con avidez, sentí un leve vértigo y me senté.

—Con cuidado. ¿A qué te refieres?

—Lo mismo te digo una sandez, pero ¿y si a Leonor le han provocado un ataque al corazón?

—Pues tiene la pinta de ser una majadería de las tuyas. ¿Quién y por qué iba a atentar contra una anciana?

—Los delincuentes que vinieron a buscarme a la iglesia.

—Sigo sin verlo.

—¿Por qué me persiguieron a mí?

—No lo sé.

—Ese hecho demuestra que no son unos simples ladrones, un ladrón corre, pero en otra dirección. Me persiguieron porque creyeron que le había visto la cara al que salió de tu dormitorio. A Leonor la pudieron matar por si les delataba. No era un peligro evidente para ellos, pero nos estamos metiendo en un mundo en el que no se dejan cabos sueltos. Ella se convirtió en uno cuando les abrió la puerta.

—Admito que tiene sentido, no es descabellado.

—Por eso quiero ir a la iglesia y hablar con el párroco. ¿Te vienes?

Esta vez aceptó mi invitación, no era lo mismo que asistir a una misa. Por primera vez desde que iniciamos nuestra aventura hacía una semana, él me seguía a mí en una hipótesis.

Aguantamos media hora, hasta que la policía se fue, por ende, también lo hizo la multitud acumulada en las inmediaciones. Se suspendió la misa que iba a celebrarse, no fue óbice para que la iglesia permaneciese abierta. Algunos parroquianos se introdujeron, nosotros fuimos detrás. Sentí la intranquilidad de Biel cuando cruzamos el umbral.

Detenidos en la entrada, contemplamos la sombría panorámica que la casa de Dios nos ofrecía, lucía exactamente igual que la noche anterior, adornada y acondicionada para los bautizos. Biel llamó mi atención con un toque leve de codo. Me indicó la presencia de un cura corpulento de cabello claro, llevaba pantalón oscuro, camisa gris y alzacuellos. Supuse que era don Nicanor, consolaba a una señora que sujetaba de las manos. Le acompañaba otro religioso que vestía de forma similar, era enjuto, con la cabeza pelada, parecía distante. Se dirigieron desde el altar hacia las dependencias en las que Leonor me curó la herida. Le señalé a Biel que fuésemos tras ellos.

La puerta se abrió al segundo de golpearla dos veces consecutivas. Surgió el religioso de mayor estatura, tendría cerca de sesenta años. Sus ojos marrones incrustados en una cara llena de arrugas proyectaban tristeza. Con

tono abatido pero responsable nos atendió.

—¿Qué desean?

—Buenos días, ¿es usted don Nicanor?

—Así es, ¿en qué puedo ayudarles?

—Me llamo Juan Eduardo Acosta, era amigo de Leonor, siento su pérdida, estoy consternado. Ayer le dije a Leonor que hoy vendría a su misa y cuando nos hemos enterado... Me habló muy bien de usted. Si me podría decir en qué circunstancias nos ha dejado, para quitarme ese malestar, por si ha sufrido, ya me entiende.

—Le entiendo, Leonor era muy querida por todos, siempre preocupada por los demás, atenta por si podía amparar al prójimo. Nuestro Señor ha decidido tenerla a su lado, hágame caso, no podrá estar en mejores manos. A las ocho la he hallado sentada en uno de los bancos, el médico ha explicado que la causa de la defunción, con probabilidad, sea un paro cardiaco.

—Siento que haya acontecido de este modo para usted, para estas cosas nadie está prevenido.

—Así es, hijo, así es, un ser humano tan bueno y altruista como era ella se va echar en falta. ¿En qué más puedo ayudarles?

Biel intervino cuando se percató de que apenas iba a indagar.

—Una cosa más, señor —dijo alzando la voz en un tono más alto que el que se había mantenido hasta el momento.

Me retiré para dejarle paso, se colocó a mi vera.

—Dígame, hijo.

—Siento lo sucedido, pero acláreme una duda, ¿ella siempre viene la primera por las mañanas o ha sido un caso especial?

—Ve todas esas flores, los cirios, las coronas, el altar dispuesto para la misa, llevaría aquí desde las siete.

—Perdone... —interrumpí empujado por la contradicción, cuando fui a declarar que Leonor lo había organizado la noche anterior, me frené, varié ligeramente mi intervención—. Me han dicho que, a veces, lo hace el día antes, cuando esto es así, ¿a qué hora viene por las mañanas?

—Son muchos años con las mismas costumbres, con todo listo llega a las nueve menos diez, incluso menos cinco. Le gusta entrar con todos los parroquianos, como si no tuviese que ver en la decoración y en los arreglos, es... era muy modesta —se expresó con entereza, sus ojos se fijaron en un punto indeterminado por encima de nuestras cabezas, indiscutiblemente la estaba recordando.

—Padre Nicanor, una última cuestión —apunté con inspiración detectivesca—. ¿Ha apreciado alguna rareza cuando ha venido?, ¿algo fuera de lugar?

Volvió a elevar la mirada, la bajó y se centró en mí.

—Sí.

Fue una respuesta seca, sus labios articularon el movimiento del siguiente vocablo que emitiría cuando, de improviso, otra voz se presentó de forma autoritaria desde dentro.

—Quiénes son ustedes.

Era el otro hombre vestido similar al padre Nicanor, el calvo y desgarbado con el que había accedido a la sacristía. Se situó a su vera e interpuso el brazo entre el párroco y nosotros, dejó claro que él se ocuparía.

—Somos... —comencé la frase titubeante.

—Somos inspectores de policía —anunció Biel extrayendo de la chaqueta la identificación policial prestada por Carla, constaba de un carné profesional y una placa emblema, sólo tuvo que colocar un dedo estratégicamente sobre la fotografía para protegerse—. Además, mi compañero conocía a la difunta. Si nos permite usted, caballero, me gustaría escuchar al padre Nicanor.

El religioso apartó el brazo y adoptó afabilidad.

—Disculpen, señores, creía que eran dos entrometidos. Entiéndanme, ha fallecido una persona en una de nuestras iglesias y no es plato de buen gusto para nadie. Soy Alberto Vázquez, Obispo Auxiliar de la Archidiócesis de Madrid, siento mi intromisión, ha sido desacertada, estamos para servirles, pasen dentro y pongámonos cómodos.

—No será necesario, padre —dijo Biel.

—Su Eminencia o Monseñor, por favor, inspector —exigió el Obispo.

—Disculpe, Su Eminencia. Don Nicanor, prosiga, por favor —concluyó Biel con naturalidad.

—Le decía que sí he detectado una extrañeza. —Con fugacidad y desconfianza miró a su superior—. Cuando Leonor acude a estas horas tan tempranas, sobre todo los domingos, nunca olvida cerrar la puerta, yo abro con mi llave cuando vengo, pero hoy no me ha hecho falta. Y, por si fuera poco, la puerta trasera, ésta que tenemos aquí, estaba abierta de par en par y únicamente se puede manipular desde dentro. Les he dicho lo mismo a los agentes, pero han desestimado cualquier investigación cuando el médico ha comunicado que se trataba de un infarto.

Se apartó del umbral para enseñarnos el portón metálico del interior de la dependencia, su «escolta» hizo lo propio con un movimiento cargado de resignación. La mirada de Biel y la mía se cruzaron. Con probabilidad, allí había ocurrido algo más que una muerte natural. Sea como fuere, era presumible que la expiración de Leonor perdurase oculta en una mentira, a no ser que lográsemos desenredar el enredo y achacárselo a quien le perteneciese. El caso es que nos vimos forzados a continuar con nuestro papel.

—¿Están conformes en que echemos un vistazo?, este nuevo dato nos obliga a revisar la estancia —dijo Biel.

—Adelante.

El Obispo Auxiliar nos invitó a entrar, cuando lo hizo se apartó en un ademán brusco.

—¿El médico ha determinado la hora del fallecimiento? —preguntó Biel.

—No lo ha mencionado —respondió don Nicanor.

El cuarto principal permanecía intacto, idéntico a cuando me separé de Leonor. Me dediqué a observar los movimientos de Biel, los sirvientes de Dios me copiaron.

Estudió la antecámara de las cuatro puertas en cruz y se orientó hacia la izquierda, hacia el aseo. Activó el interruptor, se iluminó con una luz amarillenta, unos segundos en el umbral le bastaron. Dio media vuelta y con zancadas largas pasó ante el Sacerdote y el Obispo para desplegar la puerta de enfrente. Dentro de la actuación de inspector de policía aprovechó para husmear como aficionado, condición que había asumido desde hacía una semana. Su semblante, concentrado, revelaba una mirada minuciosa, exploraba cada rincón y concedía reflexión y examen a cada reconocimiento, incluso se acariciaba la barbilla con gesto pensativo. Imitaba a un experto, pero de la interpretación, la infinidad de detectives, inspectores y policías que había leído en novelas y visto en películas los plasmaba con sumo rigor y estricta seriedad.

Entró en la habitación de la que Leonor había sacado la leche, se introdujo y le perdimos de vista. El Obispo se fijó en mí, sus ojos se entornaron. Procuré que no notase nuestro engaño y di una vuelta por el cuarto principal.

Calqué los movimientos y gestos de mi amigo, hasta que reparé en una coincidencia relevante. Me agaché ante el objeto que me había intrigado seguro de lo que era. Resucité el olor a tabaco dulce que había detectado la

noche pasada al dirigirme hacia la salida. Fui a alcanzarlo, pero antes de tomar contacto, la voz de Biel me detuvo. Me volví desde mi posición, sacudió un pañuelo de papel y lo extendió. Me retiré y atrapó la cajetilla de cartón de colores ocres que asomaba por debajo del armario desconchado, donde se escondió Amadeus cuando percibió a los desconocidos al otro lado de la puerta. En el cartón se podía leer: «Puros con aroma a vainilla».

—¿Ustedes fuman? —preguntó Biel con el paquetito asido entre el pulgar y el índice, asegurándose de que no lo tocaba directamente, sólo a través del pañuelo, los dos negaron—. ¿Y Leonor o un asiduo a las dependencias?

—No, Leonor no. En la sacristía aparte de ella y yo entra Mateo, nuestro diácono, además de la señora que se encarga de la limpieza. Les confirmo que ninguno lo hace, no son sólo espirituales, también son sanos.

—¿Ha notado que falte algo?

—No, inspector, está todo en orden.

—De acuerdo, nosotros comunicaremos el hallazgo a quien corresponda junto con las irregularidades detalladas por usted.

Envolvió la cajetilla en el pañuelo y se lo guardó todo en el bolsillo.

Lamenté de corazón la defunción de la anciana ante don Nicanor y nos despedimos. La última imagen de Su Eminencia se me quedó grabada en la retina, no era para menos, su cara reflejaba un profundo desconcierto.

Apenas disfrutaríamos de tiempo para recoger el desorden que los intrusos le habían legado a Biel, puesto que otra entrevista le esperaba a más de doscientos kilómetros. Aun así, cogimos a Amadeus, subimos al apartamento y arreglamos el dormitorio.

Aquí le comenté la certeza que suponía encontrar el tabaco del que un día antes había percibido el aroma. Sin lugar a duda, la cajetilla estaba extraviada, puesto que contenía la mitad de cigarros puro. No estaba en aquel rincón mientras yo permanecí con Leonor, hubiese sido imposible no verla, por lo tanto, debían de haber entrado tras mi marcha.

Le expuse mi tesis: «Los malhechores entraron en la iglesia antes de que Leonor se fuese, pretendieron que les dijese quién era yo y la administraron un veneno. Tal vez —esto es una idea que me surgió en ese momento—, poseerían indicios de que me había ocultado allí. Por ejemplo, al advertir la existencia de un plato de leche detrás de la anciana cuando les atendió estando yo escondido en el aseo, lo relacionarían con el gato con el que me habían visto huir; también era asequible que me hubiesen cazado agazapado

bajo la jamba de la ventana, y según se decidían a entrar, yo hubiese salido reclamado por la llamada de Blanca Pedraza».

No importaba demasiado cuál hubiese sido la razón de su retorno, Leonor había dejado de vivir. Me sentía tan culpable que juré comprometerme al máximo para atrapar a sus verdugos.

Biel se mostró apenado por el cariz que estaba tomando el asunto. Tras una semana, el peligro no sólo le merodeaba a él, se preocupó por mí y por Leonor, que, aunque no la hubiese conocido, le dolió su muerte por cómo había acontecido casi con total seguridad. Se lo transmitiría a Carla cuando tuviese ocasión, la informaría de lo padecido por mí y del fallecimiento de una mujer inocente. La exigiría que indagase sobre lo sucedido en la iglesia con lo poco que disponíamos y que velase por nosotros cuanto cupiese en sus manos.

A las once, hora límite que se había marcado Biel para irse, le acompañé hasta su vehículo, nos despedimos y me volví para marcharme. Hasta ese instante no me di cuenta de que estaba libre de compromisos. No sé si fue por la atracción que me inspiraban las pesquisas, por cada episodio que me relataba Biel o los que sufría yo en mis carnes, o por la terrible desgracia de la señora Leonor, pero sentí unas ansias irremediables por esclarecer la trama; desde quién y por qué había liquidado a los empresarios, hasta desenterrar el misterio de su juventud que los unía. Por eso, de repente, se me ocurrió sumarme.

—¡Para! —le grité.

Salté a la vía asfaltada cuando emprendía la marcha con potencia, se detuvo en seco. Bajé la mirada y me sorprendí cuando comprobé la rejilla del ventilador, rozaba mis pantalones color *beige*. Las facciones descompuestas de su rostro junto con sus brazos abiertos me sugirieron que había cometido una imprudencia. Deslizó la ventanilla mediante la manivela de forma veloz y me asomé.

—Qué haces, chalado, quieres que te atropelle.

—Lo siento, puedo ayudarte, sólo tendría que avisar a Chavela. Su hermana está enferma y...

—Lo sé, me lo ha contado esta mañana, pero no quiero que te pase nada por mi culpa, eso es.

—Si estoy en esto es porque he querido, tengo mucho más interés a raíz de lo sucedido en esa iglesia que cuando nos lanzamos por mera curiosidad.

Me contempló unos segundos, hasta que asintió con firmeza. Me

acomodé en el asiento y busqué el teléfono, él se puso las gafas de sol y arrancó hacia nuestra siguiente aventura.

El Corderito Valiente

No le pregunté a quién íbamos a visitar hasta que no avistamos Ciudad Real desde la carretera. Hasta entonces, conversamos de cualquier tema menos de lo referente a la trama.

—¿Con quién te has citado?

—Con el dueño del restaurante El Corderito Valiente, me dijo que sólo aceptaría la entrevista si se la hacía en su negocio, que alabó en extremo. Creo que quiere causarme una grata impresión. No sé si por el hecho de ser periodista se piensa que puedo publicitar lo que me apetezca.

—¿No se te pasa por alto una cosa?

—¿Cuál?

—Tú no eres periodista.

—Es un método para no delatarme, creer continuamente que lo soy. Ayer tuve algún inconveniente con Cristóbal Mosquera, el del club de golf. No estaba del todo convencido con mi falsa identidad, a nada que me apretó casi me traiciono.

Alejándonos de Madrid el cielo se había abierto, los claros junto con los rayos de sol le proporcionaron al día un aspecto más alegre, menos umbrío, favoreció al estado de ánimo. Leonor residía en un rincón de mi mente como uno de esos sucesos de los que uno se siente culpable, que sólo con el transcurso del tiempo se olvidan, o más que olvidar, lo que hacen es purgarse en un segundo nivel menos presente dentro del ordenador que es el cerebro de cada uno. Aunque, a mi entender, donde se pagan estas cuestiones son en el alma.

Callejeando por la localidad, de la que admiré las innumerables áreas verdes, requerimos el auxilio de un par de vecinos para que nos guiaran hasta el establecimiento. Recorriamos un kilómetro de arteria, enclavada en un polígono industrial con talleres y fábricas a los costados, cuando Biel señaló al fondo de la carretera, hacia unos vehículos situados en línea al pie de un pabellón. La fachada, de ladrillo marrón, estaba presidida por un letrero: El Corderito Valiente.

Nos bajamos del coche y Biel espió el interior a través del cristal de la puerta, luego extendió los brazos, gesto con el que me invitaba a entrar.

El restaurante bullía, la celebración y el jolgorio sobresalían entre la loza y el vino. La zona superior estaba descubierta, unas escaleras de madera color cerezo eran el acceso, la barandilla del mismo material pero barnizada se prolongaba limitando la planta. Las mesas, en su totalidad ocupadas, se asomaban al piso inferior. Debajo estaba la barra, entre dos columnas que ejercían de refuerzo para afianzar el comedor de arriba. A lo largo del mostrador, tres o cuatro empleados iban y venían, distribuían tapas y bebidas a clientes que suspiraban por una mesa. El techo, decorado con vigas de madera, cubría el local a gran altura, lo que le otorgaba al restaurante, en apariencia, mayor amplitud. El barullo se acrecentaba por momentos, fue lo único negativo que aprecié a primera vista.

Distinguí el aroma de varios alimentos cocinados, pero sobre todos predominaba uno, el asado de cordero. Eran las dos de la tarde, llevaba unas cuantas horas sin comer, pero, aunque no hubiese sido así, se me habría abierto el apetito de igual manera. La apariencia exterior y la ubicación contrastaban con el acogedor lugar y con las inmejorables viandas que atrapaba mi vista. Advertí el mismo asombró que me invadió a mí en Biel, pues no cesaba de girar sobre sí mismo observando la orgía culinaria.

De un momento a otro, me señaló a un hombre corpulento con cara bonachona y que vestía con camisa negra y delantal. Dialogaba entre risas y altisonantes voces situado de pie en la cabecera de unas mesas tomadas por un grupo de chicos y chicas, todos reían con sus chascarrillos. Nuestra posición ante la entrada, entre una máquina tragaperras y un expendedor de latitas de frutos secos, estaba a la vista de los asistentes. Tras permanecer cerca de un minuto, el tipo robusto, que poseía una expresión radiante, estableció contacto visual con nosotros. Por el trayecto le estrechó la mano a un comensal, que sentado en una de las mesas le felicitó y le dedicó un brindis que protagonizó junto al resto de sus acompañantes. Cuando lo tuvimos a un par de pasos, un empleado le detuvo para pedirle consejo sobre un plato. «¡Libertad de expresión también en la cocina!», exclamó cuando su subordinado se marchaba.

—A los muchachos de hoy hay que decirles todo. —Se frotó las manos—. ¿Qué les puedo ofrecer?, mi nombre es Jorge Villanueva, soy el dueño y el que pone orden en este paraíso gastronómico.

No era ni alto ni menudo, no obstante, su porte recio le hacía aparentar

mayor altura. Lucía una sonrisa constante bajo una gorda nariz colorada. El cabello rizado se negaba a crecerle por la parte delantera. Ojos marrones sin brillo, como el barro recién cocido, era otra de sus características.

—Soy Germán Montero, me había citado con usted —anunció Biel.

—Lo sospechaba, ustedes los periodistas tienen ese semblante perspicaz que les diferencia. Y dígame, el caballero es su ayudante, está aprendiendo de usted. A que sí, soy muy bueno adivinando profesiones.

—Sí...

—Esta vez no ha acertado, don Jorge, soy Juan Eduardo Acos... cualeta, el jefe de Germán, el director del periódico —intervine interrumpiendo a Biel, que me miró turbado.

—Aunque, como le dije, la biografía es por mi cuenta, él me acompaña en calidad de amigo —aclaró el librero en tono de excusa.

—Bueno, bueno, no contemplaba una visita de este empaque. Me preocupaba que no encontrasen el restaurante, el emplazamiento no es el idóneo. —Se frotó las manos de nuevo y me tendió la diestra, hizo lo mismo con Biel—. ¿Qué prefieren antes, comer o hacerme esas consultas sobre el señor Santos?

La pregunta me la lanzó a mí, habría optado por la primera opción, pero había variado suficientemente los planes al presentarme como el jefe. Puede parecer extraño, pero ante la oportunidad, se me ocurrió hacer de patrón por una vez y no pude retenerme. Para suavizar su más que probable enfado, le cedí la palabra al verdadero mandamás.

—Estamos aquí por ese pobre hombre, la entrevista y después ya se verá —dijo Biel con un tono teñido de responsabilidad, encarnó el papel a la perfección.

—Lo que ustedes digan, síganme, por favor —dijo Villanueva volviéndose.

De cara a mí, Biel elevó los hombros, los sostuvo un instante en alto y los bajó con rapidez. Traduje el alzado de la barbilla junto con una mirada de loco en una reprimenda. Para rematar, se llevó unidos el índice y el pulgar a los labios e imitó que cerraba una cremallera. Asentí intentando sonreír.

Seguimos al señor Villanueva a través de los pasillos que formaban las mesas. Sobre la marcha solicitó de sus parroquianos el reconocimiento favorable de la comida y del servicio. Todos se pronunciaron positivamente. Me llenaron de ansias por zamparme uno de esos trozos de cordero de apetitoso aspecto que acariciaban muchos de los platos.

Llegamos hasta una puerta que el dueño nos sujetó para cedernos el paso. Asumiendo que entraríamos en un espacio más tranquilo, nos cruzamos con un vaivén de trabajadores que corrían por una amplia cocina. Unos se encargaban de los fogones, otros de emplatar alimentos. Se oían gritos como: «¡Las croquetas están listas! ¡Voy con la crema de champiñón! ¡Pon el caldo a hervir que los ingredientes están preparados!». Ninguno de los cocineros, pinches y camareros suspendían su actividad mínimamente. El dueño volvió a coger la delantera del terceto y nos guio por medio del personal, de los fogones y de las encimeras, no variaba su satisfacción facial. Al final de la estancia, un chico joven vestido con delantal atendía tres hornos de leña. Del más lejano extrajo una cazuela de barro con una pala larga de madera. Me maravillé con un auténtico espectáculo culinario, distintos pedazos del cordero con un dorado y brillo exquisito, sólo su visión alimentaba.

—¿Le gusta el cordero, señor Acoscusqueta?, parecía querer comerse ese asado con los ojos —me preguntó Villanueva que tuvo que levantar la voz.

—Soy un entusiasta de la carne, pero llámeme Juan, déjese de señores y apellidos.

—De acuerdo, Juan, me gusta su carácter, al fin y al cabo, todos somos hermanos. ¿Qué me dice, Germán?

—Claro, Jorge, somos una familia innúmera —dijo el ateo de Biel.

Terminamos la visita a la cocina, abrió la puerta trasera y salimos. Retornamos al comedor que habíamos abandonado unos segundos antes, sólo que al otro extremo, al lado de los aseos y de un corto pasillo. Había sido innecesario el paseo por los entresijos del restaurante, pensé que lo había hecho para que considerásemos el buen hacer de su cocina y las correctas instalaciones. Igual que recorrer las mesas para demandar de sus clientes lo que sabía que contestarían, con el objetivo de que tomásemos nota. Nosotros, al exhibirnos como periodistas, perseguíamos conclusiones sobre Santos, Cabrera y Lluch, por el contrario, su interés en mantener la charla residía en promocionar su negocio.

Nos llevó por el breve corredor, esta vez no hubo sorpresas, lo recorrimos hasta detenernos ante dos puertas contiguas. Una correspondía al vestuario de los empleados como anunciaba un cartel de plástico atornillado, la otra, exenta de letreros, fue por la que nos introdujimos.

El despacho, reducido, comprendía un escritorio, un par de muebles archivadores y un armario más bajo. Se precipitó hacia éste, se agachó y lo abrió.

—¿Qué beben?

Se trataba de un aparador donde almacenaba media docena de botellas de alcohol, mi vista alcanzó una de *whisky* y otra de ginebra. Negué, si recientemente la cerveza me había provocado flojedad de vientre, a saber cómo me podría influir una copa de ese calibre. Biel también lo rechazó.

—Nada, gracias. Si lo cree adecuado podríamos comenzar, queremos irnos pronto, ahora oscurece temprano —dijo Biel que me miró para que refrendase su comentario.

—Sí, no queremos que nos coja una tormenta como la de ayer —apunté.

—Siendo así arranquemos —dijo Villanueva frotándose las manos, gesto que hacía con frecuencia—. Siéntense. ¿Qué tienen para mí?

Nos acomodamos en unos sillones de piel, se situaban en uno de los extremos largos del escritorio. Él se despojó del delantal y se sentó enfrente, su asiento estaba más desgastado. Biel puso en funcionamiento la grabadora.

—Le dije por teléfono que conversaríamos acerca del señor Santos. Me ocupaba de su biografía cuando esta lamentable desgracia ha conmocionado a medio Madrid. Su esposa e hijos quieren que la continúe como homenaje a su memoria.

—Me confunde que Herminio desease una biografía, pero si usted lo dice será porque es verdad, hace mucho que perdimos la camaradería y todos podemos cambiar.

La actitud de Villanueva se transformó, sustituyó la sonrisa inquebrantable por la mesura.

—¿Y cuál es el motivo de su confusión?

Se mostró reflexivo, examinó nuestras miradas, cayó la suya, cuando la volvió a levantar creímos que su respuesta sería relevante, pero se expresó decepcionándonos.

—No era partidario de ellas.

No nos lo creímos, tuve la impresión, y Biel me lo confirmó en el viaje de vuelta, que iba a pronunciarse reveladoramente y en el último momento se reprimió.

—Vayamos al grano. Tengo un enorme vacío en mis apuntes sobre el servicio militar realizado por el señor Santos. Como bien sabe me he reunido con antiguos compañeros, como es su caso, intuyo por sus observaciones que se trataron especialmente.

Villanueva insistió en mirar con firmeza a Biel, sin pestañear, con dureza. Fueron unos segundos en el que el color mate de sus ojos resaltó por

la inexistencia de brillo.

—Tampoco fue para tanto, he exagerado, simplemente nos llevamos bien en Ferrol —volvió a dudar unos instantes—, después... nos reencontramos en una ocasión, cuando aún no era famoso.

—¿Dónde?

—Antes de regentar este establecimiento he dirigido otros, vivía en Madrid y disponía de un restaurante de otras características, donde comían personas con más posibles, por decirlo de alguna manera. Si mal no recuerdo, estuvo por allí en una comida de negocios, hablamos de todo y nada, pero no volvió. Ya sabe lo que ocurre cuando la gente se distancia, el pasado no significa tanto, aunque hayas congeniado. Sucede entre amigos de la infancia, ¿cómo no iba a sucedernos a nosotros?

—Pero hizo la mili con él.

—No, parte de ella, por aquel entonces había que cumplir dieciocho meses, estuve con él los primeros.

—¿En qué Compañía sirvió usted?

—En la tercera, hacía guardias en un arsenal alejado del cuartel.

—Exacto, en un monte, tengo entendido, igual que Herminio.

—Sí, al principio así fue, pero más tarde a él le trasladaron.

—¿Y sabe el porqué de ese traslado?

—Pues no, veré, sólo sé que le destinaron a una comandancia en la costa vasca.

—Pero me ha dicho que simpatizaron en Ferrol, ¿cómo no lo puede saber?

Villanueva varió la postura, su cara se transformó en una expresión de desagrado.

—Han pasado más de treinta años, entiéndalo.

Sonrió e intentó recuperar el talante con el que nos había saludado a nuestra llegada, no obstante, la siguiente pregunta terminó por inquietarle.

—¿Conoció a Óscar Lluch y Pelayo Cabrera?

Se revolvió en el asiento, posó las manos sobre el escritorio y trató de entrecruzar los dedos, el temblor le delató. En mitad de la siguiente frase su voz se estremeció.

—Sí, pero sólo de vista, del cuartel, creo... creo... que eran amistades de Santos.

—Cuando dejó de pertenecer al ejército, ¿sabe si ellos mantuvieron algún lazo?

—Pues no, no tuve relación con nadie, sólo esa vez que coincidí con Santos en mi otro restaurante.

—¿Sabe que Pelayo y Óscar también han muerto?

Villanueva se incorporó con ímpetu del asiento.

—¡De qué habla!, quiénes son ustedes. No tienen derecho a venir a acosarme.

Mi primer juicio, y no me acarrea bochorno admitirlo, fue que podíamos ir despidiéndonos de ese maravilloso cordero asado que me había hipnotizado. Me percaté que Villanueva no sólo retenía un secreto, no era exclusivamente eso, había más. Me di cuenta debido a su actuación excedida, donde quiso cortar de raíz el curso que estaba tomando la entrevista. Ese fortachón de facciones alegres y mirada triste tenía miedo, y no sólo yo lo percibí.

—Le he dicho quiénes somos, Jorge, me documento para la realización de una biografía. Sencillamente, los datos no concuerdan, me he topado con contradicciones, aspiraba a que me las aclarase. No tiene de qué temer.

—No tengo miedo, ¿qué le hace pensar eso?

Biel quiso apaciguar y reconducir.

—Puede que me haya equivocado, sólo busco respuestas.

Villanueva volvió a sentarse.

—¿Han muerto? ¿Cómo? —preguntó.

A pesar de la publicación de los crímenes era lógico que no los hubiese advertido. Cabrera y Lluch eran ciudadanos comunes, como no los habían relacionado con Santos no les habían otorgado demasiada atención a sus defunciones.

—Los han matado del mismo modo que a Santos —anunció Biel.

Se frotó la cara con ambas manos, así permaneció un momento, creí que lloraba. Al poco se destapó el rostro con lentitud, ni siquiera se le notaba apenado, se manifestó con determinación.

—Lo único que puedo hacer por ustedes es contarles un par de anécdotas de Santos, no tengo que ver con esas contradicciones, sólo fui su compañero en la mili. Ni siquiera estaba al tanto de los otros dos fallecimientos. No sé cómo saben ustedes que esas víctimas están vinculadas, si es así, ¿por qué no lo publican? No me lo digan, no quiero saberlo.

—No será necesario, Jorge, me refiero a lo de las anécdotas.

—Estupendo, hemos acabado... Si quieren comer les aconsejo chuletilas al horno con nuestro... rebozado secreto, que les aproveche.

Se pronunció con desidia, de la energía con la que nos había recibido no quedaba ni rastro, su indolencia a la hora de sugerirnos el plato quitaba las ganas de pedirlo. Nos despedimos y nos marchamos, le dejamos en su sillón con la mirada descolocada.

Decidimos irnos del restaurante, nos resistimos a los tentadores manjares. En el coche, aún sin arrancar, concluimos que el hostelero tenía razón en una cosa, no podíamos desvelar nuestros conocimientos y a la vez no esperar reacciones, y menos presentándonos como periodistas. Si Biel se había arriesgado fue por su afán de extraer alguna consecuencia lógica de la trama. Según salíamos del aparcamiento, Villanueva apareció en el umbral, mostraba una mueca seca y examinadora.

Un cuarto de hora más tarde nos detuvimos en un establecimiento de comida rápida. Podría haber formulado miles de sarcasmos respecto a lo que me tragué si lo comparaba con las viandas que me había hecho a la idea que degustaría en El Corderito Valiente, pero simplemente me prometí comer cordero asado cuanto antes. Resolvimos con prontitud, por lo insólito de la entrevista, por la certeza de que Villanueva nos había mentado, pero, sobre todo, por el estado en el que se quedó, había sido una declaración en toda regla, no se preocupó por fingir, de algún modo estaba implicado.

Con la hamburguesa y las patatas fritas provenientes de una sucesión de cámaras congeladoras entre pecho y espalda, iniciamos el retorno hacia Madrid. Por el trayecto recibimos dos noticias, una decepcionante, la otra alentadora, aunque esta última se convertiría al día siguiente en la apertura de una nueva pesadilla.

Carla llamó a Biel y éste activó el dispositivo de manos libres. La previno de que yo escuchaba, no fuese a ser que se le escapase un comentario de recién emparejados. Luego la orientó en lo relativo a Leonor, incluyó la cajetilla de tabaco que le entregaría cuando se viesen por si le fuese de utilidad. La inspectora se comprometió a hacer lo posible si es que estábamos en lo cierto, insinuó que yo derrochaba imaginación. Biel también la comunicó el contenido de la entrevista con Jorge Villanueva. Ella alabó la decisión de marcharnos cuanto antes debido a la oscuridad que mostró este sujeto. Tras nuestras confidencias vinieron las suyas.

—Lo que os tengo que contar no es menos interesante, chicos —nos advirtió—. ¿Qué escogéis en primer lugar?, lo bueno o lo malo.

—¿Lo malo? —respondió Biel recelando de si sería lo preferible.

El tono de Carla sonaba como el que narra un suceso extraordinario, que

resultándole ajeno lo transmite orgulloso por estar en el lugar adecuado en el momento justo.

—Os cuento, nenes. Me he ido al archivo de la jefatura, no es un lugar de fácil acceso, pero una que sabe cómo moverse en este mundo ha logrado una información que nos vendrá de cojones. Aunque presumo que están al tanto de nuestros movimientos, os lo explico en un santiamén. —Por un instante sólo oímos el roce de los neumáticos contra la carretera, hasta que a través del auricular dos chasquidos potentes sonaron consecutivos, los identifiqué con el mecanismo de un mechero de rueda—. He esperado hasta el siguiente turno, el de las dos de la tarde, conozco al agente que entraba a esa hora, somos de la misma promoción, un tío que estuvo colado por mí en la academia. Las otras veces que he profundizado en ese fantástico ordenador que te proporciona lo que quieras saber de fichados y no fichados, me había aprovechado de él para conseguir lo que pretendía. Unas artimañas de mujer junto con la promesa de tomarme una copa una noche es lo que me ha costado hacerme un tiempcito con el ordenador del archivo. Eso sí, la contraseña y entrar sola me hubiese costado algo que no estaba dispuesta a ofrecerle, y no penséis que no lo ha planteado el muy canalla. En cuanto a lo de la copa no lo voy a cumplir, me gustaría conocer a su esposa para que se enterase por mis palabras de la propuesta que me ha hecho —emitió un sonido como el de un bufido extenso.

—En breve entraremos en un túnel kilométrico, se más concisa —apuntó Biel.

Noté cierta irritación en su tono, aunque no varió ni un ápice la concentración forjada por el manejo del vehículo. A mí no me molestó que la inspectora se adornase con sus historietas.

—Como si no pudiese volver a llamaros. Además, ¿no decís que os encanta el misterio y lo que le rodea?, pues os quería obsequiar con una dosis de suspense. Atentos, que ahí va. Tu plan, Gabriel, el de indagar sobre si había lagunas de diecisiete años o similares en el historial de los veintitrés compañeros de mili, era espléndido, así hubiésemos reducido la lista de posibles implicados, la pena es que se le ha ocurrido a alguien antes que a ti.

—Qué quieres decir —se agitó el librero.

—Los malos han borrado las fichas.

—¿De los veintitrés?, ¿eso se puede hacer? —hablé por vez primera debido a la reacción que me arrancó el testimonio.

—De los veintitrés por lo menos, supongo que lo habrán hecho también

con el resto del reemplazo, aunque no sepamos sus identidades. De este modo nos impiden diferenciar quiénes están involucrados —dijo Carla.

—Es inquietante, pero ¿cómo sabes que han manipulado ahora sus fichas?, puede que les faltasen desde el principio —apuntó Biel.

—Por eso os he dicho que estaban al tanto de nuestras investigaciones. Me ha sido tan fácil apoderarme de esa información como mear contra la pared, para un tío, por supuesto. Como os he dicho, el adúltero que me acompañaba, que era el que manejaba la máquina, cuando se ha centrado en lo que le dictaba, me ha anunciado que en la madrugada de ayer sábado se produjeron cambios en cada una de las fichas que hemos consultado. Le ha extrañado, porque para hacerlo se precisan unas claves y seguir un proceso de extrema complejidad. Sin ir más lejos, a él y a sus colegas sólo se les permite acceder al proceso necesario para analizar datos.

—¿Y quién ha podido entrar un sábado por la noche? —pregunté.

—Tienen un registro, el que me he saltado al ponerle ojitos y apalabrar una copita, desde el sábado a las siete de la tarde no solicitó nadie la entrada. Cuando le he sugerido si lo podrían haber hecho desde el exterior, me ha contestado que aún sería mucho más complicado, inasequible sin ser un alto cargo con sus intransferibles contraseñas y con la conformidad de otros jefes, por si fuera poco, habría que ser un experto informático.

—Todo lo que está ocurriendo comienza a asustar, hay interesados en ocultar la verdad. La clave está en esclarecer a quién le puede perjudicar que se aclare el asunto —expuso Biel, que tenía la vista puesta en lo que se hallaba al otro lado de la luna delantera.

A mí el término *asustar* me provocó una efímera reflexión. Con todo lo acontecido y con todo lo que conocía sobre la trama, me sería imposible dar marcha atrás, mi conciencia no me consentiría dormir, sobre todo por Leonor. Cabía la posibilidad de persuadir a Biel para dejarlo en manos de Carla o de las autoridades adecuadas, pero el compromiso con ella y la potencial respuesta del librero, que aludiría a que no sabíamos quién estaba implicado, me hacía presumir que mi insistencia sería infructuosa.

—La segunda noticia, la buena, va por ese camino. Gabriel, ¿te acuerdas de Matute y Carcelén?, pues bien, Blanca, esta mañana, cuando me ha dejado en la jefatura, se ha tropezado con Carcelén en el aparcamiento. Valentín Carcelén tiene de policía lo que yo de canguro, os pongo al día para que sepáis quién es quién. Este inspector, entre comillas lo de inspector, obedece a pies juntillas al gordo bigotudo de Matute, pero como es estúpido se somete

a lo que Blanquita le pide. Vamos, que está esperanzado en trajinársela. La niña juega con él como una leona con su cachorro, le permite que se acerque hasta donde ella quiere y cuando agarra lo que desea le da un puntapié en el trasero. De vez en cuando le atrae con su dulzura para sonsacarle, él se olvida del último repudio y vuelve a la carga, hasta que Blanca le extrae un testimonio interesante. Así una y otra vez. Hacerme el favor de no sentir ni un mínimo de pena por él, porque se sabe que no es trigo limpio, un policía que se beneficia de serlo es doblemente delincuente.

—Ya nos hemos enterado cómo lo habéis averiguado, pero ¿nos puedes decir, por favor, de qué se trata?, parece que lo haces aposta —se quejó mi amigo.

—Dios mío, qué impaciencia. Como os he dicho, mi compañera se ha cruzado con ese desagradable en el aparcamiento, poco le ha costado ceder ante el afectivo comportamiento que le ha insinuado la chiquilla. Le ha soltado como el que no quiere la cosa, que esté mañana atenta a los periódicos y a los informativos, que sabe de buena tinta que se va a hacer público que los tres empresarios asesinados están relacionados entre sí.

Calculé una reacción de Biel, pero permaneció impertérrito delante del volante. Por lo tanto, puse la atención en el altavoz y aguardé a que la voz sensual de Carla se manifestase de nuevo. Transcurrió un tiempo, ni Biel se inmutó ni la inspectora habló.

—¿Y eso... es bueno? —titubeé.

—Destapararlo se supone que será ventajoso. ¿Tú qué opinas, Gabriel? —le preguntó Carla.

—Imagino que lo que dices sería lo más sensato, pero si una mano negra en la sombra maneja los tiempos supongo que lo hará en su favor —dijo el librero.

Especulamos un rato, hasta que la señal se cortó, no fue a causa de un túnel, sino por la batería del móvil. Tardamos una hora en llegar a Madrid desde que la inspectora abandonó la conversación, en ella valoramos la intervención de los periódicos, radios y televisiones. Lo calificamos como un suceso positivo del que se pudiese extraer provecho.

En pocas horas, comencé a descubrir de qué está realmente forjado el mundo: de farsas.

Enemigo público número uno

Lo escuché ese lunes por la mañana en la radio según cocinaba la comida que me llevaría al trabajo. Tuve que poner la televisión para convencerme de lo que aseguraban las ondas radiofónicas. Me froté el rostro y atendí a la pantalla como si estuviesen emitiendo el fin del mundo. Todos los canales que sintonicé divulgaban la misma imagen del individuo que consideraban ejecutor de Santos, Cabrera y Lluch: la de un joven Gabriel Monteagudo Infantes repeinado y sonriente en una antigua fotografía en blanco y negro, la identifiqué con la de la orla de su licenciatura universitaria. La había visto colgada sobre el ordenador de su hogar muchas veces, no obstante, no reparé en ella hacía dos días en el desastre que los maleantes habían generado, bien porque la habían descolgado de la pared para arrojarla en cualquier rincón, bien porque la habían despojado del marco y del cristal para aplicarla varias dobleces y guardársela en el bolsillo.

Ni que decir tiene que yo no me lo creí, sabía que él no lo había hecho. No era la típica declaración de: «Le conozco y sé que es incapaz de cometer una atrocidad semejante». No. Era inocente, no tenía dudas, además había vivido una semana de averiguaciones junto a él. ¿Quién se dedicaría a rastrear en unos crímenes siendo él mismo el culpable de ellos? Se había expuesto sin necesidad, había denunciado acontecimientos como el del asesinato de Boston y, por si fuera poco, había aportado pistas.

Llamé una y otra vez a su número sin obtener más contestación que la de la grabación del buzón de voz. Hice lo propio con el de Carla, padecí interminablemente la señal de línea cortada. No pude más que cumplir con mi quehacer diario y cuidar de la tienda, confiando en que se resolviese pronto el malentendido.

Con el móvil en la mano, atravesando Madrid, anhelaba una llamada tranquilizadora, explicadora y satisfactoria. Recibí una de Chavela, estaba alarmada. En la notaría en la que estaba empleada habían leído la noticia en Internet. Tuve que tranquilizarla, explicárselo y satisfacerla. Le conté que era un error provocado por la implicación de Biel en las pesquisas.

Me pregunté si Biel sabría que los medios de comunicación de los que habíamos hablado extensamente en el trayecto de Ciudad Real a Madrid le acusaban de ser el culpable de la trama que investigábamos. Conjeturé que llegaría a una hora tardía a su negocio, yo se lo diría y él antes de preocuparse se reiría del mundo y de sus mentiras.

Alcé la verja de la librería, contemplé la oscuridad a través del cristal, reinaba una absoluta normalidad. Entré y cerré con llave. No sé por qué lo hice, tal vez por el temor y el desasosiego que me asolaba. Tenía miedo, negarlo sería ridículo. Lo tenía porque Biel sufriría, como mínimo, las consecuencias de que los medios de comunicación le catalogaran de asesino antes de demostrar su inocencia, como ya habían hecho, y también porque estaba a punto de cambiar mi vida. ¿A cuántas personas les ha sucedido que a uno de sus mejores amigos le atribuyan los crímenes de un psicópata homicida? Repercutiría en mí porque no estaba dispuesto a abandonarle.

Me llamó la atención que la puerta del despacho estuviese abierta de par en par, siempre la cerrábamos. Evoqué el momento de hacerlo el último día antes de apagar los interruptores en el cuadro de luces. Desde el umbral examiné el interior, los muebles y objetos permanecían igual que el sábado. Aunque en un nuevo repaso, detecté una variación, el respaldo del sillón se vestía con la cazadora de colores ocres que Biel había llevado a la entrevista con Villanueva en El Corderito Valiente.

De repente, sonaron unos insistentes golpes en el exterior. Regresé con curiosidad para descubrir quién pretendía entrar, cuando lo vi, advertí el embotamiento que me gobernaba. Se me había olvidado Cantera por completo. Su primer comentario me reveló que desconocía el asunto.

—Te ha venido un apretón temprano y has cerrado para que no te pillase en el trono. Cuando yo me sobrepaso los sábados lo suelo pagar los lunes, si al final no vamos a ser tan diferentes.

—Eso, si al final todos somos iguales.

Reí con unos «je-je» más falsos que los perfumes de un establecimiento chino.

Me propuse retrasar el diálogo que debería mantener con Cantera antes de que se enterase por otro medio, reflexionaría para afrontarlo de forma adecuada. Comencé mi labor, actué como si se tratase de un día rutinario. La semana anterior habíamos adquirido un pedido de unos ejemplares de una edición moderna de *Don Quijote de la Mancha*, una caja de cartón que había abierto para verificar si estaba en orden, pero que no había tenido tiempo de

ubicar en los restantes días previos al domingo. Cuando Biel y yo retornamos de Ciudad Real, frente a mi casa, resolvimos cómo organizaríamos la librería, habíamos convenido que fuese mi primera faena colocándolos a la venta. El pedido se hallaba en el almacén, en la parte trasera de la librería, me dediqué a ello mientras Cantera arreglaba el mostrador.

No recordaba haber depositado ningún ejemplar sobre la solapa de la caja. Sin darle relevancia me dispuse a introducirlo en el lote para cargarlo en el carro de mano y así transportarlo hasta las estanterías, pero, extrañamente, a la novela le faltaba el plástico transparente que la protegía. Localicé un papel que asomaba de entre las páginas, lo sujeté con el pulgar y el índice y tiré con suavidad. Era una de las cuartillas de la libreta que utilizábamos para los apuntes. Estaba plegada, por lo tanto, procedí a hacer lo que cualquiera hubiese hecho, la desdoblé y la leí:

«No temas por mí, estaré bien.
Revisa mi cazadora, está en el despacho.
Ocúpate de Amadeus, por favor. Gracias amigo».

De repente, Cantera me llamó con insistencia, estaba un par de metros por detrás, en el umbral. Estrujé el papelito y lo encerré en el puño.

—Acosta, Acosta, tío, unos mader... policías requieren la presencia del encargado de la tienda. Ése tienes que ser tú.

—¿Pol... policías?, pero qué quieren, ¿qué te han dicho?

Sentí un ligero pinchazo en el estómago.

—No lo sé, es un colega muy serio, trajeado y acompañado por unos *polis* de uniforme, me ha dicho que es policía judicial. Cuando venía a avisarte han entrado otros vestidos con ropa de calle.

En cuanto Cantera se volvió, la bola hecha con la página de la libreta fue a parar a la caja de los ejemplares. Cerré el almacén con llave y le seguí. Una neblina espesa se incrustó en mi mente. Entre estantes, anaqueles y libros vislumbré a unos funcionarios uniformados y a otros con vestimenta común. En la calle, las torretas de luces azules de un par de patrullas de la Policía Nacional me incitaron recelo hacia las fuerzas de seguridad. ¿Por qué obraban con esa aparatosidad y desplegaban semejante espectáculo? Temí hacer o decir, por si fuese perjudicial o inoportuno. Los que vestían de traje tomaron contacto visual con nosotros, nos examinaron como si supiesen leer en nuestras mentes. Los policías restantes, esparcidos por el vestíbulo,

vigilaban a distancia la planta superior, los recovecos y las sombras.

Me centré, decidí hacerles creer si fuese preciso, que ignoraba hasta el nombre que mis padres me pusieron. Interpretaría los siguientes papeles en este orden: el de impresionado, derivado de la cantidad de profesionales de la ley; el de pasmado, cuando me esclareciesen la razón de su presencia; el de colaborativo, para despejar dudas. Imité la cara de susto de Cantera, sería un comienzo inmejorable. Llegamos juntos y nos detuvimos ante el caballero que se posicionaba más adelantado de todos ellos.

—Buenos días, soy inspector del Grupo Tercero de Homicidios de la Brigada Provincial de la Policía Judicial, mi nombre es Pablo Árcamo.

Su voz tersa amparada por una mirada limpia me transmitió una sensación de cordialidad que me serenó. Sus ojos penetrantes de color gris claro se clavaron en los míos, e irremediabilmente, los míos en los suyos, debido a esto no me percaté, hasta que no se la guardó, de que me había enseñado una identificación.

—¿Buenos días, a qué se debe este... jaleo? —pregunté atónito.

—¿Usted es el encargado?

—Sí, en mi contrato no se detalla, pero actúo como tal la mayoría del tiempo.

—¿A qué se refiere con la mayoría del tiempo?

—Nuestro jefe no suele venir mucho por aquí, me responsabilizo de su cometido con asiduidad.

—Comprendo. Le noto turbado, ¿le preocupa algo?

—Es para estarlo. —Señalé a nuestro alrededor con el dedo índice de la mano sana en una rápida agitación de muñeca—. ¿Es que ha ocurrido algún incidente?

—¿Saben cuál es el paradero de Gabriel Monteagudo Infantes, el titular de este establecimiento?

—Viene y va sin avisar, llevamos días sin verlo, una semana.

El inspector, en un parsimonioso movimiento de cuello, posó su experta mirada en Cantera, no pude remediarlo y se la seguí. El *diyeyi* exhibía unos ojos prominentes, no supe si porque le había sorprendido mi contestación o porque fuese examinado él también. Me siguió el juego.

—Yo... llevo poco, al dueño le he visto con los dedos de la mano. Quiero decir que...

—Comprendo, no se apure —dijo el inspector Árcamo.

—¡Qué le ha pasado a Biel! —exclamó mi compañero.

—¿Quién es Biel? —preguntó el policía con expectación.

—Nuestro patrón nos dice que le llamemos de ese modo —repuse antes de que Cantera la pifiase, luego aproveché para lanzar un mensaje con el que orientar al *disc jockey*—. No tenemos demasiado roce con él, hacemos nuestro trabajo y recibimos nuestro sueldo a final de mes, siempre estamos solos.

El inspector Árcamo asintió, paseó su atención del uno al otro. Cantera se desconcertó aún más cuando nuestro interlocutor extrajo unos documentos de una carpeta. Nos los mostró y formuló una asombrosa frase de la que me beneficié para empezar la siguiente fase de mi plan.

—Ésta es la orden de registro emitida por el juez Marañón que permite que inspeccionemos el local. Adelante.

La última palabra la dirigió hacia un policía cercano. Con un mandato de éste, los uniformados y no uniformados se movilizaron. Varié mis facciones e interpreté pasmo, me fue más fácil de lo previsto cuando me fijé en la jeta de Cantera, exactamente poseía el rostro que deseaba.

El inspector Pablo Árcamo vestía un pulcro traje azul marino, una camisa de seda que deslumbraba por el fulgor de su blancura y una corbata estrecha de un color oscuro en consonancia con el resto de su atuendo, también calzaba unos lustrosos zapatos negros. Su cabello canoso le adjudicaba más edad de la que tenía. Su cara lucía una recortada y cuidada barba sin bigote, como dos largas y anchas patillas curvadas que se unían en la barbilla.

—Les informo que Gabriel Monteagudo Infantes es reclamado por la justicia. Es sospechoso de homicidio, de tentativa de homicidio y de ocultación de pruebas. Si están al corriente de dónde se encuentra o de particularidades que les hayan podido crear desconfianza en este sentido, deben comunicarlo, de lo contrario, se les podría acusar de complicidad y connivencia. Estos cargos son graves, así que si quieren encubrirlo piensen que juegan con su libertad —nos anunció el inspector.

No me hizo falta fingir, la severidad con la que se manifestó me turbó hasta la estupefacción. Fui incapaz de mencionar una sola palabra, su mirada de piedra actuó como intimidadora. Restablecí mis sentidos con una breve reflexión: yo sabía que Biel no era un malhechor, por lo tanto, como confiaba en la Ley y en los tribunales de nuestro país, no tenía de qué temer, no sería yo quien delatase a un amigo.

—Joder, pero eso es absurdo, señor, ¿un asesino?, antes me hago

abstemio —protestó Cantera a su modo.

—Señor...

—Llámeme Cantera.

—Señor Cantera, para haberlo frecuentado poco está muy seguro de su inocencia. —El inspector estudió al bocazas con fugacidad, supuestamente rechazó cualquier recelar y nos ilustró con su sabiduría—. Este tipo de psicópata posee una facultad innata para mantener una doble vida sin que nadie sospeche de sus maquinaciones. Son fríos, calculadores, de una inteligencia superior a la media, no sienten emociones por sus congéneres y son unos magníficos intérpretes. Estamos hartos de comprobar cómo sus seres queridos, los que les rodean, se impresionan y estremecen cuando advierten lo engañados que han estado respecto a estos individuos cuando se les atrapa.

—Bueno, usted es el especialista —respondió Cantera.

Con otro movimiento de extrema lentitud, igual que el de hacía unos instantes, Árcamo se fijó en mí con su concentración franca a la vez que inquisidora.

—¿Y su opinión cuál es?, señor...

Era hora de inaugurar la parte en la que debía colaborar al máximo para no levantar suspicacias.

—Lo siento, inspector, no me lo imagino como usted lo ha descrito. Mi nombre es Juan Eduardo Acosta, para servirle. —Le tendí la mano, aunque a esas alturas no fuese adecuado, me la estrechó con firmeza, después le ofrecí un manojito de llaves—. Necesitarán la llave del almacén de la trastienda.

—Gracias, señor Acosta. Me agrada que el señor Monteagudo tenga unos empleados que le protejan con tanto empeño, para pasar la mayoría del tiempo fuera de su negocio están muy familiarizados con él. Les diré una cosa de ámbito personal. —Se otorgó unos segundos de reflexión, los suficientes para crearnos intriga—. En veintiún años como policía he visto, oído y vivido tanto que he llegado a la conclusión de que cualquiera en determinada situación y en determinadas circunstancias es capaz de matar, y yo no me excluyo. Agentes, acompañen al señor Acosta, tenemos un cuarto que revisar por ahí detrás.

Su léxico acarreaba una carga de certeza similar a la de un sacerdote cuando predica sobre los textos de la Biblia. Me dije que el policía judicial era la clase de persona que sospecharía hasta de su querida madre.

Guie a los uniformados, les abrí la puerta y permanecí en el exterior. Era

improbable que localizaran la diminuta bola de papel dentro de la caja a la que la lancé, aun así, estuve en tensión hasta que salieron. Su impasibilidad me indicó que la nota arrugada continuaba en el mismo sitio.

Volví junto a Cantera. Árcamo hablaba unos metros más allá con otros tres individuos que debían de haber entrado después de mi marcha. Vestían de civil. Supe que se trataban de policías por las identificaciones que les colgaban del cuello. También por el arma corta de fuego que le asomaba a uno de ellos de entre la chaqueta vaquera.

Terminada la conversación se unieron a nosotros. En ese intervalo, Cantera y yo cruzamos una mirada de impotencia por lo que estaba ocurriendo a nuestro alrededor; éramos retenidos mientras desarmaban la librería.

—Señores Acosta y Cantera, les presento al comisario Casanova y a los inspectores Matute y Carcelén, de la Jefatura Superior de la Policía Nacional. Hasta ahora eran los oficiales asignados al caso.

El anuncio de Árcamo me removió el cerebro, como una lavadora remueve su contenido cuando centrifuga, eran nombres manejados recientemente. Antes de hacer el esfuerzo de internarme en mis recuerdos más próximos, la visión del frondoso bigote del inspector Matute fue el que atrajo la narración de Biel a mi mente, cuando una semana antes había ido a la jefatura a denunciar su descubrimiento, de ese modo supe quién era. Luego resucité el trayecto desde Ciudad Real a Madrid. Carla había mencionado a Carcelén cuando nos contó cómo Blanca Pedraza había conseguido la información que en su momento valoramos como positiva: alguien que relacionaría las ejecuciones entre sí y se lo transmitiría a los medios. Evidentemente, no sabíamos que incluirían a Biel. El nombre de Casanova también me sonaba. Recuperé lo sugerido por Carla en el restaurante Cavalcanti, cuando el comisario, después de una misteriosa llamada telefónica, les concedió el caso a sus acompañantes.

Como saludo, el policía de mayor rango nos obsequió con lo que estimé una provocación.

—Su jefe está metido en un buen lío. ¿Cómo pueden haber convivido con un animal sanguinario sin darse cuenta?, ¿no estarán ustedes en el ajo?

Al comisario le restaban escasos años de servicio. Lucía una profusa cabellera canosa y un ceño de enojo, además de un talante acusador impropio de un investigador sensato y prudencial.

—Ni nosotros ni él —contesté con valentía.

Su mirada atentó contra mí, pareció arrojarme un maleficio. Malhumorado, se dirigió a Árcamo.

—Viene el juez, después nos vemos.

Se unió a dos varones trajeados que accedían al local.

Matute sonrió, y como me había dicho Biel, no lo supe por sus labios enterrados en la espesura peluda, sino por las arrugas de pata de gallo que le destacaron junto a las cavidades oculares. Carcelén se posicionaba detrás de su compañero, me fijé en su expresión divertida, como si la totalidad de lo que contemplaba le hiciese gracia.

—Usted, señor Acosta, es encargado de la librería, ¿se ha encargado también de otras tareas desvinculadas con este establecimiento? —inquirió Matute con suspicacia.

—Es una pregunta muy amplia, señor, no sé qué decirle, si se refiere a si tengo otro trabajo, la respuesta es negativa.

Levanté los hombros mirando a Árcamo sin saber si lo que insinuaba era que yo estaba confabulado con Biel. Pero el inspector judicial debía de sentirse igual que yo, porque la extrañeza que mostró se reflejó en la mirada inquebrantable que le dedicó a Matute.

—Lleva un vendaje en la mano, ¿qué le ha pasado? —insistió Matute.

—Esto... —Miré mi mano izquierda a la vez que la elevé unos centímetros—. Una herida insignificante —aduje para zanjar la cuestión, no obstante, mi interlocutor me examinó con una mezcla de escrúpulo y vehemencia y dije lo primero que se me ocurrió—. Ayer me la rasgué en casa, fabrico una cuna.

—¿Va a tener un hijo?

—No, pero queremos tenerlo pronto.

—Ya veo, son gente previsor.

Asintió un par de veces y me dejó tranquilo. Luego le habló con desdén al inspector judicial.

—Si te hacemos falta ya sabes dónde estamos —pronunció según se volvía hacia la calle—. Suerte y al toro, campeón —profirió de espaldas.

Carcelén emitió una risita de servilismo antes de seguir los pasos de su compañero.

Los investigadores prorrogaron unos cuarenta y cinco minutos su cometido antes de irse. Lógicamente no entró ningún cliente. Tardarían en hacerlo, puesto que mientras durase esta locura creí conveniente cerrar, por lo menos unos días, hasta que se aclarase la sinrazón.

Nos interrogaron por separado, sobre todo buscaron detalles del individuo que perseguían: dónde comía cuando pasaba el día en la librería; nombres de amistades, familiares y visitas habituales; o costumbres de las que estuviésemos al tanto. Más tarde comparamos nuestras respuestas, por suerte, no caímos en contradicciones relevantes.

Cantera me exigió una explicación, no había pasado por alto mis invenciones.

—Tío, ya puedes cantar, no quiero problemas con los *pasmarotes*, lo que no me pasa en la noche no me puede ocurrir aquí.

Muy por encima le comenté que Biel como aficionado había comenzado a indagar sobre la muerte del presidente del club de fútbol porque casualmente había tropezado en Internet con un crimen que a los expertos se les había pasado por alto. No mencioné a los entrevistados, ni siquiera que lo hacía en colaboración con Carla y Blanca. Le aseguré que, si no se trataba de un error, sólo podía deberse a una treta que habían dispuesto para quitarlo de en medio porque se estaba acercando a la verdad. En realidad, éste era mi pensamiento sincero.

—Cuando pase la tormenta todo será como siempre, Biel te compensará por los días que cerremos. Ayúdame a organizar este desbarajuste, todo para llevarse cuatro papeles y cuatro facturas. Yo empiezo por el despacho —dije simulando desidia.

Tras calmarle, ávido por la curiosidad, prolongada desde la lectura de la nota, me interné en el despacho. Desde el inicio del registro no le había quitado ojo a la cazadora de colores ocres. Los agentes habían revoloteado en torno a ella sin preocuparse por su presencia en el respaldo del sillón. Se habían centrado en cajones y papeles.

Volví la puerta sin llegar a cerrarla. Con un amplio vistazo examiné el desorden, lo esquivé y alcancé la cazadora. Lo que me interesaba eran los bolsillos que poseía en los costados, amplios y sorprendentemente vacíos. Advertí la posibilidad de no haberla inspeccionado por completo. Palpé el bolsillo interior con frenesí, me sosegué algo cuando detecté un bulto. Al sacar la cartera de piel, todavía estaba confuso, cuando la abrí, mi mente se ordenó. Eran la placa y el carné profesional que la inspectora Sandemetrío le había entregado como recurso, por si se veía en dificultades. Por añadidura, estaba acompañada de la reciente lista que Carla le había proporcionado, con las señas de Jorge Villanueva y los hermanos Samuel y Nemesio Fernández, las de los últimos de una localidad de Asturias. Me acordé de su intención de

visitarlos, entendí que ahora esa labor me correspondía a mí.

20

Cabeza de turco

Tardamos unas horas en ordenar y limpiar. En ellas, Cantera desarrolló su característica charlatanería sin medida. Opinó e hizo sus propias cábalas muy alejadas de la realidad, pero no le rectificué, porque se suponía que lo único que yo conocía era lo que le había contado. Me preguntó si sabía dónde se escondía Biel, me rogó que se lo dijera, que sería reservado, fueron cinco o seis las veces que negué categóricamente. Aun estando al corriente tampoco se lo habría revelado.

Nos despedimos en la puerta, le aseguré que le informaría con cualquier novedad. Le noté decaído, con el ánimo bajo, no era para menos, el inspector Árcamo al retratar al psicópata tradicional le había creado dudas. Anhelé que despejase esa incertidumbre con prontitud.

Caminando por las inmediaciones de la librería reflexioné sobre el paradero de Biel. Hasta que Cantera no lo mencionó, no había considerado en qué lugar podría esconderse. Avancé por la acera embaldosada de colores desgastados sin vislumbrar una guarida. Su apartamento estaría vigilado, no tenía familia, tampoco amigos en los que poder confiar para su ocultación. Madrid era una excelente ciudad para desaparecer, pero no cuando tu cara se difundía en los programas televisivos. Fugarse del país hubiese sido lo más inteligente para un prófugo, sin embargo, estarían alertados en los aeropuertos y estaciones de tren y autobús. Por lo tanto, la única opción era la de viajar en coche. No me lo imaginaba robando uno, por ende, estaba obligado a huir con el suyo, si bien, todas las cámaras de la Dirección General de Tráfico buscarían el mismo modelo y la misma matrícula. Otra alternativa consistía en viajar por carreteras secundarias, pero en ellas estaría al acecho la Guardia Civil. Conjeturé hasta que de frente apareció Carla.

Era la primera vez que la veía sin maquillaje, en otras ocasiones se había presentado con más y otras con menos, pero siempre retocada. Se le marcaban unas sombrías ojeras. Su melena hasta los hombros de color castaño, que siempre la había exhibido suelta y sedosa, se la recogía en una coleta con el cabello lacio. Cara a cara comprobé la tristeza de sus ojos de

azúcar moreno. Me preguntó por Biel, no pude más que encogerme de hombros. Me abrazó, la amparé, vencimos nuestras mínimas diferencias, había quien nos unía. Mi sensiblería estuvo a punto de hacerme llorar, nos escudamos en el silencio, de no ser así, con unos lamentos suyos mis lágrimas hubiesen brotado con facilidad.

Deduje que se debería de sentir culpable por implicar a Biel. Aunque esto no era del todo cierto, él se había involucrado por sí mismo, más tarde fue cuando vino el compromiso con Carla, pero tampoco hubiese sido ilógico que se sintiera responsable.

Nuestra ubicación no era la idónea, una corriente de gente fluía en ambas direcciones, unos hacia el acceso al transporte del subsuelo, otros salían en tropel de éste. En realidad, cualquier lugar es apropiado para consolar a una persona hundida.

Situé la escena como si la observase a modo de mero viandante, me ruboricé. Con Chavela, a pesar del cariño y del amor que nos profesábamos, en pocos contextos los habíamos exteriorizado en público, dejábamos esos gestos de ternura para la intimidad. Ahuyenté mi vergüenza y me transformé en el sostén de la mujer que a cada minuto que transcurría me confirmaba que mantenía más que una amistad con el desaparecido. Su voz cálida pero afligida sonó como un susurro en mi oído.

—Tengo el coche aquí cerca, estaremos más tranquilos.

—Apóyate en mí.

Ella determinaba el ritmo, en un principio con calma, a los pocos pasos optó por hacerlo sin mi auxilio. Se afianzó la coleta y cruzó los brazos. Incrementó el paso hacia un parking emplazado debajo de un edificio. No hablamos.

De camino advertí que nadie es imprescindible para el curso del mundo. El paisaje urbano más cercano provocó una de mis reflexiones: el día en el que convencieron a España de que Biel era un asesino en serie, pese a la dimensión que alcanzaba para Carla y para mí, me percaté de que todo seguía igual: los peatones recorrían apresurados las aceras; el conductor de turno cometía la incoherencia de hacer con su vehículo lo que su mente le proponía, incluso siendo irracional, no obstante, la mayoría respetaba las normas; los barrenderos aseaban las calles mientras algunos ciudadanos las ensuciaban sin atención; las mascotas paseaban con sus dueños ajenas a la locura humana; los policías supervisaban el comportamiento general siempre dentro de su juicio; los clientes eran atendidos por los comerciantes. La

despreciativa mirada de uno de estos últimos fue la que me hizo comprender que debía disponer mis cinco sentidos en resolver aquella injusticia, para que nuestras vidas, sobre todo la de Biel, se encauzase por el sendero del que nunca hubo de salirse. En concreto, fue la mueca de repudio que me dedicó Carmen, la dueña de la ferretería, que tantas veces había entrado en la tienda con Lola, la pretendiente del librero. Me planteé qué sentimientos le habrían infundido los programas televisivos o radiofónicos para que mostrara semejante repulsión.

Nos introdujimos directamente por la rampa de salida del aparcamiento. Según descendíamos, la escasa iluminación artificial sustituyó a la natural en un juego de luces y sombras. El cambio de atmósfera me hizo sentir inseguro. El desagradable olor a humos y gases de las máquinas recién aparcadas o puestas en marcha contrajeron mi nariz y mis labios. Carla no dijo nada, sólo esquivó automóviles estacionados. La seguí. Supuse que el flamante modelo con el que nos había trasladado a casa en un trayecto de imprudencia hacía unos días estaría cercano. Querría tratar la cuestión en privado, o más bien en secreto.

No especulé con la posibilidad de que pudiésemos estar vigilados hasta que no comenzó a mirar con nerviosismo de un lado a otro. Su conducta suscitó que la copiase intrigado, pero no vi de qué sospechar. Finalmente, el mecanismo de apertura y cierre de puertas efectuó un rápido y cadencioso sonido, le acompañó el fulgor anaranjado de las luces de intermitencia. Nos sentamos en los asientos delanteros.

—¿Cómo ha ocurrido esto?, no me lo explico —dijo contemplando las llobregueses por la ventanilla del conductor—. Quién hostias mueve los hilos de este asunto. Se lo hemos puesto en bandeja, les hemos proporcionado un cabeza de turco cojonudo. Cuando lo cojan podrán corroborar con facilidad que ha fisgoneado, dibujarán el escenario que les convenga y lo enjuiciarán antes de que acontezca el juicio. Por qué, ¡por qué!

Golpeó con la base del puño sobre el volante, luego se cubrió la cara con las manos.

—Carla, mírame, mírame mujer —la presioné hasta conseguir que lo hiciera—. Nosotros podemos hacer algo —dije en tono afectuoso.

—Acosta, estoy atada de pies y manos. Si saben que Gabriel ha metido las narices es probable que sepan que estoy involucrada, si realizo cualquier investigación será fatal para mí. Y tú, no te lo tomes a mal, pero mírate, ¿cotilleando detrás de las puertas crees que vas a ayudarle?

Comprobé a bocajarro que no perdía su lado canalla ni en una situación hiriente como la que vivíamos. Cuando uno se abre a otra persona es porque al menos la respeta. Ella se había dedicado a mofarse de mí desde el minuto uno en que nuestras vidas habían colisionado. Me demostraba de continuo que no se fiaba de mí, como si yo fuese a traicionar a mi amigo.

Desconocía si era lo adecuado o si me equivocaba, pero molesto por la insolencia, opté por silenciar mis planes con relación a mi próxima visita a la Comunidad Asturiana, además de callarme respecto a la nota que había encontrado antes de la visita policial. Visita por la cual todavía no me había preguntado, y de la que, indudablemente, debería de estar al tanto.

—Descuida, soy consciente de mis virtudes. Pero ¿qué te hace pensar que se ha largado?

—¿No lo ha hecho? —pronunció alentada.

—No lo sé. Que no haya venido a la librería no significa que esté huido.

—Le estoy llamando desde las dos de la madrugada, cuando me he enterado por la radio de lo que le encasquetan, su teléfono no emite señal.

—Lo sé, lo he probado, pero a veces se extrae del mundo. Cabe la posibilidad de que ni siquiera haya cargado la batería del móvil. Ayer cuando veníamos de Ciudad Real se agotó mientras hablábamos contigo.

—No, me llamó a última hora de la tarde con su número —anunció inesperadamente, me miró con recelo.

—Ah, ¿y cómo así?

—Estuvimos conversando un rato, quedamos para desayunar hoy, para darme la cajetilla de tabaco que encontrasteis en la iglesia, pero no ha venido. ¿Qué quieres que piense?, que lleva medio día sin cobertura, no fastidies. A la par, como sabrás, no soy la única que le busca.

De repente se había transformado, pasó de estar compungida a enfadarse porque expuse que tal vez no había desaparecido. ¿Acaso pretendía que se entregase? Desde luego era una opción, pero si él había elegido luchar contra una sinrazón a su manera, yo no disponía de otra elección más que la de propiciar cuanto cupiese en mi mano que así fuese. Aunque recapacitándolo más fríamente, el enojo de Carla podría provenir de no haber contado Biel con ella para arreglar el sinsentido y preferir esfumarse. De ser así, comprendería su irritación.

—Por cierto, un destacamento de tus compañeros ha volteado el local, por si Biel estaba apretujado en el doble fondo de un cajón del escritorio.

—El primer objetivo es el individuo, el segundo recopilar toda la

información de valor que se pueda, la que sirva de indicio para su rastreo. Me figuro que se habrán llevado documentos. De todas formas, ahora sí que lo tengo complicado para indagar, el caso ha cambiado de manos, es de la judicial.

—Ese Pablo Árcamo tiene pinta de saber lo que hace, no como Matute y Carcelén.

—¿Y tú qué sabes de esos dos?

—De lo que os he oído hablar a vosotros, además, esta mañana se han presentado en la tienda.

—¿Para qué? No era necesario, con un informe hubiese bastado.

—Habrán querido facilitarle las cosas al inspector Árcamo.

—¿Quién?, ¿esos corruptos?, antes aprueban una ley en el congreso en la que diga que se deben cerrar los bares.

—El caso es que han venido con tu jefe, Casanova. Por cierto, está convencido de la culpabilidad de Biel.

—Claro...

Con gesto abstraído reflexionó como si se esforzara por resolver un acertijo. La interrumpí, deseaba marcharme a casa.

—¿Entonces no harás nada por Biel?, como dices que lo tienes difícil.

—Nada, nada, tampoco, no voy a consentir que le achaquen a un inocente un crimen que no ha cometido. Con todo, ahora hay más facultades en los que se ocupan del caso. Al mando está el juez Marañón, que es un magistrado de garantías, y Árcamo es un profesional cualificado.

Había insistido en que le sería arduo continuar, le concedía un voto de confianza a la Policía Judicial justo en el momento en que para nosotros empeoraba la situación. Descaradamente había reulado en cuanto a sus intenciones iniciales, cuando, indignada, había recelado de sus superiores por entregarles el caso a Matute y Carcelén.

—Has llorado en mi hombro por Biel y ahora le vas a dejar tirado, ¿a qué estás jugando?

—¿Llorar en tu hombro? Me jode lo que ha pasado por él y porque el enfoque era acertado, ojalá se resuelva favorablemente, pero ¿llorar en tu hombro? Venga ya, estoy jodida por lo ocurrido, Gabriel no se merece esto, nada más. ¿Qué te has pensado?

—Pienso que si no le fueses a dejar en la estacada tantearías a Cristóbal Mosquera y a Jorge Villanueva, como te comprometiste. ¡Allá tú con tu conciencia!

Salí del coche, con andares bruscos pasé ante el parabrisas. Su cara era reveladora, sus ojos estaban muy abiertos, le había asombrado mi réplica o mi conducta, con seguridad ambas. Anduve acelerado entre automóviles y columnas, me aproximé a la pendiente hormigonada, hui de la escasa luz. A mitad de ascensión, detrás de mí, retumbó el motor de un vehículo. Podría ser el suyo o no, avancé sin volverme, estaba todo dicho. La oscuridad que envolvía mis emociones por lo que le estaba sucediendo a mi amigo me originó una vacilación. Un escalofrío quiso recorrerme, forcé los músculos y esprinté los últimos metros de la rampa como si fuese a ganar una maratón olímpica.

A mi vera, cuando relajé la carrera, entre la salida y la acera por la que accedían los automóviles a la calzada, se situó la máquina roja, circulaba con lentitud.

—¿Adónde vas tan rápido?, no voy a comerte.

Por la ventanilla bajada del acompañante era perfectamente audible su voz. Me detuve y se detuvo, me asomé. Me miró con candidez, sus labios unidos imitaban una mueca de afabilidad.

—¡Qué! —dije con aspereza.

—Tienes razón, no es tiempo de dejarse intimidar, de acobardarse, quien coacciona siempre apuesta por eso. Voy a seguir la pista de Mosquera y de Villanueva, lo iba a hacer antes de que Gabriel se convirtiera en el enemigo público número uno. Lo primordial es limpiar su nombre por encima de mi posición en la policía.

—Gracias.

—A ti, Acosta, y disculpa si a veces soy un poco grosera.

—¿Me llamarás con lo que te enteres?

—Por supuesto. ¿Lo harás tú si Gabriel se comunica contigo?

—Que no te quepa la menor duda.

—Sube, anda, te llevo donde quiera que vayas.

—Gracias, pero tengo que hacer unas compras aquí cerca.

Adulteré la verdad, lo que menos me apetecía era oírla regalar improperios a medio Madrid, además del riesgo que corriese por su temeraria conducción, sin tener en cuenta que debía hacerme cargo de Amadeus. Levanté la mano para despedirme y recibí un alzado de cabeza por su parte.

Antes de atreverme a entrar al portal del edificio en el que vivía Biel, tomé mis precauciones, pues había detectado un par de coches patrulla merodeando. Supuse que estarían atentos, por si aparecía el malo. Al salir del

ascensor en el rellano del tercer piso, me detuve con cierto sobresalto, la puerta de la vivienda había sido clausurada con cintas policiales. Amadeus se las debía de haber ingeniado para escapar entre las piernas de algún funcionario, porque resultó que estaba tendido en el felpudo.

En el metro, dentro del vagón, de camino a casa, con Amadeus asomando las orejillas puntiagudas entre la cremallera de mi cazadora, repasé mentalmente la semana, también aproveché para ordenar las ideas.

Con toda la información hirviendo a fuego lento en mi cerebro, traté de relacionar hechos, circunstancias que me llevasen a una pista fiable y así seguir el rumbo correcto. Lo que deduje era lo obvio y comentado con Biel y Carla: alguien con jerarquía manejaba la escena y los actores, como un pastor a un rebaño de ovejas. Me convencí de poder desvelar el misterio de «El Asesino del Estilete de Oro», nombre con el que un periódico olvidado en un asiento denominaba a Biel en portada, con destacados titulares y bajo su imagen.

21

Destino Asturias

La megafonía anunció, por última vez, la salida del tren de las ocho y veinticinco con destino a la estación de Oviedo. Tras consultar en Internet me decidí por este medio de transporte. Había múltiples combinaciones con Tapia de Casariego, un municipio costero del que Nemesio Fernández, uno de los hermanos asturianos, la tarde anterior, a través del teléfono, me habló como si fuese el concejal de turismo. También me confirmó que lo tendría fácil cuando llegase a la capital del Principado para trasladarme a su espléndido pueblo, aunque se distanciase en ciento cuarenta kilómetros. No se opuso a ser entrevistado, pero cuando le mencioné a su hermano todo fueron trabas, a pesar de que éste residía con él y su familia. Pero de eso ya me preocuparía por la tarde, cuando se produjese la cita. Salvo esta cuestión se comportó con amabilidad, se comprometió a reservarme una habitación y a recogerme a mi llegada.

El tren partió con puntualidad. Me había sentado junto a una ventanilla en una de las butacas de las que no disponían acompañante, al otro lado del estrecho pasillo había un matrimonio de jubilados. De los demás pasajeros me aislé para no enloquecer, puesto que desde mi salida de casa a las seis y media de la mañana, de los únicos seres vivos de los que me fie, fueron de unos cuantos pajarillos y de un par de purasangre montados por sendos policías municipales.

No sé si fui vigilado, pero como planeé horas antes, traté de no ir directo a la estación. Desde la parada de metro por la que me introduje, con un transbordo me hubiese plantado en la susodicha estación, no obstante, amplié el recorrido intercalando el trayecto con un taxi y con un rápido andar que aminoré por el agotamiento. El desgaste no fue por el bolso de viaje, había incluido la suficiente ropa para los próximos dos días, pero sí noté que los nervios me influían en el físico y, sobre todo, en el ánimo. Por eso, antes de comprar el billete, reflexioné acerca de si estaba capacitado para el reto que me había propuesto. Cuando juzgué que la intención de solucionar los problemas de Biel podría quedarse en eso, en una intención, borré de mi

mente cualquier duda. Iría a Tapia, mantendría sendas entrevistas con los hermanos Fernández y... Desconocía lo que vendría después: la encarcelación de Biel, la detención del auténtico culpable o la ruptura de mi noviazgo.

Si estimé posible esta última opción, fue porque independientemente de lo que aconteciese, debía sumar una complicación más: la amenaza de Chavela de que la boda y nuestro compromiso se fuesen al traste si mantenía el propósito de marcharme a investigar. Cuando se lo anuncié el lunes por la tarde se enfureció como jamás la había visto, me llamó chiflado y me dijo con un criterio cargado de responsabilidad que no sabía dónde me metía, que hasta podrían matarme. Me rogó que lo dejase en manos de esa novia de Biel, de la policía y de la justicia. Me costó enfrentarme a su desafío, pero asimilé que, si le sobrevenía algún mal a mi amigo sin intentar ayudarle, no podría permanecer conmigo mismo como si no hubiese ocurrido nada. Me hallaba en una encrucijada, porque actuara del modo que actuara, había muchas probabilidades de que me afectase, y no sólo a mí, sino también a los que me rodeaban.

Pensaba sobre este asunto en mi asiento cuando de frente, por la puerta de separación de vagones, entró un hombre trajeado de cuarenta a cuarenta y cinco años con una gabardina en el brazo y un periódico en la mano. Absurdamente creí que me vigilaba, y que su imaginación a la hora de elegir atuendo había sido escasa y se había guiado por la tradicional película de espías.

Pasó a mi vera a la par que se fijaba en los números de asiento. Quizá fue mi fantasía la que juzgó a este caballero, pero no podía evitar escamarme con cada viajero, al mismo tiempo, con contradicción, negaba la perspectiva de que me persiguieran a mí. Si quisieran perjudicarme lo habrían hecho nada más pisar la acera colindante a mi comunidad, o si creían que los llevaría hasta Biel, bien podrían haberme apresado y torturado hasta decirles su paradero, al fin y al cabo, no era ningún agente entrenado para estos trances, sino un humilde trabajador.

Me mentalicé para abandonar las suspicacias, era un ciudadano más; yo soy yo y mis circunstancias. Bastante tenía con extraer datos significativos de las entrevistas como para, además, sugestionarme con cada mirada, extraño vestido sospechosamente o movimiento obrado en mi entorno.

Cinco horas tuve para rumiar, lo que duró el trayecto, entre murmullos, voces altisonantes y el paisaje que intercalaba con mi propio reflejo. Era

incomprensible cómo nos habíamos envuelto en semejante disparate en tan pocos días. Un ejemplo de ello fue cuando en la tarde-noche anterior, tras discutir con mi prometida, visioné en un vertiginoso carrusel de canales la noticia estrella de la semana. En unas horas lo habían acusado, ultrajado, denigrado, juzgado, y si por ellos fuese, hasta sentenciado y condenado. Deseé que la tormenta escampase y nuestras vidas retornasen a su cauce.

Al bajarme en la estación de Oviedo valoré que sería la mejor oportunidad para comprobar si, en realidad, me acechaban: el sujeto de la gabardina, la pareja de mochileros que me había saludado al entrar en el vagón o, por qué no, los ancianos que se habían sentado al otro lado del pasillo y me habían ignorado durante el recorrido. Permanecí clavado en el andén, dejé discurrir en torno a mis costados a la multitud que se apeó. Al quedarme solo en la plataforma me percaté de que, bajo el porche, en los alrededores del edificio de la estación, había otras personas.

Caminando hacia el interior de la construcción alcancé a entender mi actitud ridícula; ¿acaso todo el mundo se había vuelto contra mí?: los extranjeros de tez aceitunada que debatían entre sí, el empleado que rellenaba la máquina expendedora de bebidas, incluso la embarazada que transportaba un cochecito de bebé. Me desprendí de un gran peso cuando consideré que ellos no eran mis enemigos, sino todo lo contrario, sería más fácil pasar desapercibido si había otras personas cerca.

Cruzando la edificación, entre los usuarios que esperaban, merodeaban o sacaban sus billetes, un ligero temblor me sacudió el muslo. Me detuve junto a la salida y extraje el teléfono móvil. Contaba con varias llamadas perdidas y un mensaje del mismo número. Me entusiasmé con la posibilidad de que Biel estuviese contactando. En un segundo plano se presentaba la alternativa de Chavela, para retractarse de su ultimátum y apoyarme en mi decisión. Fallé en ambas expectativas. El mensaje tampoco me decepcionó: «Soy Blanca Pedraza, llámame». Las dos o tres causas que se me ocurrieron por las que podría estar comunicándose fueron negativas, y en todas ellas el librero era el protagonista.

Era la una y media, según la máquina que todo lo sabe, a las dos y cuarto salía el autobús hacia Ribadeo, a mitad de trayecto se ubicaba mi destino. Por suerte, favorable o desfavorable, nunca se sabe, la estación de autobús distaba en trescientos metros. Me situé cuando me indicaron la dirección, reparé en que la preocupación maniática de ser objeto de una persecución era historia.

El día transcurría soleado, los termómetros marcaban nueve grados. Me

había abrigado porque en Madrid empezaba a ser inevitable, así que raramente no lo sería en el norte. La calle estaba poco poblada, las aceras eran anchas, había numerosos jardines alrededor con el césped recortado. No había demasiado tráfico y por el contraste a lo acostumbrado, experimenté una sensación como de mañana de día festivo, era una de las ventajas de una ciudad menos aglomerada. Toqueteé el móvil para comunicarme con Blanca, cometí el desliz de no recapacitar con antelación.

—Juan Eduardo, ¿eres tú? —preguntó.

—Buenos días, Blanca, qué sucede.

Debió de percibir desasosiego en mi entonación.

—Cálmate, por desgracia no hay noticias de Gabriel. ¿Tú sabes algo?

—¿Yo?, pues no.

En ese instante fue cuando advertí que no me había preparado para la conversación. Me detuve en una marquesina de plástico transparente con carteles publicitarios adheridos.

—Te he dicho que me llames, pero no sé si estás ocupado.

—No, no —la pifié. Tal vez a la espabilada de su socia se le hubiese ocurrido que nos citásemos para algún cometido relacionado con la investigación sobre los compañeros de mili, mi negativa sonaría anormal después del episodio del garaje, casi la insulté por recular—. Bueno, estoy con mi novia en urgencias, en el hospital...

—¡Ay, madre mía!, ¿estáis bien?, ¿qué os ha pasado?

No supe interpretar, me atasqué sin barruntar lo que saldría por mi boca.

—Laaa... pues esta... se ha caído en la ducha, se ha golpeado debajo del labio, tiene un corte.

—Dios mío, ¿es grave?

—No, no, no, me han dicho que es un accidente muy común, unos puntos y listo.

—Pobrecilla, cuídala bien.

—Sí, a eso es a lo que me voy a dedicar hoy y mañana por lo menos. ¿Pero a qué se deben tus llamadas?

—Llamo de parte de Carla, no le ha dado tiempo a indagar sobre Cristóbal Mosquera como te dijo que haría. Resulta que el escenario ha empeorado para Gabriel, han denunciado la desaparición de este individuo. Los medios de comunicación han destapado que perteneció al mismo reemplazo en Ferrol que al de los tres fallecidos. Y peor aún, su club de golf ha entregado una grabación de video de este pasado sábado donde se le ve

que mantiene un encuentro con nuestro amigo. —Se silenció por si yo tenía algo que apuntar, pero reflexionaba sobre si habría alguna forma de escaparnos de semejante embrollo, porque dar marcha atrás hasta la mañana en la que Biel llegó a la librería con los periódicos, era irrealizable—. En los programas de televisión y radio ya especulan con que Mosquera sea la cuarta víctima, adivina a quién se lo achacan.

—Todo esto me supera, es inocente, no pueden hacer lo que les venga en gana con una vida. ¿Habéis pensado qué hacer?

—Suena raro que lo diga una integrante de la policía, pero confiar en ésta y en la justicia. Lo que esté en nuestras manos lo haremos. Me ha dicho Carla que estés tranquilo y si recibes noticias de él que nos lo comuniqués.

—Dónde estará...

Volvimos a protagonizar unos segundos de silencio, hasta que un claxonazo prolongado, expelido a pocos metros de la marquesina en la que me hallaba, prorrumpió.

—¿No estabas en urgencias? —se escamó.

—He salido al parking del hospital para hablar en privado.

—Pues vaya un lugar para realizar semejante pitada, qué inconsciencia.

—Una pelea por un estacionamiento. De todo hay en la viña del Señor, uvas, pámpanos y agraz —aduje, contuve el aire.

—A mí me lo vas a decir que lo compruebo a diario. ¡Hay que limpiar la viña de vez en cuando! —se expresó con arrebató.

—Sí... —musité con timidez, respiré aliviado tras salir indemne del lance del claxonazo.

—En fin, te dejo Juan Eduardo, todo se solucionará. Cuida de tu novia y no te inquietes, si hay noticias te informaremos.

Los hermanos Fernández

Desde casa había gestionado la compra del billete de autobús y sólo tuve que pagarlo en la taquilla. Entre esta acción y la partida del vehículo, medio mordisqueé un bocadillo de chorizo a la sidra acompañado de un refresco en una cafetería. No es que no fuese de mi gusto, pero el anuncio de Blanca sobre lo concerniente al cuarto empresario y la relación que habían establecido con Biel me cerró el estómago.

Me centré en el paisaje montañoso verde esmeralda, al rato intuí que se aproximaba un estremecimiento desde lo más profundo de mis sesos. Lo visualicé como una niebla espesa, se trataba del inicio de un trastorno con visos de depresión de no truncarlo con inmediatez. Esta vez soñar despierto con Chavela no me sirvió para moldear mis sentimientos y cambiar las emociones, al contrario, la incertidumbre de mi futuro matrimonio acrecentó más esa bruma lenta pero arrolladora.

Con la vista puesta más allá del horizonte, abstraído, desfilaron los kilómetros sin ser consciente, no podía desprenderme de la oscuridad que me había atrapado. La trama orquestada en contra de Biel era el centro de la desmoralización. Me planteé qué haría yo en su lugar, no tardé mucho en resolver: hubiese acudido a la comisaría más cercana para exponer que todo era un error. Sin embargo, no todo lo era, había husmeado en las vidas de las víctimas, había visitado a Mosquera un día antes de que éste se esfumase y, sobre todo, había huido propiciando que pareciese más culpable. Le utilizaban, probablemente los mismos que estaban detrás de los crímenes. La policía había mordido el cebo, el anzuelo todavía no, para impedir que lo hiciera me creí imprescindible.

Terminó por espabílar me el nuevo panorama que se abrió ante mis ojos de imprevisto, un cuadro azul y brillante. El salitre detectado por mi olfato me arrancó del abismo. Me había hundido en el sillón. Agazapado, había ocultado mi abatimiento. Me re Coloqué, alineé la columna con el respaldo y, entonces sí, la cortina nebulosa en la que me había envuelto desde la conversación con Blanca se resquebrajó. Una pequeña ventana de esperanza

se había abierto, la identifiqué con el avistamiento del mar.

Estamos hechos de sensaciones, la fe retornó y aún no sé bien por qué. Simplemente por contemplar el océano es difícil de asegurar. Esa visión me trajo recuerdos de la infancia, como cuando con mis padres y hermanos viajaba a la costa Levantina. Tiempos muy felices alejados de la complicación más grande a la que me había enfrentado.

No le di importancia al porqué, pero mi mente reaccionó. De los misterios de la psique no soy un experto ni me interesa adentrarme en ese universo. El resto del camino lo completé admirando la superficie de otro mundo lleno de secretos, los que amparan las profundidades marinas.

Transitamos por localidades costeras, en la mayoría descendía un pasajero. El itinerario era propicio para que los empleados en Oviedo se trasladasen a diario desde sus pueblos, para más tarde efectuar el recorrido a la inversa, como era el caso.

Me tomé la investigación como si fuese mi trabajo, de hecho, mi verdadera profesión podría depender de lo que descubriese, porque si mi jefe acababa en la cárcel la librería se cerraría. Asimismo, me ubicaba en posición de perder a la mujer que amaba. Estaba motivado, planeé cómo afrontar las entrevistas antes de que la marquesina donde me correspondía bajar apareciese de frente a la luna delantera del autobús.

Un cuarto de hora antes le había enviado un mensaje de texto a Nemesio Fernández para avisarle de mi llegada, tal y como me había dicho que hiciese. En las inmediaciones, solamente reparé en un par de ancianos que paseaban.

Me embelesé con el aspecto y la pulcritud que mi vista alcanzaba del municipio. Por lo que había comprobado cuando nos adentramos por la calzada principal, me encontraba en la zona más antigua, distanciado en cincuenta metros de la salida de unas hileras de calles. Las fachadas estaban pintadas de un impoluto blanco, los tejados eran de color añil, las casas de dos y tres alturas se alineaban una tras otra, creaban travesías largas, estrechas y paralelas, las aprecié simétricas, junto con el orden y la ausencia de suciedad me cautivó. Presumí que sería un lugar ideal para vivir con sosiego, en la jubilación, pensé.

Contiguo a la parada, traspasando un parterre y un tramo corto de acera revestida con losetas, se levantaba un murete grisáceo, rebasaba mi cintura. Tras el pretil, seguido de una rampa de hormigón con un desnivel pronunciado, se abría una imponente abundancia espumosa, el fragor del oleaje me hipnotizó.

Disfrutando del espectáculo, con el bolso entre las piernas y las manos resguardadas en los bolsillos del chaquetón, escuché en repetidos intervalos cómo voceaban un nombre.

—José García... José García... Señor José García. Perdona, ¿es usted el señor José García?

Aun escogiendo un nombre fácil de memorizar, no lo reconocí cuando lo mencionaron, instantes de desconcierto después, sin saber la causa, me di por aludido. Biel me había prevenido en el viaje a Ciudad Real, se había metido en el papel de periodista hasta cuando era innecesario. Había decidido adoptar su misma estrategia, la del autor de la biografía de Herminio Santos. Distráido en la inmensidad oceánica, me había despistado.

—Sí, soy yo —respondí sin ni siquiera comprobar quién me requería, aunque al llamarme de ese modo sólo podía tratarse de una persona.

—Buenas tardes, soy Nemesio, excúseme por mi tardanza.

Un hombre fuerte que rayaba la obesidad me ofreció la mano según venía hacia mí. Poseía unas facciones angulosas, vestía un abrigo amarillo con apariencia de ser bastante utilizado y, a pesar de su corpulencia, se movía enérgicamente.

—Buenas tardes, no tiene que disculparse, es muy amable por venir a recogerme. He aprovechado para admirar su bello pueblo.

—¿Le gusta?, no existe alma que hable mal de él, tenemos suerte de vivir en un lugar tan bonito.

—Es encantador, es como si lo hubiesen sacado de un cuento de los Hermanos Grimm.

—¿Qué tal el viaje?, ¿se le ha hecho pesado?

—Un poco, no estoy acostumbrado a salir de Madrid.

—Creía que ustedes los periodistas se movían de una ciudad a otra detrás de la noticia, con sus reportajes y esas cosas que hacen.

—No le falta razón, cuando comienzas y según la empresa haces de todo, yo estoy más acostumbrado al despacho —improvisé, ignoraba la profesión.

—Ése es mi automóvil. —Señaló un vetusto todoterreno granate detenido junto a la marquesina, con los bajos embarrados y los cristales salpicados de gotas marrones, fuimos hacia él—. Nos dedicamos a trabajar en la granja de nuestra propiedad, más que nada a la producción de leche, tenemos ganado propio. La cosa no va bien, son tiempos difíciles y me temo que nos lo van a hacer pasar peor, suben los impuestos y recortan los derechos. Pero no le quiero dar otra impresión, soy apolítico, me da igual

quién gobierne, siendo las cosas como son, soy consciente de que para comer me tengo que romper el lomo igual.

—Yo tampoco soy muy de políticos, pero estoy de acuerdo con usted, además, no se ponen ni *coloraus* —dije con gracia, intenté exponer mi carácter sarcástico.

Soltó una risita de felicidad, se le marcaron unos hoyuelos en las mejillas. Subimos al vehículo y lo arrancó, pisó el acelerador a fondo.

—El pobre está cascado, le he dado mucho trajín —explicó referente al todoterreno—. Le llevaré a su hotel para que deje la maleta y se refresque si lo desea. Luego iremos a mi casa, en ella me hará las preguntas que quiera y le enseñaré las fotos que me pidió. Es una lástima lo de Herminio, era un compañero muy responsable.

—Sí, debió de ser un hombre con determinación para crear lo que creó.

—Pero usted lo conoció, habla como si no fuese así.

Me convenía centrarme, alguien suspicaz me habría pescado antes del apretón de manos.

—Fueron dos o tres veces las que nos reunimos, comenzamos por su niñez y no profundizamos demasiado. Ahora debo buscar ayuda como la suya para documentarme. Su familia opina que una biografía es excelente para honrar una vida de esfuerzo —alegué, Nemesio asintió crédulo, salí airoso del desliz, pero por si acaso desvié la atención—. Se ha tomado muchas molestias, el hotel, venir a recogerme; se lo agradezco, señor Fernández.

—Me agrada que se haya desplazado hasta aquí. Se negó a hacerlo por teléfono por lo impersonal que le parecía, que menos que hacerle la estancia en Tapia grata dentro de mis posibilidades.

Circuló con lentitud, me describió los monumentos, el porqué de ellos y su historia. Se trataba de una persona honesta que amaba su pueblo. En apariencia no encubría nada que a mí me pudiese incumbir y en ese trayecto lo descarté como peligroso.

Me trasladó hasta un modesto hotel, me presentó al dueño, conversamos los tres sobre nimiedades. Luego subí a la habitación asignada para asearme y cambiarme. Ellos continuaron hablando, no es que fuesen amigos, sencillamente convivían desde la infancia, en invierno eran cuatro mil vecinos y de todos tenían conocimiento.

Cuando estuve preparado, nos despedimos y reanudamos la marcha en dirección a la granja, ubicada a las afueras. Mi anfitrión siguió haciendo de guía, yo atendí a lo que me indicaba. Nos alejábamos de la mar y nos

aproximábamos a la montaña, entre las dos le hice una desafortunada consulta. Creí que habíamos establecido la suficiente confianza, su actitud para conmigo varió.

—Respecto a su hermano, por teléfono me dijo que me sería imposible citarme con él, pero no me aclaró por qué.

Guardó silencio un momento y, sin mirarme, se pronunció con aspereza.

—Porque no lo voy a permitir.

Intrigado, valoré ahondar, pero me asustaba su reacción, lo mismo se detenía bruscamente en mitad de la mal acondicionada carretera de un carril y me dejaba en tierra.

—No soy un mal bicho por el que deba intranquilizarse, si usted no quiere que vea a su hermano no lo haré, pero me gustaría saber el motivo.

—Samuel está enfermo, vive conmigo y mi familia porque jamás le internaría en un psiquiátrico. No le hace daño a nadie, pero hay gente que no ve bien que esté con nosotros, dicen que este tipo de sujetos tienen un lugar. Lo critican como si fuese un animal, como si no tuviese sentimientos. Entiéndame, a veces se pone nervioso con los extraños, pero no le ha visto cómo trata a sus sobrinos, o a todo con el que entabla una relación. Al principio le cuesta confiar, luego es un pedazo de pan.

—Lo siento, Nemesio, no insistiré más.

—Gracias, señor García, dicen que los periodistas son muy perseverantes y por eso estaba preocupado, veo que lo ha comprendido. Samuel estuvo unos años en el ejército y no retornó igual que se fue, una auténtica pena porque era un chaval muy alegre en su juventud.

—No estaba al corriente de que hubiese sido militar.

—Lo tuvo claro desde niño. Cuando a mí, con diecinueve años, me remitieron la carta en la que me llamaban a filas, él recién había cumplido los dieciocho y solicitó el mismo destino voluntariamente. No nos vino mal a ninguno, era la primera vez que salíamos de casa. Tras el servicio obligatorio yo me vine para ayudar a mi padre en la granja y él se reenganchó. Estuvo hasta el noventa y dos si mal no recuerdo, alcanzó el rango de sargento. Después le declararon incapacitado.

—Vaya, debe de ser duro para usted, con tan corta diferencia de edad seguro que hasta que se separaron lo hicieron todo juntos.

—Eso es, por eso le protejo tanto, sé cómo es. Lo que no sé es lo que le pasó en el Golfo Pérsico, nunca habla de esa etapa.

—¿Estuvo allí?, ¿y en ningún otro lugar?

Me vino a la mente que Carla y Biel habían averiguado que Pelayo Cabrera envió cartas a su madre desde Bosnia durante la guerra de los Balcanes.

—Sólo en Kuwait, hasta entonces nunca había viajado fuera de España. Pero dejemos el tema, para lo que a usted le interesa le valgo yo por los dos, porque como muy bien ha dicho, hasta que no finalizamos la mili no nos separamos. Hemos llegado, ahí están nuestras tierras.

En una intersección nos salimos de la vía deficientemente asfaltada. Nos adentramos por un camino de tierra húmeda con trazas de haber estado embarrado hasta hacía poco. Lentificó la marcha, los baches y hoyos eran pronunciados.

Nos cruzamos con dos hombres vestidos con buzo y botas de goma que nos saludaron a nuestro paso. Nemesio presionó el claxon, me dijo que eran operarios suyos. Indicó que debía arreglar el acceso, y que no era lo único para recomponer tanto en la granja como en su propio hogar. Al fondo avistamos una casa de piedra. El tejado estaba desvencijado en un tramo, contenía una chimenea de ladrillo y una antena de televisión.

Aparcó junto a otros vehículos delante de la vivienda y paseamos hasta el vértice lateral de ésta. Divisamos en la lejanía un extenso prado, con vallas de madera en una zona y de metal en otra, y entre ellas cabezas de ganado de considerable volumen. Me detalló para qué utilizaban cada inmueble.

Eran las seis y media de la tarde, los empleados guiaban a los animales para introducirlos en las cuadras antes de que la luz se extinguiese en su totalidad. El granjero describió sus posesiones. Las trató de modestas y de necesitar cambios que, debido a la situación económica, de momento no había iniciado.

Zanjó el asunto y percibimos unas voces y olor a humo de tabaco. Nemesio frunció el ceño. Llamó la atención de las personas que se protegían tras la esquina opuesta de la casa.

—Quién está ahí.

No se asomó nadie, lógico, era el patrón. Volvió a exigir que se mostraran, esta vez mencionó un nombre.

—Isaac, eres tú, te he dicho mil veces que no fumes en el trabajo.

A los pocos segundos surgió un muchacho de detrás de la casa embutido en un mono verde, miraba al suelo con timidez. El cabello largo le caía por las mejillas hasta los hombros y disimulaba las manos tras la espalda, con seguridad portaban un cigarrillo. De inmediato, otro individuo emergió del

mismo lugar. Éste sonreía pícaramente, era delgado, con las facciones marcadas, de corto pelo moreno, de incipiente barba cerrada, vestido con vaqueros, camiseta de manga corta a pesar del frío y botas de monte. Al contrario que el otro hacía alarde del cigarrillo sin boquilla atrapado entre los labios.

—Joder, Samuel, vaya ejemplo que le das.

El aludido lanzó una bocanada retenida difuminando su rostro. Cuando la emanación se disipó, su semblante se había transformado en una boca apretada y recelosa mirada. Esta última, sorprendentemente, proyectada hacia mí.

—Vayamos dentro, señor García, estaremos más cómodos.

Nemesio me tiró de la manga del abrigo a la vez que se expresó. Yo respondí a la temible mueca de su hermano con una de incredulidad.

Su apariencia me despistó, nunca hubiese imaginado que fuese Samuel de no decirlo su hermano. Físicamente no coincidían, y no por la corpulenta complexión del uno y la extrema flaqueza del otro, sino por sus rasgos faciales, por completo diferentes; o por sus portes, el de Nemesio recto y vigoroso, el de Samuel encorvado, ostentando una actitud apática; y qué decir de sus miradas, la del granjero henchida de alma, la del exmilitar deshabitada de cualquier atisbo de ilusión, sin color, mate. Eran como el agua y el vino, como Sancho y Quijote, como el Paraíso y el Infierno.

23

La sombra

En la habitación del hotel, la luz tenue de las farolas se filtraba al interior. Me había acostado sobre las once, puesto que a las siete y media cogería el autobús que me llevaría hasta Oviedo. A las doce atendí el reloj del móvil ubicado sobre la mesilla, después vinieron unas cuantas ojeadas más. En todo ese descanso sin sueño, observé la claridad mortecina reflejada en las cortinas, a la par, repasé los acontecimientos sustanciales del día.

Por la tarde, en la granja de los Fernández, había recibido un mensaje de Chavela, me preguntaba por mi bienestar y se disculpaba por las amenazas que me había asestado. La llamé cuando Nemesio me devolvió a Tapia. Hablamos cincuenta minutos, nos arreglamos y nos dedicamos discursos de afecto, cariño y amor. Me dio su consentimiento para hacer lo que creyese oportuno, siempre que no arriesgase, circunstancia que ella sabía que no ocurriría, para eso me conocía desde que éramos críos.

También evoqué la conversación con el granjero. No me manifestó nada nuevo, anécdotas en las que Santos, Cabrera y Lluch no eran los principales protagonistas a pesar de hallarse presentes. Me enseñó treinta o cuarenta fotografías en las que sólo estaban plasmados los tres juntos en una, donde integrantes del reemplazo posaban en el Patio de Armas, imagen que ya conocía. De Pelayo Cabrera y Óscar Lluch apenas hablamos. Se refirió a los asesinatos basándose en lo que había visto, oído y leído, su opinión estaba influida por los medios, era irrelevante. Me explicó que había coincidido con ellos a diario durante el periodo donde los prepararon para el Juramento a la Bandera. A partir de entonces, escasamente, en el comedor y en la cantina, luego les perdió de vista. Para él eran tan ajenos que no había recordado a Santos hasta que no se hizo popular por el fútbol, y a los otros dos hasta el día anterior, cuando los informativos propagaron la noticia. Por lo tanto, estaba igual que cuando llegué.

Después de la charla me invitó a cenar con su esposa, su hija y sus dos hijos, uno de ellos era Isaac, el muchacho al que pescó fumando con Samuel. Era el menor de los tres y el único que había optado por no cultivarse con una

carrera universitaria. Nemesio le espetó unas palabras cuando se sentó a la mesa, palabras de padre: «Tú y yo ya hablaremos, pero para empezar mañana limpias los establos». El chico no contestó, bajó la mirada y engulló la exquisita sopa de pescado y el portentoso bonito con tomate que su madre había cocinado.

Su tío no acudió a la cena, entendí que haría su vida aparte, con sus horarios para comer incluidos. Su ausencia, o bien consistía en esta suposición o Nemesio no quería arriesgarse a que a mí me venciese la tentación y le consultase acerca de la mili. Acto que podría traerle otro tipo de rememoraciones de carácter castrense.

Volví a mirar el reloj del móvil, marcaba la una menos cuarto. La pantalla luminiscente contenía la foto de un pequeño caniche acurrucado y temeroso ante la sombra de un perro más grande. Abstraído en la imagen, me percaté de que las sábanas olían a bosque, a montaña, a hojas secas. La fragancia me situó en una profunda selva que se expandió ante mí. La sobrevolaba a una velocidad vertiginosa sin apreciar mi cuerpo físico. Esquivaba arboledas a la vez que la habitación se desvanecía. Entonces sí, por fin atrapaba el tren que me transportaría a ese universo abstracto. Me acomodé en el lecho, me cubrí hasta la barbilla y me hundí en el sopor.

Pudieron haber transcurrido minutos u horas, yo lo viví como segundos. Un golpe brusco y seco provocó que emergiese del mundo onírico. Agucé el oído por si captaba otro sonido y así descubrir su origen. La claridad permitió que contemplase el techo, con sus vigas de madera envejecida y su lámpara rústica que imitaba el tronco de un árbol enano. Tras unos instantes en vilo, intenté engancharme al adormecimiento antes de desvelarme.

No lo conseguí, una ocurrencia tuvo la culpa, la quise comprobar sin expectativas de que fuese cierta. Al volver a abrir los ojos, como si la hubiese invocado, una silueta negra postrada ante mí me inyectó una dosis de pánico que me indujo a clavar los codos en el colchón para incorporarme. Espantado, salté de la cama. Me alejé todo lo que pude de la abominable presencia, esto sólo fue metro y medio. Me arrimé a la ventana por la que se colaba el resplandor.

—Quién eres, qué haces aquí. Márchate la leche, soy policía y... un... un... un sicario. ¡Vete y no te haré daño! —vociferé.

Ingenuamente, creí que mi bravuconada había producido efecto en la sombra, puesto que se volvió en dirección a la puerta, pero en vez de irse activó la lámpara del techo. En ese corto espacio, desde que le descubrí

observándome en la oscuridad hasta que advertí quién era, no interpreté que tuviese relación con lo que me había arrastrado hasta Asturias. Mi raciocinio me había sugerido que podría tratarse de un ladrón, nada más lejos de la realidad.

—Seré yo el que no le haga daño, vuelva a la piltra, le voy a deleitar con un cuento.

En esos confusos segundos no supe cuál sería mi futuro más próximo, pero su declaración me esperanzó. Vestido de negro, con un chándal de cuello alto, gorro de lana y lo más inquietante, los pómulos pintados del color del tizón, Samuel Fernández me indicaba con el dedo índice que me acomodase. Mi aspecto no podía ser más ridículo a causa de mi atuendo: un pijama de los *Looney Tunes* con el Diablo de Tasmania carcajeándose tras infligirle una broma a un Pato Lucas sumamente enfadado. Quién se iba a imaginar cuando me lo compré, que otra persona aparte de mi prometida iba a verme con unos dibujos animados estampados en el pecho.

Obedecí al «pedazo de pan», como lo había calificado su hermano en el trayecto a la granja. Me gustaría saber qué opinaría si le viese de esa guisa, cometiendo un allanamiento de morada para deslizarse como un felino y darme un susto capaz de dejarme el cabello más blanco que el de un albino. En semanas sucesivas me detecté un matorral de canas, las primeras que le brotaban a mi pelo castaño en sus treinta y seis años. Aunque también pudieron deberse a las imprevistas experiencias que padecí en los siguientes días.

—¿A... a qué se refiere, señor Fernández? —me expresé apocado.

—Le puedo ayudar, sé quién es usted y qué busca.

Exhibía un gesto arrogante, parecía que le satisfacía haberme sorprendido indefenso en el lecho, como si fuese una habilidad meritoria.

—¿Me puede ayudar con la biografía de Herminio Santos? —dije con inocencia.

—A Nemesio puede engañarle, a mí no, su desplazamiento desde Madrid es innecesario. Usted es detective privado, inspector de seguros o similar, me chupa un huevo. A la vista de lo sucedido últimamente intuyo que su viaje hasta aquí está motivado por mis excompañeros.

—Si le complace pensar que cualquiera de éstas es mi profesión, allá usted. Además, su hermano me ha vetado para entrevistarle, no debería estar aquí.

—Si le convence lo que tengo que contarle, el que hablaré seré yo, y a mí

no me ha prohibido hacerlo.

Sentado en el borde de la cama, indefenso y alerta por la desconfianza que me generaba, anhelaba que se fuese, no podría dormirme, pero aquel escenario era muy incómodo. Samuel, de pie, con los brazos en los costados y los puños enguantados, exteriorizaba su presunta enajenación por medio de una de esas sonrisas que muestran los que se sienten superiores al otro. Exageraba la contorsión descaradamente, lo que le otorgaba mayor intimidación, también lucía una demente mirada. Su insistencia me intrigaba, pero ¿qué podría decirme distinto a su hermano? Presentí que lo que ansiaba extraer era mi verdadera identidad.

—Verá, he recopilado los suficientes datos como para publicar la biografía de Santos, su segunda y tercera parte si hace falta, así que no me interesa.

A pesar de hallarme en lo que creí una situación peligrosa utilicé el sarcasmo para ahuyentarlo.

—Como quiera. —Bajó la cabeza y se dirigió hacia la puerta, justo entonces, se pronunció con velocidad—. El Cordero Valiente se va a su granja.

—¡Qué!

No supe ocultar el sobresalto que me produjo al nombrarse igual que el restaurante propiedad de Jorge Villanueva. No me esperaba nada semejante, y menos su actuación inmediata.

—Lo sabía, sí, lo sabía. —Se carcajeó, extendió el brazo y estiró el índice—. Usted es como un libro abierto.

Por un instante, me retrotraje hasta mis años de instituto, exhibió una conducta propia de un quinceañero, excedida y fuera de lugar. Ofuscado, todavía no sabía si se retiraría o si me agrediría. Le enseñé las palmas de las manos y me incorporé.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

—Seré claro, señor sicario —se mofó, de seguido adoptó un semblante de seriedad—. Tengo una historia que relaciona a los empresarios ejecutados. Sé que no está aquí por ninguna biografía, y sólo hay que verle para darse cuenta de que no corro peligro por abrir el pico. Cuando mi hermano me transmitió la conversación que mantuvo con usted por teléfono, en la que pudieron haber resuelto el asunto sin citarse, tuve claro que no era periodista. Al verle esta tarde he descartado que integre una organización, y mucho menos que colabore en los asesinatos con ese Monteagudo que sacan en los

telediaros. Quiero rajar, se dedique a lo que se dedique, usted parece buena persona, y entre buenas personas hay que entenderse.

Me ofreció la mano, su rostro reflejaba ilusión porque aceptase. No tenía nada que perder, sólo horas de descanso que ya estaban arruinadas, aunque se fuese me sería imposible conciliar el sueño. Se la estreché con cierto temblor, me dio unas palmadas en el hombro.

—Tranquilícese, señor, que no soy el hombre del saco... Aunque podría serlo —dijo, luego, burlón, alzó las cejas.

Agarró la butaca del escritorio con energía, la situó entre la ventana y la cama y me invitó a sentarme. Él lo hizo en el borde del colchón, de frente a mí, cruzó las piernas la una sobre la otra y se sacó del bolsillo una bolsa de picadura de tabaco y un papel de fumar. Me habló al mismo tiempo que se liaba un cigarrillo, con la vista clavada en lo que hacía.

—Lo que le voy a soplar trata sobre nuestra mili, los protagonistas de la anécdota, entre otros, son los tres asesinados y un servidor. Cuando termine estará conmigo en que más individuos morirán en breve. Escúcheme, y si le surgen preguntas hágalas.

Prendió el pitillo casero, mi nariz aspiró un olor parecido al de la madera seca, luego varió a un hedor pestilente. Sus pupilas se centraron en el infinito, el humo se escapó de entre sus labios y ascendió por su ennegrecido rostro.

Comenzó su historia abstraído en los recuerdos de hacía más de treinta años. Se trasladó hasta el cuartel de Nuestra Señora de los Dolores, o también llamado Tercio del Norte, en la segunda semana de estancia del quinto reemplazo de 1980, cuando aún eran reclutas.

La construcción, la más antigua del país para uso militar, constaba de un Patio de Armas central con galería de tres alturas. En los laterales se levantaban dos escaleras de acceso a las plantas superiores opuestas entre sí. Detrás de las columnas y de los arcos de herradura de envejecida y húmeda piedra se resguardaban las cámaras e instalaciones. Entre éstas y las arcadas se creaban corredores al aire libre como los de los monasterios. Junto al patio se encontraban los aposentos más importantes, como los alojamientos para los oficiales, con sus antesalas para el ocio incluidas. También se hallaban la cantina, la cocina, el comedor y los aseos para la tropa. Existían otras muchas dependencias en las que nunca entró.

Había vuelto dos veces por eso de la morriña: cuando todavía pertenecía al ejército, donde se tomó unas cervezas con un sargento de su

periodo de mili; y cinco años atrás, en esta ocasión se paseó y curioseó la actividad de las inmediaciones.

En la segunda planta se ubicaban las Compañías para los soldados y cabos, cada una desempeñaba una función. Estaban los de la Primera Compañía de Fusileros que hacían guardias en las Comandancias de Marina del País Vasco y en la casa del Almirante, en Capitanía; también los de la Tercera que protegían un arsenal en un monte; la de los profesionales, que apenas se mezclaban con los de reemplazo; y otras a las que no dio mucho valor, como la de la banda de música. En la cúspide del edificio se localizaba la Policía Naval, en la que habían recalado él y su hermano tras la Jura de Bandera; el recinto en el que se custodiaba y recluía a los que cometían actos indignos del Cuerpo de Infantería de Marina, además de delitos menores dentro y fuera del acuartelamiento; la capilla, que no pisó en el año y medio de servicio; y la sección de los reclutas, donde en un mes se transformaban en soldados. La singularidad de este tercer piso en su pasillo exterior consistía en la ausencia de arcos y columnas, por lo tanto, de techado.

La semana inicial fue caótica, les llevaron de un lado para otro frenéticamente, en teoría, sin un sentido fundado, desinformados de cuál sería la actividad hasta que el mando asignado les coordinaba y les aleccionaba. El trato al recluta, como en cualquier cuartel y en cualquier milicia, era despectivo y humillante, pero sólo duraba un mes, hasta el Juramento a la Bandera.

Aquel día, acontecería un hecho en el que los ochenta novatos, a pesar de ser distintos y provenir de lugares diversos, con educaciones diferentes y objetivos contrarios en la vida, advertirían que poseían en común algo de vital transcendencia: durante los siguientes dieciocho meses, dejarían de ser amos de su destino para prestárselo al mando de turno.

Era una mañana de finales de septiembre, el cielo encapotado amenazaba con soltar un diluvio torrencial. Después del desayuno debían aguardar fuera de la Compañía al cabo mayor designado para las actividades matutinas. En las jornadas anteriores, los instructores se habían mostrado con dureza, pero con flexibilidad, pasando por alto aspectos que, para chicos de dieciocho años desacostumbrados a la vida castrense, era lógico que aún en la segunda semana, no supiesen cumplir con la exigencia requerida.

Diseminados en grupos, esperaban otra fase de instrucción, ejercicio

físico y tareas varias. Hablaban y fumaban apoyados en el murete, indiferentes ante el chispeo que caía de las nubes, pese a que se hallaban en la última planta, sin resguardo.

Por la cavidad que empalmaba con las escaleras interiores de piedra surgió un individuo vestido con uniforme de campaña. Con paso firme, andar decidido y mirada entrecerrada se acercó a las ochenta mierdas, como otro mando les había denominado. Se paseó ante ellos exhibiendo una mueca que indicaba que lo que veía le repugnaba. Cuando completó la particular revista se situó donde todos pudiesen oírle. Muchos, como Samuel, apagaron los cigarrillos, se incorporaron e irguieron como les habían adiestrado, otros permanecieron en la misma pose, todavía no habían interiorizado el movimiento. Aunque unos pocos copiaron a sus compañeros, los restantes, por diferentes motivos, los más adormilados, los rebeldes o los que aún conservaban esperanzas de librarse del servicio militar comportándose anormalmente, perseveraron irrespetuosos, charlando entre sí.

—¡Qué cojones es esto!, ¡por qué no estáis formados! —voceó de repente el mando.

Nadie respondió. Alguno más se sumó a la reverente postura, ya sólo los más temerarios actuaban ignorando su obligación. El militar tendría veinticinco o veintiséis años, su rostro afeitado y blanquecino revelaba una dura expresión. La sombra que le proporcionaba la visera de la gorra le concedía un aspecto temible.

—Tú, cara de haba, ¿por qué coño no estáis formados? —demandó con vehemencia a uno de los más rezagados en unir los talones, estirar los brazos a los costados, enderezarse y alzar levemente la barbilla, todo al mismo tiempo.

—No... no... lo sé, señor, esperábamos al cabo primero Rodríguez, como todos los días.

—Llevas ocho días aquí y todavía no sabes cómo debes dirigirte hacia un superior.

Dijo esto y clavó la atención en otro desgraciado que apuraba un cigarrillo y se escondía detrás de la formación. El malhumorado se le aproximó decidido, se abrió camino entre los futuros soldados hasta que chocaron las viseras.

—Tú, gilipollas, me da la sensación de que eres anormal. ¡Tira eso! —le espetó en plena cara.

El chaval obedeció y probó a ponerse en posición de firmes.

—La columna recta, y cierra la boca, no quiero percibir tu apestoso aliento ahumado.

El militar se colocó centrado al pelotón.

—Soy el cabo mayor Cambados, esta semana permaneceréis bajo mi mando. Debíais estar formados. Como estoy seguro de que el cabo primero Rodríguez os ha instruido para ello, deduzco que me tomáis a coña.

Dio unos pasos y se detuvo ante el muchacho al que le había preguntado a su llegada.

—Cara de haba, cómo debes llamarme cuando me hables.

—Yo... no sé... ¿cabo mayor?

—Qué me dices, que el cabo primero Rodríguez no os ha enseñado nada. Una nueva voz se escuchó procedente del extremo más alejado del conjunto.

—Cuando nos dirijamos a usted debemos hacerlo por cabo mayor.

El militar agarrotó los duros brazos paralelos al cuerpo, cerró las manos, enterró los dedos en los puños y se trasladó con avidez hacia la otra punta de la formación.

—¿Les costaría mucho decirme quién me ha interrumpido? —les retó.

—Yo, mi mayor —declaró orgulloso un pimpollo con gafas y con aire de ser el más listo de su clase en el instituto.

—Cuatro ojos, Rodríguez tampoco os ha dicho que no podéis intervenir sin permiso.

Cambados no recibió réplica, salvo el absoluto silencio. Transcurrieron unos segundos y volvió a la carga.

—Tienes toda la pinta de ser un pelota, un mamón. ¡Hinca las rodillas y esas sucias pezuñas en el suelo!

El quinto acató la orden.

—Imita el sonido de los cerdos —dijo el mando con el tono menos brusco de los dos que había utilizado hasta el momento.

El chico reprodujo instantáneamente el sonido típico de los marranos. Algún desgraciado se rio y otros hicieron comentarios jocosos. La reacción se desencadenó en el acto.

—Quién se ríe, ¡quién!, ¡quién! —vociferó, atravesó el corredor, examinaba a unos y a otros.

Nadie osó confesar.

—Todos a cuatro patas —ordenó con esa otra entonación más fría y precisa.

La mayoría se tiró a la piedra con inmediatez, otros lo hicieron con lentitud, cuando constataron que eran más los que obedecían. Algunos, Samuel entre ellos, se estudiaron aún en pie, pero también sucumbieron.

—Muy bien. Tú, cara torta, ¿sabes cómo hacen las ovejas?

—Sí, mi mayor.

—Arrea, a balar.

Inesperadamente, el mandato no fue correspondido por el novato. Cambados le dio un toque en la muñeca con la puntera de su lustrosa bota, como si creyese que necesitaba un empujoncito para rebajarse más ante él. Con asombro, no sólo para el militar, sino para todos, el chaval se incorporó y se colocó en posición de firmes.

—Me niego, mi mayor.

—Qué haces, ¡tírate al piso y bala! —le rugió. Al comprobar que el mierda se resistía, sus cabezas se unieron a través de la tela mimetizada de las gorras—. Cuál es tu nombre, carnedecalabozo.

—Pelayo Cabrera, mi mayor.

—Vaya porquería de nombre. Tus compañeros lo pagarán. De aquí no se levanta nadie, aunque os venga un apretón. Y tú, cara torta, ahí quietecito, que te vean bien. —Se desplazó entre las complexiones dobladas para elegir a la siguiente víctima—. Tú, cara orinal, cómo hacen las vacas.

El aludido satisfizo a Cambados con una animosa representación de un mugido. El Cabo Mayor, más contento, trató de que le complacieran todos a coro.

—Acompañarle, vamos, ahora, como una piara de puercos.

Unos con timidez y otros con brío se convirtieron en animales de granja. El militar centraba su atención en Pelayo Cabrera, que permanecía erguido. Pero no todos los reclutas estaban dispuestos a ser tan sumisos. Samuel, que se hallaba en las filas traseras, desde donde podía ver toda la formación, siguió los pasos de su compañero, se incorporó y miró con sesgo el comportamiento de Cambados. El mando no tardó en anclarse ante él. Su cara dura como una roca rebosaba ira.

—¡Tú quién coño eres! —le gritó proyectándole partículas de saliva.

Samuel exteriormente luchó por parecer sereno en la posición de firmes, por dentro los nervios le proporcionaron un impulso que tuvo que retener.

—Samuel Fernández Pérez, mi mayor.

Estimó que ese exaltado podría hacerle lo que se le antojase, no obstante, Cambados, boquiabierto, echó un vistazo a su alrededor.

—¡Joder! —espetó con ímpetu.

Se colocó delante del pelotón y lo contempló con una intensa y lunática mirada.

—Si hay alguien que quiera sufrir que se levante como estas seis mierdas, de lo contrario a balar.

Otros cuatro chavales se habían unido a la locura de Cabrera y Samuel. Tras las últimas advertencias otros dos se incorporaron físicamente y a la causa. A la causa de impedir que les sometieran con avasallamiento. En total eran ocho, al mismo tiempo, los restantes setenta y dos, arrodillados, balaban, mugían y hozaban; imitaban ovejas, vacas y cerdos. Los rebeldes se miraron unos a otros. Samuel creyó que el joven militar profesional les consideraría las ovejas negras de su particular rebaño. Aun desconociendo cuál sería el castigo que les impondría, calculó que se sentiría muy orgulloso por conservar la dignidad.

Comenzó a llover con ligereza, finas gotas, después una llovizna persistente. Cambados avanzó unos pasos en mitad de la cortina de agua, juzgaron que cesaría con el correctivo. Ordenó a los transformados en animales de granja que formasen. Especificó que sólo debían hacerlo ellos, por lo tanto, los otros ocho continuaron erguidos e inmóviles. Cuando formaron tal y como les habían aleccionado, en cuatro grupos, por estaturas y alfabéticamente, les mandó lo mismo a los subordinados, pero apartados de los otros. La lluvia caía con intensidad. A escasos centímetros de los ocho desveló su plan.

—¡Hoy empezaremos con ejercicio físico, vosotros seréis los primeros! —De seguido se giró hacia el conjunto más numeroso—. ¡Ustedes pueden romper filas y permanecer dentro de la Compañía! —dijo alzando la voz, le obligó el ruido que desataba la lluvia al golpear con la piedra.

Las otras formaciones salieron en desbandada a la vez que Cambados exigía a los ocho que hicieran flexiones, él marcaba la cadencia, se calaba con ellos.

—¡Un, os, es, ato! ¡Un, os, es, ato! El que se retrase obtendrá un castigo.

Empapados, hicieron flexiones durante quince o veinte minutos a un ritmo exagerado que no pudieron seguir. Cuando los músculos doloridos no aguantaban, se apoyaban mínimamente en las losetas de piedra mojada, eso el que tenía suerte, los menos afortunados se machacaban sobre charcos. Si el Cabo Mayor los veía reposar les pisaba los dedos, les insultaba, les

adjudicaba motes y les denominaba como maricones, nenazas y medio hombres. En el transcurso de la tortura Samuel apreció que nunca terminaría.

A través del repiquetear del aguacero se distinguieron otros gritos, a cada segundo más claros. Al poco, Samuel, desde su perspectiva a ras de suelo, vislumbró otras botas, al levantar la mirada descubrió un pantalón mimetizado, luego una chaqueta, ésta con las mangas cuatro dedos por encima de los codos, y, por último, otra gorra con el escudo de Infantería de Marina en el frontal.

Era la segunda vez que veía a aquel individuo que abroncaba a Cambados, que en posición de firmes aguantaba la riña y daba explicaciones. Su salvador les había acogido la mañana que ingresaron en el cuartel, según los sargentos pasaban lista, él hacía bromas con los apellidos o lugares de procedencia. El alférez Lago, bajo un torrencial de agua, le arrojó una orden al Cabo Mayor, éste se la transmitió a los ocho vejados, que se incorporaron y se irguieron con respeto. El oficial los inspeccionó uno a uno, se detuvo ante ellos a pesar de la cortina de agua, lanzándoles miradas de homenaje. Tras proporcionarle otra orden a Cambados, se marchó con paso raudo, tal y como se había presentado.

—Ya han oído al Alférez, rompan filas —estableció Cambados con la voz queda.

Estaban extenuados y calados, pero cuando los ocho entraron en la Compañía, se felicitaron como si guardasen un vínculo desde la infancia. Samuel no había hablado con ninguno desde el inicio de la mili, pero el vivir aquella experiencia le unió más a esos muchachos que a los amigos que había dejado en el pueblo, al menos durante unas semanas.

24

Los corderos valientes

Samuel me narró el desenlace con orgullo, como el abuelo que les recita a sus nietos sus andanzas de juventud, fue la parte que más pareció complacerle. Volvió al presente, había recogido en la palma la inconsistente ceniza del cigarrillo sin boquilla. Buscó desde su posición con nerviosismo. Se levantó a por la papelera ubicada junto al escritorio cuando decidió que ejercería de cenicero. Se deshizo de los restos y adoptó una petulante mueca.

—¿Dudas?

—Sí, claro —dije un poco perdido.

—Empiece.

Lio otro cigarrillo, aplicó una anormal delicadeza a cada paso, era meticuloso y se deleitó con el resultado. En menos de un minuto fabricó un cilindro perfecto de papel relleno de hebras de tabaco. Conjeturé sobre si estaría más enganchado a las sustancias adictivas que contenía o al ritual de su elaboración.

—Quiero entender que, además de Cabrera y usted, ese grupo de ocho estaba formado por soldados que ahora están asesinando, ¿es lo que insinúa?

—No se entera, eso estaba claro —soltó, se encendió el pitillo, exhaló una calada y enunció cinco nombres asimilados de sobra por mí—. Cabrera, Lluch, Santos, Mosquera y Villanueva.

—¿Jorge Villanueva? —pregunté, casé a nuestro entrevistado en Ciudad Real con una de sus embelesadoras cazuelas de barro colmadas de carne dorada y crujiente—. ¿Y usted y los otros dos de la historia?

Torció el morro y retornó su mirada trastornada.

—Los otros dos no quisieron saber nada, a mí me excluyeron.

—No comprendo, ¿de dónde?

Combinaba un estado de cordura con otro de enajenación, una estrecha línea los separaba. La influencia del segundo sobre el primero era clara, pero no era un esquizofrénico, o al menos esa impresión me dio, en mi opinión era un hombre sucumbido por las vivencias en el ejército.

—De los... Corderos Valientes.

Centró su atención detrás de mí, en las cortinas. Me volví por si había algo merecedor de semejante admiración aun sabiendo que su actitud era producto de los recuerdos. Regresé a la postura anterior, Samuel fumaba con la vista en el parque. Mientras duró su ensimismamiento me cuestioné si el abordaje de mi sueño y la historia relatada se deberían a una broma, la imagen de mi pecho del Pato Lucas y del Diablo de Tasmania no me ayudó.

—Señor Fernández, los nombres que ha mencionado son los de los tres asesinados, ¿sugiere que Mosquera y Villanueva correrán su misma suerte?

—Quién eres tú, qué clase de detective eres, dices obviedades. No eres profesional, tienes que hacer las preguntas adecuadas, le quitas emoción.

Fue la primera vez que dejó a un lado el trato de usted, cuando comprendió que se había equivocado con mi profesión.

—Disculpe, ya le había dicho en qué me empleaba.

—Aunque fueses periodista deberías mostrar empeño, ir al asunto, concretar.

Temí otra vez por mi integridad física a causa de su irritación. Localicé el bolso de viaje al otro lado de la cama, donde guardaba la falsa identificación policial. Se me ocurrió utilizarla y me incorporé.

—Un momento, ahora vuelvo.

—No se enfade, no se enfade, me da igual a qué se dedique. Yo le cuento, usted sólo escuche.

La sonrisa reapareció en su pícaro rostro junto con las formas educadas, la serenidad y la disposición por desvelar sus secretos. Deshice el movimiento y me acomodé en la butaca, de todas maneras, tampoco habría creído que era policía.

—Está bien, adelante.

Sentía curiosidad, tal vez obtuviese un modo de ayudar a Biel.

—Yo no soy nadie, quiero decir que si digo que Jorge Villanueva y Cristóbal Mosquera son los próximos objetivos es por lo que he deducido, sabrá que Mosquera también ha desaparecido.

—Lo he oído de pasada en la radio. Pero siga, por favor, es tarde, he de viajar y me gustaría descansar.

Se estaba volviendo a marchar, no físicamente, pero si mentalmente. Sus pupilas se asemejaban a dos diminutas ventanas iluminadas, tras ellas se escondía un mundo que en el pasado le había marcado de por vida. Espació las caladas según traía a la memoria las evocaciones.

En el Tercio del Norte, los reemplazos de los más veteranos les comenzaron a llamar los Corderos Valientes. Una semana antes del Juramento a la Bandera, efectuaron una serie de test, siempre aislados y en solitario, en repetidas ocasiones y liberados de las tareas de recluta. También fueron inquiridos por tres militares con batas blancas que ahondaron en sus infancias, familias y propósitos para la vida.

Tras esto, el alférez Lago los agrupó, pero prescindió de Samuel. Un día antes de la jura, en otra convocatoria, invitó a Cabrera, Lluch, Santos, Mosquera y Villanueva. Cuando Samuel preguntó a los dos restantes por la reunión en la que habían participado, adujeron que ellos estaban allí de paso, que no querían emprender carrera militar cuando terminasen con su obligación, a estos les asignaron servicios y cocina. Samuel sí tenía intención de reengancharse, no obstante, prefirió no indagar más y seguir el procedimiento.

Hubo un nuevo episodio unas semanas después. Parte del cuartel de Nuestra Señora de los Dolores se adiestró en unas maniobras durante unos días en un monte de una provincia cercana. Samuel asistió en calidad de Policía Naval, su destino. Por el día desarrollaba las enseñanzas y las instrucciones requeridas, por la noche cumplía labores de imaginaria sobre la tropa. Al ser de los nuevos le asignaron el peor turno de guardia, de madrugada.

Era noviembre y cuando la oscuridad envolvía la vegetación a floraba con más insistencia el frío y la humedad. Protegido convenientemente del clima y pertrechado con el equipo apropiado, realizaba rondas en torno al ruinoso cobertizo donde descansaban las huestes. No estaba solo, otro centinela velaba por otra zona. De suceder alguna novedad debían acudir a la tienda de campaña del cabo primero de guardia.

Fusil de asalto en mano paseaba por las inmediaciones iluminadas por focos que pendían de vigas de metal oxidadas, poseía una linterna por si las circunstancias le forzaban a salirse del perímetro de vigilancia. Hecho que ocurrió cuando entre el vaho que fluía de su boca, a una distancia considerable del campamento, reparó en un par de haces de luz.

Avisó al otro vigía para que preservase su puesto y acrecentó el paso en dirección a los centelleos. Se detuvo cuando vislumbró a siete individuos vestidos con el uniforme mimetizado igual que el suyo. El resto de la equipación era de otras características, más moderna, fusil incluido. Se ocultó tras unos matorrales y advirtió que dos de los siete militares, nunca

vistos antes por él, transmitían indicaciones a los otros cinco. Resolvió que se ejercitaban para moverse en la noche sin ser oídos. Los instructores portaban las linternas, además de un arma corta en la cartuchera de la cintura. Los demás cargaban con mochilas sujetas a la espalda, disfrazadas con ramas y vegetación. La forma redondeada de sus cabezas estaba deformada por prendas de tejido adaptable. Sus rostros ennegrecidos con esmero les otorgaban un camuflaje digno de una operación secreta. No fue óbice para distinguir a Pelayo Cabrera, el muchacho que inició la rebeldía en el incidente con Cambados. Samuel, atraído por la intriga, se quiso situar más cerca para comprobar lo que sospechaba, que el resto eran los compañeros que se habían sublevado contra el Cabo Mayor, y así fue como le pareció diferenciar a Herminio Santos, pero se tuvo que agazapar cuando los instructores apreciaron su movimiento. Segundos de expectación después, los siete continuaron con las maniobras y él resopló aliviado.

Informó al cabo primero de guardia, pero éste arguyó que le habían comunicado que parte de la Compañía de militares profesionales habían programado unos ejercicios antes del alba. A partir de entonces, Samuel se olvidó de lo acontecido, pese a que Cabrera y Santos, soldados de reemplazo como él, fuesen dos de los que integraban el grupo.

Se centró en aprender y en las gestiones que debía formalizar para alistarse pasado el periodo de mili. A su hermano fue al único al que le comentó los exámenes y las pruebas que le habían practicado. A las pocas semanas, se enteró de que a Cabrera, Santos, Lluch, Mosquera y Villanueva les habían castigado por cometer un acto de desobediencia. Los trasladaron de Compañía y los enviaron a una comandancia de una localidad de la costa vasca colindante con la frontera francesa. Completó los dieciocho meses de servicio militar como uno más y se enroló en la Armada.

Apenas se había consumido el cigarrillo, absorto, había permitido que se le apagase. Cuando sus ojos recobraron el tono de la realidad, lo prendió y aspiró como si fuese natural, como si tragar humo fuese tan necesario como respirar oxígeno. Al bajar la mirada me obsequió con una mueca de desprecio.

—¿Qué le parece? —preguntó.

—Pues... interesante y misterioso, pero no me aclara gran cosa.

—Madre mía, creo que se lo voy a tener que poner en bandeja de plata. Dudo que su quehacer diario le exija demasiado a su mollera, no le veo muy

ducho.

—¿Le importa que me cubra?

Preferí afrontar lo que me tuviese que confesar vestido, mi atuendo me creaba inseguridad. Sin despojarme del pijama me arrojé con el pantalón vaquero y el jersey de lana, además de los zapatos. Para cuando volví a la butaca, Samuel terminaba la creación de otro de sus cilindros humeantes.

—No tengo mucho más que contarle, hipótesis mías que me han surgido en estos días, tras las ejecuciones.

—No demoremos más el asunto, tendrá cosas que hacer en la granja.

—Qué va, deambulo por allí y cuando me apetece colaboro. Si he venido tan tarde es porque a las seis sale mi novia de trabajar del club de alterne El Escándalo, le voy a hacer una visita.

—Sí, claro —diseñé de lo que insinuaba.

—Al grano. —Se colocó el pitillo entre la cabeza y la oreja y se frotó las palmas con mucha rapidez—. A lo largo de mi carrera como militar, en los cuarteles a los que pertencí, en los distintos destinos, incluso cuando estuve en el Golfo, siempre se rumoreaba que, para las operaciones en cubierta, las no oficiales, se utilizaban grupos externos, me entiende. —Hizo una pausa—. No, no me entiende. Veamos, las operaciones que eran... digamos inmorales, o siquiera bien vistas por otros estamentos nacionales, y también extranjeros, se las encomendaban a mercenarios, ¿estamos? Sin embargo, tanto soldados rasos como oficiales de alto rango aseguraban que, si bien eran mercenarios, lo eran entrenados por nuestro país y dedicados en exclusiva a nuestro beneficio. Una especie de comandos furtivos del que muy poca gente tenía o tiene noción.

Me sobrevino una idea, luego interpreté que era lo que Samuel quería que comprendiese. Sus cinco compañeros habían sido entrenados con este objetivo, como en su día dedujeron Biel y Carla, mercenarios excepcionalmente pagados que habían construido sus empresas con el dinero embolsado.

—Pero ¿cómo sabe que Santos y sus camaradas figuraban en uno de estos equipos?

—Muy bien, ya era hora de que espabilase. —Aplaudió dos veces con rechocineo—. Equipos no, unidades. Conducidas por quién sabe, al servicio de, supuestamente, alguien que vela por nuestra amada nación. Pero no lo sé con certeza, antes le he dicho que me basaba en suposiciones. Aunque todo encajaría.

—Y en teoría ahora les estarían matando para silenciarles.

—No, no lo creo, si así fuese créame que no nos hubiésemos enterado.

—¿Cómo está tan seguro?, ¿qué otro fundamento puede haber?

—Lo estoy porque yo mismo, en un ejército legal como el nuestro, he participado en acciones de las que el ciudadano no está al corriente y es posible que no lo esté jamás, operaciones que no cuadraba airear por el bien de España y de los políticos de turno. He hecho cosas más destacadas de las que se piensa, señor periodista sicario —se enorgulleció y me menospreció a la vez que esbozaba su bellaca sonrisa—. El motivo de sus asesinatos puede ser cualquiera; un ajuste de cuentas o una venganza. Imagínese, tras años de perpetrar operaciones los enemigos y los intereses encontrados pueden ser múltiples. A los que han maquinado su eliminación les chupa un huevo que se descubra, puede que hasta deseen que salga a la luz la actividad pasada de estos hombres. —De repente, sus pupilas se elevaron y su juicio se fue por unos instantes—. Son tantos los actos atroces y despiadados que se pueden percibir en este mundo, que si los supiésemos a ciencia cierta, aborreceríamos de la condición humana...

—Señor Fernández —elevé la voz dentro de un límite aceptable para que cesase de divagar—. ¿Por qué me cuenta a mí todo esto y no lo hace con la autoridad que lo pueda esclarecer?

—Es una buena razón si le digo que estoy loco, o que eso es lo que dicen. Usted me descoloca en la profesión que desempeña y no sé cuál es su interés por Santos, lo que sí sé es que no es mala persona... Si pudiese evitar a esas ratas hipócritas para el resto de mi vida... —murmuró para terminar el comentario y desvió la mirada.

A pesar del temperamento variable y de la petulancia jactanciosa de la que hacía alarde, vi en él a un ser sensible, un alma sufridora que sobrellevaba a duras penas el que le hubiesen expulsado del ejército. Le habían privado de su vida y de su pasión, además, le habían acusado de estar trastornado, arrastraba esta situación en su estado de civil durante muchos años.

Se incorporó con brío y extrajo una bolsa de plástico del bolsillo. Depositó sobre la cama el cigarrillo que reservaba y se abrió la cremallera de la sudadera.

—¿Le molestaría que me adecentase un poco?, por no presentarme ante mi pareja con estas pintas.

—No, no, adelante.

Se despojó de la parte de arriba y exhibió un jersey de rombos verdes y rojos. Luego hizo lo propio con la parte baja, mostró un pantalón de pinza marrón. Junto con los zapatos negros que calzaba su aspecto era totalmente contrario. Embutió el chándal en la bolsa y la cerró con un nudo, la dejó a la vera del cigarrillo.

—Me lavo la cara y me evaporo, ¿de acuerdo? —me consultó por si me oponía, intuí que sin mi consentimiento también se hubiese aseado.

A los cinco minutos, en su rostro no había ni rastro de pintura negra. Su cabello repeinado le proporcionaba una fachada de chico bueno.

—Supongo que esto es todo —dije, abrí los brazos sin saber qué decir.

—Le voy a hacer otro regalo —orgulloso, me miró altivo—. En mi último año en el ejército, en la celebración del desfile de las Fuerzas Armadas en Madrid, me tropecé con Cambados vestido de civil. Resultó que había abandonado el ejército para crear una empresa de seguridad en la capital, en la que también ofrecía servicios de escolta, de hecho, él era la sombra de un alto cargo político. Puede que sepa más de lo que yo le he contado, en la mili, como recluta y como soldado raso me enteré de bastante, él era cabo mayor por entonces, apuesto a que en el Tercio no era el único que me olía algo a este respecto. El nombre de su empresa llevaba su apellido, le será fácil localizarle.

—Gracias, dudo que contacte con ese caballero, es innecesario para la biografía.

—Ya, ya. Utilice lo que le he desvelado como crea más conveniente. Si en verdad es periodista se va a liar una buena, y si no lo es, que le sirva para sus propósitos. Otro apunte, en los doce años que le entregué al ejército husmeé sobre los Corderos Valientes, en ningún cuartel ni ningún militar con los que me topé conocía a ninguno de los cinco. En el supuesto caso de que no fuesen mercenarios y se hubiesen reenganchado tras la mili como hice yo, alguien los conocería, le aseguro que nuestro país no es tan grande para que se dé semejante casualidad, en todos los lugares en los que serví siempre había quien sabía de compañeros con los que había coincidido. ¿Qué me dice?

No lo hice con mala fe, me vino de súbito a la mente y ni siquiera lo mastiqué antes de soltarlo. Si hubiese sabido la reacción que desencadené me habría callado después de agradecerle la visita.

—Le doy las gracias por todo, señor Fernández. En lo concerniente a este comentario opino que es muy valiente, lo digo porque a alguien podría

haberle molestado sus indagaciones sobre una unidad de mercenarios y tomar represalias contra usted...

Tan pronto como salió esto de mi boca, sus ojos relucientes y la línea curvada de sus labios se transformaron en una triste expresión, la mueca de satisfacción que poseía se apagó. Me dio la sensación de que había accionado una palanquita en algún mecanismo de su interior, como si jamás se hubiese planteado por qué comenzaron en el ejército a tacharle de desequilibrado. Nunca había relacionado a los Corderos Valientes con su exclusión. Presenció el momento exacto en el que se percató de ello, me dio mucha pena.

Se volvió hacia la puerta y susurró un «de nada». Los movimientos los realizaba por instinto. Dio cortos pasos, no supe cómo actuar. En la cama olvidaba la bolsa con el chándal dentro, la agarré y se la llevé.

—Samuel, Samuel, tome, coja la bolsa.

Se la tuve que enganchar entre los dedos. Abrí la puerta y le intenté animar dándole palmadas en el hombro. Según salió al pasillo, me miró directo a los ojos, los suyos eran pozos sin fondo.

—Al final, las gracias se las tengo que dar yo a usted, adiós, señor García.

En su despedida fue la única vez que me trató por mi nombre, con el nombre que había escogido para mi estancia en Asturias. Se fue muy despacio por el largo pasillo alfombrado hasta que desapareció por las escaleras que conectaban con la recepción. Retorné al interior con la desagradable sensación que se le incrusta a uno en la conciencia de haber perjudicado a otra persona, aun obrando con involuntariedad me sentí desolado.

Sobre la colcha estaba el cigarrillo casero, aunque no tuviese conexión aparente, reflexioné sobre la psique; concluí que tal vez le hubiese ayudado a superar su expulsión del ejército al ser la mente uno de los misterios más impredecibles.

El sonido de la muerte

Mientras esperaba a que llegase la hora para que el tren partiese hacia Madrid, el escaso reposo nocturno comenzó a restarme capacidad para mantenerme despierto. Me hallaba en la bancada doble de madera situada en el andén central de la estación de tren de Oviedo, entre vías. Alrededor, desperdigados, los usuarios paseaban o aguantaban de pie.

El techo de la calle permanecía gris desde el amanecer, nada que ver con el azulado de la jornada anterior. Las nubes se apelotonaban, se confundían unas con otras en una masa que presagiaba precipitaciones. Se me cerraron los ojos en un par de ocasiones en las que dormité. Cuando mi mirada no se nublaba se disipaba en el acero de los raíles y en las traviesas de cemento, procuraba no aletargarme.

Recapitulé lo confesado por el extravagante individuo que me había abordado en la habitación del hotel, lo que provocó que iniciase una meditación. Tanto Biel como yo nos habíamos asomado tras la cortina, descubriendo un universo oscuro del que el ciudadano común percibe su existencia, pero al que pocas veces asiste en primera persona. En este lado reservado para una minoría, se ponen en juego decisiones fundamentales para una sociedad global, sobre todo en el ámbito de la seguridad. Lo que se decreta en un extremo afecta en el otro, los variados intereses políticos y económicos se enfrentan muchas veces al margen de las auténticas necesidades de la mayoría de la población. Un universo de espías, agentes, escuchas telefónicas, grabaciones, manipulación de masas, servicios secretos, mafias, armas, operaciones en cubierta, atentados, falsos atentados, conflictos bélicos, guerras sucias, guerras frías, guerras de las que no interesa informar; un batiburrillo en el que realmente se libra la subsistencia del planeta. Una imperecedera partida de ajedrez donde las consecuencias son pagadas con frecuencia por los más inocentes, el resto de los mortales. En el trayecto de Tapia a Oviedo lo estuve masticando, e igualmente lo hacía en ese instante, hasta que Morfeo me arrojó sus redes somnolientas.

Un hecho insólito me despabiló con la misma brusquedad que una

pesadilla claustrofóbica. En un principio me desconcerté porque no supe si la voz pertenecía a la realidad o al mundo onírico, pero cuando mis costillas recibieron una acometida con un objeto duro, cualquier atisbo de amodorramiento se desvaneció.

—¿Ha terminado la cuna? Te vamos a dejar seco como no cantes, pequeñín.

A mi vera, muy arrimado, el inspector Carcelén, sonriente y con ceño siniestro, me empotraba un metal a la altura del riñón que no digerí de qué se trataba hasta segundos después. Pero la pregunta y posterior amenaza provenían de detrás de mí, del banco unido al mío que miraba hacia las vías tres y cuatro. Giré un poco más el cuello, enfoqué las arrugas de pata de gallo junto a las cavidades oculares de Matute, luego reparé en el prominente bigote. Se habían sentado aprovechando mi adormecimiento.

Lo había visto en películas y leído en novelas en innumerables ocasiones, pero no tenía comparación, hasta que no lo experimenté no concebí ni por asomo lo que significa ser encañonado con un arma de fuego. ¿De qué derecho se creían que gozaban para perpetrar una maniobra que podría crear en mi mente un estado de pánico hasta colapsarla?

Por suerte para mi salud psíquica, tras la sensación terrorífica, sólo me paralicé. Una corriente gélida me recorrió las venas. Aun corriendo el mayor peligro al que me había enfrentado fui incapaz de reaccionar. No se me ocurrió darle un codazo a Carcelén en los morros para arrebatarse el arma, ni un puñetazo a Matute bajo el tabique nasal para dejarle fuera de combate y así comportarme como un James Bond cualquiera. Nada de eso, me acobardé. Debo decir que no disponía de sofisticados artefactos de defensa con apariencia de bolígrafo como los utilizados por el agente secreto de ficción. A quién voy a engañar, era un empleado de librería, un trabajador corriente, ni con un chicle explosivo o unas gafas que proyectasen rayos laser hubiese cambiado el resultado. Por lo tanto, tras la fase de agarrotamiento de mis músculos, fue el turno del tembleque y de los sudores fríos, y poco después de los ruegos y el tartamudeo.

—Le-le-les pi-pi-pido que no me-me maten, no sé nada, no pueden hacerlo, son po-po-policías.

—Le oyes, Valentín, que no podemos hacerlo, dice. Tú y tu colega sí que podéis meter el hocico donde no os incumbe, no te jode —me asestó Matute.

La última frase me la susurró al oído con ira, hasta noté el roce de su pelo facial en mi oreja.

—Por favor, tengo familia, mu-mu-mucha familia...

—Nosotros también, luego nos enseñamos las fotos. Ahora coges el bolso y te levantas, vamos a dar un paseo aquí cerca. Esto es así, tú solo te has pringado, ahora eres como nosotros, ni más ni menos —dijo Matute.

A pesar de las palpitaciones nerviosas, mis piernas lograron levantar mis setenta y tres kilos, las sentía tan ligeras que se movían solas. En realidad, Carcelén me manejaba sin esfuerzo, me trasladaba por donde él quería. Aprecié el peso del bolso de viaje menor que un rato antes cuando llegué a la estación. Mis pies no sentían la rigidez del suelo, si no fuese porque me veía caminar juraría que no tenía piernas. Fue una impresión extraña, producto de la excitación y del curso por el que tenía visos de orientarse la situación.

Atravesamos las vías por el pasadizo subterráneo y ascendimos por las escaleras al andén principal. Accedimos al interior de la estación, avanzábamos rápido. Carcelén me sujetaba del bíceps y me presionaba en el costado con el arma, Matute iba por delante, elegía la zona con menor afluencia. Los más curiosos se sorprendían al vernos tan juntos, pero el inspector guía pronto les espantaba arrojando muecas persuasivas.

De este modo cruzamos hasta la puerta automática de cristal. Matute le anunció a su compinche que iba a por el coche. En todo ese periodo, desde que me secuestraron, me comporté sumisamente, intimidado por el miedo. Cuando el que mandaba se marchó con urgencia, fue cuando comprendí que me iban a liquidar. No fue lo único que afloró en mi intelecto, a la vez explotó una idea. Era la primera resistencia que mostraba en cuanto a las maquinaciones de esos, a todas luces, policías corruptos.

Carcelén me obligó a apoyarme contra la fachada, seguía sin despegarse de mí y sin aflojar la presión que ejercía con el cañón de la pistola, esta vez sobre mi abdomen. Centré la vista en su camisa de cuadros marrones y azules abrochada hasta el cuello, un lamparón de grasa entre el tercer y el cuarto botón la adornaba. También vestía con una cazadora de piel negra con la cremallera abierta. Era alto, metro noventa, se le acentuaban las carnosas mejillas que le colgaban al igual que la papada, se peinaba con raya a la derecha y flequillo. Se vislumbraba que unos años antes había sido atractivo, pero con el paso del tiempo y de una vida insana, había adquirido sobrepeso y flaccidez en las carnes. No se manifestaba inquieto, pero actuaba desconfiado con el entorno. Mostraba una seguridad absoluta de control en lo relativo a mi conducta, como si diese por hecho que no menearía un dedo por liberarme. Y así sería, porque mi plan más bien implicaba mover la lengua.

Los alrededores, aparte de las dos carreteras paralelas que en ambas direcciones recorrían la avenida y de las rotondas ajardinadas, contenían vehículos en movimiento y estacionados, además de peatones que se dirigían a sus quehaceres matutinos o que entraban o salían de la estación. Por desgracia, a ninguno le importaba lo que dos varones hacían parcialmente ocultos por la abrupta fachada. Otra opción hubiese sido un agente de policía o similar. Dentro de la estación, durante el traslado, había visto entre las hileras de pasajeros de las taquillas a un vigilante privado, de traje marrón, fornido y armado con esposas y porra. Sería el asidero al que tendría que agarrarme si lograba zafarme de mi carcelero. De momento, había ingeniado en un bosquejo mental un recurso a la desesperada.

—Pobre Blanca, se va a llevar un disgusto morrocotudo —dije desalentado.

—No cantes, canijo.

—¿Acaso le da igual lo que pueda pensar Blanca cuando se entere de lo que ha hecho con su primo?

—Quién es Blanca, te puedo agujerear si me sale de los huevos. Explícate, pero que no se te ocurra ir de listo.

—Lo siento, yo..., bueno, ella me dijo que usted le atraía, y que a usted le atraía ella... No sé, le tiene por un buen policía, pero...

—Serás gilipollas, qué coño dices, qué Blanca.

—Pedraza. Como sabe trabajo cerca de su comisaría, a menudo me cito en ella con mi prima para ir a comer.

El desconcierto en Valentín Carcelén me hubiese divertido si el contexto en el que se desarrollaba no fuese de extrema gravedad. Aflojó la presión contra mi tripa y entornó los ojos.

—¿Blanquita es tu prima? ¿Te ha hablado de mí?

—¿Si me ha hablado?, cada vez que nos vemos. Verá, desde chiquillos hemos estado muy unidos y nos contamos al detalle lo que acontece en nuestras vidas. Solemos comer en el restaurante que hay enfrente de la jefatura, junto a la cristalera. Si nos sentamos siempre allí es porque desde esa posición ve cuando sale usted para que le dé mi opinión, ya sabe cómo son las mujeres.

—Cómo sé que dices la verdad.

Según se pronunció volvió a afianzar la pistola sobre mi ombligo.

—¿Cómo iba a saber quién es Blanca y que ella sospecha que a usted le interesa?

Era mi única baza, imaginaba que si habían dado conmigo era porque me habían vigilado. Tras mis embustes sólo me quedaba rezar para que no estuviesen al tanto de mi verdadera relación con Blanca o con Carla.

—Esto no te favorece, *mediometro*, con más razón te vamos a despachar, Blanquita no se puede enterar.

—Me-me van a ma-matar, pero de verdad van a-a-a hacerlo...

Me quitó las ganas de intentarlo, me debilité y me aterroricé porque estaba seguro de que me asesinarían. Me angustié tanto que sacudí la espalda contra la pared, me amenazó al oído para que no llamase la atención. Terminó por cogermme del pescuezo y empujarme contra el ángulo que creaba uno de los arcos decorativos de granito. Me ocultó de la vista de posibles ciudadanos que se pudiesen preocupar por otro semejante. Me aseguró que no le costaría nada descerrajarme un tiro allí mismo, que se escudaría en su placa y en el revólver que me colocaría en la mano una vez me hubiese matado. Declararía que lo había hecho en defensa propia y que todo el mundo le creería porque yo era el socio del enemigo público número uno. También me comunicó que había salido indemne de entuertos más complicados.

El anillo de su dedo anular me sugirió otra sutileza.

—Podemos... llegar a un... acuerdo —musité entre respiraciones entrecortadas a causa del maltrato y del estrangulamiento que me aplicaba.

—Qué me puedes ofrecer tú, primo.

—Ella, Blanca... —murmuré, cuando escuchó el nombre mágico cedió levemente para que pudiese expresarme—. Tiene dudas porque usted está casado, pero si me deja libre le juro que la convenceré, sé cómo hacerlo.

—Maldita sea, qué propones, a mi compañero le importará una mierda este pacto.

—Déjeme marchar, dígame que unos agentes municipales han sospechado.

—No se lo creerá, no es gilipollas, siempre puedo utilizar mi graduación si expongo que es un asunto policial. De todas formas, cómo sé que cumplirás con tu parte, o que no me denunciarás.

—Sabe quién soy y dónde trabajo, venga, Valentín...

Volvió a estrujarme el cuello y me descargó con violencia contra la fachada, me enseñó unos dientes amarillentos.

—¡No te refieras a mí, no sabes quién soy! —exclamó, disminuyó la fuerza y se asomó a la avenida sin soltarme la garganta—. Todavía tardará un rato, vamos a los aseos de la estación, tenemos que hablar, pero sin

chorradas, te aviso.

La noticia fue como un claro en mitad de la tormenta, una ventana de esperanza por la que vi un resquicio de escapatoria. Agarré el bolso y de igual modo que nos habíamos trasladado anteriormente me condujo al interior, hacia la cafetería. Los servicios se emplazaban en la esquina contraria, pero yo no mandaba, no creí que me quisiera invitar a almorzar, así que auguré una artimaña.

En esta ocasión muchas más personas clavaron su atención en nosotros, tal vez porque Matute no andaba por delante haciendo de pantalla. Carcelén advirtió la novedad, tras susurrarme al oído que no me hiciera el listillo me libró de la sujeción y se guardó el arma automática. Esquivamos a un grupo de jóvenes que cargaban con mochilas y a tres muchachos de raza negra que portaban bolsas de plástico repletas de ropa.

La estancia con forma rectangular habilitaba seis puntos donde adquirir los billetes, se ubicaban en uno de los fondos. Junto a ellos estaba la puerta abatible que escondían los aseos. Nosotros nos dirigíamos hacia el lado opuesto, entre medias había treinta metros de asientos, todos conquistados, pantallas para visionar los horarios de los trenes y usuarios que formaban hileras o rondaban por la sala.

Esta vez la búsqueda visual que realicé fue insuficiente para localizar al empleado de seguridad. La megafonía difundió que mi tren partiría en breves instantes. Si la negociación se desarrollaba satisfactoriamente, la peor adversidad que tendría que afrontar sería buscarme otro medio para regresar a Madrid.

Esquivando a viajeros ajetreados por no perder el tren nos presentamos ante la entrada del establecimiento donde resaltaba el aroma a café. Nos detuvimos en seco y me informó de sus intenciones.

—Los váteres de la estación estarán repletos, el de este local será pequeño y con suerte no coincidiremos con nadie. Venga, para adentro.

De las cuatro mesas del bar, contiguas a la cristalera que se asomaba a los andenes, sólo estaba ocupada una, y era por una pareja de edad avanzada. Fuera de la barra, vestidas idénticamente, consumían dos chicas, supuse que eran dependientas de una tienda o centro comercial cercano. No había camareros, por lo menos visibles. Las únicas puertas que se distinguían se hallaban al fondo, así que presumí que ése sería nuestro destino.

Era un mal lugar para huir, no había quien me pudiese auxiliar. No di más que unos pocos pasos antes de que su mano cayese sobre mi hombro, se

convirtió en una garra que me forzó a volverme. Su rostro, suspicaz y temeroso, proyectaba fatalidad.

—Qué... pasa —balbuceé con timidez.

—Un momento, eres mayor que ella, has dicho que desde niños habéis estado muy unidos, cuando era una niña tú eras un pajero lleno de granos. ¿Me has mentido?

Se manifestó al mismo tiempo que dejaba abierta una vía de incertidumbre, por si olvidaba una explicación obvia a la que todavía no había llegado. Una vez más no supe reaccionar. Me quedé perplejo, como la liebre que es sorprendida en la oscuridad del campo por el haz de la linterna. Logré mascullar un «verás» antes de que su rostro se convirtiera en una olla exprés a punto de reventar. No hizo falta que tradujese sus pensamientos, la ira que desbordaban sus ojos me reveló sus intenciones, no sólo me iba a matar, sino que durante el crimen iba a padecer su crueldad.

Volvimos a la posición inicial, me orientaba con una fuerte presión de una de sus zarpas en mi antebrazo. Se mostró con más brusquedad que hasta entonces, también me profirió lindezas del tipo: «Voy a mearme en tu boca de entrometido y te voy a abrir la cabeza en canal». Sortearles ya no era una cuestión de atreverse o no, de decidirse o no, se había convertido en una obligación, si salía de la estación y me subía en su coche podía darme por muerto.

No soy capaz de describir qué atravesó por mi mente milésimas antes de actuar. Si tendría que testificar ante un juez de dónde surgió la idea, me acusaría de desacato por creer que le toreaba; mi subconsciente elaboró una acción de fuga sin contar conmigo, y digo esto porque el principal sorprendido fui yo. Cuando nos dirigíamos de nuevo hacia la puerta automática, a medio camino, donde la acumulación de gente era insoportable, mi brazo no cautivo se impulsó como un resorte de abajo hacia arriba con el bolso de viaje en el extremo. Al alcanzar el bolso el punto más alto, salió despedido sobre nuestras testas y las de los presentes, para caer a plomo sobre el suelo a la vez que mi boca se abría y exclamaba tres veces la misma expresión:

—¡¡¡Una bomba!!!, ¡¡¡una bomba!!!, ¡¡¡una bomba!!!

La dispersión en torno a mi equipaje se produjo *ipso facto*, la multitud corrió instigada por el pánico, se chocó, se cayó, se pisó, se empujó. El bolso permaneció plantado en el suelo y a su alrededor desapareció toda alma.

Aproveché el caos para escapar, el derribo de mi secuestrador originado

por el encontronazo con un caballero trajeado me lo facilitó. En este punto cometí un error al embalarme en dirección a la calle, error que subsané cuando vi a Matute a través de la puerta corredera de cristal. Se acercaba malhumorado, apartó con rabia a varios integrantes de la estampida que le bloqueaban el paso y se echó la mano al interior de la chaqueta vaquera, a la altura de la cadera. Me volví de inmediato. Asombrado por el desbarajuste que había creado, me deslicé entre la masa alborotada, pero me taponaban el paso y hasta alguno me dio empellones desviándome de mi trayectoria. Entre esfuerzos extenuantes, me lancé hacia el acceso a los andenes, al otro extremo de la estación, por donde se escabullían muchos de los usuarios.

Finalmente, pude abrirme un espacio entre el barullo de la plataforma de espera. Con lástima, contemplé la partida de mi tren que aumentaba la velocidad, ya inalcanzable. Si hubiese elegido escurrirme por esa puerta como primera opción, el plan que brotó de algún recoveco aún por descubrir dentro de mi cerebro habría sido perfecto, hubiese triunfado sólo con pasar al andén número dos e incorporarme al tren justo cuando arrancaba.

En el sálvese quien pueda que continuaba bajo el tejado exterior, unos trataban de retirarse hacia un lado y otros hacia el otro. Sin más demora ni razonamiento corrí hacia la izquierda, acaso porque mi tren había ido en esa dirección. Enseguida me percaté de mi error; la recta pavimentada que se asentaba junto a los raíles tendría como mínimo doscientos metros. En mitad de la carrera eché la vista hacia atrás, los policías corruptos me perseguían, Carcelén era el más cercano, Matute seguía sus pasos.

Mis cualidades atléticas carecen de falta de práctica, más de una vez en mi cuadrilla se han reído a mi costa porque aducen que correteo como un caniche. Los malhechores, a pesar de sus carnes fofas y sus destacadas tripas, reducían la distancia con peligrosidad, sus piernas estaban acostumbradas al trajín de su oficio en los bajos fondos.

Unas gotas finas regaron mi coronilla destapada, entonces, centré la vista en una construcción marrón que diferencié en la lejanía con aspecto de nave industrial. Unos carriles de acero se desviaban hacia ella, el resto integraba el entramado ferroviario y se prolongaba en una curva pronunciada hacia las afueras de Oviedo. También reparé que la extensa plataforma que colindaba con el ramal de raíles se cortaba para truncar mi carrera.

Llegado al obstáculo, me detuve en el borde, el salto era considerable, de metro y medio, traería consecuencias funestas torcerse un tobillo en plena escapada. Decidido, me arrojé al lecho de piedras que cobijaban las traviesas

de cemento y los carriles de acero. Las plantas de los pies fueron las que sufrieron daño por el impacto, pero caí estable y proseguí hacia la enorme abertura negra del pabellón que pertenecía a la empresa de ferrocarriles. Conjeturé con su abandono, la vegetación descuidada de sus inmediaciones, las pintadas artístico-callejeras de las paredes y los restos de hogueras así me lo sugirieron. Mis respiraciones entorpecidas y las pulsaciones del corazón se adentraron en mis oídos, prevalecieron como el sonido dominante. Mis endebles piernas comenzaron a resentirse, la tétrica perspectiva desde la que presentía mi final me hacía mella en las esperanzas por sobrevivir. Sus gritos, discontinuos por el esfuerzo, cercenaron mis aciagas cavilaciones.

—¡Esta vez... no te piras! ¡Hoy no vas a... pillar una iglesia, so mierda!

—¡Cierra... el pico... Valentín! —exclamó Matute.

Mi primer juicio no resolvió la intriga, ¿cómo se habrían enterado de lo de la iglesia? Un jadeo ahogado después, descifré la información que pululaba por mi entendimiento. Ellos asaltaron el apartamento de Biel, su físico concordaba con los tipos que vi a través de la ventana de la sacristía; uno alto, el otro veinte centímetros más bajo y rechoncho. Hay ocasiones que son tan sencillas las causas y los orígenes de los enigmas, que los obviamos porque hemos administrado una dificultad a la solución mayor de la que suele ser, a veces, nosotros mismos somos la principal traba para nuestro propio cerebro.

La revelación de Carcelén conllevaba algo más: si sabían que me había refugiado en la parroquia de san Pablo, mis sospechas sobre que Leonor había sido asesinada tomaban visos de ser verídicas, y no sólo eso, estaban detrás del librero antes de que se le acusase de eliminar a las víctimas. Por lo tanto, estos delincuentes ocultos en la Policía Nacional lo habían arreglado para que mi amigo fuese incriminado. Quedaba solucionar el porqué, por qué dos inspectores habían organizado semejante farsa. Debía proporcionarme un recurso para eludir los escollos, con esa información le eximirían a Biel de culpa.

El cielo cesó de soltar agua, mas no aparentaba que fuese a interrumpir definitivamente su goteo, como cuando chispea antes de la descomunal descarga, como si tuviese conciencia y avisase a los delicados mortales que en breve acometería con furia contra ellos.

Mis neuronas habían desestimado la alternativa de confeccionar una evasiva, se dejaban llevar como el resto de mí hacia el siguiente paso lógico, un lugar que utilizar como guarida, por ejemplo, la nave abandonada. No

obstante, a mi espalda, según Carcelén y Matute se disponían a superar el desnivel entre la plataforma y la grava, sobrevino un hecho inesperado con un desenlace beneficioso para mi supervivencia que, por el contrario, me descolocó.

A la par que aceleraba desbocado giré el tronco superior para comprobar el trecho que me separaba de mis perseguidores. El inspector más joven y más alto, el de mejores condiciones físicas, tomó impulso desde el pavimento para saltar, en pleno movimiento, cuando sus pies surcaban el aire, una ráfaga roja de líquido y sesos se desparramó desde su frente, su cuerpo cayó a plomo brutalmente hasta el acero de las vías. Quizás sea una imagen que jamás se pierda en la inmensidad de mi memoria, aparte de por su espectacularidad, por lo que significaba. Significaba —aunque en esos momentos no supe evaluarlo— que no estaba solo, que al igual que en una oportunidad me había protegido en una iglesia de las fechorías de estos desalmados, en esta otra la Divinidad también me escoltaba.

Suspendí la huida. Encorvado, con las palmas apoyadas en las rodillas, contemplé a Matute. Había gritado el nombre de su colega metro y medio más arriba. Descendió hasta la grava y examinó el cuerpo inerte posicionado boca abajo, no tardó mucho en darse cuenta de lo que sucedía. Se agazapó, extrajo el revólver y se resguardó contra los bajos de la plataforma.

A Carcelén le habían disparado desde la lejanía, el proyectil había emergido con ímpetu de la cara, por lo tanto, le habían asestado el tiro por la nuca. Yo no había escuchado detonación, y por la actuación de Matute, sospeché que él tampoco, debían de haberlo efectuado con un silenciador. Alterné la curiosidad entre el cadáver tendido y el policía vivo que procuraba averiguar quién le acechaba. Se centraba en una acumulación de árboles gruesos y en la vegetación que los envolvía, ésta dividía la ciudad de la infraestructura ferroviaria.

Prestaba atención a los movimientos de Matute sin ser consciente de que estaba en peligro, no era ninguna película de acción, a mi conciencia le costaba digerirlo. Los sobresaltos me habían trastornado la facultad para discernir el difícil entorno que me rodeaba. Carcelén ya no podría abrirme la cabeza en canal, pero su compinche no se desentendería.

Reanudé la huida resuelto a agotar mis probabilidades de fuga. En el arranque advertí que del bolsillo del chaquetón se me escurría la cartera con la falsa identificación policial. Frenarme para recogerla hubiese sido una temeridad. El estruendo que tronó de repente no varió mi carrera. Un seseo

brusco a la vez que silbante me sobrevoló, bien podría denominarse como el sonido de la muerte, pero se convirtió en el impacto metálico de una bala contra una vagoneta oxidada estacionada a la entrada de la nave. Experimenté una descarga de adrenalina mezclada con los temblores del terror. Me adentré en el pabellón por el que galopé como un caballo en la recta final de una carrera del hipódromo, si mis amistades me hubiesen visto habría terminado con años de humillaciones. Para cuando recapacité en qué precauciones adoptar, me hallaba perdido en la penumbra.

Espacioso y semivacío, eso es lo que aprecié cuando mis pupilas se adaptaron. A ambos lados de los raíles que atravesaban la estructura se distinguían los anclajes, demostración de que en un pasado se asentó la maquinaria para la reparación de los vagones y las locomotoras. En el techo perduraban los soportes por donde se guio una grúa puente. En la pared del fondo se levantaban dos cabinas prefabricadas, intuí que las habían utilizado como despachos. Destacaban los paneles de plástico abollados y los cristales astillados, todo cubierto de polvo. Coronando un montón de chatarra, se sostenían semienterrados unos carteles roñosos con inscripciones: «taller de soldadura» y «taller de mecánica».

Me acurruqué detrás de una mesa metálica con una mordaza fija acoplada, era un banco de trabajo herrumbroso por la humedad. Asomé la mirada por encima con sutileza. Divisé al individuo que quería acabar con mis sueños y con mis anhelos, además de con mi vida. Se internó con cautela, arrimado a la pared del pabellón. Agarraba el revólver con ambas manos y apuntaba hacia el suelo. Avanzaba unos pasos y se detenía unos segundos en los que buscaba posibles escondites. En lo tocante a mí, me sorprendió la distancia que había recorrido. Instigado por el pánico había agilizado los músculos de las piernas hasta un rincón en el que eclipsarme.

La nave rectangular mediría en torno a los cien metros de profundidad, invadida de luces y sombras, las primeras, provenientes de la enorme abertura por donde en su día accedieron las máquinas averiadas. El largo del muro izquierdo según se entraba estaba ocupado por traviesas de cemento ordenadas en pilas de cuatro alturas, por tramos de raíles organizados en cunas de acero y por cajas de madera colocadas unas sobre otras.

Matute, perro viejo en estas lides, estaba curtido en la brega del mundo del hampa tanto desde el lado oscuro como desde el lado luminoso. Bordeaba los materiales, descartaba de un vistazo esquinas y ángulos en los que una presa atemorizada pudiese cobijarse. Se le notaba motivado por la

vehemencia de sus gestos y la seguridad con que los ejecutaba. Cuando irrumpieron en mi adormecimiento me indicó en tono de guasa que ellos también poseían familia. De ser cierto, no alcanzaba a comprender cómo aparcaban la compasión para proceder contra inocentes como era el caso de Leonor, de Biel o el mío, y a la vez, eran capaces de respetar, amar e intentar hacer felices a otros, o siquiera de educar a sus hijos. ¿Cómo lograrían mirarlos a los ojos y prepararlos para la vida?, ¿cómo sin que atravesasen por su conciencia las fechorías realizadas o los futuros propósitos delictivos en los que se incluyesen el dolor a almas honestas?

Burlar mi fin era el objetivo en esos momentos de máxima congoja. Le recé a Dios y juré no deshonrarle, le supliqué auxilio y mantuve mi fe en que así ocurriría. El cazador me cercaba. Busqué un objeto que me sirviese de defensa, pero poco podría encontrar para combatir un arma de fuego.

Matute exploró la zona de almacenaje y se desplazó con decisión hacia la aglomeración de chatarra. Me situaba a escasos metros, entre su destino y las destartadas oficinas. Sobre nosotros, de repente, repicó una potente sonoridad, lo interpreté cuando en el suelo mugriento, junto a la pared despejada de mi izquierda, comenzó a caer agua a borbotones de una tubería partida. La combinación de lluvia intensa y la chapa del tejado produjeron un ensordecedor ruido que me esperanzó, simplemente porque era inesperado y, tal vez, a Matute le haría cambiar de opinión para fugarse de sus propios cazadores, pero no fue así.

Sentado sobre un tablón con clavos en los extremos, con la espalda contra una sujeción del banco de trabajo, ya no podía arriesgarme a asomar la azotea. Le controlé por debajo de la mesa y me encogí hasta desaparecer, si por mí hubiese sido me hubiese hecho invisible. Si tanteaba mi escondrijo como sería lo normal, pensé en arrastrarme y ocultarme al compás de sus movimientos en torno al banco de trabajo, y con mucha fortuna, salir indemne. No obstante, cuando volví a vigilarle a través de los soportes de mi refugio, vi que se acuclillaba y me lanzaba su sonrisa burlona. El corazón me rebotó en el pecho, como un dado dentro de un cubilete.

—Estás jodido, pequeñín. Quién se ha cargado a Valentín. Quiénes son los que están contigo, seguro que no son mejores que yo. ¡Palmatoria es lo que se merecen!

Pretendí incorporarme, pero la expectación y el estupor generado por dos piernas resueltas que vestían tela azul y calzaban unas deportivas, que abordaron con determinación la retaguardia de Matute, me lo impidieron.

Estático, volví a ver otro filme, en éste el malvado era cogido desprevenido, sujetado de la garganta y desarmado. Tras un forcejeo tenaz, unos ruegos ahogados y un pataleo que aminoró según se asfixiaba, su atacante le remató con un hilo metálico con el que apretó la nuez de la víctima hasta que se apagó mortalmente. El inspector, al ser destrabado, cayó e hincó las rodillas hasta desplomarse a los pies de su ejecutor. Era tan ajeno a mí, que contemplar estos trances era una tarea peliaguda que mi cerebro no admitía que fuesen auténticos. Por esa cuestión me costó asumir que *Simbad* mataba al que quería matarme a mí.

Durante un periodo de tiempo, no sé cuantificar la duración, todo transcurrió de manera ralentizada: la arremetida, el estrangulamiento, el derrumbamiento del policía, pero, sobre todo, la extensa mirada del verdugo al ajusticiado una vez estuvo tendido en el suelo. Como diría Lazarillo: «Escapé del trueno y di en el relámpago».

Me había limitado a observar en posición de gateo desde el banco de trabajo, asumiendo que yo sería el siguiente, que cuando el nuevo escollo alzase la vista para enseñar su rostro bajo la visera de una gorra, esta vez sin ninguna inscripción en el frontal, la hora de mi ocaso me habría atrapado.

Para acrecentar mi confusión, este supuesto no llegó a acontecer. *Simbad* dio media vuelta y se marchó. No quise menearme, por si no me había advertido. Con las palmas y las rodillas sobre la tabla no me podía creer que así fuese. Aguanté en esa postura un buen rato, el martirio fue tener a unos metros el cadáver de Matute.

No me fue tan fácil aceptar que una persona viva hasta hacía unos instantes hubiera cesado de respirar. Acabar con la existencia de otro es una barbaridad, aunque se tratase de un malhechor y éste me quisiese liquidar a mí. Los informativos lo muestran a diario, seres humanos sucumbidos por la decisión de otros seres humanos, por múltiples razones, todas las que una mente pueda concebir; sin ir más lejos, en la cruzada en la que estábamos inmersos habían finiquitado a seis almas. Incesantemente suceden asesinatos, a diario captamos algún caso, sólo con encender el televisor y darle un par de vueltas uno se hace acopio de atentados, guerras, venganzas, pirados armados, negligencias y un sinfín de crueldades nacidas de la sinrazón del hombre. Sin embargo, junto con el de Carcelén, era la primera vez que presenciaba un crimen en directo. Causa por la que mi alterada lucidez todavía insistía en que el inspector podría levantarse como si tal cosa. De ser así, el siguiente en morir hubiese sido yo del infarto que habría sufrido.

Simbad, igual que se fue, volvió, y yo, ridículamente arrodillado, ni siquiera me había incorporado para huir desbocado, para dejar atrás al fantasma de capa negra y afilada guadaña que merodeaba recolectando vidas para su interminable cosecha. La muerte me rondaba y con dificultad se despegaría de mí sin darme un nuevo susto.

Regresaba con un bulto según aprecié a pesar de la poca visibilidad. Lo llevaba junto al muslo izquierdo, calculé que se trataba de instrumental de tortura: cuchillos, pinzas, tenazas, mordazas y sopletes cruzaron ante mi temerosa imaginación. Mi falta de seso por no haber reaccionado con antelación produjo mi arrepentimiento, así lo sentí en esos segundos que duró el desconcierto.

Se desplazaba con zancada amplia y decidida. Circundó el fiambre y no le dedicó ni un vistazo. Auné mis energías para enderezarme, si debía de recibir daño que fuese con dignidad. Me situé de pie, de frente al banco de trabajo donde me había agazapado durante largo rato. Al otro lado se detuvo él con ímpetu, como cuando desfila un militar y le ordenan interrumpir la marcha. Entre su planta de jugador de baloncesto y la mía de amigo cómico del protagonista de *El Señor de los Anillos* sólo estaba el banco de trabajo. Su semblante seco me atraía. Sus ojos permanecían envueltos en la densidad nublada que le proporcionaba la prenda de cabeza, pese a no verlos sabía que me examinaban. Sentí en el pecho que los latidos de mi motor se aceleraban, que aumentaban la velocidad. Valoré que fallecería de paro cardíaco y no tendría que padecer sus mortificaciones. De pronto, mis pulsaciones se suspendieron cuando *Simbad* posó el bulto sobre la mesa. Bajé la mirada con espanto, esperé ver su particular Caja de Pandora. Una mochila junto con un rifle con mira telescópica fue lo que este individuo enigmático descargó. Contrariamente a mis suposiciones, con la otra mano depositó la cartera que contenía la cédula policial falsa perdida.

Inmutable, se giró, luego se ajustó la mochila a la espalda, se colgó la escopeta al hombro por medio de la correa que acoplaba y se fue con el mismo paso imperturbable de siempre. Abandonó el recinto por el otro extremo y se diluyó entre el aguacero.

Alentado por lo que consideré la despedida definitiva del Ángel de las Tinieblas, me guardé la cartera y di gracias al Señor por escuchar mis plegarias. Disparado, me dirigí hacia el exterior, me desvié un par de metros de mi trayectoria debido al cuerpo inerte de Matute. Lo miré con recelo hasta cuando quedó atrás, crédulo de que todavía fuese a reanimarse. Del bolsillo

de la cazadora vaquera sobresalía una cajetilla de puros con aroma a vainilla, idéntica a la de la sacristía de la iglesia de san Pablo. Confirmé que Matute y Carcelén habían matado a la señora Leonor.

Después de un rodeo, me escondí en una cafetería cercana a la estación, no deseaba que me relacionasen con el cadáver de Carcelén que me figuraba seguía tirado sobre la grava. Una hora más tarde cambié de establecimiento. Cuando lo creí conveniente saqué el billete para el próximo tren tras comprobar que la normalidad gobernaba el recinto. Temía que me reconocieran por el episodio del bolso-bomba, por suerte, mi equipaje no contenía documentos u objetos con los que pudiesen identificarme. Copié mis pasos anteriores y me cobijé, recurrí a los aseos hasta que volé a mi vagón. Aún entonces, perduraba el aturdimiento por lo vivido, una sensación similar a perder el equilibrio constantemente, como si a cada paso fuese a caerme, consciente de experimentar una sensación vertiginosa que se extendió hasta que abrí la puerta de mi hogar en Madrid.

La pensión Savannah

Cuando entré en la pensión Savannah, y tras un repaso superficial, exterioricé mi pensamiento con un largo resoplido. Nunca me hubiese imaginado que Carla me citase en un lugar semejante. Sombrío, sucio y maloliente, así era el corredor que se presentaba rebasada la puerta de acceso.

En realidad, era el descansillo de un portal que se cortaba en unas escaleras con baranda. En el medio, a la izquierda, el pasillo se ensanchaba para dar cabida a un mostrador. Éste parecía extraído del derrumbamiento de un edificio, estaba desconchado, le faltaban la mitad de las tablillas del frontal y el polvo que acumulaba indicaba que la limpieza no era primordial para conservar el negocio. Por si fuera poco, me detuve en seco cuando reparé que, sobre la alfombra deshilachada, unas diminutas bolitas oscuras me daban la bienvenida. Desconocía la especie, tampoco quise ahondar en mi escasa cultura sobre el universo animal, no obstante, era probable que el inmueble estuviese atestado de roedores.

Avancé hasta pararme a la altura del mueble desastrado. Detrás, recostado en un sillón de piel con las piernas apoyadas en la parte extensible, un varón voluminoso de una edad entre cuarenta a cuarenta y cinco años comía de una bolsa de *snacks* de potente olor a queso. Se concentraba en la pantalla extrafina de un televisor de formato reducido. Tanto el receptor de imágenes como el butacón eran de excelente calidad y estaban nuevos, aunque la inmundicia también los cubría. Al parecer, al recepcionista no le afectaba mi presencia, hasta que me arrimé a la escalera.

—Eh, tú, dónde quieres ir —me dijo con voz ronca.

Una masa grasienta con envoltura de ser humano se incorporó lenta y gradualmente. Poseía una cara redonda con incipiente barba y una coloración naranja en torno a los labios, la mano que no sujetaba el envase del aperitivo estaba teñida del mismo color.

—¿Cómo?

—Esto es una pensión, ¿qué quieres?

—Hay una amiga en la habitación número cuatro.

—¿Eres tú? Ole por ti. —Se rascó el cuero cabelludo con los dedos rebozados—. Pensaba que eras un mirón. Está en el segundo piso, avísala de que tenéis que iros pronto, que los usuarios que sí pagan se me van a la competencia.

—Sí... sí, gracias.

—Gracias, dice, las que te va hacer la marimandona, mira que es rara la bicha —murmuró con desidia al mismo tiempo que recuperaba la cómoda posición.

Había vuelto a Madrid en el tren de la tarde, en la seguridad de mi hogar y tras hacer oficial la reconciliación, le comenté a Chavela una versión modificada de mi viaje. Básicamente excluí todo lo que tuvo que ver con peligro, persecución y muerte.

Llamé a Carla para informarla de mi desplazamiento a Asturias y de las entrevistas mantenidas con los hermanos. Me abroncó por habérselo ocultado y me dijo que me callara, me citó para treinta minutos después en la puerta del parking en el que discutimos.

A mi novia no le hizo gracia que desapareciese a las ocho y media de la tarde tras dos días de ausencia, y menos para verme con otra mujer. Tuve que calmarla, aduje que era por el bien de nuestro amigo, que cuanto antes orientara a la inspectora, antes se haría cargo.

Sentado en el asiento trasero de un taxi, no cesaba de golpear el suelo con el tacón del zapato. Rumiaba cómo revelarles a Carla que sus odiados compañeros estaban involucrados en el caso, habían sido asesinados por el sujeto que nos acosó a Biel y a mí y que, a su vez, este mismo individuo misterioso me había salvado la vida. Yo no había extraído ninguna conclusión de estos trances. Lo único que podía afirmar sobre este rompecabezas, gracias a Samuel Fernández, era que los empresarios habían pertenecido a un grupo militar o paramilitar que se empleaban en actividades turbias.

Al bajarme del automóvil sentí en las piernas el cansancio de todo un día de turbulencias, que comenzaron cuando un chiflado me despertó, por no hablar del viaje, del estrés que me acarrea la situación de Biel y, sobre todo, de haber servido como presa para una cacería. Para colmo, en las inmediaciones del garaje en el que ya habían desplegado el enrejado de cierre, no había ni rastro de Carla, me tocaba esperar.

Obligado por la excitación, pero también por el frío nocturno, deambulé

por los alrededores. En uno de estos paseos, cuando la inspectora se retrasaba en diez minutos, al regresar hacia el parking, descubrí algo de lo que no me había percatado, la tapa del buzón incrustado en la verja aprisionaba un trozo de papel. Raudamente, atrapé la hoja. Las instrucciones para llegar a la pensión y el número de habitación estaban anotados a lapicero, también un mensaje corto: «Date prisa, cotilla».

Por suerte, se hallaba sólo a unas calles, en la zona más antigua de la ciudad. Durante el trayecto advertí la cautela de Carla, no había querido dialogar por teléfono y me enviaba mediante una nota a otra localización. En cambio, yo, a pesar de lo que me había ocurrido unas horas atrás, ni siquiera había considerado que me pudiesen vigilar, me había desprendido de esa carga en tierras astures. El resto del camino lo terminé avizorando pero despreocupado, en el caso de que me sobreviniesen más problemas ya me ocuparía de ellos sobre la marcha. Era consciente de que muchas veces es el propio cerebro el que nos juega malas pasadas, y todo por la presión que le imponemos.

Obvié la insinuación del recepcionista y remonté los primeros peldaños con rapidez. La fuerza que ejercía mi peso sobre los escalones de madera produjo un crujir nada fiable. Ascendí de uno en uno sin retirar la atención sobre ellos. Las sombras y la mugre se extendían por los pasillos, como el musgo en el bosque. Las lámparas que funcionaban irradiaban una luz tenue, insuficiente para distinguir más allá de un metro. Anduve a la vera de tres puertas parcheadas con trozos de tela. Percibí remotamente una especie de suspiro ahogado. Desde ese punto aligeré hasta el siguiente recodo, el tramo contiguo de escalera me llevaría a la segunda planta. Cuando me asomé, el repicar de unos tacones precedió a lo que en un principio aprecié una mujerona alta y corpulenta embutida en un vestido rojo, pero que, al cruzarnos, sin poder remediarlo, me fijé en la prominente nuez de su garganta. Descendía detrás de un individuo trajeado que portaba un portafolio de cuero con el que intentó taparse el rostro. Ella me regaló unos piropos que tradujo como amenazas.

—Hay *pichulín*, que hermoso y bonito que eres vida mía, si te pierdes búscame que te deajo listo, ¡tigre! Éste se ha quedado encantado. Lo que haría contigo, chiquitín.

Fueron como palabras mágicas para la recuperación de mis piernas, alcancé el rellano con urgencia, sin notar el agotamiento que arrastraban. Sin

solución de continuidad, Carla se manifestó con una mezcla entre queja y burla:

—Ya era hora de aparecer, tigre.

Me observaba desde el umbral de una de las puertas que completaban el último piso. Ladeaba la cabeza ligeramente, la melena castaña parecía sedosa, sus labios felices brillaban en la penumbra.

—No soy un espía, he tardado en ver la notita.

—No podemos arriesgarnos, este sitio es perfecto, entra y cuéntame.

Me figuré que el término *perfecto* lo utilizó para señalar que los usuarios, en el caso de sospechar de nosotros, callarían, porque si no deberían dar explicaciones adicionales sobre su asistencia a ese cuchitril. No concebí otro significado aceptable, puesto que la estancia era asquerosa. El alumbrado era exiguo, aun así, mostraba un colchón arropado por una sábana teñida de manchas amarillentas. Enfrente de la cama, junto a la pared con la mayoría del papel pintado arrancado, una silla desvencijada a punto de desarmarse soportaba un abrigo azul. En la esquina más alejada del lecho, sobre el suelo, en la hoja humedecida de un periódico, había una cuantía indeterminada de preservativos usados. Me tuve que tapar la boca para contener una arcada. Mientras me fijaba en el empalme de los cables sin revestimiento de la bombilla pintada de rojo del techo, Carla me insinuó lo que me podría topar al otro lado de la puerta resquebrajada que se sostenía de milagro contigua a los condones, lo aderezó con uno de sus cariñosos apelativos.

—Por tu bien espero que no necesites utilizar el aseo, por el desagradable hedor que despide y viendo dónde tiran las gomas, no te lo aconsejo, *nenaza*.

Me aproximé a la ventana para abrirla y respirar aire fresco.

—Vaya romanticismo, para ser nuestra primera cita te podrías haber esmerado un poquito, lo has encontrado sola o te lo han recomendado.

—Menos gracietas y no abras, te he dicho que no podemos exponernos.

—A sus órdenes.

Me resigné, la razón estaba de su parte en cuanto a lo de la ventana. También lo hice porque me convenía su buen humor, me hallaba allí para que me escuchase, pero tal vez ella hubiese conseguido alguna pista acerca de Mosquera y Villanueva.

—Bueno, acabemos pronto, supongo que te ha quedado claro por teléfono que no hagas más entrevistas sin consultármelo, cualquier paso en falso puede llevar tu culo a la cárcel. Los mismos que han jodido a Biel te pueden joder a ti.

Su aspecto había mejorado respecto a la última vez que la había visto cuando conversamos en el garaje. Su cabello había recobrado brillo, las ojeras habían perdido intensidad, lo que no cambiaba era el modo de expresarse. Tampoco me acostumbraba a su carácter, a uno le gusta que le sonrían como había hecho al recibirme, pero luego me había calificado despectivamente. De continuo utilizaba conmigo ese doble juego que me desconcertaba. Me pregunté si sería así con todas las personas. Traté de soltar el par de bombas que guardaba sin prevenirla, las noticias comunicadas con brusquedad y el temperamento con el que se reacciona siempre dicen mucho de uno.

—Te aseguro que se me han quitado las ganas. Matute y Carcelén están implicados.

Me silenció. No se alteró demasiado, un alzamiento de cejas junto con una escueta contestación fue todo.

—Vaya, qué raro que esos dos mangantes estén en el ajo.

—Veo que no te sorprendes.

—Habíamos comentado que había alguien importante detrás cuando a Blanca y a mí nos quitaron el caso para dárselo a esos dos, después de todo lo acontecido era una de las posibilidades que barajábamos. En estos temas las cabezas pensantes no se ensucian las manos, pagan para que lo hagan las ratas.

—Sí, pero dos policías...

—Esos antes que *polis* son de su bolsillo —zanjó con contundencia—. ¿Cómo lo has sabido?

—Lo he deducido cuando me han amenazado con liquidarme, cuando me he fugado me han perseguido hasta una nave abandonada. Además, son ellos los que entraron en el apartamento de Biel y también los que mataron a Leonor, la mujer de la iglesia.

—Pero... pero ¿estás bien? ¿Cómo te has librado?

Exteriorizó signos de estupor, coincidía más con un ánimo conmovido.

—Carla, deberías sentarte. —Le señalé la cama.

Esos hombres no le caían en gracia, pero creí oportuno avisarla.

—¿Estás de broma? —profirió tras un repulsivo gesto dirigido al camastro—. Qué pasa, no será para tanto, o es que sabes algo de Biel.

—No, no, qué va. Tus compañeros están muertos.

—Anda, chavalote, ¿me estás diciendo que te los has cargado tú? No sé de qué vas, Acosta, esto es muy serio para que...

—Yo no he sido, lo ha hecho el tipo que persiguió a Biel, el del chándal y la gorra.

Esta novedad sí que la atrapó de lleno.

—Joder, no me creo que lo hayan soltado ya, ¡es vergonzoso! ¿Estás seguro?, ¿no te equivocas?

Entendí que recelase, cuando en la noche en la que cenamos los tres sugerí que *Simbad* pudiese estar relacionado con la trama, los dos lo negaron categóricamente, es más, ella me humilló, para variar. Si admitía que yo estaba en lo cierto debería disculparse, acto que no cuadraba con su personalidad. Dejó pasar la oportunidad, me pidió que se lo describiese una vez más.

También añadí el resto de mis andanzas: la forma en la que Matute y Carcelén me hicieron prisionero, la eficacia que exhibió *Simbad* al eliminarlos y, entre otros lances, la historia narrada por Samuel junto con sus conclusiones. Se mantuvo callada y reflexiva, sólo intervino para aducir que entraba dentro de los cálculos que los empresarios asesinados fuesen en el pasado mercenarios o similares. Tampoco le sorprendió que Mosquera y Villanueva estuviesen incluidos, ella había extraído sus propias teorías.

Tras mi turno deduje que sería el suyo, pero mis declaraciones la abstraieron. Tuve que interrumpir sus meditaciones, eran cerca de las diez y Chavela estaría intranquila.

—Hoolaaa, estoy aquí, te acuerdas. Supongo que con lo averiguado será más fácil demostrar la inocencia de Biel.

—Hay que ser prudentes, te he dicho que Matute y Carcelén eran unos mandados. Cuando se descubra que han palmado hablaré con Árcamo, el de la judicial. Vaya embrollo en el que estamos metidos... En fin, te voy a detallar nuestras sospechas sobre Villanueva y Mosquera como pactamos, pero a partir de ahora es mejor que te metas en casa, el terreno está resbaladizo y tú no calzas adecuadamente. Dime una cosa, ¿le has dicho a alguien lo de esos corruptos?

Se colocó un cigarrillo entre los labios y aguardó a mi autorización, se la concedí, el olor del tabaco taparía el de la fetidez.

—Sólo a ti. Por lo de no entrometerme no te preocupes, hoy he aprendido la lección.

Era mi intención, pero como en muchos aspectos de la condición humana, esta intención enmascaraba una cara B. En este caso afectaba a mi amigo, si obtenía una manera de ayudarle no me sentaría en el sofá a esperar

acontecimientos, yo los provocaría.

—Buen chico, aprendes rápido. Como sabes, Mosquera ha desaparecido y los sabios de la tele se lo adjudican a Biel. He estado en Ciudad Real, en el restaurante de ese otro, Villanueva, también se ha largado. Precisamente el domingo, el día que estuvo con vosotros, fue el último que abrió. El lunes pagó a sus empleados y proveedores lo que les adeudaba y se ha esfumado, no ha dejado huella que rastrear. —Aspiró, la ceniza incandescente reverberó en su rostro—. Blanca y yo barajamos dos hipótesis, o están implicados en los asesinatos, o están acojonados porque se huelen que son los próximos en caer. Después de conocer el testimonio de ese asturiano me inclino por la segunda. ¿Dudas?

—No, vuestras apreciaciones son lógicas. Una cosa más, supongo que me lo habrías dicho; no hay noticias de Biel, ¿verdad?

—No. Tú tampoco, deduzco.

Aplastó el cigarro en la suela del botín.

—Ojalá esté a salvo donde quiera que sea.

—Lo estará, es tan avisado como el niño protagonista de una *peli* norteamericana —dijo, un instante de silencio evaluó la gravedad del motivo por el que nos habíamos reunido, lo rompió con un tono de velatorio—. Debo irme, se va a armar jaleo con lo de Matute y Carcelén —pronosticó, lanzó la colilla en dirección a la colección de preservativos y cogió el abrigo de la silla, se cubrió de camino a la salida—. Sal dentro de cinco minutos y... gracias por todo, Acosta.

Me guiñó un ojo, me dedicó una risueña sonrisa como a mi llegada y se marchó.

El repiqueteo de sus tacones se alejó hasta perderse. Me arrimé a la puerta hasta que transcurriese un tiempo prudencial para irme. Volví a examinar la estancia. Una única vez me había adentrado en un local de alterne, en una despedida de soltero en la que los cabecillas del grupo encontraron la oportunidad para arrastrar a los más reacios. Desconozco la apariencia de las habitaciones porque no me despegué de la barra y del botellín de cerveza que adquirí, pero los aposentos que las precedían no eran ni remotamente equiparables a esa pocilga infecta, la pulcritud era parte esencial de aquel negocio. Me pregunté si podría concentrarme en ese cuarto para realizar cualquier acto íntimo con Chavela.

Según lo pensaba, otro repicar de calzado retornó, esta vez más veloz. La posibilidad de que se tratase de la adúltera de vestido rojo rondó mi

entendimiento, pero una especie de clarividencia lo desechó, también fue la chispa que me incitó a abrir con ímpetu.

La leve ráfaga de aire que levantó el movimiento de la puerta atrajo el aroma de un perfume femenino. Carla atendía el teléfono. Su mirada rota fue suficiente para intuir la información con la que regresaba. Pasó fugaz a mi vera, y esta vez sí, se sentó en el borde del catre. Veinte segundos más tarde, cortó la comunicación tras agradecerle a Blanca la llamada.

—¿Está vivo? —pregunté con temor.

—Lo han localizado en la casa de sus padres, en Salduero, pero ha escapado.

Sus pupilas, dilatadas, se asemejaban a las de Amadeus cuando reclamaba una caricia. Intercalamos miradas de desconcierto.

Era tan evidente, que me había distraído en esa alternativa, el caserón de su familia. Desde que sus padres habían fallecido poco después de contratarme, jamás había comentado que hubiese visitado la vivienda, ni siquiera que aún le perteneciese. Adiviné dónde se recluía en esas ocasiones que durante dos o tres días se evadía del mundo. Me había auto convencido de que se parapetaba en el apartamento, e inspirado por algún designio del universo, trabajaba en la novela que llevaba años elaborando, o en su defecto, que se encerraba con una de sus conquistas y no salían de la cama hasta que los compromisos se lo exigían. Otro claro ejemplo de que, a veces, la imaginación impide ver la realidad.

Como un insecto a la deriva

Me fui a casa con la convicción de que el problema se agravaba. Especular sobre cómo se saldaría el asunto me aterrorizaba, porque las soluciones positivas se diluían, como el cacao en la leche que me tomé cuando lo meditada. Abstraído en los remolinos que formaba con la cuchara, y mientras Amadeus merodeaba por debajo de la mesa, me percaté de que todo depende de lo que uno prefiera creer: tal vez que Biel se escurriese entre las redes de la policía favoreciese para que la complicación desembocara en un final feliz.

Llegué desposeído de motivación para hablar y de apetito para cenar, pero, contrariamente, gracias a que Chavela insistió, terminé por exponerla mi desasosiego y disfrutar de una taza caliente de cacao. Ella me animó, me aseguró que las dificultades pronto acabarían. Aunque eran bienintencionadas, también eran palabras vacías que sólo servían para obligar a mi cerebro a que hallase una salida.

Me topé con ella cuando me cepillaba los dientes en el aseo. Con mi imagen reflejada en el espejo, me pregunté qué haría de no tener miedo. En el dormitorio, acostado a la vera de mi amada, procuré que mi conciencia atrapase la estela del sueño. La somnolencia me envolvió cuando aterrizó una respuesta, resolví que buscaría a Cambados al día siguiente.

Por la mañana, repuesto del trajín de días anteriores, mentí una vez más a mi prometida, no sólo tendría que maniobrar para esconderme de la inspectora. Mi novia, a mi vuelta de Asturias, me pidió que desistiera de jugar a detectives, por lo tanto, también debería desfigurarle a ella mis proyectos y desviar su atención. Me inventé un envío mensual que remitían para la librería desde el extranjero, casualmente, el cuarto jueves de cada mes, unos pocos paquetes de ejemplares en inglés para estudiantes. La avisé de que me retrasaría para comer, porque el transporte estaba supeditado a la hora de llegada del avión y no siempre concordaban los horarios. Cuando se fue a la notaría aliviada porque su futuro esposo había recobrado la cordura, abordé la máquina que todo lo sabe.

Como Samuel dijo, no fue difícil atinar con la empresa, sólo había una que contuviese el apellido Cambados unido al término *seguridad*, faltaba comprobar si el dueño era el mismo sujeto de su historia.

En el traslado al polígono industrial donde estaban asentadas las instalaciones, calculé que el objetivo contaría con una edad en torno a los sesenta años, puesto que Samuel en su relato le adjudicó aproximadamente veinticinco. Habría renunciado hacía tiempo al trabajo físico, por lo cual, con suerte, dirigiría desde un despacho. La táctica que desarrollaría sería la innovación que introduciría en la entrevista: me haría pasar por policía; memorizaría el nombre del inspector que figuraba en el falso carné profesional y presentaría la placa. La diferencia era significativa, el riesgo era mayor porque mis preguntas comprenderían a un grupo ilegal de mercenarios y la valoración de un exmilitar sobre sus actividades.

Fue el método que escogí para no sentirme estéril y contribuir con la causa, pese a que ésta se hubiese multiplicado en transcendencia, por lo menos para mí. Ya no luchaba para averiguar quién asesinaba, sino para liberar a Biel de que le atribuyesen esos crímenes.

Pagué y agradecí al chófer del taxi el trayecto, presencié su partida. En el cielo imperaba el color celeste, un día despejado que pronto se nublaría, aunque únicamente para mí. Cuando fui a superar la vía de dos carriles para dirigirme hacia el complejo de pabellones, me detuve para que circulase un todoterreno negro, no obstante, interrumpió la marcha y se dispuso a estacionar unos metros antes.

Observé las inmediaciones con aire ausente, desubicado, y no sólo por la dirección en la que me emplazaba, siendo esta la primera vez que rondaba la zona, sino porque me estaba adentrando de nuevo en la insondable oscuridad, en el reverso de la civilización. Crucé la carretera. Del todoterreno recién aparcado no descendió nadie, entonces, no lo aprecié inapropiado. Examiné a una altura de tres metros un panel atornillado a dos postes.

Con la información que obtuve recorrí una larga recta con construcciones contiguas e idénticas a ambos lados. En las naves se ejercían distintas ocupaciones, desde carroceros y talleres mecánicos para camiones, hasta la manufactura de muelles y la fabricación de moldes de silicona. De un saliente de hormigón que las separaba colgaba un cartel con su número correspondiente. En la entrada había contado sesenta negocios, el de Seguridad Cambados era el decimonoveno, el penúltimo de esa calle.

Me planteé si sería demasiado arriesgado, no me di margen para

evaluarlo y presioné el timbre incrustado en el marco de un portón granate que integraba una puerta más pequeña. Como no acudieron, elevé la vista, un calvo con gafas asomado a una ventana me inquietó. Tras un prolongado vistazo se retiró.

Rechacé cualquier confusión, el nombre de la empresa cubría parte de la fachada en un rótulo con letras azules. Reculé unos pasos para mirar a través del cristal de la ventana, pero lo que vi fue el reflejo del sol. Cuando la yema del índice rozaba de nuevo el botón del llamador, un potente estruendo metálico me sobresaltó. Inmediatamente se dobló el portón y surgió el tipo sin pelo. Un chándal ajustado vestía lo que intuía una complexión fornida de unos treinta años.

—Buenos días, ¿qué quiere? —dijo con amabilidad.

—¿El señor Cambados?

—El padre o uno de sus hijos.

Esta segunda vez se expresó con sequedad.

—Supongo que el padre.

—Lo sospechaba. ¿Cuál es la razón de su visita?

Lo había ensayado en casa y en el taxi, lo había interpretado a la perfección, frente a una persona el factor nervios entraba en juego. Saqué la cartera de piel y exhibí la placa y el carné de policía falsos con naturalidad.

—Consultarle sobre Herminio Santos.

De súbito, sus cejas sobresalieron de la montura de las gafas. Cuando inició un sonido que formaría una palabra si la hubiese completado, desde la ventana intervino otro individuo con acento gallego que le interrumpió.

—¡Qué suba!

Seguí las anchas espaldas de mi guía que se desplazaba veloz. Cuatro bigardos de tamaño considerable, vestidos con ropa deportiva, entrenaban una modalidad de arte marcial sobre colchonetas. Lo hacían en un espacio acondicionado para ello, rodeados por un par de sacos de boxeo colgados del techo e instrumental de gimnasio. Había otras salas, me dio tiempo a explorar visualmente a través de una puerta abierta unos pupitres y un caballete con una pizarra.

El fortachón me conducía con rapidez, de vez en cuando me regalaba sonrisas. Luego ascendió unas estrechas escaleras metálicas esprintando, cuando concluyó, miró hacia abajo y me esperó. Una vez le hube alcanzado, un corto pasillo nos llevó hasta un despacho, el supuesto dueño aguardaba bajo el umbral con los brazos entrelazados, mascaba chicle.

—Está bien, Ricardo, yo me encargo —dijo, pude verle la golosina entre los dientes.

Mi acompañante retrocedió por el mismo corredor y nos dejó a solas. El jefe era delgado, en su rostro destacaban las arrugas, y en su cabello, las canas. En una visión general de su atuendo, los botines resaltaban por su resplandor, estaban pulidos a conciencia. Vestía vaqueros y una camisa negra con los faldones por encima del pantalón.

Me invitó a entrar con un ademán, luego cerró. Agarró una de las sillas ubicadas contra la pared y la colocó delante del escritorio, volvió a convidarme con un aspaviento de mano, esta vez para que me sentara. Dio la vuelta a la mesa y se acomodó en un sillón, detrás estaba la ventana. Se le adivinaba en buena condición física por sus movimientos enérgicos. Todo esto lo hizo sin hablar.

Su mandíbula y sus mejillas palpitaban con lentitud. El despacho, forrado de madera, estaba repleto de fotos enmarcadas, muchas plasmaban militares. Supuse que sabiendo llevar la conversación por el rumbo idóneo, me podrían favorecer.

—Dígame, en qué le puedo ayudar, inspector...

—Mi nombre es Edmundo Cortés, señor Cambados.

—Discúlpeme, desde la ventana he podido ver que le enseñaba una placa y un carné a mi hijo, no he distinguido el cuerpo que integra.

—Policía Nacional, inspector de la Brigada de Homicidios.

—Más bien le requería a que me mostrase su identificación, si no le es demasiada molestia. —Esbozó una sonrisa.

Me confié porque su hijo se lo había tragado, así que repetí el mismo gesto, incluso con mayor eficacia en cuanto a retirarla con rapidez. Pareció darse por satisfecho cuando se recostó con las manos entrecruzadas sobre el regazo. Se interesó por lo que sí había diferenciado desde las alturas.

—Así que viene por el señor Santos, he oído que ya saben quién lo ejecutó.

—Monteagudo es un sospechoso, hay que juzgarle antes de condenarlo. En todo caso sabrá el porqué de mi visita.

Volvió a contraer los labios, la postura adoptada y su impasibilidad me recordaron a un anciano, de los que ya nada les impacienta.

—Coincidí con Santos, si es a lo que se refiere, unos meses cuando él cumplía el servicio militar. Fui militar quince años, lo sabrá.

—Por supuesto, es mi trabajo. Indagar cosas, digo. Deseo preguntarle a

este respecto, de su época de militar, en concreto de cuando estuvo destinado en el cuartel de Nuestra Señora de los Dolores.

Interpretaba al igual que le había visto hacer a Biel, no me premiarían con un Goya, pero no conocía otra táctica.

—En poco podré hacerlo, ha pasado mucho tiempo. A Santos le pongo cara por su popularidad, pero de su permanencia allí, negativo.

—Me he fijado en las fotografías, seguro que se siente muy orgulloso de su pasado.

—Soy español, ¿cómo no iba a sentirme orgulloso?, es un mundo que para entenderlo hay que vivirlo. Siempre seré Infante de Marina, da igual a lo que me haya dedicado después, aunque no alcanzase un rango alto de oficial como era mi sueño en la adolescencia. La vida, a veces, toma sus propias decisiones, o te amoldas o finito.

Volteó la muñeca con el pulgar hacia el suelo.

—Le entiendo.

Me sentía fuera de lugar, con la sensación constante de que me iba a equivocar en cualquier momento. Detecté un incidente en su carrera por la que la había cortado, pero mi propósito era preguntarle por la creación de un grupo de mercenarios cuando cumplían la mili y no sabía cómo hacerlo.

—Todavía no me ha dicho el porqué de su visita, inspec... tor.

Aunque creí que se debía a su deje característico, percibí una ligera vacilación cuando articuló la última palabra.

—Es un tema delicado. Para ser más exactos no estoy aquí por el presidente del Ramagosa, más bien es una pesquisa nacida de la investigación principal. Digamos que tiene que ver con la estancia del señor Santos en su cuartel, pero no quiero disgustarle, digamos que...

De pronto se alzó y observó la calle desde la ventana, su ceño se arrugó. Luego volvió a sentarse y abrió un cajón del escritorio. Reaccioné pasmosamente cuando extrajo un arma automática corta que revisó y posó sobre la mesa.

—La placa es falsa, además, un *poli* jamás tataría la foto. Por lo que deduzco del trabalenguas que me ha soltado ni siquiera tiene claro qué hace aquí. ¿Quién eres? —me exigió bajando la mirada al hierro.

Me había descubierto, igual que lo había hecho Samuel, dos exmilitares que me cazaron a las primeras de cambio. Como alternativa diría la verdad, la verdad que me había funcionado con Nemesio Fernández, por lo menos respecto a la profesión.

—De acuerdo, veo que a usted no se le engaña, soy periodista. Investigo sobre la creación de una unidad de mercenarios en 1980, cuando Santos, Lluch y Cabrera realizaron el servicio obligatorio. Lo que sucede ahora está relacionado con aquello.

—Qué dice, si cree que estoy implicado puede darse la vuelta por donde ha venido.

—No le estoy acusando, señor Cambados, pero tal vez pueda ayudarme. Se lo pondré fácil, yo le diré ciertos datos y usted sólo tiene que confirmármelos.

Se incorporó para echar otro vistazo al exterior. En el cielo raso, tres pajarracos parecían perseguir a un pajarillo, lo que me recordó a los típicos matones de escuela, de esos que siempre van en grupo y se meten con los más débiles. Cambados retornó al sillón y guardó el arma.

—Aquello es el pasado, no removerlo contribuye a olvidarlo.

—Entonces me lo confirma.

Negó despacio, con los ojos entornados. Señaló una foto colgada cerca de la ventana. En ella había ocho o diez militares embutidos en trajes azul marino de gala, reían en torno a una mesa.

—Eso no se vende, ese sentimiento es mayor que cualquier cosa.

—Mayor que la vida de una anciana, que las de dos policías, que las de tres empresarios y la de un ciudadano inocente al que acusan de los crímenes —proferí indignado, asombrosamente, lo hice.

—Desconozco nada de policías y ancianas, pero ese ciudadano comprendo que es el de los telediarios, no sé si él los ha matado, pero debe saber que el mundo funciona de este modo. Esos asesinatos, en el caso de que sus víctimas fuesen mercenarios como usted dice, no sé por qué se han producido, pero sí puedo conjeturar con la clase de tipos que los han cometido. Son los mismos que protegen a su esposa, si es que la tiene, a sus hijos, si es que existen, a usted, a mí, al vecino, los que procuran que vivamos en paz a este lado del planeta, compadre. Debería sentirse agradecido, porque gracias a esta gente somos unos privilegiados. Evitan atentados, guerras, en definitiva, muertes, lo malo es que, a veces, pagan inocentes, pero eso es un defecto de la maquinaria, del sistema.

Contemplativo, esperé a que me dijese que la vida era una concesión de los poderosos seres inhumanos que regían el mundo, pero se silenció y abrió los brazos, declaró con ese ademán que no tenía más que decir.

—Si esto que dice sobre los inocentes es así, ¿dónde queda su

sentimiento?, ¿qué sentido le encuentra? —le cuestioné, señalé la imagen de los militares con anterioridad referida.

Sus pupilas temblaron, vi cómo se descolocaron antes de bajar la mirada. La incertidumbre había llamado a las puertas de su pétreo corazón.

—No todos los medios de comunicación incriminan a ese individuo, otros apuntan hacia una secta satánica y hay quien sigue su dirección, aunque están todos muy perdidos. Yo no sé quién hace o deja de hacer, sólo intuyo por mis experiencias.

Como se resistía a darme un nimio detalle, un asidero donde agarrarme o una mínima insinuación siquiera, me la jugué, a sabiendas de que sólo le costaría un par de movimientos volver a sacar la amenaza del cajón.

—Una de esas experiencias es la que me ha traído hasta usted. Una anécdota que protagonizó con los tres fallecidos y Cristóbal Mosquera, que como sabrá si ha visto los telediarios, está desaparecido. Una en la que vejaba a sus soldados y les presionaba para que imitasen a animales de granja.

Los siguientes instantes los viví con pánico por si decidía que le había ofendido, o por si su raciocinio se torcía y me forzaba a padecer su ira.

—Antes de este comentario opinaba que tampoco era periodista, pero veo que se ha informado. ¿Dónde quiere ir a parar? —Enderezó un dedo con determinación—. Uno, yo no lo considero una humillación, sino instrucción, adiestramiento o preparación. Y dos, ¿qué insinúa?, sabe las veces que utilicé esa fórmula, antes y después de esos desgraciados, y por qué los iba a liquidar, por insubordinados, pasados más de treinta años. Qué me cuenta.

—Tengo entendido que un superior suyo, un tal Lago, le desautorizó delante del reemplazo de reclutas.

Respiró profundamente y resopló.

—Me está cayendo de cojones, no tengo por qué soportarle. Bastante le he dicho. —En un arrebato, cogió bolígrafo y papel y se aprestó a escribir—. Su nombre y para quién trabaja, se va a enterar. Escolto personalidades de toda condición, le van a echar a la calle como me llamo Isidro, por impertinente.

Se lo confesé por si se ablandaba, valoré que, si salía de allí sin nada, Biel estaría condenado; sencillamente, tuve un acceso de locura.

—Juan Eduardo Acosta, me empleo en la librería Monteagudo.

Según escribía, levantó la mirada, dejando mi apellido a medias. Posó el bolígrafo sobre el escritorio y se acomodó en el respaldo sin apartar su atención de mí.

—Monteagudo, no es casualidad. ¿Es su jefe?

—Y amigo.

Me estudió, caviló y dictaminó.

—Mis dos hijos trabajan aquí, Ricardo es el menor. No se tomarían tantas molestias y se arriesgarían por mí como lo está haciendo usted por su amistad, es digno de reconocer su valentía. O está como una cabra o tiene unas fuertes convicciones en sus principios. No es suficiente. Lo siento, márchese.

No insistí, de haberlo hecho se hubiese convertido en una súplica. Abandonamos el despacho, Ricardo esperaba apoyado contra la barandilla, se incorporó y adecuó a sus labios una sonrisa, luego se arrojó raudo escaleras abajo y desapareció. Cambados y yo anduvimos uno detrás del otro, no hablamos.

La incómoda situación se mantuvo durante el paseo. Llegamos al portón granate y se agachó ante uno de los laterales, con esfuerzo retiró el cerrojo que produjo un roce sonoro y alzó la plancha poco más de metro y medio.

—Hágase un favor y no vuelva a utilizar esa identificación policial. Para la próxima vez recuerde dejar las artimañas en casa, me gusta la honestidad e ir de frente —me propinó.

—Gracias por recibirme, si se despierta a media noche revise su conciencia, puede que tenga que ver con ella.

—¿Continúa intentándolo?

—La esperanza es lo último que se pierde.

—No, compadre, la vida es lo último que se pierde.

Salí sin saber si me había amenazado o aconsejado, tal vez fueran ambas. No miré atrás, tomé la acera y caminé sin ideas, sin un plan, sentí soledad, como si a nadie le importasen las injusticias.

Tras unos pasos me fijé que un vehículo circulaba con lentitud por la calzada colindante, a mi altura. Se trataba de uno de esos todoterrenos con apariencia de turismo, negro con las lunas traseras tintadas. La ventanilla del acompañante estaba bajada y un tipo con gafas de sol y perilla me llamaba la atención.

—Disculpe, caballero, acérquese. ¿Me podría decir por dónde se va a Madrid?

Carecía de sentido, aunque bordeábamos las afueras estábamos en la ciudad, no había pérdida. Normalmente me presto para auxiliar a desconocidos extraviados, pero los acontecimientos me habían equipado con

una dosis adicional de prevención. Además, ese automóvil era el que había aparcado en la recta contigua a la entrada al complejo. Entonces, no me causó extrañeza, pese a advertir que hubiera llegado después que yo y no surgiese nadie de su interior. Esta segunda coincidencia me creó suspicacias. Ralentiqué el ritmo y le indiqué el rumbo.

—Hacia allá, es muy fácil, hay un panel orientativo a la salida del polígono.

Los cristales negros de su cara ocultaban sus intenciones, me miraba en silencio. La carrocería lustrada reflejaba la fachada de los pabellones. Las llantas plateadas refulgían por culpa del sol. Los neumáticos anchos rodaban con lentitud, hasta que se detuvieron. Las puertas que quedaban frente a mí se abrieron. Unas botas y unas deportivas se posaron en el asfalto. El de la perilla y otro sujeto de largas y anchas patillas, impasibles, vinieron hacia mí. Me sobresalté, mis axilas segregaron una instantánea sudoración fría. Quise correr, pero me cortaron el paso, luego me rodearon. El que me había solicitado ayuda se pronunció:

—Pase lo que pase te vas a venir con nosotros, así que ahórrate unas hostias y entra por tu propio pie.

Guio con el pulgar en repetidas ocasiones hacia el vehículo, como si hiciese autostop. Eran dos hombres de apariencia corriente, sus edades comprendían entre los treinta y cinco a los cuarenta años. Si hubiésemos coincidido en la cola del cine o en la caja del supermercado jamás me hubiese planteado en qué consistía su trabajo; secuestraban personas con la misma naturalidad que la peluquera corta el pelo o yo vendo libros.

Esta vez parecía que iba a caer en la tela de araña como un insecto a la deriva, sin embargo, unas palabras expresadas en la distancia llamaron mi atención y la de los malhechores.

—Oigan, ¡qué pasa ahí!

A veinticinco metros se encontraba Cambados, había salido a la acera.

De improviso, el de las patillas se abalanzó sobre mí. Opuse resistencia y luché por desasirme. Acabé por encogerme y le repelí. A continuación, sentí al de la perilla y las gafas oscuras por detrás, me estrujó los hombros. El otro aprovechó para engancharme de la pechera. Ejercieron una fuerza brutal y me balancearon hacia el todoterreno, perdí el equilibrio y me caí. Se añadieron a la agresión unos zapatos deportivos marrones, supuse que era el conductor del todoterreno. Entonces, distinguí unos gritos con acento gallego que adoré:

—Suelten a mi amigo ahora mismo. ¡Ricardo! ¡Muchachos!

Peleaba por adherirme al máximo al pavimento, resistí sus tirones y maltratos. Unas pisadas rápidas y pesadas que se interrumpieron de súbito cercenaron los zarandeos y el atropello. Acorralado entre las piernas de los tres captores levanté la vista del suelo. Cambados encabezaba a seis Ángeles de la Guarda entre los que estaba Ricardo, los otros eran los fortachones que había visto entrenar, todos fornidos como héroes de cómic y todos dispuestos a defenderme simplemente porque su jefe se lo había pedido. Desafiantes, enfrentaron sus miradas con los malos.

—¡No se metan, es un asunto privado! —exclamó el de la perilla y las gafas oscuras que era el que llevaba la voz cantante entre los agresores.

—No voy a dejar que se lo lleven —aseguró Cambados.

—No sabes dónde te metes, viejo.

Ricardo se ofendió y se revolvió contra ellos. Cambados le calmó, interpuso el brazo, le contuvo por el pecho. El de las patillas hizo además de extraer algo de la cintura, de debajo de la camisa de cuadros abotonada. El de la perilla le puso la mano en el hombro, negó con parsimonia.

—Tendrán que gastar muchos cartuchos, no sólo para nosotros, alguno se habrá fijado en su matrícula —alegó Cambados, luego señaló a mi espalda y a la de los maleantes, la acera estaba plagada de operarios de las diferentes empresas que habían advertido el altercado.

Los delincuentes pronunciaron un «vámonos». El conductor se apresuró hacia el otro lado del todoterreno. El de las patillas me golpeó aposta con el tacón en la ingle antes de desplazarse un par de metros para agarrar la manilla. Tanto éste como el cabecilla se adentraron en el vehículo sin quitar ojo a los escoltas. El individuo al mando cerró la puerta y me contempló desde la ventanilla. Me engendró una vibración helada que nació en la base de la columna y se propagó por el sistema nervioso, alcanzó cada recoveco de mi organismo, su mueca inmutable fue el origen. La incógnita de dónde surgía semejante rencor me amedrentó tanto como el ataque. Circularon calzada abajo, posiblemente planeando otra vileza.

—Has tenido suerte, chaval, ¿estás bien? —dijo Cambados, mascó con mayor velocidad de lo que hasta ese momento le había visto.

Ricardo me ofreció su mano que era como las dos mías y me remolcó hasta incorporarme.

—Sí, más pateado y maltrecho que antes, pero bien. Gracias, muchas gracias a todos, habéis sido muy amables por intervenir.

Asentí varias veces según me sacudía el polvo.

—No hay de qué, de algún modo es nuestro trabajo —dijo uno de los fortachones vestidos de deporte, rieron a coro y dieron media vuelta en dirección a su pabellón.

Cambados permaneció conmigo. Los curiosos de las naves cercanas se evaporaron cuando fue evidente que el espectáculo había terminado. Conozco mis limitaciones y sé que si tres tipos arremeten contra mí saldré malparado en un alto porcentaje de ocasiones, aun así, asimilé que me habían arrebatado la dignidad a puntapiés.

—¿Dónde ha dejado su coche?, le acompaño, no vaya a ser que vuelva esa gentuza.

—No se preocupe, señor Cambados, he venido en taxi, llamaré a uno para que me recoja aquí.

—De eso nada, le llevo, esos matones me dan mala espina, así me puede contar cómo se han metido usted y su amigo en este lío.

Valiente por tierra y mar

Deduje que Cambados se sentía culpable por lo que acababa de acontecer. En su automóvil de gama alta, realizando el recorrido que nos llevaría a mi barrio, me lo confirmó.

—Me sorprende su cambio de actitud —apunté—, basándome en la conversación que hemos mantenido no me hubiese extrañado su desentendimiento.

—Debía asegurarme, por si me la quería jugar. —Mascó con calma—. En mi despacho, cuando me he asomado por dos veces a la ventana, he visto a esos indeseables con aire sospechoso que merodeaban por el exterior, cuando usted se ha marchado sólo tenía que esperar. Si estaba compinchado con ellos habría acertado en mi comportamiento. Indudablemente me he equivocado, discúlpeme.

—Comprendo, ustedes siempre van un paso por delante.

—¿Ustedes?

—Los integrantes de este mundo de asesinos, policías, mercenarios, militares y ahora matones.

—Veo que su aventura es más interesante de lo que me pensaba. ¿Cómo se ha metido en este embrollo?

Le recité casi todo, desde cómo nos habíamos implicado en un principio hasta mis peripecias en Asturias. Le informé de las entrevistas y las averiguaciones, únicamente excluí a la inspectora Sandemetro y a la inspectora Pedraza, las vivencias de los últimos días me indujeron a ser precavido. Tuve que inventarme que Biel había conseguido las identidades de los compañeros de mili de Pedro, el periodista, todo con tal de que encajara. Atendió sin mencionar palabra, asentía sin desviar la mirada de la circulación, comprobaba los retrovisores por si los vándalos perseveraban.

—¿Y no sabe quién quería secuestrarle?

—No tengo la menor idea, después de que dos policías me hayan querido liquidar, no me cogería desprevenido cualquier posibilidad.

—En mi opinión, tras escucharle, creo que los dos *polis* eran una especie

de remedio casero, quien quiera que esté detrás ha comenzado a tomarles en serio. El otro, el de la gorra esa de *Simbad*, ése me tiene despistado. No entiendo por qué no recurrieron a la policía desde un primer momento. Joder, se emplean en una librería.

Yo sí que lo sabía, de hecho, Biel denunció su descubrimiento, pero formar parte de un misterioso caso policial junto a Carla y Blanca le satisfacía más. Después intervino Árcamo y ya era demasiado tarde para la verdad, ninguno deseábamos que repercutiese en las carreras de nuestras amigas. Además, para entonces, el nombre de Biel había sido iluminado por los focos del circo.

—Ha sido un error, si pudiese rebobinar estas dos semanas sabe Dios que lo haría. Por eso he ido a verle, he supuesto que me podría facilitar algún dato vinculado con esa unidad de mercenarios, y desde ese punto llegar a otro que desenredase la maraña.

—Sé cosas, todo el que poseyese mando en ese cuartel y fuese mínimamente inteligente podía vislumbrar rarezas. Se lo contaré con la condición de que acuda a la policía, si les explica todo tal y como ha sucedido se arreglará. Debe confiar, créame, coopero con ellos a diario, si le puedo echar una mano se la echaré, que no le quepa la menor duda. Joder, un vendedor de libros no puede haberse cargado a tres exmilitares, ni siquiera pueden haber sido esos dos corruptos... Matute y el otro. No se lo tome mal, pero si usted se escapó de ellos no los veo aptos para cazar a profesionales.

Negó y mascó, tanto que temí que se le dislocase la mandíbula.

—¿Cree que me puede ayudar?

—Sí, sí que puedo —afirmó, se evadió ligeramente de la realidad—. Empezaré con el lance al que me ha hecho referencia en mi despacho.

Desplegó un pañuelo de papel y se lo llevó a la boca, expulsó la masa elástica y la envolvió. Arrancó su relato, pronto se situó en el día en el que se topó con las víctimas de El Asesino del Estilete de Oro.

Desde que se reenganchó con veinte años, había servido como soldado raso, cuando conquistó el rango más alto dentro de los militares de tropa a los veinticinco, le asignaron el adiestramiento de reclutas. Su misión era instruir a chavales para el cumplimiento que un Infante de Marina debe a su bandera, con rigor, inflexibilidad y dureza, como a él le habían enseñado. No había otro modo de que, a unos muchachos, en muchos casos obligados a permanecer en el ejército, se les reformase en poco tiempo.

Su método de operar siempre había sido similar desde su ascenso a cabo mayor, incluso estaba valorado como el instructor más eficaz dentro del cuartel. El alférez Lago era el oficial ante el que debía responder en lo concerniente a la formación.

Tras la reprimenda de su superior a consecuencia del episodio de los animales de granja, desconcertado porque era el que le premiaba con mayores alabanzas por su manera de obrar, fue requerido por este mismo oficial. Cambados le transmitió su confusión, pues había procedido como era habitual. El Alférez se pronunció con notable entusiasmo: «¿Acaso no sabe distinguir a guerreros de verdad? Son los únicos que se le han rebelado desde que se ocupa de la disciplina de los reclutas. Están hechos de una materia incomparable, exactamente la materia que necesito».

Había retenido el comentario más de tres décadas, porque no se explicaba para qué necesitaba un oficial a unos chicos, y también por el exaltamiento que demostró.

Pasadas unas semanas de la Jura de Bandera de los nuevos Infantes de Marina, aconteció en Ferrol un suceso que no generó demasiada expectación en los medios de comunicación ni en la ciudadanía, pese a lo insólito y macabro de su naturaleza. Durante una madrugada, dos yonquis fueron ejecutados con crueldad en el puerto, les mutilaron las manos y les degollaron. La Policía Local y la Guardia Civil lo achacaron a un ajuste de cuentas de las mafias contrabandistas.

Cambados no había vuelto a protagonizar ningún incidente con Lago ni con sus perros de guerra, como el Alférez los denominaba. Se había limitado a instruir a los quintos hasta el acto en el que se comprometían con la patria, otros mandos, entre ellos Lago, tomaron el testigo.

La noche de los crímenes, el Cabo Mayor se hallaba de guardia en la entrada del cuartel. Los cinco protegidos del Alférez se presentaron con la hora de ingreso superada. En una revista rápida les detectó el influjo del alcohol. Además de la ebriedad, se fijó en un detalle que le escamó: las perneras de los pantalones de pana de uno y los zapatos de otro estaban salpicados de sangre. Supuso que se habían visto envueltos en un percance violento, como una reyerta, por lo que les prohibió la entrada, como establecían las normas, hasta que Lago hizo acto de presencia y le desautorizó. Los protegidos del Alférez durmieron en la Tercera Compañía de Fusileros, la que les correspondía, y a Cambados no le quedó más remedio que acatar la orden.

Pasadas unas horas, el Cabo Mayor se hizo eco de los homicidios, su intuición le propuso que los muchachos estaban implicados. Le expuso a Lago sus presunciones, éste se mostró sumamente cordial y le comunicó que informaría a la Policía Naval. Transcurrieron días, semanas, un mes, Cambados insistió en su denuncia al comprobar que no se indagaba en ella. La cordialidad se transformó en aspereza en el trato, y no sólo por parte del Alférez, otros suboficiales y oficiales deformaron su relación con el Cabo Mayor.

Al poco, los cinco soldados fueron enviados a una sencilla comandancia en una pequeña localidad del País Vasco. En el Tercio se rumoreó que les habían castigado por un acto de rebeldía, Cambados desconfió de esta versión. Sin tiempo para reaccionar, recibió la orden de incorporarse de inmediato a su nuevo destino en Las Palmas de Gran Canaria. Se convenció que unos críos no podían estar detrás de unas muertes tan feroces y se olvidó, sin embargo, una sombra de culpabilidad siempre le persiguió.

En el Tercio de Armada contribuyó de forma similar que en Ferrol, aleccionó a jóvenes que efectuaban el servicio obligatorio. Desde que zanjó que sería militar había trazado un plan para ascender lo máximo posible, creía que contra más graduación adquiriese mejor serviría a su país. Había obtenido su rango velozmente, por oposición al principio y por elección para su último ascenso. A los pocos meses de su aterrizaje en la isla se examinó para sargento, las pruebas le resultaron cómodas, su preparación desde la estancia en el Tercio del Norte se lo simplificó. No obstante, no las superó. Contrariado, no se desanimó y se propuso volver a intentarlo en la siguiente convocatoria, arrinconó sus conjeturas que iban encaminadas hacia una mano negra; Lago o más allá. En los siguientes años lo ambicionó dos veces más hasta conseguirlo.

Con el transcurso del tiempo, cuando se afanó en opositar para alcanzar jerarquía, colisionó con similares trabas. Finalmente, solicitó el traslado a la Agrupación de Madrid, allí, el sargento Cambados instruyó a muchachos antes de renunciar.

Nos detuvimos quinientos metros antes de llegar al edificio en el que se ubicaba mi domicilio, en las instalaciones de una gasolinera. Se había concentrado en el tráfico según narraba la historia, más bien, pensé, donde había reasentado sus facultades era en el pasado.

Cuando su entendimiento regresó, miró con extrañeza en varias

direcciones. Pronto recuperó el halo de imperturbabilidad que su semblante ostentaba casi de continuo. Su mirada me recordó a la de Samuel Fernández, la vivencia castrense que el espíritu de Cambados había visitado, les confería a sus pupilas un cariz de lejanía, como si estuviesen caídas en el vacío. Los dos exmilitares coincidían en esta particularidad, en que los dos echaban de menos pertenecer al ejército. Aunque sus salidas habían sido diferentes, en cierto sentido, las dos fueron provocadas por terceros. Si a Cambados le hubiesen tratado igual que a cualquier otro, sin impedimentos para ascender, quién sabe si hubiese logrado la meta que se propuso en sus inicios.

—Entonces no insistió, no investigó si los soldados mataron a los drogadictos —dije pausadamente, juicioso de que le dolía el pasado.

—Eso es lo de menos, ¿a quién le iba a afectar el fallecimiento de unos drogatas?

—¿A sus familiares?

—No me interprete mal, estoy con usted, me refiero a que, si fueron ajusticiados por aquellos chavales, que en mi opinión eran unos protegidos, ¿cree usted que en aquella época alguien iba a zozobrase? No es como hoy, los medios empujan si lo creen oportuno, hay más derechos y la sociedad no permite estas anomalías.

—No me ha dicho ni un nombre excepto el del alférez Lago.

—Ahora es General de Brigada.

—¿Y eso es mucho?

—Sólo podría aspirar a un rango más, General de División, pero eso también es lo de menos. Los nombres los sabe, son los que han publicado los medios y los que me ha señalado en sus prácticas como «periodista», pero eso no importa.

—¿Y qué cree de mayor valor que los hombres que están abatiendo de uno en uno?

—Terminaré y lo sabrá.

En su segundo año en el Agrumad, en 1988, aconteció un horrendo crimen que, a la postre, sería la causa que desbarataría su carrera. En una jornada de celebración castrense, en el Parque del Retiro en Madrid, donde confluían tropas tanto de aire, tierra y mar, les asignaron la seguridad del evento. Las actividades lúdico-deportivas y culturales junto con los desfiles y los discursos no se vieron empañados por el tétrico asesinato de un teniente del Ejército de Tierra que apareció dentro de una de las múltiples

edificaciones abandonadas, puesto que fue ocultado hasta pasados los actos.

Las pesquisas militares y las civiles se decantaron por el robo como germen del crimen al encontrar a la víctima desposeída de objetos personales y de su arma reglamentaria. Incluso se atrevieron a afirmar que el autor o autores, con total probabilidad, se trataban de civiles.

Una semana después, en colaboración con la policía, se atrapó a un indigente que portaba la pistola automática del difunto. Miembros del Agrupado estuvieron disconformes con el arresto, dada la naturaleza sanguinaria del asesinato, no creyeron que un vagabundo desnutrido y débil fuese capaz de acometer contra un oficial en plenas facultades físicas. Concretamente fueron los dos soldados rasos que se tropezaron con el cadáver, además del sargento Cambados, que fue el primer militar de rango en acudir al escenario donde ejecutaron la atrocidad.

Alertado por uno de los jóvenes, pronosticó que lo que le aguardaba en la caseta de ladrillo no sería una muerte corriente, los vómitos del soldado que había permanecido custodiando la reducida construcción así se lo indicaron.

Traspasó el umbral en solitario y con cautela, con la sensación de introducirse en una atmósfera siniestra. La cabaña se componía de una sola pieza, sillas y mesas de plástico, sombrillas publicitarias de terraza de cafetería y cajas vacías de botellines de bebidas, todo ello cubierto por un denso polvo gris, acompañaban a la terrible confirmación de sus presunciones.

Sus botas chocaron con una gorra de plato que se hallaba tirada en el suelo. Éste estaba rociado por gotas gruesas de sangre espaciadas entre sí, cada vez más pequeñas y contiguas, hasta formar un reducido charco seguido de otro más grande. Se topó con unos zapatos negros suspendidos unos centímetros en el aire. Después recorrió con la vista las perneras de un militar uniformado de color caqui, deseó que lo inevitable no fuese real. Un cadáver de unos cincuenta años pendía ante él. Un gancho roñoso que colgaba de un anclaje del techo le atravesaba el cuello del uniforme por la parte trasera, sujetándole erguido. La cara pálida le otorgaba una apariencia espectral. La garganta mostraba una hendidura roja, como la amplia boca pintada de un payaso de circo. La guerrera, a la altura del pecho, se había teñido de carmesí. A pesar de la espeluznante imagen el horror rebasó mayores cotas cuando descubrió que sus manos habían sido cercenadas. El goteo desde las muñecas era mínimo. Lo relacionó con la

matanza de los yonquis y, por supuesto, con los insubordinados soldados de reemplazo.

Tras el encogimiento de su alma, observó un nuevo detalle de relevancia. Del tajo de la garganta asomaba la punta estrecha y dorada de un metal punzante, rodeó el cuerpo inerte para desvelar su origen. En la nuca, de entre el cabello, sobresalía una empuñadura de oro con el grabado de una calavera atravesada por una daga. Le penetró en la memoria profundamente, igual que las mutilaciones.

Mi asombro le forjó una sonrisa, no era ni mucho menos de complacencia, se apreciaba un trasfondo de compunción en ella. Desenvolvió un paquete de chicles con sabor a menta y me ofreció uno sin levantar la mirada. Lo cogí sin pensar si me apetecía, todavía procesaba su relato. Jugueteé con la goma de mascar entre los dedos mientras elegía las palabras, pero no me dio tiempo, antes de alojar la golosina en la boca me comunicó la razón de su melancolía.

—A diario me arrepiento de lo cobarde que fui, por eso dejé de ser militar, es incompatible con la Infantería de Marina. Aguanté dos años más porque me resistía, pero como le he dicho en mi despacho, o te adaptas o te hundes.

—¿Usted cobarde?, ha protegido a políticos de renombre desde entonces, no le entiendo.

—No tiene que ver, cuando dijeron que un mendigo era el culpable me callé, y no sólo eso, convencí a los dos soldados que encontraron el fiambre para que se desentendieran. Me acojoné porque no quise volver a enfrentarme a Lago, ascendió rápido, ya de alférez tenía más poder del que le correspondía, imagínese con unos galones más.

—Creo que los sucesos de ahora están enlazados con el de los yonquis, pero ¿cómo supo usted que el de los yonquis y el del teniente estaban relacionados?

—Degollado y sin manos, ¿qué más quiere?

—Sí, pero el detalle del estilete de oro es relevante.

—Ahora tampoco les han cortado las manos a los empresarios y eso no le hace dudar.

—Puede que esté en lo cierto. Le he visitado para indagar sobre Santos, Cabrera y Lluch, sospecho de un pasado turbio como mercenarios o militares como ya le he comentado. ¿Cuál es su impresión?

Se tomó su tiempo, cabizbajo, mascó con lentitud. Con la atención en los pedales del automóvil, se manifestó:

—Con sus datos, más lo contado por el sargento Fernández —con ojos desorbitados se detuvo un instante, sus mandíbulas cesaron de bullir—, asimismo, junto a mis experiencias, es evidente que formaron un grupo. No sé de qué, si oficial o extraoficial, pero es lo que pienso.

—¿Y por qué mataron a un teniente de nuestro ejército y de ese modo?

—Déjese de juegucitos detectivescos y vaya a la policía, su amigo se lo agradecerá.

Esta vez me enseñó su semblante, su impavidez había retornado. Curiosamente me recomendó lo mismo que Chavela a mi vuelta de Asturias. Resolví que no iría más allá, que su lengua no me regalaría más informaciones. Me instaba a personarme en la comisaría y a desembuchar. El silencio de ambos dio por terminada la reunión. Abrí la puerta y salí. A través de la ventanilla nos despedimos, cada uno con una reflexión para el otro.

—Permítame un consejo, señor Cambados. Debería ser más justo con usted mismo. La existencia de un individuo no se compone únicamente de una situación en un determinado periodo, no se puede retratar una vida sólo por un hecho aislado, ¿qué ser humano no se equivoca? No se preocupe, cuando vaya a la policía no le mencionaré. Gracias por lo de antes.

—Gracias a usted por su inquietud, señor Acosta, en su día ya enjuicié mis responsabilidades sobre el asunto. Usted sí que cumple con el lema de Infantería. —Se extrajo el chicle y endureció la mirada—. ¡Valiente por Tierra y Mar!

Me impresionó, de seguido arrancó y me quité de en medio. Me adentré con rapidez entre los recovecos que los edificios me brindaban en dirección a mi casa. Controlé las cercanías y a los peatones. Volvió la sensación obsesiva de ser acechado hasta por el tonto del barrio, idéntico que en el viaje a Asturias.

En el rellano de mi hogar, a salvo, profundicé en el significado de su último mensaje. Debido a ese reconocimiento vociferando el lema de su cuerpo, supuse que sabía que no acudiría a las autoridades, y que, de algún modo, se sentía orgulloso por enfrentarme a las tinieblas.

29

En la guarida

Cuando tuve conciencia de ello, advertí que ya no dormía. El reloj de la mesilla marcaba las cuatro y veintidós, habían sido cinco horas de reposo y mi maquinaria estaba otra vez en tensión. Mi prometida descansaba. Me incorporé de la cama, me acerqué a la cocina y me serví medio vaso de agua. Antes de que mis labios rozasen el cristal distinguí un sonido leve, lo concebí como el rasgar de un tejido.

A cualquier hora del día hubiese pasado desapercibido, pero no en la calma nocturna, para una mente suspicaz por las recientes vivencias, era una incidencia que me obligué a investigar. Recipiente en mano salí al pasillo, activé el interruptor y observé el fondo del corredor. La línea vertical de oscuridad entre el marco y el borde de la puerta del dormitorio me sugirió que Chavela seguía dormida. Dirigí mi atención hacia la entrada del apartamento, pero tampoco aprecié irregularidades, me dije que tendría que revisar cada habitación.

Tomaba el trago de agua que mi garganta me solicitaba cuando a través de la base del vaso reparé en una extrañeza en el parqué, junto al mueble del recibidor. Era un papel blanco y cuadrado, conjeturé con la posibilidad de que fuese un sobre extraviado del correo, al recogerlo comprobé que era una cuartilla plegada. Escamado, me incorporé con rapidez para explorar por la mirilla. En el mismo momento en el que enfoqué el descansillo, la iluminación se apagó, lo que me indicó que segundos antes alguien se había marchado, el funcionamiento de la lámpara con sensor de movimiento me fue de gran ayuda para deducirlo.

Rehusé averiguar quién en mitad de la madrugada rondaba mi hogar. Visualicé el teléfono fijo en el salón, llamaría a la policía en el caso de que repitiesen.

Cuando desplegué la hoja y leí su contenido, supe que, de regresar, le abriría la puerta y le abrazaría, como una boa constrictora a su presa, sin consentir que se volviese a fugar. Me senté en el sofá y releí el sencillo encargo introducido por Biel entre el entarimado y el canto de la puerta:

«Abre al público, pronto cambiará nuestra suerte. Gracias amigo».

Descarté cualquier tipo de truco, en siete años y medio me había familiarizado a la letra de mi jefe como a sus ausencias al negocio. A la vez que me alegraba por saber de él, una sensación de turbación me sacudió, indiscutiblemente había diseñado un plan, pero, si bien interpretaba que así era, no comprendía de qué se trataba y si mi participación iba más allá de la apertura de la librería.

Pese a ello, mi estado de ánimo se corrigió, como si mis sentimientos y emociones viajasen en el compartimento de una montaña rusa. De la noticia negativa recibida en la pensión Savannah un día antes, cuando Carla me dijo que lo habían localizado, aunque no apresado, transité a la que estimé positiva: su vuelta junto con un propósito; el papel de mi mano era la prueba que lo avalaba.

En el desayuno le anuncié a Chavela que iría a la librería para hacer una limpieza general y ordenar el último material adquirido. Le agradó la idea de que me mantuviese ocupado y me olvidara de disfrazarme de policía. Si hubiese sabido la realidad, su conducta habría sido contraria, pero en este caso la ocultación fue una herramienta que me permití utilizar.

Cierto era que si había un motivo que me pudiese retener, ése era mi relación con Chavela. Permanecíamos juntos prácticamente desde el colegio, habíamos hecho planes desde críos, habíamos cumplido unidos cada etapa y cada sueño. Esta aventura que había nacido de un entretenimiento no debía destruir lo que habíamos conseguido. He oído en alguna ocasión que la ignorancia es aliada de la felicidad, deseé estar desorientado en cuanto al conocimiento de la oscuridad que encerraban los crímenes de El Asesino del Estilete de Oro, anhelé que no hubiésemos traspasado esa cortina, pero no era así.

A las nueve y media levanté la verja de la librería, entré y cerré la puerta de cristal, la próxima vez que la abriese sería para recibir a Cantera. Aunque en el escueto escrito no lo decía, supuse que Biel quería que operásemos con normalidad, hipótesis por la que llamé al *diyei*.

El local se hallaba como lo habíamos dejado, limpio, ordenado y en penumbra. La imagen de miles de ejemplares que siempre me motivaba para iniciar la jornada, esta vez me imprimió un tremendo afán por desvelar los entresijos del caso, como hacían los protagonistas de las novelas de Conan Doyle o Agatha Christie. Tal vez el librero hubiese hecho descubrimientos y al revelarlos a la autoridad quedase excluido de culpa, para esa misma noche

dormir a pierna suelta, con el honor y la dignidad intactos.

Cerca de las diez, Cantera se plantó expectante ante la cristalera. Revisó el interior arrimado a la luna, con las manos curvadas evitó que la luz del sol le molestase para lograr su objetivo. Echó un vistazo a los alrededores y golpeó el cristal con los nudillos. Le abrió e irrumpió con sus andares impetuosos. Nos saludamos con un apretón de manos (la primera vez desde que le conocía). Mostraba un gesto de preocupación que manifestó también cuando se expresó.

Me preguntó si controlaba el paradero de Biel y si era verdad lo que afirmaban los medios de comunicación. Se sentía confundido, su corazón le decía que su amigo era incapaz de cometer los brutales actos que le achacaban, pero su cabeza sufría un constante bombardeo a este respecto. Logré apaciguarle, le expuse mi falso desconocimiento a la vez que le aconsejé hacerle caso a su conciencia.

Organizando las tareas se comportó de forma introvertida, según las desempeñábamos se animó y se refirió al asunto. Lo calificó de despropósito en lo concerniente a Biel, por lo tanto, de injusticia. Hablamos de otras materias, inevitablemente sin alejarnos demasiado del tema estrella. Poco a poco retornó su cargante palabrería sin tregua, sin embargo, la conversación fue cordial. Me noté nervioso, las intenciones del huído serían el origen.

Habíamos invertido tres cuartos de hora charlando cuando entró una persona. Venía hacia nosotros a la par que curioseaba cada rincón. De su hombro colgaba una abultada bandolera que le caía hasta la cintura. Me percaté de cuál era su propósito cuando se desenmascaró. Destapó una cámara fotográfica que cubría con la bolsa de tela y accionó el aparato en una veloz sucesión de fotografías. Nos enfocó a nosotros inicialmente y a cada recoveco de la librería después. Con la única separación del mueble donde atendíamos nos lanzó unas ridículas preguntas a bocajarro.

—¿Saben dónde está el señor Monteagudo? ¿Sabían lo que se traía entre manos?

—¿Qué? —respondí estupefacto.

—¿Saben si se trata de un ajuste de cuentas? ¿Qué relación guardaba con las víctimas?

Para mi sorpresa, Cantera se opuso con contundencia.

—No sabemos nada, sólo somos sus empleados, largo de aquí —le soltó saliendo del mostrador.

—Tranquilo, hago mi trabajo —replicó el fotógrafo con la cámara

alzada.

—¿Y qué se piensa que hacemos nosotros?, ¿posar para usted? Venga, váyase.

Cantera apuntó con el índice hacia la calle, le invitaba a marcharse, pero pronto se pasmó a causa del brete por el que estábamos a punto de pasar. Un tumulto de personas desfilaba por la acera colindante al escaparate, todas miraban hacia el local. Unos nos señalaban, otros asentían con convicción. Portaban micrófonos, cámaras fotográficas y de televisión. La masa se adentró formando una exagerada algarabía, la mayoría venía hacia nosotros, otros se dispersaron. Grababan y fotografiaban a discreción: las dos vitrinas, el atril antiguo de la entrada, los estantes, los lienzos que nos habían prestado para exhibir. Alguno se dirigió escaleras arriba, hacia la segunda planta, otro rebasó a Cantera directo hacia el fondo, donde estaban la sección de libros de autoayuda y el almacén. Siete u ocho, vociferando, se apresuraron hacia el *diyei*. Una joven se impuso sobre los demás, le empujó en la cara un micrófono con una caperuza rosa de espuma después de reproducir semejantes cuestiones que el fotógrafo.

—¿Están al tanto del refugio de Gabriel Monteagudo? ¿Conocen realmente al dueño de la librería?

Vinieron más preguntas de los reporteros restantes. Le fijaban un micrófono o una grabadora delante de su pasmado rostro y como no contestaba, insistían con otras preguntas, así una y otra vez. Al minuto del abordaje, grité como nunca lo había hecho.

—¡Esto qué es!, ¡no pueden entrar y avasallarnos! ¡Márchense o llamo a la policía!

Mis alaridos hicieron efecto y una parte de ellos obedecieron, otros se miraron dubitativos. Cantera empujó en la misma dirección.

—Largo, largo de aquí, o acaso tenemos cara de folclórica. Déjenos en paz, sus mentiras están destrozando una vida.

El comentario les dio la oportunidad para contraatacar:

«¿Por qué dice eso? ¿No cree que su jefe sea el autor? ¿Esconden información a la policía? ¿Con exactitud, cuáles creen que son esas mentiras? ¿Quién miente, las autoridades? ¿Protegen a su jefe? ¿Se entrevistaba con sus víctimas días antes de ejecutarlas? ¿Pertenece a una secta en la que el símbolo es una calavera atravesada por un cuchillo?».

Volví a utilizar la misma brusca técnica para ahuyentarles, con voces altisonantes y aspavientos, enfurecido por la sarta de falsedades que, aunque

conocía su existencia porque las habían detallado en los periódicos, en la radio y en la televisión, me encrespaban por oírlos provenientes de hombres y mujeres de carne y hueso que aseguraban que Biel era un criminal. Logramos echar al grupo más voluminoso, los rezagados salieron por su propio pie. Si bien asimilaban que no debían acosarnos, no se dieron por vencido y se apostaron cercando la entrada. Durante la disputa, varios vehículos con logos de cadenas de televisión y radio habían estacionado en doble fila frente a la fachada.

Habían sido cinco intensos minutos en los que resolvimos el problema, pero se nos planteaba otro de mayor complejidad, porque mientras merodeasen por las proximidades espantarían a la clientela, con lo que me vería obligado a cerrar, mantener abierto sin realizar ventas podría generar sospechas en los periodistas y en Cantera.

Discutimos astucias para persuadirlos con la finalidad de que despejasen las inmediaciones, hasta que decidimos que les hablaríamos con claridad y honestidad. Luego debatimos quién se encargaría, era mi responsabilidad, tampoco me fiaba de lo que Cantera pudiese desembuchar. Él también se ofreció voluntario, tal vez las cámaras le hubiesen seducido. Antes no había reaccionado al interrogatorio de los periodistas, pero había dispuesto de tiempo para reflexionar. No se trataba de que desconfiase de él porque fuese a despotricar contra Biel, eso estaba fuera de toda duda, era ese carácter de querer ser siempre el centro de atención lo que me atemorizaba, en todo caso, debíamos defender la reputación del establecimiento. Accedí a que fuésemos los dos, era una situación nueva para ambos, nos apoyaríamos el uno en el otro para sobrellevarlo con más facilidad.

No obstante, surgieron dos episodios antes de enfrentarnos con los profesionales de la comunicación. El primero no me cogió desprevenido, Cantera exteriorizó su peculiar naturaleza, extrajo un bote de gomina de su mochila y corrió al aseo, me anunció que se iba a peinar. El segundo sucedió de forma inesperada y con un soberano asombro. A mi espalda susurraron mi nombre de pila dos veces seguidas. Al volverme confundido, me confundí aún más. En la pared del fondo, disimulado por unos estantes, se ubicaba el almacén, en el umbral, un individuo me hacía gestos con la mano para que fuese en su dirección. Su cuero cabelludo era negro, lo tenía rapado hasta dejar una fina sombra, la cara la cubría con una barba oscura y cerrada, había en él cierta familiaridad. Volvió a reclamarme, esta vez a través de mi apellido, entonces lo advertí. La chaquetilla azul marino de lana que vestía

era idéntica a una que utilizaba Biel con frecuencia, además, reconocí la voz debido a que cada vez que nombraba mi apellido prolongaba la última letra. Increíblemente, estaba en la puerta del almacén, me exigía que me acercase. Acaté su deseo y aligeré el paso.

Sin su flequillo, con el rostro cubierto de pelo y con una brecha vertical y ennegrecida en la frente, pero era él. Sus ojos brillaban y la mueca de su boca me transmitió que necesitaba pronunciarse, pero extendí los brazos y le apretujé contra mi pecho con tosquedad.

—Qué alegría, has vuelto, ¿dónde estab...

—¡No Juan, escúchame, escúchame! —exclamó, se desasíó y me agarró de los hombros, nuestras caras quedaron una frente a la otra.

—¿Qué ocurre?

Me llevó dentro del almacén. Sobre una mesa desbordada de papeles y periódicos había una gorra y una cámara de televisión que explicaban la astuta manera que había elegido para llegar hasta allí.

—Os he oído. Vais a salir y vais a hacer que esa gente se vaya, tenéis que normalizar el negocio.

—Pero no hace falta, has vuelto, Matute y Carcelén fueron los que entraron en tu piso y seguramente hayan estado implicados en los asesinatos de algún modo. Si te entregas podremos aclararlo.

—No, esto no ha acabado, confía en mí, haz lo que te digo. A cambio de que se vayan les concedéis unas declaraciones, si no lo haces no se irán. Les he llamado yo de forma anónima asegurándoles que me encontraba en la librería. No permitas que Cantera entre al almacén, trabajar como siempre.

—Sí, claro, pero ¿por qué les has llamado?

—Hay alguien vigilando el establecimiento.

—Pero tengo que contarte muchas cosas, aunque... tú a mí también. ¿Cómo te has hecho esa herida en la cabeza?

Su mirada me concienció de lo que debía hacer, como si con ella nos hubiésemos comunicado. Salí del cuarto en penumbra y entorné la puerta. Al volverme, me sobresalté, Cantera se hallaba a escaso medio metro.

—Te buscaba, creía que lo habías hecho por tu cuenta.

—¿El qué? —dije despistadamente aposta.

—Llévate la gloria ante las cámaras. ¿Qué hacías en el almacén?

—Registrarlo, por si se había colado alguno. Vamos, se me ha ocurrido que podemos atender a sus preguntas si a cambio despejan la entrada.

—Qué bueno, tío, choca.

Me enseñó la palma abierta según caminábamos hacia el desafío, uní la mía con la suya en un rápido golpeo (esta acción también era la primera vez que la consumaba conmigo sin apartar la mano antes de contactar). Me llamó la atención su cabello, se lo había engominado dándole un aspecto plastificado.

Tardamos diez minutos en regresar, casi todo el tiempo fui yo el que habló, el *diyei* lució un inesperado mutismo. Acordé con los periodistas que permanecieran dos de ellos de guardia sin importunar a los clientes. Expuse mi opinión, falsa, como es lógico. Sus preguntas fueron orientadas hacia la localización de la guarida de Biel. Mis respuestas reflejaron un profundo desconocimiento, pero les facilité una pista postiza para que el trato resistiese. Manifesté el apego que el fugitivo profesaba por el sur del país, en concreto por la provincia de Cádiz. Les indiqué que solía veranear allí y que, quizá, poseyese un chalé por aquellas tierras. Esta cuestión no la confirmé para darles a entender que sólo nos relacionábamos profesionalmente. Le consultaron a Cantera, tartamudeó cuando los objetivos de las cámaras le enfocaron. Adujo que llevaba poco con nosotros y que apenas había alternado con el jefe, luego enmudeció.

Cumplieron con su promesa y desaparecieron, consideré que lo hicieron porque no encontraron relevancia en que hubiésemos abierto, no les importábamos tanto. Si quedaron dos o tres debieron de ocultarse porque no volví a ver a ninguno por las cercanías, este dato corroboró mi presunción anterior.

A la hora y media de la apertura al público, se presentaron los primeros interesados en exclusiva en la literatura. La asistencia creció hasta convertirse en un día cotidiano. Decidimos ser discretos, no hacer mención de nuestra realidad era lo más inteligente, asimismo, era consciente de que los clientes estarían al tanto, incluso algún fisgón acudiría sólo por el morbo. No quité ojo a la puerta del almacén en toda la mañana, al retornar del paripé con los reporteros me había fijado que estaba cerrada.

A la hora de la comida tanteé a mi reformado compañero (por lo menos en cuanto al trato conmigo), se había preparado un bocadillo en casa, como de costumbre. Le di diez euros sacados de la caja para que fuera a comerse un menú en el restaurante de la esquina. Se había quejado del ridículo efectuado por su inesperada mudez ante los micrófonos y de que sus amigos se mofarían cuando le viesan en televisión. Le solicité que valorase la entrevista y que luego me ilustrase con el veredicto que emitían sobre la librería. A la

vez le tranquilicé, era improbable que gastasen segundos de su preciado tiempo en difundir su imagen, no les había reportado las pretensiones a las que aspiraban.

Le dije que me comería allí el arroz con pechuga de pavo que había cocinado por la mañana, alegué molestias estomacales originadas por los nervios. Unos instantes después de su partida, me precipité hacia la puerta de cristal para echar la llave.

Antes siquiera de girarme, escuché la voz del librero, se escondía detrás de uno de los caballetes que sostenía un lienzo pintado al óleo. La obra representaba un sendero de tierra rodeado por un bosque rojizo en la estación de otoño. Era tan hermoso que sus rasgos me sugirieron los de un mundo idílico. Me hubiese apetecido internarme por ese camino para perderme entre la vegetación frondosa hasta que los crímenes se aclarasen.

—Es preferible que volvamos al almacén, mejor no arriesgar, te podrían ver —le dije.

—Sólo quiero que compruebes los vehículos. Anoche tuve intención de entrar, pero al comprobar los alrededores vi a unos tipos en actitud vigilante.

Me dispuse a ello.

—Será difícil, sabes que el ajetreo en esta calle es de locos. Veo un par de furgonetas, una es blanca, tiene las lunas traseras tintadas, la otra es similar, azul, el resto son coches.

—Yo también reparé en esos furgones. ¿Ves si el azul tiene uno de los intermitentes traseros cascado?

—El mismo.

—Si vigilaban la tienda cuando estaba cerrada ahora con más razón. No hay problema, aquí estoy a salvo.

—Podías haberte quedado anoche en mi casa.

—No quiero meteros en más problemas ni a ti ni a Chavela.

El almacén era un pequeño cuarto con una bombilla en el techo. Contenía ejemplares de libros en depósito amontonados en pilas recostadas contra cajas de cartón. El único mueble era un escritorio sin cajones donde acumulábamos papeleo. Unos caballetes de madera y productos de limpieza eran otros enseres.

Aparte de la moderna y manejable cámara de televisión, había traído una mochila, estaba apoyada sobre la mesa, junto a una lata de atún vacía y un cartón de zumo. Calenté el arroz en el microondas del despacho y lo compartí. Biel se había agenciado alimentos en el caserón de Soria. Por sus

palabras, que señalaban a la seguridad que sentía en el local, deduje que de momento sería su guarida.

Le narré detalladamente mis aventuras en Asturias, desde el abordaje a la habitación del hotel por parte de Samuel Fernández y el contenido de sus rememoraciones, hasta el lance tenebroso con Matute, Carcelén y *Simbad*. Respecto al joven del chándal me pidió disculpas por haber rechazado mis conjeturas una semana atrás. Se desconcertó por la intervención de este misterioso sujeto. También le informé sobre la reunión con Carla en la pensión Savannah y de lo vivido con Cambados y el trío de agresores que me atacó. Se mostró inalterable menos cuando se percató del peligro que me había rondado, me agradeció el esfuerzo y la implicación. En otras circunstancias le habría pedido un aumento de sueldo, pero nos acechaba una sombra trágica, como cuando un ser querido fallece, las bromas estaban de más.

—Sabemos que esos dos policías estaban involucrados, el impedimento para que les acusases es que deberías justificar cómo lo has sabido, son capaces de atribuirte sus muertes —me dijo según pinchaba un trozo de pavo con desgana.

—Carla me advirtió de que estaban manejados por alguien, que fuese prudente.

—Hay que serlo, me da la sensación de que hasta las abuelas y los niños me persiguen.

—A mí me pasa algo parecido. Por cierto, ¿le has dicho a Carla que has vuelto?

—Tú eres el único que lo sabe, te prohíbo que le digas nada, ni a Matilde, y mucho menos a Cantera, ya sabes cómo larga, no quiero exponerles al riesgo. Además, Carla me insistiría para que me entregase, cada vez que he ido a una entrevista me ha recalado que a la primera sospecha que no dude en marcharme.

—¿Pero has pensado qué haremos ahora?, no puedes refugiarte aquí para siempre.

Me miró como si no lo hubiera considerado, como si su único objetivo hubiese sido alcanzar la librería creyendo que a partir de entonces acabaría la pesadilla. Sus pupilas parecieron posarse en un lejano horizonte, como si, tal vez, estuviera sopesando otra alternativa.

En la tela de araña

Antes de que Cantera regresase, me describió su huida y sus prolegómenos. Inició el relato desde el domingo, para mi punto de vista poseía un arrojio impropio de un ciudadano corriente.

Tras dejarme en la puerta de casa recién llegados de Ciudad Real, se trasladó a su apartamento, recogió lo que faltaba del desorden creado por los maleantes y especuló con las extrañas reacciones de Jorge Villanueva. Era evidente que, si no mentía, no había dicho todo lo que sabía. Fue amable y mostró un talante risueño, pero en pocos minutos se transformó en una persona temerosa, era incomprensible la metamorfosis, a no ser que encubriese otra realidad. Biel le dio un par de vueltas sin definirse por nada en concreto.

Con el apartamento restablecido, llamó a Carla para terminar la conversación que se había cortado debido a la batería agotada. Dialogaron treinta minutos en los que fijaron una hora para desayunar, donde le entregaría la cajetilla de tabaco proveniente de la sacristía. Además, comentaron el descubrimiento de Blanca acerca de la conexión entre los tres empresarios asesinados que los medios divulgarían al día siguiente. Al cumplir con la inspectora se le ocurrió telefonar a Pedro, el periodista, sin duda estaría documentado en una noticia de semejante categoría, pero no contestó.

De su semivacío frigorífico de soltero no quiso ingerir alimento ni bebida, el asalto a su vivienda fue la causa. Desplegó una bolsa de basura y se deshizo de todo, de la poca comida, de la leche, del café soluble y hasta del alcohol que guardaba en el armario, al lado de las latas de carne de Amadeus, no se salvó ni el hielo de la cubitera.

Llegada la noche, optó por bajar a la calle, abandonó la basura en el contenedor y fue en busca de la cena. Se lo tomó como un paseo, para respirar aire fresco y oxigenar las ideas.

Abstraído en la cantidad de sucesos que habían transcurrido durante la

semana, no reparó, hasta que no estuvo a escaso medio metro, en que un individuo con las patillas anchas y largas le decía algo. Tras el sobresalto, se relajó, pues sólo le preguntaba la hora. Biel respondió, el desconocido sonrió como mofándose y le dejó atrás. Biel no le dio importancia al desprecio, sólo pensaba en la cena.

Una callejuela después se internó en un local donde se concentraba una abundante variedad de especialidades de comida para llevar. Escogió un bocadillo de tortilla de patatas, aparte de las de la señora Matilde, jamás las había probado como las de este establecimiento. Mientras se lo preparaban, entró un tipo trajeado y con perilla que le dio las buenas noches. Al instante, un hombre vestido de cocinero, incluido un gorro largo y plisado, se presentó tras la barra desde la parte trasera y saludó al nuevo cliente. Éste pidió tres hamburguesas y botellines de agua. El empleado asintió y se volvió a la trastienda.

Se creó un clima típico de un ascensor cuando uno se cruza con un vecino con el que no tiene confianza. El ruido de la urbe se filtró. Los dos se situaban de cara al mostrador. Biel sacó el móvil para comprobar si su amigo le había devuelto la llamada. Por un momento, tuvo la sensación de ser observado por el otro cliente. Al poco, el empleado irrumpió con una bolsa translúcida, se distinguía el papel de plata que envolvía el bocadillo y una lata de cerveza.

Biel retornó a paso ligero para que la cena y él no se enfriasen, también pretendía hablar con Pedro, pero un hecho significativo suscitó su atención. A diez metros del portal, cuando extraía las llaves del bolsillo del pantalón, apresurado porque empezaba a tiritar, se le cayeron al suelo torpemente. Al volverse y acuclillarse para recogerlas, detectó un movimiento interrumpido en la esquina recién traspasada, como si alguien hubiese retrocedido. Biel disimuló, tras atrapar las llaves continuó hacia su apartamento.

La tortilla saltó a un segundo plano, la prevención le embistió y le forzó a alertarse. Fue a insertar la llave en la cerradura, pero no atinó. Se sugestionó, creyó que le atacarían, un helar súbito le embargó cada poro. Ajustó la llave al mismo tiempo que echaba la vista hacia atrás, pero a su espalda no había nadie, la amenaza sólo había existido en su imaginación.

No era óbice para que lo percibido tras la esquina no fuese auténtico, así que se parapetó tras la puerta de acero y cristal. En los siguientes sesenta segundos una sucesión de coches circuló por la calzada colindante a la acera, pero ningún peatón pasó por delante del edificio de su comunidad.

Los automóviles cesaron su transitar, entonces, distinguió al otro lado de la carretera, en la hilera de vehículos aparcados, un todoterreno negro con las lunas tintadas, y en su interior un ocupante sentado al volante. Invaso por el estupor, vio al que le había solicitado la hora trotar desde las inmediaciones del portal hasta el todoterreno, tuvo que atravesar el asfalto. Se subió, Biel supuso que arrancaría, pero en vez de ello sus conjeturas comenzaron a tomar forma cuando llegó el tipo con el que había coincidido en el establecimiento de comida, éste se introdujo por la puerta del acompañante.

En el apartamento, levantó la persiana del salón y encendió la lámpara. En penumbra se arrimó a la ventana de la cocina, entre las cortinas vigiló a sus vigilantes. No creía en esa clase de casualidades, dos de las tres personas que habían contactado con él en el cuarto de hora que distó desde su marcha hasta su regreso, se hallaban reunidas junto con otra enfrente de su edificio. Después de lo vivido en los últimos días no le quedaba más remedio que preocuparse por el giro de los acontecimientos.

Expectante, apenas mordisqueó el bocadillo, curioseó a los sujetos que a la vez también comían y también le acechaban. Los dos de los asientos delanteros miraban constantemente hacia arriba, bien podrían vigilar las ventanas de su apartamento. Aún albergaba la esperanza de que su presencia fuese justificada por cualquier circunstancia ajena a él, pero había efectuado preguntas que le comprometían, entendió lógico que en un asunto farragoso como en el que estaba inmerso, aquello le sucediese.

Se concentró en sus gesticulaciones y movimientos, en cómo se expresaban, en cómo reían, masticaban y bebían, con un comportamiento tan normal, tan humano, que controlasen sus pasos le aterró. Una idea turbadora le atacó el cerebro como lo hacía Amadeus a sus pies con los restos de tortilla: ¿cuántas horas o días hacía que mantenían esa actitud? No descartó que fuesen los mismos en asaltar su hogar.

La nueva orientación del caso de los empresarios se inclinó inevitablemente hacia su persona cuando el periodista le reclamó mediante el móvil. La llamada pendiente se había borrado de su cerebro, igual que Pedro le anunció de malas maneras que borraría su número tras colgarle. El alarmante tono con el que le abordó le despabiló, el contenido de su mensaje le abrió los ojos.

—¡¡¡Ohhh, tío!!!, ¡eres un cabrón por utilizarme! Mañana sales en todas las portadas, tú has matado a esos empresarios. ¡Asesino loco! Ojalá

te cojan y no salgas de la trena. No tengo que ver contigo, pirado. Ahora mismo elimino tu número. ¿Cómo he podido dejarme engañar? ¡Cabrón!

La ferocidad de su amigo, pero también la ofuscación de Biel por no interpretar del todo de qué se quejaba, no le permitieron defenderse, ni siquiera pudo pronunciarse. Se dedicó a mirar los arrumacos de su mascota mientras era ultrajado y le achacaban una insensatez. Las pupilas de los ojos de Paul Newman se dilataban y se encogían, como si el animal tradujera los altisonantes improperios procedentes del auricular y fuese consciente de la odisea que le aguardaba a su dueño en los próximos días. El choque nervioso le sumió a Biel en un estado alterado, sus sentidos flotaron en un mar de escepticismo y lo único que fue capaz de asumir, fue que se trataba de una broma de mal gusto. Sin embargo, se sorprendió contemplando el todoterreno negro, la incredulidad se convirtió en certeza y las piezas encajaron; le habían propuesto como cabeza de turco, además él lo había facilitado para que así fuese.

Con la mirada emplazada en la profundidad de la calle, acariciando a Amadeus, tomó una decisión. Devolvió la atención al desafío y resolvió cómo afrontaría el reto más difícil de su vida.

Supuso que le controlarían hasta que por la mañana fuese la policía, o quién sabe si no le detendrían en mitad de la madrugada o, quizás, tirasen la puerta abajo en los siguientes minutos. Apagó la lámpara del salón y volvió a la ventana de la cocina, del vehículo saltó el que le pidió la hora. La puerta del portal y la del garaje se hallaban en línea en la misma fachada, frente al todoterreno, separadas por pocos metros, no había otro modo de salir del edificio, estaba obligado a despistarlos. Sin tener claro todavía a qué se atrevería, creyó que lo mejor sería activar de nuevo un par de lámparas, para que pensasen que permanecería en el apartamento el resto de la noche. Con las estancias iluminadas, el de las patillas largas volvió a su madriguera, como Biel había presumido.

Reflexionó qué opción sería la más apropiada para no ser cazado. Descartó hacerlo a través de su coche, porque incluso en el caso de que no lo tuviesen tanteado, le sería difícil ocultar el rostro, prefirió no arriesgarse con ese método. Se dijo que sería factible de celebrarse los Carnavales, lamentablemente, faltaban cuatro meses para la festiva fecha, pero esa idea atrajo otra.

Animado por la ocurrencia, se puso en marcha y rellenó los cuencos de agua y de comida de Amadeus. El minino, indiferente, cruzó la cocina con

paso lento, buscaba un rincón donde reposar el festín de pan y tortilla. Biel, presionado por la imprevisibilidad de cuándo actuaría la autoridad, entró en una de las habitaciones y apartó un par de caballetes que había conservado de su madre. De una caja de cartón extrajo una bolsa de ropa, le reconfortó porque era parte de su pasaporte.

La vació sobre la cama. En primer lugar, eligió la falda de pliegues de color azul marino con la que se disfrazó hacía unos años para una fiesta la noche de Carnaval. Luego seleccionó otros dos objetos que destinaría para pretender despistar a sus guardianes, también integraron el atuendo de aquellos lejanos festejos: una peluca rubia de melena corta y unos pechos de plástico, ambos accesorios adquiridos en una tienda de disfraces. Completó la vestimenta con la pieza clave, una capa verde abedul con cuello de piel, era amplia y cómoda. Después de unas semanas todavía esperaba a que su dueña la reclamase junto con un gorrito a juego que también aprovecharía. Quizás, si había algo que desentonaba, eran las zapatillas deportivas que calzaría. Aunque, bien visto, esto era lo de menos, porque a quien debía engañar era a hombres, y de mirarle, con probabilidad no lo harían a los pies.

Se imaginó vestido con falda, no quiso detenerse demasiado a rumiarlo, no fuese a ser que se arrepintiese. Se percató de que el descubrimiento de los perseguidores y la llamada de Pedro le habían conferido una dosis de osadía adicional, porque en condiciones normales habría descartado el disfrazarse.

Como tenía que trasladar ropa para mudarse superado el apuro, cogió un capazo de tela para la compra adornado con estrellas y lunas que nunca había utilizado, era asequible que sus vigilantes no fuesen expertos en la versátil moda de mujer. Media hora le costó arreglarse y acicalarse. Repasó la estampa en el espejo del recibidor, calculó la vergüenza que sufriría si después de todo le apresaban. Concluyó que, si le capturaban, ese sentimiento de escasez de honra se vería relegado por otros de mayor fuste.

El dobladillo de la falda de pliegues le llegaba por encima de las voluminosas rodillas. La capa, por fortuna, era lo suficientemente amplia, los prominentes bultos que le sobresalían a la altura del pecho lo requerían. En lo relativo a esta cuestión dudó si llamaría la atención de los varones del todoterreno. La peluca rubia de melena corta y el gorrito se los colocó de tal forma que le tapasen el rostro recién afeitado. Se acordó del maquillaje que había comprado para la misma fiesta de Carnaval y que le había regalado a la señora Matilde hacía unos meses, le habría reportado mayor seguridad.

Se despidió de Amadeus con unas caricias, el gato le miró desorientado. Tal vez porque había corrido de una habitación a otra para organizarlo todo y desfilado por el pasillo simulando andares femeninos, aparte de contonearse con un capazo al hombro. Echó un último vistazo a la casa, la lámpara del dormitorio permanecería encendida tras su marcha. El minino, sentado junto al marco de la puerta del salón, le observó con curiosidad. Cerró con llave, resopló y se dirigió al ascensor.

Con la manilla de la puerta del portal agarrada, divisó a sus guardianes dentro del todoterreno. Aguantó a que se abriese el semáforo ubicado cincuenta metros más abajo y según circularon una docena de automóviles entre sus vigilantes y él, abandonó el vestíbulo de la comunidad.

En la acera, a los pocos pasos, recordó que debía moverse con menos brusquedad e inició el contoneo practicado en el pasillo. Cogió con firmeza la correa del capazo enganchado al hombro, al poco, el sudor de la palma humedeció la tela. Había introducido un pantalón vaquero y la cazadora ocre, además del dinero en metálico del que disponía, las tarjetas de crédito, la documentación, la identificación falsa de policía y el teléfono móvil apagado. No sabía si le habían visto, le tentó volverse para comprobarlo, pero se retuvo. El ritmo era de paseo, pensó en apresurarse, pero se desenvolvía con soltura y optó por no arriesgarse. No alcanzó los sesenta segundos el tiempo que se exhibió ante ellos, lo juzgó interminable. Al girar en el vértice de la construcción de viviendas, se detuvo y resopló.

No tardó demasiado en emprender la huida, y con una carrera alocada se plantó en la librería en cinco minutos. Hubo a quien le llamó la atención verle disfrazado, otros no se inmutaron.

Se vistió a la vez que se tomaba un par de cafés de la máquina. Desconocía el contenido, pero era indiscutible que sería una noche muy larga. En el despacho, colgó la cazadora en el respaldo del sillón del escritorio con el carné profesional y la placa en el bolsillo. En el almacén, insertó la nota en el ejemplar de Don Quijote de la Mancha. Luego se puso la parka que guardaba para cuando le sorprendía la lluvia y se dirigió hacia el siguiente destino, el apartamento de la señora Matilde.

Suspendió la narración cuando alcé con insistencia el brazo con el dedo índice estirado. Él también habría reparado en la coincidencia por la reciente explicación de mis movimientos, pero sería oportuno confirmarlo.

—Esos del todoterreno son los mismos que me atacaron a mí —dije

indignado.

—Eso es, al librarme de ellos fueron a por ti, supongo que creyeron que tú sabrías dónde me escondía. ¿Quiénes serán?

—Unos desalmados, eso por descontado. Según Cambados, los sustitutos de Matute y Carcelén, pero obrando con mayor destreza.

—Puede que sí, aunque nos hayamos escabullido los dos, aparentan un empaque que atemoriza. Los *polis* corruptos por lo que dices asustaban, pero intuyo que actuaban sobre la marcha, estos otros están más preparados.

—Disculpa la interrupción. Continúa, faltará poco para que vuelva Cantera.

Se desplazó por medio de un taxi, antes, durante y después del trayecto se cercioró de que no le seguían. Surgido de la creencia de que a través del teléfono podrían localizarle, lo había desconectado, aun así, no se fiaba del todo y vaciló en cuanto a deshacerse del aparato. Si no lo hizo fue porque podría serle de utilidad más adelante, incluso su única herramienta de escape.

A su adorada asistenta del hogar le solicitó su vehículo, un Seat 850 rojo comprado en el año 1973, preservado en unas condiciones inmejorables. Era el automóvil menos indicado para una huida, pero carecía de posibilidades para conseguir otro de forma legal, sin embargo, le permitiría continuar con su propósito. La interpretación que le ofreció sobre una conspiración establecida en su contra no la convenció, adujo con lógica que acudiese a las autoridades. Definitivamente, unas palabras arrojadas desde el corazón lograron que cediese a sus súplicas: «Por favor, Matilde, confía en mí, y escuches lo que escuches no les creas». Biel la prometió recompensarla, ella se negó, le aseguró que a sus cincuenta y tantos era el único hombre de los que había conocido en el que vertería toda la confianza que una persona podría depositar en otra.

El trayecto hasta Salduero, su localidad de nacimiento, consistía en unos doscientos treinta kilómetros, regularmente tardaba tres horas en cubrir el viaje, con la antigualla de la señora Matilde lo realizó casi en cinco. Se detuvo a repostar en una estación de servicio a las afueras de Madrid distinta a la habitual, después, sin más interrupción hasta su llegada en plena madrugada.

La propiedad se hallaba a las afueras del pueblo. En la casa adyacente residían una pareja de ancianos, el señor y la señora Hernán. Estos vecinos

eran los únicos en las inmediaciones, se rodeaban de campos de labranza y de las faldas de un monte. Pese a que el caserón integraba un cobertizo, Biel dejó el coche en una calle de la localidad y entró a hurtadillas, tal que un delincuente. Durante esa madrugada y la mañana siguiente escuchó la radio y la televisión con el volumen al mínimo, soportando acusaciones hacia su persona. Con cada programa, tertulia o boletín informativo la rabia crecía, hasta que se percató que sólo conseguía mermarse la moral, era como fustigar su espíritu a latigazos.

Al mediodía, según vigilaba a través de finas ranuras que las contraventanas le brindaban, vio llegar un todoterreno de la Guardia Civil. Creyó que ése sería el final de su aventura, se arrepintió por no haber continuado la huida. Se frotó el rostro y notó que los nervios le atacaban el estómago.

La pareja de funcionarios descendió del vehículo con tranquilidad, como si encarasen una acción rutinaria, aunque los fusiles automáticos que sujetaban contradijesen esta disposición. Uno de ellos conversó con la parte masculina del matrimonio Hernán, el otro comprobó que la puerta de la valla de barrotes de hierro forjado que cercaba el caserón estaba cerrada. Se paseó por los alrededores, aparentemente buscaba indicios de presencia en el interior. Biel se pegó a la pared y tuvo mucho cuidado cada vez que les espío por las rendijas. Al poco, se marcharon. Desde entonces, el señor Hernán, aparte de trabajar en su huerto y de sentarse en el porche, echó constantes miradas hacia el caserón. Además, una patrulla de la Guardia Civil se detenía cada tres cuartos de hora y repasaba el vallado.

Biel utilizó una linterna y velas de cera para moverse. Comió latas de atún, embutidos fríos y nueces que almacenaba para sus estadias. Caminó por la casa. Leyó libros de la biblioteca de su padre. Pero, sobre todo, meditó en la combinación de factores y circunstancias que le habían inducido a vivir en la clandestinidad.

En la tarde-noche del miércoles inspeccionó los exteriores, como hacía cada poco rato. Luego se aplicó en cambiar de aspecto, para ello recurrió a unas tijeras y a una navaja de barbero obtenida de los objetos personales de su padre. Entregado en su cometido frente al espejo, el chirriar de unas bisagras le alertó. Sus oídos prestaron toda la atención en el silencio de las lúgubres habitaciones. Sólo el aseo estaba alumbrado con una vela de sutil llama, por lo que se movió con ligereza y se dirigió a una de las estancias en penumbra. En ella echó un vistazo fugaz por las rendijas de la

contraventana, no sólo no vio ningún vehículo de la Guardia Civil, sino que la carretera colindante estaba libre. En la casa de los vecinos había luz.

Con precaución, se situó detrás del tabique que soportaba la puerta abierta. Automáticamente, alzó la navaja a la altura de la barbilla y aguardó. No apreció más que los latidos acelerados de su corazón. Rogó haberse sugestionado por la tensión que estaba sufriendo, creyó que todo consistía en una falsa alarma, pero en el preciso instante en el que lo pensó, una figura negra apareció bajo el umbral. Su brazo se lanzó hacia la silueta con la cuchilla en la mano, pero le agarraron de la muñeca y un impulso seco originó que se girase por completo sobre sí mismo. El brazo retorcido le impedía cualquier resistencia, el acero cortante se cayó al suelo. Le habían apresado para llevarle al paredón, o peor aún, le ajusticiarían en aquella habitación, sin juicio ni pérdidas de tiempo.

—Estese quieto, soy Jorge Villanueva, el dueño de El Corderito Valiente, no he venido a hacerle daño, le soltaré si está tranquilo, ¿estamos?

Los intensos susurros le ofuscaron aún más, comprendió que el mensaje era positivo para su subsistencia, pero la intrusión y la brusquedad le obligaron a desconfiar. Perdido en su mente, buscaba una evasiva, hasta que la opresión se aflojó. El individuo se ladeó para inclinarse y mostrarle el rostro. A pesar de que le había dicho su nombre, Biel se asombró. Pero no estaba dispuesto a arriesgarse, y aprovechando que le había liberado mínimamente, se revolvió con furia. Jorge Villanueva luchó para sujetarle, Biel logró soltarse un brazo con el que intentó hacer presión contra la pared y así desasirse, pero lo único que consiguió fue activar el interruptor. La blanca iluminación que proyectó la lámpara del techo le paralizó, los brazos de su oponente le apresaban.

—Estese quieto, Gabriel, vengo a ayudarle —anunció Villanueva.

—Qué es esto, no tiene derecho a...

—A qué, se le ha olvidado que fue usted quien vino a mi negocio con una identidad falsa.

—Suélteme, hay que apagar la luz, mi vecino no quita ojo a la casa.

Villanueva levantó los brazos con rapidez, la misma que utilizó Biel para, con la base del puño, golpear el interruptor y hacer desaparecer la iluminación. Luego se arrimó a la ventana y revisó el exterior. Ya era de noche, el señor Hernán estaba en el porche de su casa, miraba atentamente hacia el caserón, tenía la puerta agarrada, se internó con urgencia.

—No se preocupe, me he colado por una ventana de la parte trasera, no

me ha visto nadie, tengo controlada a la patrulla de la benemérita, falta media hora para que vuelva —informó Villanueva.

—Ha visto la luz, me marchó, usted haga lo que quiera.

Biel se dirigió al recibidor, cogió una mochila que tenía preparada sobre una silla y se la puso a la espalda, Villanueva le observaba con curiosidad.

—De acuerdo, tranquilícese, buscan a una persona, he dejado el coche en una callejuela, le llevaré donde desee.

—Ni hablar, ahí se queda —dijo saliendo al patio que precedía a la entrada.

—Espéreme...

Ambos esprintaron hasta el vallado de barrotes. Biel se encaramó y lo saltó, Villanueva también lo rebasó, pero éste exhibió una agilidad sorprendente para su corpulencia. Después Biel caminó deprisa, cuando pasó a la altura de la casa del matrimonio Hernán, vio que la cortina se movía ligeramente. Corrió hacia el pueblo, Villanueva le siguió.

Trotaban hombro con hombro, entre dos hileras de automóviles aparcados en una calle estrecha y oscura, pero Biel se cansó de su incómodo acompañante.

—Por qué me sigue, váyase. ¿No se da cuenta de que no quiero saber nada de usted?

—A mí también me persigue alguien, sólo quiero que me cuente lo que ha averiguado.

—Olvídeme, Villanueva, yo no sé nada...

La réplica de Biel fue interrumpida, Villanueva le agarró del brazo y tiró de él con tanta fuerza que se cayó al suelo, detrás de una furgoneta. El hostelero, acuclillado, le tapó la boca con una mano, con la otra le hacía gestos para que se calmase. Al instante, unas voces alarmadas junto con el tañido de unos pasos apresurados le sugirieron al librero el motivo de la actitud de Villanueva. Desde el adoquinado, Biel comprobó que se trataban de dos policías locales que doblaban la esquina, mencionaron su nombre y el de su vecino.

Al quedarse solos, Biel y Villanueva se incorporaron, se miraron a los ojos y se entendieron.

—Tiene razón, coja su coche y márchese antes de que hilen una tela de araña para atraparle —dijo Villanueva.

—¿Cómo me ha localizado? —le preguntó Biel.

—Es más sencillo de lo que piensa, vi su matrícula cuando vinieron a entrevistarme. El mismo domingo ya sabía quién era usted, tengo amigos que hacen ese tipo de favores. Me dijeron que era el propietario de un apartamento en Madrid, de una librería y de este caserón. En realidad, creía que no estaba aquí, con la Guardia Civil encima pensaba que no se habría atrevido. Simplemente he entrado para fisgonear, pero mira tú por dónde...

—Pero ¿por qué lo hace?

En la cara de Villanueva se plasmó una mueca de condescendencia.

—El sentimiento de culpa es muy jodido, necesito redimirme, aunque sea difícil.

—¿De qué?

—Dígame dónde irá, tal vez le visite.

—Supongo que a mi librería, ¿sabe dónde está?

—Yo y toda España. Deberá abrirla cuando pueda y esconderse, ¿puede confiar en alguien para ello?

—El chico con el que fui a entrevistarle es mi ayudante.

—No se lo prometo, pero si me envalentono como lo he hecho hoy para venir hasta aquí, iré el viernes por la tarde y aclararé sus cuestiones, y espero que usted aclare las mías.

—Si usted cree que le puedo servir de algo, lo intentaré.

—Una cosa más —Villanueva ensombreció el rostro—. ¿Cómo pudo escapar tan rápido de Madrid?

—Me enteré de que iban a por mí por un golpe de fortuna, si es que en esta situación se puede utilizar esa expresión, a través de un periodista.

—Sin duda es la causa por la que no han echado la puerta del caserón abajo, llevan tres días peinando Madrid.

Unos golpes en el exterior del almacén nos aproximaron al presente. Me asomé, Cantera aporreaba el cristal con la base del puño, me importunó por si Biel tendría algo más que contarme sobre Jorge Villanueva.

—Pero ¿va a venir hoy aquí? —me quejé.

—Suspiro por ello, es mi única esperanza.

Advertí mi comportamiento egoísta cuando a él la incertidumbre de su futuro le corroería por dentro.

—Luego discutimos lo que vamos a hacer. Quiero que sepas que no estás solo, voy a ayudarte en lo posible para que recuperes tu vida —rectifiqué.

—Gracias, Juan.

—Por cierto, ¿cómo te has hecho esa brecha en la cabeza?, parece infectada.

—Un accidente.

—Espera, otra cosa. ¿Por qué has tardado un día en contactar conmigo?

—¿Qué? Será mejor que le abras a Cantera antes de que sospeche. ¡Ah!, se me olvidaba, tengo apagado el móvil, no me fío todavía, si viene Villanueva no me avises hasta que mandes a Cantera a casa y cierres la tienda, eso es.

Me intrigó que no respondiese a mi última pregunta, distinguí en su ceño que le había atrapado de improviso. Al dirigirme hacia la entrada, me percaté de que el plan podría variar fácilmente, el *disc jockey* estaba acompañado.

Cambio de cabeza de turco

Cantera espiaba el interior con tenacidad, desde distintas posiciones y enfoques. Detrás de él, la inspectora Sandemetro aguardaba con su acostumbrado aire desapacible. Al abrir la puerta, y mientras les sujetaba la hoja acristalada, Carla rebasó a mi compañero. Me miró con recelo según atravesaba el umbral, se adentró con su andar solemne. El *diyei* agitó la mano a su espalda. La contempló de arriba abajo con una gesticulación surgida de lo más profundo de su obscena mente, luego disimuló cuando ella se volvió de repente.

—Voy a colocar la estantería esa... ya sabes —anunció el descarado de Francisco José, se apresuró hacia el mostrador.

Pese a escamarse y reflejar un semblante arisco, observé en el rostro de Carla un esplendor inédito, un lustre que brotaba de sus ojos hasta invadirla. Tras seguir con mirada suspicaz la marcha de Cantera, se centró en mí.

—¿De dónde os saca Biel, de un circo en quiebra?

—Gracias, de niño quise ser domador de fieras —recalqué la última palabra.

—Pues te has quedado en payaso. ¿A qué viene ese espectáculo televisivo? —declaró desenmascarando el porqué de su aparente enfado.

—Qué quieres que haga, se me han plantado aquí un regimiento de periodistas, exigían respuestas.

—¿Qué creías que sucedería al abrir la tienda?, ¿cómo se te ha ocurrido semejante idea? —hizo una pausa para solicitar una explicación, pero, finalmente, se relajó—. Porque la cosa ha cambiado, de no hacerlo Árcamo habría venido a cerraros el chiringuito.

¿A qué se refería? Dudé de que ignorase el retorno de Biel, pero después me dije que tendría que tratarse de otro asunto y fingí.

—¿Es que hay noticias de... —terminé la frase susurrando— ...nuestro pariente?

Miró a Cantera, que pululaba en torno al mostrador.

—¿Podemos charlar en aquel cuarto? —preguntó señalando con el

pulgar hacia el almacén.

—Pues... no —dije distraído—, está hasta los topes. Y en la calle tampoco, tus compañeros estarán rondando. ¿No es un poco arriesgado que vengas?

—Por eso no te preocupes, han renunciado a vigilar la librería.

—¿Cómo así?

Procuré adelantarme a lo que me tenía que transmitir mientras salíamos, pero una especie de neblina me embotó.

En el exterior, el transitar de vehículos y peatones era constante. Era cierto, los furgones de los que habíamos sospechado habían sido sustituidos por una grúa y una moto. Se juntó mucho a mí, alguien podría haber supuesto que éramos pareja, dejó una mínima separación. Olisqueé su aroma fresco, frutal con un toque a madreSelva, debía de estar animada. Me sentí acorralado entre ella y la luna del escaparate. Volvió el mismo efecto que había experimentado con anterioridad, ese brillo en sus pupilas la delataba, sólo podía corresponder a una buena noticia.

—Pronto acabará todo, han suspendido la vigilancia porque han encontrado indicios contra Matute y Carcelén, van a acusarlos de los homicidios. Chantajeaban a los empresarios hasta que decidieron matarlos. Árcamo no está conforme, pero las órdenes vienen de arriba. Además, desconocen que han muerto, al parecer, alguien se encargó de recoger los cadáveres cuando te los quitaron de encima.

No me alegré, supe que no concluiría porque sabía que ellos no eran los culpables, no de ese delito. Cambados lo había dicho, ni siquiera fueron capaces de retenerme a mí, ¿cómo iban a sorprender a tres exmercenarios?

—Claro, así de fácil.

Mis reticencias y mi falta de ánimo la alertaron de nuevo.

—¿Qué te callas?

Opté por exponer mi creencia antes de que detectase que encubría el paradero de Biel, éste no quería que lo supiese nadie más, y eso la incluía a ella.

—Vamos, Carla, yo sé que esos corruptos no son los asesinos, así que supongo que tú también.

—Y qué más da, cabeza de chorlito. ¡Con tal de que se libre Gabriel como si se los endiñan a los Reyes Magos! —berreó, una señora que acababa de pasar a nuestra vera se giró para mirarnos—. Mierda, se va a enterar todo Madrid.

—¿Así?, ¿sin más?, ¿acusarán a otros y Biel será exculpado?, ¿podrá salir?

Cuando de niño cometía una travesura o de adolescente una fechoría y mis padres me examinaban con la mirada, automáticamente percibían mi responsabilidad en el asunto por mi reacción. La inspectora me estudió del mismo modo, con un largo silencio. Resistí y me mantuve firme, las cacofonías del tráfico y los murmullos de la gente nos cercaron.

—¿Salir de dónde?

—De... donde quiera que esté.

—¿Me ocultas algo, Acosta?

Repitió la jugada, pero esta vez, paulatinamente, sus luceros de azúcar moreno se transformaron en llamas, como dos saetas ardiendo a punto de ser lanzadas. Rememoré a Samuel Fernández e Isidro Cambados descubriendo mis mentiras y varié de táctica.

—Claro, los payasos de circo lo tenemos confinado en la trastienda, le traemos comida y hace sus necesidades en un cubo —le asesté con petulancia.

Me desafió con sus bonitos ojos. Luego echó un vistazo sesgado a través del escaparate. Sacudí la cabeza, contraí la comisura e hinché el pómulo, sus figuraciones se disiparon.

—¿Ese salido y tú?, ¡venga ya!, os lo habría notado, pichoncillos.

Entorné los párpados para exteriorizar mi disconformidad, interpreté para sostener la mentira. Por dentro me carcajeaba porque era la primera vez que le ganaba una baza.

Nos pusimos de acuerdo en llamarnos cuando las acusaciones de Matute y Carcelén fueran oficiales. Nos despedimos con desapego, con un simple «hasta la próxima» por parte de ella y un indiferente «chao» por la mía. Caminó con porte elegante, resultaba curioso que derrochase estilo a espuestas y que a la vez se expresase con brusquedad. Antes de alejarse demasiado se volvió, me miró y frunció el entrecejo. Aguantó la postura unos segundos, después aligeró el paso.

Estaba ansioso por contarle a mi amigo las inmejorables noticias, porque como bien decía Carla, no importaba que les achacasen los asesinatos de forma injusta a otros con tal de que no incriminasen a Biel. Aunque no estaba del todo conforme, sí excepcionalmente porque los acusados eran dos malhechores, por desgracia lo había comprobado en mis carnes. Sin embargo, la inspectora me dio a entender que para ella cualquier ser humano hubiese

valido para endiñarle semejante carga. Sin duda, era una prueba más de su pasión por el librero.

Me era imposible conversar con Biel mientras Cantera rondase por allí. Sería sospechoso que me deshiciera del *diyei* a primera hora de la tarde, así que tramaría una estrategia para hacerle llegar a Biel la información que Carla me había suministrado, pues su teléfono estaba desconectado.

Enfrascado en cómo proceder, me introduje en la librería, recordé que Jorge Villanueva podría presentarse en breve. Tras de mí entraron un par de jóvenes y antes de parapetarme tras el mostrador se adentró una señora, poco a poco el ritmo de compra y venta se adueñó de mí.

Elegí a varios de mis compositores de música clásica predilectos para ambientar el local. Entre cliente y cliente, Cantera me abordó, curioseó en torno a la novia de Biel (como se refirió a Carla), sobre si me había desvelado confidencias respecto al jefe. Le insistí en que no eran pareja, en realidad, era de su mismo parecer.

Con facilidad, se me ocurrió un remedio para que Biel advirtiera que su condición de *enemigo público número uno* estaba a punto de perecer, lo haría por medio de la típica nota que se había convertido en un recurso efectivo. Despaché a un comprador y la escribí junto a la caja registradora. Para escurrirla por debajo de la puerta del almacén tuve que aguardar unos minutos. Le indiqué lo relevante escuetamente, también que Árcamo recelaba, por lo tanto, que aún convenía ser precavidos.

En las siguientes horas vigilé la entrada, con cada individuo que cruzaba el umbral las pulsaciones se me aceleraban creyendo que sería Villanueva, reflejando un semblante opuesto a aquél de carácter bondadoso y amable con el que nos acogió en El Corderito Valiente. No obstante, según transcurrió la tarde, me incliné a favor de que no apareciera, eso suponiendo que no estuviese relacionado con las muertes de los empresarios. Esta hipótesis provocó que se asomase una difusa idea enlazada con la palabra *trampa*. No alcanzaba a concretarla por las interrupciones que mi trabajo de cara al público me exigía, como si intentase sintonizar la frecuencia de una emisora y las interferencias me lo impidiesen.

Para rematar, recibí la llamada de Chavela, acalorada, me acusó de mentirla; en la notaría, a través de un programa, había visto la entrevista que nos habían hecho a Cantera y a mí. La apacigüé y la volví a engañar. La coartada fue sencilla: los periodistas esperaban en la verja de la librería y nos había sido imposible esquivarlos, pasado el trago, había abierto debido a los

clientes reunidos en el transcurso de la entrevista, ya que así me lo solicitaron. Más o menos la convencí, la indiqué que regresaría a casa más tarde de lo habitual por la masiva afluencia. En realidad, auguraba una charla con Biel.

Me centré en cuanto pude, lo que deduje rebosaba de lógica: ¿por qué iba a arriesgarse Villanueva a ir hasta Salduero si no fuese por un interés propio? Biel lo habría madurado, normalmente iba un paso por delante de mí, hasta habría calculado también que se podría tratar de una emboscada.

Aun así, a pesar de que faltase media hora para el cierre, decidí utilizar la misma táctica de deslizar un papelito escrito bajo la puerta y así prevenirle. Atareado en ello descuidé el control de la entrada. Cuando terminé de redactar la nota en la que le comunicaba mis sospechas, y justo cuando Tchaikovski surgió del hilo musical, una voz antes escuchada permutó toda concentración por un espacio en blanco, como el lienzo virgen de un artista.

—Con qué autorización ha abierto usted —me recriminó el inspector Pablo Árcamo como saludo al otro lado del punto de venta.

Me recuperé del sobresalto sin demostrar alarma, fundamentalmente me aquejó por dentro. Precisé de todos mis sentidos y una cantidad considerable de arrojo para disfrazar el estupor. Tapé con las manos la libreta donde le había escrito a Biel y contesté con naturalidad.

—No sabía que la necesitase, nadie me dijo que no podría hacerlo.

—¿El sentido común no le basta? El dueño de este negocio está buscado por las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado. Si quiero, en dos horas puedo conseguir una orden judicial y clausurarlo.

No podía permitir que desenmascarase el contenido de la comprometedor nota.

—No se moleste, para entonces habré cerrado.

El tono burlón con el que enuncié jamás lo habría utilizado con ese hombre si no hubiese sido de urgencia. La irritación se esfumó de su gesto, la sustituyó la misma gélida mirada que desplegó en nuestro primer contacto. Hubiese admitido que se resintiera, pero lo que no concebí fue el escrúpulo que emergió de los ojos gris pálido que me repasaron con suspicacia, a no ser que la combinación de su experiencia e inteligencia hubiesen detectado una anomalía.

—Su temperamento no es acorde con el contexto, ¿no debería estar preocupado por el sujeto que le paga?

Alzó la mirada hacia la barandilla de madera que delimitaba la planta

superior, la mantuvo unos segundos. En ellos estudié su elaborada barba sin bigote, recortada con minuciosidad, asimismo, aproveché para disimular la libreta con un albarán.

—Por supuesto, inspector, es la razón por la que hemos abierto, permanecer en casa dándole a la cabeza no es sano.

Descansó su atención sobre mí, no se pronunció. Se volvió hacia el despacho. Al instante recuperó la posición y por encima de mi hombro contempló el fondo de la librería, supuse que exploraba las inmediaciones de la otra estancia integrada en el local, el almacén.

—Como le dije el lunes sabe que puede ser juzgado por encubrir ciertas... —protagonizó una breve pausa— ...incidencias.

Evoqué el consejo de Cambados de acudir a las autoridades para transmitir lo ocurrido, incluso estuve a punto de ceder y finiquitar aquel disparate. Según evaluaba si podría convivir con semejante traición, surgió Cantera proveniente de la nada y se situó a mi vera.

—Buenas tardes, señor inspector, ¿cómo le va? ¿Hay noticias de nuestro jefe? —dijo vivaracho.

—No lo sé, díganmelo ustedes —insinuó que le timábamos.

—Pues... no sé..., yo venía a por la referencia de unos ejemplares —respondió Cantera con timidez.

Como si de un castigo divino se tratase por tanta falsedad, el *disc jockey*, nervioso y con brusquedad, metió la mano entre mis antebrazos apoyados en el mostrador y levantó el albarán destapando la libreta. Tras un «aquí está», tanto Árcamo como yo bajamos la mirada. Había plasmado una pregunta y una sugerencia en la libreta, recorrí los caracteres visualmente, sobrecogido porque el policía judicial interviniese. Cantera volvió a realizar un rápido movimiento para atrapar la prueba del delito.

—Si no le soy útil me apunto el numerito y me piro, que tengo mucho trabajo.

—Descuida, llévatela que a mí no me hace falta —le indiqué.

—Para qué me la voy a llevar si con apuntarme el... —cortó la frase cuando leyó la primera página, desorientado, prosiguió lo mejor que pudo—. Me la llevo... y así... pueden hablar —le dijo al inspector.

Cantera retrocedió, hizo una especie de genuflexión a modo de reverencia y se escabulló. Lo visualicé detrás de un anaquel fascinado con el mensaje dirigido a Biel:

«¿Y si Villanueva te ha tendido una trampa? Deberías salir de ese almacén y marcharte a mi casa».

Aliviado en parte porque Árcamo no había sido el que había descubierto que la trastienda servía como refugio para su presa, afronté con desahogo lo que el policía tuviese que decirme, con más facilidad, puesto que me había desembarazado de la delicada carga.

—Se ha quitado la venda de la mano, veo que la herida ha mejorado, me alegro por usted —se manifestó con otro talante, mesurado y cortés. En un principio pensé que le importaba mi salud, luego comprendí que era un método para abordarme—. Precisamente, el otro día me quedé intrigado, ¿había tratado con anterioridad con el inspector Matute? La forma de interesarse por cómo se había lesionado me originó incertidumbres.

Tal vez fuese producto de las novelas leídas o de las películas visionadas, pero me dio la impresión de que ese trajeado de cabello canoso, barba arreglada con esmero y tenaz escudriñador, bien podría rivalizar con los mejores inspectores de novela policiaca. Según Carla, disentía de las órdenes de sus superiores en cuanto a que Matute y Carcelén fuesen los ejecutores. Adiviné en él ese sexto sentido que poseen los detectives de ficción. Vislumbraba un trasfondo mayor y confiaba en su olfato, además, no andaba mal encaminado al interrogarme a mí, que le había mentido y mantenía en secreto el escondite del individuo que perseguía.

—Matute, no, qué va, no he tenido jamás problemas con la ley, reaccioné con perplejidad porque no sé qué pretendió —me expresé con indiferencia.

—¿Y sabe si el señor Monteagudo lo conocía a él o a su compañero?

—No, no lo sé. Ya le dije que Gabriel y yo alternábamos lo justo.

—¿No le extrañan mis preguntas? Resulta que hemos averiguado que el señor Monteagudo visitó la comisaría hará diez días —anunció, después enmudeció durante unos segundos y volvió a pronunciarse—. El agente de la recepción nos ha dicho que conversó con los inspectores.

—Yo no veo nada ilícito en ello.

Protagonizó un aspaviento de impaciencia desviando la mirada y volvió a la carga.

—Esos dos inspectores de policía han desaparecido, como el señor Cristóbal Mosquera. Como sabrá si sigue las noticias, su jefe también se entrevistó con él.

No pude remediar el pensar lo que me complacería desvelarle lo

acontecido si supiese que ayudaría a Biel, por el contrario, era previsible que, si lo hacía, concluyésemos la jornada en una celda.

—Señor, no se lo tome a mal, respecto a los medios de comunicación no me fio de lo que dicen, ni cómo lo dicen, ni cuándo lo dicen, ni con qué intención lo dicen.

Bien podría ser el argumento de Biel por su tendencia a ver un complot en cada esquina.

—No crea que me agrada que toda información referente a este caso se filtre a los medios, pero existe una grabación que le sitúa el sábado pasado con Mosquera.

—Yo no puedo hacer más —extendí los brazos en forma de cruz para apuntalar el comentario.

—Ni tiene motivo para hacerlo, ¿me equivoco?, para eso estoy yo. Le agradezco su tiempo, y dele al señor Monteagudo —detuvo un segundo sus palabras—, cuando le vea, la enhorabuena de mi parte, y dígale que esto aún no ha acabado.

Terminó desafiante y se volvió con viveza, justo entonces, una ráfaga de cañonazos de la *Obertura 1812* tronó por el hilo musical. Árcamo agilizó el paso hasta la salida, desplegó la puerta con brío y desfiló acera arriba con celeridad, como si con esa actitud determinante diera a entender que iba a efectuar una acción indispensable para la resolución del caso. Ni siquiera me dejó margen para fingir que ignoraba sobre qué versaban sus insinuaciones.

Un par de clientes situados junto a la barandilla de listones barnizados del piso superior y otro en la sección de novela histórica en la planta inferior revisaban unos ejemplares. Reparé en que, quizás, hubiesen escuchado la discusión con el policía judicial, o quién sabe, podrían pertenecer a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, pese a que Carla había dicho que la vigilancia había sido suspendida, o peor aún, tal vez se trataran de los compinches de los agresores del todoterreno, aunque, visto lo visto, estos también podrían ser integrantes de los primeros.

No fueron impedimento para rebuscar por el establecimiento a Cantera, aunque era consciente de dónde estaría con total probabilidad. Abrí el almacén tras percutir con los nudillos la madera y asomé la mitad de mi angustiada mollera: el malhechor más acosado de España hasta hacía un rato le explicaba al ayudante del ayudante de su negocio cómo creía que funcionaba la cámara de televisión que había tomado prestada de una de las unidades móviles. Los dos, entretenidos, toqueteaban la máquina, como si

estuviesen acostumbrados a enfrentarse a diario a todo un país. Sentí alivio, si Biel actuaba relajado sería porque su sensatez le sugería que su aventura como falso Asesino del Estilete de Oro, llegaba a su fin.

Desconfianzas

Los medios lo difundieron como si cubriesen una boda real o la elección de un papa. Desde la tarde del mismo viernes emitieron programas especiales en radio y televisión. Los investigadores habían obtenido pruebas suficientes contra los verdaderos autores, de los que revelaron las identidades: Valentín Carcelén e Inocencio Matute; dos policías corruptos en paradero desconocido que extorsionaban a las víctimas hasta que optaron por eliminarlas. Una parte significativa de la prensa, radio y televisión ahondó escasamente en las causas que unían a los empresarios y en los porqués de los chantajes. Se centraron en presentar a Gabriel Monteagudo Infantes como a un cabeza de turco y desecharon su culpabilidad. Dijeron que era un héroe por luchar contra una injusticia, un ciudadano ejemplar al que le habían adjudicado al azar unos oscuros ajustes de cuentas; cualquier técnica de distracción con tal de no comunicar la realidad de los difuntos ni la inspiración de sus asesinatos. Calificaron de inmorales a los informadores que habían condenado al librero sin tener pruebas, aunque, curiosamente, varios de los calumniadores y de los que ahora denunciaban esta práctica fuesen los mismos.

En todo este asunto había una cuestión que era innegable, igual que las mentiras habían inculcado a Biel, éstas le habían librado.

En la trastienda valoramos si Biel debería salir disfrazado de mujer, todavía conservaba los ropajes con los que se escabulló de su apartamento. Desestimamos la alternativa cuando a través de la radio nos percatamos que volvía a ser inocente. Cerramos cuando a Cantera no le quedaron interrogantes por resolver y se satisfizo con las respuestas, luego nos despedimos del *diyeyi* hasta el día siguiente. Villanueva no había aparecido, no le dimos importancia, como es natural, nos atraía más olvidar que buscar complicaciones, se podía decir que habíamos escarmentado.

De camino a mi casa en el Seat 850 de la señora Matilde, el librero inició una conversación que me atrapó de inmediato por la materia de la que, inusitadamente, trataba.

—He dispuesto de tiempo para meditar en Salduero, estoy confundido con Carla, creo que me miente —me anunció de sopetón, ensimismado en sus propias palabras.

—¿Cómo?, ¿desconfías de ella?, en qué sentido, en cuanto a las pesquisas o...

—¿Y si me robó la cartera para garantizarse que nos volviésemos a ver?

Me consultó a la vez que emitía su parecer. Me solicitaba una respuesta a favor de la inspectora que él hubiese obviado.

—Oh, sí, es capaz de eso. Pero ya se aclaró aquella cuestión. De todas formas, si estuvieses en lo cierto, sería hasta romántico que te la hubiese birlado para volver a verte —respaldé el comentario con una rebotante mueca de complacencia.

—No te alegres tanto, para mí es una prueba de su poca franqueza.

—Ya sé lo que te ocurre —cabeceé con insistencia y sonriente—. Es un síntoma evidente de que Carla te atrae. ¿Tienes miedo de enamorarte?

—No, no vayas por ahí. ¿Cómo explicas que tras nuestros enfrentamientos hayamos superado las diferencias con tanta sencillez?, si ha sido así es porque ella ha suavizado el temperamento, eso es.

—Es una mujer con una poderosa personalidad, si se ha moderado es por ti, ¿qué más quieres?

—Estoy convencido de que me ha manejado para obtener mi ayuda. Por eso me repite de continuo que evite el riesgo, porque su conducta le ha creado mala conciencia.

—Se preocupa por ti. Pese a todo, si dudas de ella, ¿por qué le has seguido el juego?

Me estudió titubeante.

—Admito que... quizás... me atraiga un poco, pero el asunto es complicado de solucionar.

Me sorprendieron sus especulaciones, pero más aún que me las detallase cuando, desde el principio, se había mostrado reservado en lo concerniente a su relación. No era la única incongruencia que había detectado en su comportamiento desde su regreso. En la librería, después de describirme la manera en la que se había fugado, le había preguntado por el excesivo tiempo que había tardado en comunicarse conmigo desde la huida del caserón, en realidad, más de un día, cuestión que había rehusado esclarecer, y no sólo eso, tras la consulta había exteriorizado un gesto de asombro que pretendió disimular, con lo que mi intriga se acentuó. Valoré que la tensión que debería

de soportar le estaría mellando la confianza.

Me planté en casa con mi camarada el fugitivo, Chavela se adhirió a su cuello, como lo hace el hielo al asfalto en invierno. Tras la efusiva bienvenida, le desinfectó la herida de la frente, asunto que también estaba por explicar. Luego, ansiosa, nos interrogó. Mi novia necesitaba corroborar lo que yo le contaba, así que Biel me refrendó. Estaba reciente la conmoción que Chavela había padecido cuando, a través del televisor, vio que me entrevistaban con la tienda abierta tras decirle que máxime iría a ordenar material. Se tranquilizó con una versión en la que no me comprometía en demasía.

Cenamos su especialidad, merluza en salsa que ya tenía preparada. Tratamos las consecuencias de haber escapado de la autoridad, probablemente serían mínimas gracias a la convulsión creada por los medios. Yo aseguré que beneficiaría a la librería, fundamento basado en el volumen de ventas de ese día. No les agradó que pensase en la plata. Debido a los últimos acontecimientos, Biel había decidido entregarse. Chavela le sugirió que le permitiese contactar con una amiga abogada para que le aconsejase, pero se negó y declaró: «A un inocente no deberían forzarle a demostrar que lo es...». «Eso es», añadí yo anticipándome.

Insistí en acompañarle a la comisaría por la mañana, me lo agradeció y declinó la oferta, alegó que prefería que abriese el local mientras él cumplía con su responsabilidad, mi prometida secundó esta decisión. Lo que no sabíamos entonces, era que no llegaría a entregarse en la comisaría.

Me llamó Carla a una hora tardía, nos felicitamos porque las autoridades y los medios habían rectificado en cuanto a Biel. Sin más preámbulos y sin referirse explícitamente a lo que le conté en la pensión Savannah sobre la eliminación de Matute y Carcelén, fue contundente una vez más en que lo encubriera. Me acordé cuando me bautizó como *cotilla*, me reí para mis adentros, puesto que Cambados y Biel estaban al tanto. Y no sólo eso, en ese instante en el que me aleccionaba en lo que podía decir y a quién, el librero estaba sentado a mi vera en el sofá, aguzando el oído.

Carla manifestó un evidente entusiasmo porque los supuestos autores habían sido reconocidos, además, presentí que su enemistad hacia los acusados la conmovieron positivamente. Sabíamos de la implicación de estos, pero no de este modo, los confabuladores habían aprovechado su desaparición para atribuirles los crímenes.

Días anteriores me había formulado la pregunta por inercia, y por inercia

la había contestado negativamente, pero esta vez no fue así.

—¿El jilguero se ha destapado?, imagino que no, su móvil sigue apagado —me dijo de forma avispada.

—Tengo que decirte que... el pintadillo volador está junto a mí.

Se produjo un prolongado silencio. Biel y yo nos miramos expectantes, aguardamos a que el extenso callar de la inspectora finalizase. No hicieron falta ni injurias ni desprecios, el mutismo en ciertos contextos puede ocasionar una presión mayor que cualquier palabra.

—¿Qué te propones, Acosta?

—Soy Gabriel.

—Así que es verdad, has vuelto, pero ¿estás bien?

La entonación de ella, audible para mí, se asemejaba a la de un velatorio.

—Sí, gracias. ¿Tú cómo estás?

—Ahora... mejor.

—Carla, tenemos que hablar.

El silencio intervino en el diálogo como un interlocutor más, significándose con la invisible frialdad que emanaba del auricular. Tras un paréntesis, Carla emitió su respuesta, para mí inesperadamente.

—Ahora que termina esta locura, si te parece, decidiremos qué es lo que queremos, creo que aún estás resentido por lo que te hice en el pasado.

Biel traspasó las paredes con la mirada.

—Mañana a las ocho voy a presentarme en la comisaría para zanjar esta broma, te agradecería que me respaldases.

—Por supuesto. ¿A las siete en la librería?

—De acuerdo, adiós —dijo Biel con sequedad.

—Adiós... —susurró Carla.

Al poco de cortar la conversación, nos acostamos. Biel lo hizo en una cama adicional, de ésas que se camuflan dentro de un sofá. Debido a la fatiga acumulada, caí en un sueño profundo, hasta que mi hombro fue presionado con insistencia por una mano. Por ensalmo, mi consciencia ascendió desde el abismo de fantasía por el que serpenteaba.

Me sorprendí despierto, una silueta negra volcada sobre el lecho me susurraba y me zarandeaba del hombro, como la que hacía unos días me había arrancado del sueño en una situación similar en el hotel de Tapia de Casariego. Esta vez me comporté con calma al reconocer entre la penumbra a Biel. Me invitó a levantarme y a seguirle. Antes de salir, me fijé en el bulto de debajo del edredón, Chavela dormía. El pasillo, iluminado, me cegó, no

fue obstáculo para advertir que Biel vestía ropa de calle. Fui por detrás hasta el otro extremo, hasta el recibidor.

—¿Qué pasa, te vas? —le pregunté.

—No podía dormir y he activado el móvil, tenía llamadas y mensajes para colapsar una central telefónica. Los he comprobado, hay un número que me ha llamado varias veces a partir de las diez y media de esta noche.

—¿Y de quién es?

—A eso voy, el último mensaje de texto también era del mismo teléfono. Me lo mostró: «Soy Jorge Villanueva, llámeme».

—¿Le vas a llamar?, puede ser una trampa...

No me dejó terminar la frase, tiró del picaporte de la puerta de casa y me enseñó el descansillo. Reclinado contra la pared y cruzado de brazos, se hallaba el dueño de El Corderito Valiente.

—Vaya, señor Koskorreta, ¿qué tal el periódico? —me asestó.

No había quebrantado mi sueño a las dos de la madrugada para decirme que le llamaría, sino para que le permitiese la entrada. Accedí con la condición de permanecer en la cocina y hablar con moderación.

El hombre con cara de bonachón y aspecto de atormentado me contó lo que Biel ya sabía, yo hice café. Antes le había invitado a despojarse de la cazadora de piel, rechazó el ofrecimiento.

Había esperado a que saliésemos de la librería para seguirnos. Si actuó de este modo fue por precaución, para asegurarse de que era conveniente contactar con nosotros. Después de irrumpir en su restaurante como periodistas, ese mismo día, a través de *alguien* al que le proporcionó nuestra matrícula, se enteró de quién era Biel y de sus posesiones. A la mañana siguiente merodeó por los alrededores de la tienda, cuando Árcamo y su ejército revisaban hasta las juntas de los azulejos; comprobó que yo trabajaba allí. Rondó por el apartamento de Biel, reparó en que la autoridad también lo hacía. Con el propósito de extraer información, se desplazó hasta la finca de Salduero. Escondido en las cercanías del caserón, advirtió que un dispositivo de la Guardia Civil lo vigilaba con frecuencia. Cuando vio la posibilidad, utilizó sus habilidades para introducirse.

Sentados en torno a la mesa circular de mármol heredada de la abuela de Chavela, con Amadeus dormitando a nuestros pies sobre un cojín, Biel quiso saber cuál era la razón por la que había urdido ese plan.

—A mí también me persiguen, me he tenido que meter en una lonja en Ciudad Real que utilizaba de almacén. Noto que van tras mis pasos. Debí

irme del país cuando ustedes vinieron a sonsacarme, esa noche estalló todo.

—Es evidente que no sólo le mentimos nosotros, usted nos dijo que prácticamente no se había relacionado en la mili con los fallecidos. Hemos descubierto que no es así, señor Cordero Valiente —afirmé perspicaz, le devolví el sarcasmo con el que me había saludado.

—No creo que eso sea relevante ahora, me protegía de unos extraños.

—Pero ¿por qué acude a nosotros?, ya ha visto por lo que he pasado —adujo Biel.

—No puedo ir a la policía, sé quién está vinculado con la trama, esa gente tiene muchas amistades. En un principio, cuando le acusaron, hubiese apostado a que usted era uno de ellos. A lo largo de los días he comprendido que es un entrometido al que el fuego le ha quemado por jugar con él ingenuamente.

—Vaya, qué rotundidad —se quejó Biel.

—Qué quiere que le diga, si hubiese intuido de antemano el mundo en el que se ha metido no habría sido tan valiente. Esa grabación que han puesto en los telediarios en la que charla con Cristóbal Mosquera me sugiere que ha indagado bastante más. Usted solo se ha sentenciado, no puede meter las narices en sus negocios y salir indemne.

—Pero de quién está hablando, explíquese.

Tuve que calmar el ánimo de Biel, le apacigüé con gestos de serenidad, Chavela dormía a unos metros de allí. Villanueva centraba la mirada en el vapor que emanaba de su taza de café, intacta desde que se la había servido.

—Tenemos que ayudarnos el uno al otro, señor Monteagudo.

—Qué quiere decir, ¿acaso no ha visto que han acusado oficialmente a dos inspectores de la nacional?

—No crea todo lo que le dicen.

—Disculpe, señor Villanueva, usted duda de nosotros como nosotros de usted, pero hay una cosa que no entiendo, somos unos simples librereros, ¿cómo piensa que le podemos ayudar si la gente que va detrás de usted es tan peligrosa como dice? —dije con determinación.

—¿Cree que se detendrán porque la policía y los telediarios digan que su amigo no es culpable?, me necesitan y yo les necesito a ustedes.

—De acuerdo, está bien, seamos sinceros, pongamos las cartas sobre la mesa. —Golpeó Biel levemente el mármol con la palma—. Sabemos que esos dos *polis* no han matado a los empresarios, y para que vea que voy en serio, le diré que también sabemos que esos corruptos no están desaparecidos,

sino muertos.

Villanueva se irguió en un gesto de máxima atención.

—Hagamos un trato, cuéntenme qué es lo que conocen sobre este asunto y les diré quiénes son esas personas a las que deberían temer. Si le han puesto en esta tesitura es porque se ha acercado a ellos.

—Trato hecho —dijo Biel tendiéndole la mano.

En mitad de la madrugada, encerrados en la cocina, tuve una sensación más allá de la realidad física; era consciente del lugar dónde me hallaba, de quién era y quién me rodeaba, sin embargo, tuve que hacer un esfuerzo para distinguir que aquello no pertenecía a lo onírico, aunque el efecto surrealista era inequívoco.

Mercenarios

Habían transcurrido aproximadamente dos semanas desde que nuestro apasionamiento por el misterio nos espolease para comenzar esta aventura que había crecido hasta casi derrotarnos. A mí me había afectado en diferentes aspectos, por ejemplo, al que mayor valor otorgaba: mi compromiso con Chavela; era obvio que engañarla y mentirla no eran las claves para que prosperásemos. También me había influido en mi temperamento, incluso había perdido mi desparpajo, una de las características que siempre me habían acompañado. Me había perjudicado porque había descubierto la crudeza que nos rodea. Con todo, el desenlace parecía cercano en lo relativo a nuestra participación.

Si Carla hubiese estado al tanto de lo que entre tazas de café le desvelamos a Jorge Villanueva, se hubiese crispado, eso sí, yo no tenía intención ni de mencionarla a ella ni a Blanca Pedraza, y era de suponer que Biel tampoco.

Entre los dos le detallamos cómo nos habíamos implicado en la trama. Su primera reacción consistió en desaprobarnos nuestra elección de complicarnos de ese modo. Se asombró por las amenazas que nos habían rondado y cómo las habíamos afrontado, sobre todo las que me tocaron a mí en Asturias, e igual que Cambados, no comprendió de dónde surgía *Simbad*.

Como nosotros, consideraba que Matute y Carcelén eran los enviados para eliminarnos, por lo tanto, recelaba de que el sujeto que vestía ropa deportiva y gorra figurase en el mismo complot. En lo tocante al trío del todoterreno negro dedujo que podría ser la alternativa a los policías corruptos, exactamente lo que opinó Cambados.

Respecto a éste le turbó que contactara con él, lo recordaba con nitidez, como si le hubiese pisoteado los dedos cuando hacía flexiones bajo un diluvio torrencial la semana anterior en vez de hacía más de tres décadas.

De sus antiguos compañeros con los que nos habíamos entrevistado, además de a Mosquera, al único que le ponía cara era a Samuel Fernández, aunque no había vuelto a saber del granjero desde la mili.

A los veinte minutos de servírsela dio un sorbo a la taza de café, me ofrecí para recalentárselo, lo rechazó, arguyó que le gustaba tibio. Nos soltó a bocajarro y sin vacilar que era una costumbre adquirida en su juventud, cuando en las operaciones nocturnas de vigilancia se le enfriaba en el termo que portaba para estos menesteres. Este comentario fue la apertura a su parte del acuerdo. Nos confirmó que estábamos en lo cierto en lo concerniente a él, a Mosquera y a los tres empresarios asesinados. Arrancó por el servicio militar, en 1980, por el origen.

Cuando en el mes de septiembre llegó a Ferrol procedente de Ciudad Real, sus pretensiones eran culminar con el menor sufrimiento los dieciocho meses de mili, sin demasiada complicación. En octubre, la situación había variado de tal forma, que volver a limpiar mesas, platos y servir carajillos en el bar de barrio que su progenitor regentaba, era una opción que ya no contemplaba. En poco más de un mes, tras el Juramento a la Bandera, el alférez Lago le había convencido de que su futuro le pertenecía al Cuerpo de Infantería de Marina. Más adelante, tanto él, como Pelayo, Herminio, Óscar y Cristóbal se percatarían que realmente eran subordinados de una organización secreta ajena al ejército.

Iniciaron la estrecha relación con el militar sin ser conscientes de la magnitud del compromiso. Las tareas de aprendizaje que realizaban con su promoción y el vaivén al que les sometían los mandos las primeras semanas, les desorientaban en el caos que les inducían dentro del estricto orden castrense. Las actividades extras que les imponían el Alférez y otros oficiales a ellos cinco, como exámenes, test, pruebas y reconocimientos, fueron completadas con la convicción de estar supeditados bajo el ejército español como soldados de reemplazo. Invirtieron los meses sucesivos en formarse, en ocasiones integrados en el cuartel y otras veces desligados de su Compañía.

Después de tantos años, Jorge Villanueva retenía en su memoria como una de las vivencias más trascendentales, la jornada en la que asimilaban la auténtica práctica para la que les disciplinaban. Lago se lo notificó en una reunión organizada en un hotel. A ella acudieron, además de ellos, el propio Alférez y ocho individuos trajeados de edades comprendidas entre los cuarenta y los sesenta años.

Lago presentó a los muchachos como los aspirantes. Fueron inquiridos acerca de sus ideologías políticas, religiosas o por si eran partícipes de algún movimiento cultural. El Alférez, su valedor, asistía nervioso en el otro

extremo del salón. Aquélla fue una de las últimas pruebas para su ingreso en el IT5, como Lago denominó a la organización. Una frase pronunciada por éste que respondía a las consultas de Villanueva y sus compañeros resumía escuetamente el cometido del IT5: «Solucionamos los problemas íntimos del país y de nuestras sociedades con secretismo».

Una nueva prueba marcaría el final de la formación en Galicia, una prueba definitiva donde debían demostrar su capacidad para eliminar objetivos. Les habían inculcado que la muerte formaba parte del trabajo que a esas alturas ansiaban ejercer, ya no podían echarse atrás, ya no querían echarse atrás. El adiestramiento militar había implantado un cambio en sus personalidades, habían sido seducidos por la vida de fuertes emociones que les esperaba.

El municipio de Ferrol en aquel tiempo era un punto de entrada para el contrabando. El hachís, la cocaína y la heroína fluían por sus calles como lo hacían los adictos a las drogas duras. Los yonquis merodeaban por plazas y parques a la búsqueda de la siguiente dosis.

Lago confió a los Corderos Valientes la eliminación, al azar, de alguno de estos individuos. Como siempre, vagaban por los mismos lugares, fue fácil vigilarles, además, su actitud era en todo momento similar: se agrupaban en torno a un banco de madera en una plaza y bebían vino o cerveza, alguno desaparecía y reaparecía al rato con más alcohol y sustancias que fumar, o con las manos vacías, pero con un percance que describir. Agitaban las extremidades con vigor según se explicaban, el resto de movimientos solían ser ralentizados. Examinaban los alrededores con recelo, pero contradictoriamente, a pesar de pertenecer a la misma tribu, no se fiaban los unos de los otros.

Llegado el día elegido, mientras les observaban, decidieron la forma en la que les ejecutarían y planificaron el papel que desempeñaría cada uno. Mosquera y Cabrera eligieron las herramientas que utilizarían, ellos serían los verdugos.

La oportunidad se presentó pasada la medianoche. Dos de estos yonquis se despidieron de los demás, chocaron las palmas e hicieron gestos como para citarse más tarde. Se introdujeron por las callejuelas en dirección al puerto sin saber que eran perseguidos. Hablaban en voz alta sin cesar, aunque de vez en cuando unían los labios al oído del otro y se susurraban. Se adentraron en el ancho atracadero de hormigón, a su derecha había unos pabellones, a su izquierda, las tranquilas aguas negras del fondeadero. En el

extremo de la fachada de los pabellones unas siluetas les aguardaban para realizar alguna clase de chanchullo. El encuentro transcurrió amistosamente, tardaron diez minutos en volver.

Los yonquis regresaban entusiasmados, sus voces cascadas desvelaban algún tipo de trato. Al superar la esquina opuesta a la que habían mantenido la reunión, se sobrecogieron cuando se les echaron encima Santos, Mosquera y Cabrera. Les atraparon desprevenidos y les engancharon con brutalidad, de igual manera les arrojaron contra la pared lateral del inmueble. Los drogadictos, temblorosos, profirieron insultos. El objetivo era eliminarlos y a poder ser dejar un rastro confuso.

Jorge Villanueva y Óscar Lluch, retirados a una distancia considerable, cuidaban de que no les sorprendiese un entrometido o la policía; Herminio Santos ayudó a sujetar a las presas; Pelayo Cabrera rebanó el pescuezo de una de ellas tras dudar unos instantes, con todo, la acción la acometió con poderío, con el segundo fue más resuelto, le degolló entre los esfuerzos del yonqui por desprenderse de la sujeción de cuatro brazos nervudos; Cristóbal Mosquera fue el que cercenó las muñecas, actuó con más decisión que Pelayo, pero también con mayor frenesí. Las mutilaciones fueron concebidas por Lago, una tarea más costosa, pero efectiva para sus intenciones; que la investigación, de haberla, se orientase hacia una venganza de las mafias contrabandistas.

Fueron los primeros de muchos, era indiferente quién los abatiese, a lo largo de los años los cinco desfilaron por las diversas actividades violentas que les requerían: robar, coaccionar, vigilar, retener, secuestrar, acuchillar, provocar explosiones, tirotear a quemarropa o disparar con precisión desde la lejanía; en las innumerables misiones en las que participaron, operaron como un equipo dentro y fuera del país, siendo cada uno igual de responsable.

Transcurridas unas semanas de los asesinatos, fueron trasladados a la Primera Compañía de Fusileros y los enviaron a Santander en autobús. Desde allí cruzaron el resto de la costa Cantábrica en patrullera hasta Hondarribia, en la provincia de Guipúzcoa. El viaje lo realizaron mezclados con otros compañeros del cuartel, de su sección y Policía Naval, todos servirían en las Comandancias de Marina del País Vasco. Permanecieron mes y medio, hicieron guardias y escoltaron a oficiales sin novedad.

Se juntaron con los otros muchachos de las otras Comandancias en el puerto de Pasajes de San Juan para el retorno a la inversa, primero por mar,

luego por carretera, sin embargo, ellos cinco no volvieron al Tercio. En Santander les concedieron permisos para visitar sus hogares y les proporcionaron los billetes de tren. A cambio recibieron una consigna y una recomendación: enmascarar la situación, por un lado, y aprovechar el tiempo con sus familiares por otro, porque era presumible que estuviesen una época alejados de ellos.

Según llegaron, después de disfrutar de dos semanas de reposo, les recogieron en la estación de tren de Ferrol y les desplazaron en avioneta. Un día más tarde comenzaron un intenso programa de entrenamiento en un paraje desértico sin núcleos urbanos. En el área en el que estuvieron, las únicas construcciones eran las dos naves gigantescas y los múltiples barracones prefabricados.

En los meses sucesivos no sólo su físico se adecuó a las funciones que ejercerían en el futuro, mudaron de conducta y transformaron sus ideales. Perfeccionaron habilidades, pero, sobre todo, trabajaron en conjunto en tierra, mar y aire.

Dieciocho meses después de iniciar el servicio militar, se convirtieron en individuos capaces de consumir cualquier crimen. Terminaron su excepcional mili, pero antes conocieron a sus superiores más inmediatos. Estos les anunciaron que formarían una de las cédulas de una organización privada y secreta que servía a sus propios intereses y a los del país.

Establecieron su cometido: estar dispuestos en todo momento para atender sus requerimientos, bien podrían ser misiones de un día o de un año, en territorio nacional o en el extranjero; una reunión, unas maniobras de entrenamiento, el asalto a una embajada o cualquier acción que precisase el IT5. Durante diecisiete años militaron en una sociedad que nunca vieron físicamente, que les fue intangible salvo al final, cuando les ofrecieron integrarla de otro modo.

La organización IT5

Fue una declaración voluntaria, jamás se lo había contado a nadie. Desde la realización del servicio militar, había falseado su existencia, había mentido a su familia y había hipotecado su libertad.

IT5, como citó a su organización, poseía tintes de asociación mafiosa por mucho que intentase disfrazarla de cuerpo militar. Villanueva, inmerso en un estado de angustia inducido por las muertes de sus excompinches, había mancillado el reglamento de la organización secreta, precisamente, al revelar su confidencialidad.

El miedo no le había privado el compartir con dos humildes obreros la naturaleza del IT5. Presentí algo indeterminado, amenazador. Sentí la necesidad de verbalizar mi pensamiento.

—No comprendo por qué nos cuenta sus comprometidos secretos.

Recientemente les había servido dos nuevas raciones de café. Biel lo degustó sorbo a sorbo, el restaurador lo dejó reposar, perdió de vista la taza cuando tuvo que rebatirnos.

—Se lo he dicho antes, el señor Monteagudo corre peligro.

—Y usted, pero en vez de huir quiere socorrer a un desconocido. Con los crímenes que nos ha confesado, dispense si no le creo —solté.

Miré de reojo la reacción de Biel. Asintió serio. Aguardamos una contestación.

—No se disculpe, son muy racionales sus sospechas, pero le he hablado de mí cuando era más joven, han pasado muchos años y no soy el mismo. Si entonces hubiese tenido la cabeza que tengo ahora, me detendría y recapacitaría, porque la ira puede llegar a destruir el espíritu de un ser humano.

No es que no le creyese, era probable que en algún periodo de su violenta trayectoria su pensamiento hubiese sido ése, no obstante, lo dijo con carácter vacuo, artificial. Conjeturé que el miedo le atenazaba, razón de su rigidez y falta de alma. Biel se expresó enérgicamente, con movimiento libre de brazos y manos, supuse que el café le habría hecho efecto.

—Aunque estuviese en lo cierto y no pudiese escapar de esa gente, no sé cómo me puede proteger. Si está convencido de que también quieren eliminarle, no es conveniente que me una a usted. De todas formas, me gustaría que tratásemos la posibilidad de que los asesinatos los haya cometido ese tipo del chándal que mató a Matute y Carcelén. O quién sabe, puede ser una venganza de una de sus muchas víctimas, que seguro las hay.

—Le diré cómo procedíamos, lo verán claro. Nos asegurábamos de que los objetivos estuviesen solos, de no ser así no actuábamos, porque de hacerlo estábamos obligados a deshacernos de los inocentes que estuviesen presentes, y eso no era de nuestro agrado. —Tragó saliva y miró prolongadamente las baldosas que pisaba, alzó el semblante enrojecido y su mirada descolocada se comunicó antes que su voz trémula—. Ocurrió... dos, tres veces, no quedó más remedio.

—¿Inocentes?, ¿acaso eran culpables los que ejecutaban? —replicó Biel.

Las mejillas de Villanueva ardían. Se frotó la cara y resopló. Centró la atención en Biel.

—No, no lo eran, o sí, qué sé yo, era nuestro deber, cumplíamos órdenes. Al principio dudábamos de que hiciésemos lo correcto, más tarde nos detallaron aspectos sobre nuestros objetivos que nos aliviaban. En nuestro fuero interno sabíamos que traicionábamos a nuestra conciencia. Cuando te adhieres a la violencia aprendes a vivir con ella, nada importa porque eres un guerrero, solamente te adaptas a lo que te toca. Cuanto mejor soldado peor persona me hice, fui consciente de ello, me consta que mis compañeros no andaban muy alejados de esta situación, salvo Cristóbal, él... era distinto.

—Entiendo, señor Villanueva —afirmó Biel—. Asegura que su organización les está eliminando, pero ¿por qué?

—No es mi organización, ya no. En las postrimerías de nuestro servicio nos invitaron a pertenecer de otro modo, supongo que tomando decisiones junto a ellos desde un salón, no lo sé, me desvinculé. Mis superiores lo aceptaron sin ningún impedimento, me recompensaron extraordinariamente con una especie de finiquito. A veces notaba que me vigilaban, desistieron cuando asimilaron que mi intención era aplicarme en la hostelería. Herminio, Pelayo y Cristóbal accedieron, Óscar tomó la misma decisión que yo. —Se detuvo, cabizbajo, negó con lentitud y se recompuso—. La cuestión es que, para matar hombres como nosotros, hacen falta hombres como nosotros —dijo con vehemencia y mirada severa.

—¿Y Mosquera, por qué dice que era distinto a ustedes? —intervine con

lo que creí una curiosidad inocente.

El gesto impávido que su rostro acogió se apagó hasta bajar los párpados, soltó dos exabruptos y se metió la mano en el interior de la cazadora. Sinceramente, me temí que nos fuese a liquidar, porque en su situación y con sus antecedentes estaba seguro de que era portador de un arma de fuego. Por el contrario, extrajo una petaca metalizada, desenroscó el tapón y añadió un generoso chorro de un líquido color ámbar al café semifrío.

—Soy un bocazas, siempre lo he sido, para todo menos para mis camaradas, ahora también he roto esta norma. Mosquera disfrutaba, no sólo se limitaba a obedecer las órdenes, se sobrepasaba con las víctimas, a veces hasta las mutilaba. —Se tragó media taza de una vez y posó la loza con cautela—. Un sádico, sí, muy sádico. Óscar y yo nos enfrentábamos a él casi en cada misión, censurábamos su crueldad por innecesaria. Pelayo, que era el jefe de equipo, y Herminio, que decidía tanto o más, no le pararon jamás los pies. En todo grupo siempre hace falta uno que haga la colada, era su pensamiento respecto a Cristóbal.

Reconstruí en mi mente el espeluznante episodio del teniente que Cambados me había detallado. Había sido tan gráfico que al evocarlo una contracción muscular provocada por una sensación gélida me destempló. No creí oportuno intervenir en este sentido, era evidente que Villanueva no se sentía orgulloso de su pasado. Además, reprocharle sus actuaciones a un antiguo sicario tampoco ayudaría a averiguar las motivaciones que le habían conducido a alguien a perpetrar un plan para extinguir a los Corderos Valientes.

—No sabrá su paradero —preguntó Biel cuando sus labios rozaban la taza.

—En este sentido sí que les dije la verdad cuando vinieron con malas artes a mi restaurante. No he sabido de ninguno en los últimos diecisiete o dieciocho años, excepto la ocasión en la que Santos comió en mi otro negocio, y no mencionamos lo que nos había unido durante tanto tiempo. Me fui del IT5 para siempre y eso conllevaba perderlos a ellos. —Cogió el café aderezado y esta vez volcó el contenido en la garganta—. He contestado a las preguntas de ambos, ¿me permiten ahora que sea yo el que le sonsaque a usted, Gabriel? He visto en el televisor las imágenes de su entrevista con Cristóbal en el club de golf, ¿me puede decir cómo le abordó?

Por el tono pareció que dudaba de lo que el librero pudiera decirle, no obstante, Biel no tenía razones para engañarle.

—En todos los encuentros que he mantenido las consultas han sido similares, si frecuentaron a Santos fundamentalmente y si podían opinar sobre él. De hecho, fue con usted con quien varié el planteamiento cuando le anuncié que Cabrera y Lluch también habían fallecido.

El desasosiego de Villanueva se había diluido, casualmente tras ingerir el alcohol.

—Si me guió por su versión, han ahondado con mucho mérito. Tuvieron suerte cuando relacionaron las muertes de Santos y Cabrera a través de esa foto en casa de la madre de Pelayo. Son de alabar sus descubrimientos, pero ¿por qué?, no les incumbía para nada este asunto.

—Pura curiosidad —dijo Biel.

Leí la situación como si disputásemos una partida de ajedrez y resultara en tablas. Ni nos fiábamos ni, al parecer, se fiaba, se podría extender la charla hasta que los pajarillos canturreasen justo antes del amanecer, le daríamos vueltas a lo mismo sin un acuerdo, porque, pese a recelar, él quería ayudarnos, pero nosotros no queríamos que nos ayudara. Que le hubiese permitido entrar en mi hogar ya era de por sí una temeridad. Sin contar que, si Chavela se desvelaba y se asomaba por la cocina, las siguientes noches me tocaría dormir en la cama que Biel había ocupado, y esta vez no valdría que mi amigo mediara en mi favor, porque él estaba igual de implicado en esta irresponsabilidad.

La apariencia de bonachón del exmercenario se transformó en una de suspicacia. En mitad del mutismo procedió con una nueva ingesta, esta vez directamente desde la reluciente petaca. No apartó la vista de nosotros ni cuando inclinó la botella de bolsillo.

—Veo que no vamos a llegar a buen puerto, me marchó —anunció, luego se incorporó con agilidad y se introdujo el licor entre las vestimentas, a la altura del corazón—. Es una pena porque me siento con fuerzas, las aprovecharé para desaparecer.

El *whisky* se mofaba de él, pero a mí me daba igual, sólo quería que se fuera para acostarme junto a mi novia el resto de la madrugada y, por descontado, que Biel quedase libre de cargos en sucesivas jornadas.

—Lo siento —se disculpó Biel—, no coincidimos en nada, ni siquiera en lo esencial, que el autor de los crímenes sea ese individuo que viste de *sport*. ¿No existe una mínima probabilidad?

—Ha sido el IT5, y estos siempre actúan en equipo.

—No entiendo por qué está tan seguro.

—Usted mismo ha dicho que ese sujeto ha matado a los inspectores, y que estos, de alguna manera, formaban parte del IT5. Además, por lo que han contado, se ha expuesto sin importarle que le viesan, en el IT5 no se opera de este modo.

—Han pasado muchos años desde que usted integrara ese IT5, puede que se hayan vuelto más descuidados —apuntó Biel.

Villanueva efectuó una negación rotunda, en otro contexto sus cabeceos se podrían haber considerado ejercicios de cuello por la intensidad que empleó. Se abrochó la cazadora según nos observaba.

—Me han oído, pero no me han escuchado. Esa gente no funda escuelas altruistamente en países menesterosos, pertenecen al estrato más alto de la sociedad, tienen empresas de todo tipo y condición, multinacionales con intereses en varios puntos, el IT5 es su brazo armado y hacen lo que haga falta para ser parte de los líderes del planeta. Estos y los que son como ellos han creado un mundo artificial que oculta el salvajismo donde en realidad vivimos. ¿Se piensan que he trabajado diecisiete años para prostíbulos sin fronteras?, sé de qué hablo, éramos los mejores, por eso duramos tanto. Además, el grabado de los estiletos es uno de sus emblemas, nosotros lo utilizábamos con ciertos objetivos, era como una marca con la que amenazábamos. ¡No saben nada, señoritos! —soltó la insolencia con soberbia.

Hacía un momento no había querido ensañarme con su sentimiento de culpa y referirme a la historia del teniente mutilado, pero su arrogancia me persuadió para hacerlo, de ese modo quizá nos respetase.

—Señor Villanueva, duda de nosotros porque no entiende nuestra implicación, además, piensa que hemos desenmascarado la trama de chiripa. Pero díganos, si cree que nadie sabía de sus fechorías, ¿cómo alguien nos ha relatado una de ellas?

—Mentira, es absurdo. Son un par de aficionados pelicularos que se aburren en su librería y han irrumpido en un mundo que sobrepasa sus posibilidades.

La verdad, en cierta forma no le faltaba razón.

—1988, Parque del Retiro, en una jornada festiva de los tres ejércitos — con inmediatez capté su atención—. Asesinaron a un teniente, le degollaron y le clavaron un estilete de oro en la nuca como el de los crímenes de ahora, también le amputaron las manos, como a los yonquis que nos ha mencionado, todo dentro de una construcción pequeña.

Su estupefacción se acentuó según caía en la silla de la que se acababa de levantar. Amadeus, que había permanecido debajo de la mesa, fue hasta la puerta, arañó la madera y rezongó.

—Como saben... la ventana... —abstraído, balbuceó con la mirada puesta en el cristal opaco de la puerta, como si las imágenes que se reproducían en su mente las visionase en una pantalla—. Los niños...

—¿Qué niños? —preguntó Biel tan sorprendido como yo.

Jorge Villanueva, pausado, giró la cabeza a su derecha, que era donde se sentaba mi amigo, buscaba su rostro. Separó los labios, pero en vez de pronunciar, emitió un gorjeo. A continuación, me espanté, la causa, las palabras que absorbieron mis oídos; la somnolienta voz de Chavela me requería desde el pasillo. Miré a Biel que hizo lo propio conmigo. Su expresión no era de susto, como probablemente sería la mía, la suya contenía reflexión.

Reaccioné e indiqué con el pulgar a mi espalda, por lo tanto, al pasillo, con el índice les señalé, de este modo nos avenimos. Apagué la lámpara de fluorescentes de la cocina dejándoles a oscuras, salí y cerré.

La silueta deslavazada que representaba mi novia en esos instantes distaba en dos pasos y un «déjame pasar» de descubrir a un extraño una pizca trastornado y ebrio sentado en su cocina. Me comunicó entre susurros adormecidos que se había despertado y al no verme a su lado se había preocupado. Aduje que me había atacado una de esas toses nocturnas que irrumpen sin preaviso. Posé las palmas sobre sus hombros y la orienté en dirección al dormitorio, me valí de su amodorramiento.

Nos acostamos y se adhirió a mi cuerpo, descansó su cara de ángel sobre mi pecho, impidiendo mi retorno. Presté atención entre sus respiraciones a posibles sonidos provenientes del resto de la casa. La expectación concluyó con el ligero chirrido de la puerta de entrada, que, en el respetuoso silencio de la madrugada, se percibió aumentado en volumen.

Eran las tres y media de la mañana cuando esto acaeció, sobre las cinco me dejé enredar por Morfeo, entre medias repasé la reciente conversación. La mayoría del tiempo medité sobre esas unidades de especialistas del crimen y la impunidad con la que procedían. Lo juzgué tan inconcebible e inadmisible, que carecía de verosimilitud.

Me deslicé hacia las profundidades de lo onírico según rumiaba en esos niños mencionados. Me planteé si serían la solución a algún enigma o, por el contrario, otras de sus víctimas traspapeladas en su selectiva memoria.

Barbarie en la librería

Me espabilé a las siete, media hora antes de lo que me había propuesto cuando programé el despertador. Chavela dormía ajena a mis inquietudes, éstas me habían desvelado. Tendido en la cama, fantaseé con el entusiasmo que me invadiría si durante la mañana se solucionaba el embrollo en el que estábamos inmersos, la intromisión de Jorge Villanueva no me permitió grandes alardes especulativos.

Me pasé por la habitación donde arrinconábamos los trastos, esa noche había hecho las veces de cuarto de invitados. Como presentía, Biel no había dejado ninguna nota, así que, de no haberse marchado con Villanueva a las tres y media de la madrugada, lo habría hecho con el tiempo suficiente como para comparecer en la librería a las siete, a la cita con Carla.

Según entré en la cocina, vi cómo Amadeus, dentro de la galería, daba un brinco desde el suelo y zarandeaba una de las patas en el aire. Aterrizó estable y miró al techo, y luego a mí. Me acerqué y contemplé lo que intentaba atrapar. En una de las esquinas superiores, tres cucarachas del tamaño de un pulgar cada una pendían de una tela de araña, como es natural, estaban muertas.

Como no había encontrado novedad respecto a Biel, me conciencí para realizar lo pactado: acudir al negocio y proveerlo de normalidad. Entretanto esperaba a que apareciese el jefe, libre y exento de cargas, tanto policiales como judiciales. Siguiendo el plan, me trasladé hacia la librería una hora antes de lo habitual. Acordé con Chavela en avisarla con lo que se produjese. También que ella me llamase si a través de radio o televisión transcendían las noticias referentes a lo único que dominaba nuestros sentidos.

En las inmediaciones de mi destino, nada más pisar la acera que sucedía a las escaleras que nacían desde los túneles del metro, vaticiné que la naturalidad que pretendíamos transmitirle a la tienda no rondaría ese día por ella. Ya de por sí, el ambiente amarillento, como de tormenta, con el cielo encapotado y las nubes apelotonadas, seguidas unas de otras como en un rebaño de ovejas, junto con un vendaval que agitaba las copas de los árboles

y arrastraba las hojas secas por el asfalto, le otorgaba a la atmósfera una aureola tenebrosa.

No obstante, no fue el adverso clima lo que me perturbó, esa vía siempre amanecía y anochecía repleta de transeúntes y de tráfico, pese a ello se había transformado en una avenida vacía de automóviles y escasa de gente.

Desde la boca del metro contemplé las causas de que el tráfico se hubiese desvanecido: el corte de la calzada al principio de la calle por vallas metálicas de contención, y un policía municipal que desviaba la circulación hacia una transversal. No era un capricho de las autoridades armar semejante desbarajuste en el centro; al otro lado de la avenida, donde se emplazaba la librería, se acumulaba una ingente masa desordenada, se veía el final, pero no el origen. Sin lugar a duda, la masificación atañía a la tienda, o a Biel, o a los empresarios, o a todo a la vez.

Los peatones, al percatarse de la muchedumbre, aceleraban el paso hacia la masa e invadían la calzada de cuatro carriles. Uno tras otro, en parejas o en grupos se apresuraban para informarse. Me recordó a una de esas películas donde un virus reanima a los muertos y se encaminan hacia el mismo punto para formar una caterva y sitiar a los vivos.

Me agregué al espectáculo, mi intención iba más allá de la mera averiguación de lo que acontecía. Un estremecimiento bordeaba los límites de mi prudencia; de haberle sobrevenido un mal a Biel debería de ser el peor de los casos, de otro modo era inexplicable tamaña congregación.

Alcancé la maraña de individuos, traspasarla sería una tarea más complicada. Como no tenía otra elección, me adentré entre la jungla de brazos y codos que se peleaban por adquirir una mejor perspectiva del entretenimiento.

En la fachada del edificio reverberaban los destellos azulados de unos coches patrulla. Mi baja estatura apenas me permitió vislumbrar, eso sí, pude comprobar que varios agentes rondaban la puerta de nuestro establecimiento. Tragué saliva y un hormigueo me recorrió la piel, sentí miedo, pavor, me temí una fatalidad; no concebí otra lógica que el fallecimiento de Biel.

Gracias a mi cuerpo menudo conseguí filtrarme entre el gentío y llegar hasta el cordón de seguridad dispuesto por la policía. En distintas ocasiones me trabaron intencionadamente, tuve ganas de repetir la escena de la estación de tren de Oviedo, lanzando al aire la bolsa de la comida y gritando como un poseso que los sanjacobos y la ensalada eran un artefacto explosivo.

Apostado contra las vallas amarillas de contención, presionado por la

barriga de un tipo que, al parecer, le desagradó que me situara en primera línea, recibí sacudidas que se extendían como una ola a través de la multitud. Evoqué un concierto de *punk* al que había asistido en mi juventud, en éste el respeto era mucho mayor.

Deseé que cesara el rabioso viento, de ser así, era probable que los nubarrones descargasen y el gentío se disgregara. No se me ocurrió consultar por la génesis del despliegue. Oía voces y murmullos junto a los rumores de los soplidos del dios Eolo, pero no los atendí, estaba más ocupado en localizar a alguien en el interior de la zona policial que me permitiese superar la barrera. A mi derecha, pasadas unas decenas de curiosos, las cámaras de televisión y los reporteros tomaban una muestra del suceso.

Finalmente, pude llamar la atención de un agente que se aproximó con semblante seco. Al revelarle quién era, la rigidez de sus facciones se suavizó, de seguido se apresuró en desencajar las vallas según me urgía para traspasarlas. El barrigudo empujador transformó el gesto, me miró con miedo, ¿habría estimado que yo pertenecía a uno de los cuerpos de seguridad del estado? Aceleramos el paso entre vehículos de la Policía Nacional, también entre otros con alarmantes inscripciones: «Policía Científica» o «Unidad Forense».

—Si es de los que se sobresalta con facilidad, prepárese —profirió mi guía al cruzar el umbral.

Cuando dejé atrás la puerta de cristal, mis sensaciones negativas se acentuaron. El ajetreo de uniformados y no uniformados me abrumó. Escuché órdenes diversas. Mi acompañante me adelantó, o más bien, yo me detuve. El agente continuó con paso firme hacia un núcleo numeroso de defensores de la ley. Se concentraban un par de metros más allá del mostrador, bajo la barandilla de la segunda planta. Fue entonces cuando una horrenda imagen rompió mi mente, sufrí un cataclismo. Sobre el grupo, suspendidos de sogas, tres cadáveres pendían como marionetas a un metro del suelo. Estaban amarrados bajo las axilas con cuerdas de esparto. Oscilaban mínimamente. Una concentración pestilente me golpeó y me llevé la mano a la boca.

Reconocí al primero, su mostacho, más frondoso que la última vez que lo había visto, junto con su cazadora vaquera, eran inconfundibles. La piel verdosa, la hinchazón de la cara y la notable descomposición le desfiguraban, se trataba de la misma persona que asesinó *Simbad* delante de mí.

El siguiente desdichado que colgaba a la vera de Matute era su compinche, tenía la cabeza enrollada en plástico transparente como el que se

utiliza para proteger alimentos. No distinguí su cara porque la envoltura estaba teñida de rojo, indiscutiblemente debido a la bala que le traspasó el cráneo. Deduje quién era por la camisa de cuadros marrones y azules, no diferencié el lamparón de grasa entre el tercer y el cuarto botón, no me hizo falta, era Carcelén.

Inmerso en el pánico aparté la vista de los segundos restos para depositarla en el otro ajusticiado, en el tercero. Los operarios policiales, ataviados con buzos blancos, desde la parte de arriba, tras la barandilla, ayudados por otros desde abajo, lo descendían. No llegué a distinguir su rostro, lo rodearon y lo posaron sobre una camilla. Me abstraí, no pensé, no recapacité, en mi intelecto no hubo nada durante lo que aprecié una perpetuidad, excepto la terrible y esperpéntica idea de que el tercer difunto era Biel.

Una voz exclamando mi apellido indujo a que recuperara la lucidez.

—¡Señor Acosta!, ¡señor Acosta!

Era el inspector de la Policía Judicial Pablo Árcamo situado frente a mí. A su espalda, el agente que me había acompañado contemplaba la atrocidad, además de a otros funcionarios que maniobraban tras el área delimitada. Fijé mi mirada en el elegante trajeado, pero no respondí. Entré en un estado donde mis sentidos se anestesiaron, parecía aislado de todo lo que me rodeaba.

—Disculpe, señor Acosta, ¿le sucede algo? —me consultó Árcamo arrimándose.

Persistí alelado y mudo. Me sujetó bajo el codo. Retornó la conciencia.

—No, no, lo siento, es que...

No completé el comentario, intervino cuando reparó en los motivos de mi ofuscación.

—Ninguno de esos cadáveres corresponde al de su jefe, relájese. Entiendo que se haya impresionado, pero no me dé un susto, está blanquecino, bastante tenemos con lo que nos ha caído encima. Beba agua. —Se volvió y captó al agente que no quitaba ojo del desaguado engendrado, con total seguridad, por una o varias mentes enfermas—. Agente, traiga un botellín de agua, por favor.

—Qué... qué es lo que ha pasado —acerté a decir.

—No puedo comunicárselo. Ya que está aquí podría prestarnos la llave del almacén, hemos forzado la puerta del despacho, cuanto menos destrozo mejor, estará conmigo.

—Por supuesto —susurré, me centré en el bolso de piel que me colgaba

del hombro.

Mi alma se apaciguó, Biel no era el infortunado de la camilla, aunque permanecía la incógnita de la identidad. Extraje la llave, se la cedí y de seguido otra sorpresa me abordó por la espalda.

—¡Uy, uy, uy!, ¿qué cojones...? ¿Esos son Matute y Carcelén?

—¿Quién es usted? —preguntó Árcamo.

Era Carla, asombrada por la impactante imagen de la que le costó apartar la atención.

—Soy la inspectora Sandemetrio, de la Brigada de Homicidios de la Policía Nacional. Esos eran mis compañeros.

Señaló a los corruptos, trasladados desde la estación de tren de Oviedo y colgados de la baranda, aunque intuí que eso no lo sabía el inspector.

—¿Sandemetrio?, ¿es usted la inspectora que destapó el mes pasado a los policías corruptos?

—Sí, junto con mi compañera la inspectora Pedraza.

—Vaya, enhorabuena, hicieron una extraordinaria labor. Soy el inspector de la Policía Judicial Pablo Árcamo. Pero dígame, ¿qué hace aquí?

—Gabriel, el dueño del establecimiento, es mi amigo, también conozco a... Juan —le informó, me sonrió con la mitad de la boca en una mueca fugaz.

Árcamo alzó los párpados con sorpresa y nos enseñó el brillo de sus pupilas, detrás de ellas la maquinaria no cesaba.

—No se vayan, ahora vuelvo —nos dijo alzando la llave a la altura de la barbilla.

El agente de antes me entregó el botellín de agua y se volvió a abstraer con las faenas del área acotada. En los segundos que tardó en regresar el responsable de la investigación, Carla y yo conversamos con disimulo.

—¿Qué hay de Biel, dónde está —exigió ella.

—No lo sé, pensaba que estaría contigo.

—He venido a las siete de la mañana como habíamos convenido, la verja estaba echada, me he ido a las siete y media, su teléfono no emitía señal. Cuidadito con lo que dices, esos cabrones de Matute y Carcelén son capaces de jodernos hasta tiesos.

—Pero ¿ahora Biel vuelve a ser sospechoso?

—A saber. Tampoco ha asomado el morro por la comisaría. Tú no estarás enterado de algo.

Ignoraba su paradero desde las tres y media de la madrugada. Se renovaron mis temores por el desconocimiento de su integridad física.

—No, creía que se había presentado a las autoridades. ¿Cómo se te ha ocurrido venir?

—He venido con Blanca, está aparcando. Cuidado, ya viene.

Había mantenido una especie de inicio de romance con Biel, consideré que la preocupación por él pudo a su prudencia.

Árcamo se había limitado a suministrarle la llave a uno de los policías del grupo y tras una breve indicación ya estaba de vuelta.

—Inspectora Sandemetrío, es extraño que les otorgasen este caso a los inspectores Matute y Carcelén, si añadimos el currículo que poseían, es inexplicable. He oído hablar muy bien de la inspectora Pedraza y de usted.

—En ocasiones, hasta en la policía suceden injusticias, aunque visto cómo han acabado estos dos... los inspectores, no nos podemos quejar.

—Explíqueme una cuestión, por favor. Gabriel, su conocido, es un prófugo, ¿y usted no interviene hasta ahora? Por si fuera poco, sus compañeros Valentín Carcelén e Inocencio Matute, los encargados del caso, son acusados de los delitos por los que huye su amistad.

—Dicho de esa manera... Todo ha pasado muy rápido. Gabriel y yo hace tiempo que no nos vemos, no querría liarme en este asunto que sin duda es un error hacia su persona. He preferido esperar, no puedo utilizar mi posición en favor de nadie, como bien sabrá.

—No me refiero a eso. ¿Cree que esa coincidencia es verosímil? —soltó a bocajarro.

—¿Qué insinúa, inspector?

Árcamo la estudió entre la admiración y la desconfianza. Cuando fue a pronunciarse, irrumpieron unas voces altisonantes emitidas desde la trastienda. El policía judicial se volvió veloz hacia el revuelo desencadenado por sus colegas, de inmediato se dirigió hacia ellos. Carla y yo nos miramos desorientados y le seguimos.

Al superar el tramo central vimos un tumulto fuera del almacén, también vislumbramos policías en el interior, y entre sus piernas un varón tendido en el suelo. Dos agentes nos frenaron y nos solicitaron que nos apartásemos, de nada valió la placa de Carla, Árcamo les ordenó que nos retirasen.

Unos minutos después, el propio policía trajeado nos informó.

—Para que se tranquilicen, no se trata del señor Monteagudo, desconocemos su identidad. Está inconsciente y maniatado, tiene un golpe en el cráneo, no parece de gravedad. Les agradecería que cuando le atiendan, le echasen un vistazo, por si acaso —nos dijo antes de retornar al almacén.

Unos técnicos sanitarios desfilaron apresurados ante nosotros procedentes de la calle. A su vez, los funcionarios reanudaron la operación aplazada de descolgar a los difuntos tras la tira flexible de plástico que protegía el escenario del crimen.

Nos ubicaron dentro del mostrador, el descubrimiento del individuo encerrado en el almacén nos había servido para acercarnos al núcleo principal. Una nueva incidencia me estremeció, fue una queja de un joven agente que me trasladó mentalmente a mi cocina, en concreto al relato de Villanueva: «Menuda porquería, por lo menos a Carcelén y Matute no les han cortado las manos como a este otro».

Observamos a distancia el quehacer de los operarios de la ambulancia, y más de cerca el de los policías. De repente, Carla la tomó conmigo por haber ocultado que sabía más de Biel de lo que le había dicho.

—Escúchame, hicimos un pacto y no lo has cumplido, debiste decirme que sabías dónde estaba Gabriel —habló en tono bajo, aunque con una impetuosa intensidad, sus ojos destellaban ira.

—Te íbamos a llamar...

—No me mientas, jodido cotilla, ayer por la tarde cuando charlamos ahí afuera ya lo sabías, o te piensas que he nacido antes del desayuno.

—No sab... sabemos lo que ha suce... sucedido aquí, no te precipites.

La furia con la que me embistió me nubló, me trabé al responder, suficiente para que corroborara sus sospechas. Se volvió con los brazos cruzados en dirección al almacén. Inoportunamente, se plantó Cantera al otro lado del mostrador. Alelado, contempló a Matute y Carcelén, aún suspendidos.

—¿Hoy no se curra?, no me dejaban entrar. Qué mal huele.

La inspectora «Callahan» le dedicó la mayor cara de asco que pudo. Le sugerí al *diyei* con el índice pegado a los labios que se callara. Le comuniqué la situación y que ignorábamos lo acontecido.

Examinaron al inconsciente y lo sacaron en camilla. Le vimos la cara, magullada, no fue óbice para distinguir a Jorge Villanueva.

—Y bien, ¿saben quién es? —nos preguntó Árcamo.

—No, lo siento —me adelanté.

—No le he visto jamás —apuntó la inspectora.

Árcamo y Carla se reunieron junto al mostrador. Cantera y yo nos posicionamos próximos a la salida, para no molestar. En esas estábamos cuando reanudaron el desplazamiento de Villanueva, y para mi desgracia

sobrevino otro desastre. El camillero desaceleró el paso unos metros antes de llegar a nuestra altura, poco después se detuvo a mi vera. No advertí el porqué de su estupor hasta que no se expresó.

—¡Señor, está volviendo en sí! —le vociferó al inspector judicial.

Tanto Árcamo como Carla atravesaron con apremio el establecimiento. Villanueva entreabrió los ojos, le pesaban y los cerró, de improviso los volvió a abrir y se centró en mí, estaba junto a él y no pude escabullirme. Esbozó en los labios una línea de felicidad y alzó una mano con languidez saludándome. El camillero y Cantera se fijaron en el ademán, pero no fueron los únicos.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó el encargado del caso a Villanueva.

—No he muerto, a no ser que me diga lo contrario —susurró Villanueva, luego carraspeó.

—¿Sabe qué ha ocurrido aquí?

—¿Usted es policía?

—Soy el inspector Pablo Árcamo, del Grupo Tercero de Homicidios de la Brigada Provincial de la Policía Judicial.

—Deténgame y se lo digo —dijo con lentitud y ronquera.

—¿Cuál es su nombre? ¿Está relacionado con estos crímenes?

—Me llamo Jorge Villanueva. No soy el responsable de esas muertes, pero derivan de atentados en los que participé.

—Explíquese.

—Desde 1981 hasta 1998, compuse junto a los tres empresarios asesinados y a Cristóbal Mosquera, uno de los cadáveres que tienen ahí, una unidad paramilitar que realizaba acciones para una organización secreta llamada IT5.

Mi alma se apaciguó cuando Jorge nombró al tercer difunto.

—Llévenlo a ese despacho, atiéndanlo, si su salud lo permite le necesitamos aquí —le ordenó Árcamo al camillero. Según los enfermeros exhibían su descontento y cumplían el mandato, el inspector arremetió contra mí—. ¿Usted no sabe que mentirle a un integrante de la ley es delito? ¿No me ha dicho que no conocía a ese caballero? Se la está jugando, señor Acosta. Más le vale que se aclare este asunto, más le vale.

Como había presagiado al salir de la boca del metro, la normalidad se tomó un día de asueto. Los presentes nos alarmamos con unos griteríos provenientes del exterior. Cantera se aferró a mi antebrazo y me hincó las uñas. Los portadores de la camilla en la que trasladaban a Villanueva se

paralizaron con la vista puesta en la entrada. Los profesionales de la ley que se hallaban en la parte anterior extrajeron sus armas, las proyectaron hacia la puerta, Carla incluida.

—¡Alto! ¡Quieto! ¡Quieto! Las manos a la vista.

Bajo el umbral, con un moretón en la comisura del labio, una brecha en la ceja y un pómulo amarillo, además de la herida a medio cicatrizar de la frente, Biel protagonizó una espectacular aparición con los brazos alzados. Al parecer había esquivado a los uniformados del exterior con una carrera efectuada desde la muchedumbre.

Dos agentes le inmovilizaron y le esposaron las muñecas a la espalda. Los policías del interior se relajaron y enfundaron sus armas. Árcamo cubrió los escasos metros de separación hasta detenerse frente a él. Dentro de mi ensimismamiento advertí el de Carla, boquiabierta. Guardó el revólver en la pistolera que portaba en la cintura y siguió a su colega de profesión, igual que el *disc jockey* y yo.

—Por fin, señor Monteagudo, ¿cansado de huir? Veo que ha tenido problemas —dijo el elegante policía.

—Sé quién ha matado a esos hombres —aseguró Biel señalando hacia los asesinados.

El vocear de Villanueva desde la entrada del despacho les desvió por un segundo.

—¡Estoy bien, no hace falta que me curen!

—Su ayudante se trata con ese individuo, apuesto a que usted también. Van a tener que explicarse muy bien los tres si no quieren acabar el día encerrados —anunció el trajeado.

—Se centra en las personas equivocadas —replicó el librero.

—De momento están los tres detenidos, si les apetece, en la comisaría podrán explayarse.

Mi entendimiento se debió de ausentar, porque no comprendí a quién se refería el inspector. Tuve que contar mentalmente: Biel, Villanueva y... desde luego no había duda, el tercero era yo. La depresión me alcanzó, y fue así porque no podía rectificar. La decisión de mandarme detenido a comisaría era firme, y no valía que me desentendiera con un «yo no he sido», como en el colegio, o protagonizar un berrinche, como en casa cuando era niño. Acepté mi destino según el abatimiento penetraba en mi conciencia. Sin embargo, en mitad de la cerrazón, se abrió un claro cuando conecté con la expresión facial de Biel; reflejaba la seguridad de que todo saldría bien.

Blanca Pedraza, con la placa colgada del cuello, entró acompañada de un agente, igual que habían hecho con Cantera y conmigo. Se identificó ante Árcamo, éste mostró unos brillantes dientes. Me atreví a pensar que el sabueso desarrollaría un juego de seducción, pero nada más lejos de la realidad, en breve comprobaría que utilizaba cualquier artimaña para lograr sus pretensiones.

Después de que una enfermera le curara las heridas a Biel, un uniformado le condujo hasta un coche patrulla aparcado sobre la acera. Carla le pidió permiso a Árcamo para despedirse del librero, imprevistamente, se lo concedió.

A mí me cachearon junto al atril de la entrada y me despojaron de los objetos, me esposaron como si fuese un delincuente. Blanca me animó, en un principio estaba allí como mera espectadora. Árcamo le había pedido que permaneciese por si la necesitaban para aportar datos concernientes a Matute y Carcelén. Precisamente, Árcamo la abordó sin importarle que yo le escuchase, que escuchase su engaño.

—Así que ya es inspectora y resolviendo casos como el de los corruptos. ¿Cómo ha conseguido tales logros? —preguntó, sonrió como lo haría un galán de barra de bar.

—Con mucho trabajo y mucha suerte —respondió Blanca con timidez.

—La mayoría de las veces, por no decir siempre, esos conceptos van de la mano. La suerte no viene porque sí, estoy convencido de que lo merece.

—Gracias, si soy sincera me ha costado mis sacrificios.

—Sé de lo que habla, la felicito.

—Gracias de nuevo, viniendo de alguien con su reputación es un halago.

La candorosa Blanquita se ruborizó, con tres frases había sido engatusada. Me percaté del *modus operandi* de Árcamo, era un experto en descifrar el comportamiento. Había detectado indicios de una trama oculta de este modo: miradas, reacciones, contradicciones; de Biel, de Carla, de Villanueva, de Cantera y mías, en los últimos tres cuartos de hora y en otras ocasiones con el *diyei* y conmigo. Sabía que había incongruencias, era obvio para un instinto espabilado como el suyo, con Blanca daría un paso más para esclarecerlo.

—Está aprendiendo mucho con la inspectora Sandemetro, fue providencial su intervención con los corruptos, es muy meritorio. He charlado con ella, me ha expuesto las causas por las que no les asignaron el caso de El Asesino del Estilete de Oro, es vergonzoso que aún hoy en día

ocurran estas cosas. Además, con el señor Monteagudo de por medio. — Sonrió y cabeceó de forma chismosa hacia el escaparate, en dirección a la pareja, estos dialogaban en la acera a veinticinco metros de los cientos de curiosos que, como mínimo, aspiraban a vislumbrar qué acontecía—. Ya sabe a qué me refiero, está bien que le haya protegido.

—Ah, sí..., sí —titubeó Blanca, se volvió para observar a Biel y a Carla en actitud confidencial—. Espero que se resuelva la confusión y le suelten pronto, ha sufrido demasiado por querer colaborar con nosotras y con la justicia.

El talante indulgente junto con la simpatía del inspector se evaporó en favor de un semblante seco, una vez más la mirada escrutadora emanó. Su mutismo y reflexión fueron claros indicadores para Blanca de que había sido engañada, ella lo manifestó con susto y un nuevo vistazo a la calle, esta vez más veloz. Árcamo asintió disgustado e introdujo los dedos entre su cabello canoso, dejó caer el brazo de golpe en un ademán de exasperación. Blanca se tapó la boca con ambas manos y cerró los ojos.

Tras unos instantes de meditación, el inspector judicial toqueteó el móvil y paseó hacia el fondo del establecimiento con el receptor unido al oído. Según hablaba, contempló el trabajo de los integrantes del cuerpo de policía, se afanaban en bajar a Matute para tenderlo en una camilla dentro de una bolsa negra y reunirlo junto a los otros dos que completaban la terna de ejecutados. La breve conversación telefónica de Árcamo concluyó, su paso de larga zancada le aproximó hasta mi posición. Su concentración inalterable me produjo una corazonada. La orden al agente que me custodiaba cuando desfiló ante mí, me hinchió de esperanza:

—Quítele las esposas a este caballero y no le pierda de vista.

Ignoraba sus propósitos, me fue difícil especular con alguna posibilidad más allá de la captura de los auténticos criminales. Con la supervisión del centinela, consolé a Blanca: «No te castigues, a estas alturas decir la verdad es lo acertado, estoy cansado de tanta mentira». Ella, abatida, se preocupó por Carla.

Nuestra ubicación cerca del umbral me valió para controlar el entorno: la inspectora Pedraza, a mi vera, pareció entrar en un estado introspectivo; Villanueva terminó por ceder y consentir que le examinaran en el despacho; el equipo forense, la Policía Científica y el resto de profesionales realizaban sus indagaciones; Cantera, sentado en un taburete y con el tronco superior tendido sobre el mostrador, dormitaba, a pesar de que en nuestra ordinaria

existencia jamás se hubiese desarrollado nada tan interesante, Árcamo le había confinado detrás del mueble. Pero el proceder que más me interesaba en esos instantes era el del astuto sabueso. Salió a la acera con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, avanzando con paso calmado. Se acercó hasta el subordinado de uniforme que escoltaba a Biel y le comentó alguna circunstancia. Después retornó con la misma parsimonia.

El policía custodio despojó de las esposas al librero en mitad del estupor de éste y el de la inspectora, e invitó a ambos a regresar a la librería. Una corriente de aire sucio le revolvió la melena castaña a Carla mientras se aproximaban. Cuando Biel me tuvo a su alcance, levantó la barbilla por si yo conocía el porqué del cambio de opinión, negué con disimulo. La atípica conducta del elegante funcionario desconcertó también a Carla, que quiso saber qué tramaba, al pronunciarse, Árcamo la interrumpió.

—¿Qué significa est...

—Inspectora, me acaban de informar por teléfono que junto a su compañera eran el apoyo de Valentín Carcelén e Inocencio Matute. Es un detalle relevante como para omitirlo, dadas las circunstancias.

—No he creído conveni...

—Basta ya, mantiene una relación con el señor Monteagudo. ¿Usted en sus investigaciones confía en las coincidencias? Negativo, verdad, pues yo tampoco.

Alzó la voz con autoridad, harto de saber que le engañábamos y todavía sin entender en qué ni por qué.

Comenzaron una discusión, pero me desvinculé, por lo menos en espíritu. Deseaba que se pusieran de acuerdo, dijésemos la verdad y marcharme a casa para reposar, pues la cabeza me dolía por la falta de sueño. Resistí físicamente en el grupo cada vez más amplio al que se le habían sumado un par de jefes trajeados, aunque mi atención viajó a través de la luna del escaparate hasta la calzada.

Eolo procedió intensificando su soplido, el ambiente se cubrió con una aureola fina de polvo. Achaqué lo extraño que era todo a los trasiegos mentales sufridos en la última hora, demasiados trances, demasiadas emociones para un alma sencilla. Por añadidura, mientras decidían qué hacer con nosotros, me centré en un individuo entre los centenares de curiosos de la calle, la razón de fijarme en él habría que desenterrarla de la intrincada complejidad del cerebro humano. Bajo un gorro marrón de lana se hallaba el rostro barbilampiño de *Simbad*. Perdí su imagen visto y no visto, como en un

truco de magia, rebusqué en el océano de caras, pero fue inútil. Vacilé con la realidad de lo percibido.

Supervivencia

El inspector Árcamo, a punto de acceder al despacho con el librero, se volvió para echarnos a Blanca, a Carla y a mí una recelosa mirada, luego vimos cómo venía hacia nosotros. La inspectora, en ese momento, le decía a su compañera algo referente a que no había podido persuadir a Biel para que no desvelase su intromisión desde el principio. Remató con una de sus expresiones marca de la casa: «Nos van a poner el culo como la bandera de Japón». El pesimista augurio procedía de la reprimenda que habían recibido hacía unos minutos de Casanova, el comisario de su jefatura. Éste había acudido con su homólogo y superior de Árcamo, los dos trajeados que se habían incorporado recientemente.

Árcamo nos había indicado que aclararía con Villanueva y Biel lo acontecido de madrugada y después nos haría llamar, pero, al parecer, había cambiado de opinión. Tal vez su experiencia le había prevenido para que actuase con prudencia. Les ordenó a los dos agentes que nos escoltaban que separasen a las inspectoras. Sin demora, me apremió para que fuera con él. Había apartado a Cantera dentro del mostrador, el ayudante del ayudante dormitaba indiferente al trajín de su alrededor, la faena nocturna le habría agotado.

Cruzamos el umbral del despacho, el sillón del escritorio sacado de su posición estaba junto a las dos sillas acolchadas que reservábamos para las visitas, contra la pared y de frente a la entrada. En el primero se sentaba Villanueva, permanecía con la espalda recostada y con los párpados entreabiertos. De pie, una enfermera y un camillero charlaban sin quitarle ojo. En el rincón más alejado, ambos comisarios, provistos de trajes tan distinguidos como el del responsable del caso, estudiaban al exmercenario con curiosidad a la par que dialogaban. Los sanitarios fueron invitados a aguardar en el exterior, se marcharon enojados.

Villanueva y Biel se estrecharon las manos y se dieron palmadas en los hombros con efusividad. Nos acomodamos en las sillas y los comisarios se aproximaron. Árcamo efectuó las presentaciones.

—Señor Villanueva, señor Monteagudo, señor Acosta, estos caballeros son el comisario Casanova de la Jefatura Superior de la Policía Nacional en Madrid y el comisario Riesgo de la Brigada Provincial de la Policía Judicial. Asistirán a su testimonio.

El restaurador lucía en la frente unas arrugas horizontales que revelaban su cavilar. Las tiras adhesivas, los rastros de yodo resultantes de las curas, los moretones y un apósito colocado en la coronilla eran muestras del maltrato al que había sido sometido. En este sentido, Biel había salido mejor parado, una tirita que le atravesaba una ceja, un pómulo amarillento y la comisura de la boca amoratada eran sus heridas de guerra, además de la brecha de la frente, del que su origen estaba aún por aclarar.

El comisario Casanova manifestaba una notable intranquilidad reflejada en un frotar de manos, de vez en cuando se alborotaba el profuso cabello cubierto de canas. Recordé cómo nos había provocado a Cantera y a mí cuando comparó a Biel con un animal sanguinario, consideré que podría denominar a sus inspectores corruptos del mismo modo. Riesgo, que bordeaba los cincuenta años, era totalmente calvo. La característica física que más llamaba la atención en el comisario de la Brigada Provincial eran unos grandes ojos negros, casi saltones. A diferencia de Casanova, ostentaba un dominio de la situación apabullante.

—Cuando quieras, Pablo —se pronunció Riesgo.

—Veamos, señor Villanueva, de inicio prescindiremos de esa sociedad secreta que ha mencionado ahí afuera. Cuénteme lo ocurrido, le advierto que no me valen medias tintas, lo quiero todo —exigió Árcamo.

—Le he dicho que quería que me detuviese, ¿por qué le iba a mentir? No se inquiete, cuando salga de aquí tendrá mucho trabajo —replicó el restaurador.

Casanova entornó los párpados, Riesgo no se inmutó.

—¿Qué hacía aquí de madrugada? —preguntó el sabueso.

—He venido con Gabriel para charlar y hacer tiempo, tenía intención de ir con él por la mañana a la Jefatura Superior, no quiero esconderme el resto de mi vida. Sobre las seis y cuarto hemos llegado, veníamos de tomar una copa, antes nos habíamos citado en la casa del señor Acosta.

Cabeceó hacia mí, los ojos prominentes de Riesgo y la mirada excitada de Casanova siguieron la indicación. Tomé conciencia de ser relevante para ellos desde entonces.

—Prosiga, por favor.

—Mientras Gabriel extraía las llaves, tres tipos armados nos han cogido desprevenidos por detrás...

Su nuca sintió la presión del metal un latido antes que el cálido aliento con tufillo a café. La ausencia de delicadeza fue la que le sugirió que no intentase invertir las condiciones. El trato violento le evocó épocas pasadas, sin embargo, normalmente, éste lo infligía él.

Vio cómo Biel era obligado a agacharse para alzar la verja, el cañón de una pistola automática unido a su cogote fue la herramienta que utilizaron para domarle. Se hallaron con la puerta de cristal desplegada. De inmediato el librero fue introducido a empujones hasta caer de bruces delante del arcaico atril del recibidor. Villanueva fue castigado varias veces en la clavícula con la culata de un arma corta de fuego. Se le doblaron las piernas cuando le golpearon en la parte posterior de las rodillas, le arrastraron al interior por las muñecas hasta que pudieron bajar la verja.

La escasa iluminación proveniente de las farolas de la calle que se colaba por los ventanales de la segunda planta no fue suficiente para identificarlos. Simplemente intuyó tres siluetas, de las cuales sólo una hablaba, por el tono asimiló que era el que mandaba. De repente, el haz de luz de una linterna enfocó al asustado librero, que se cegó con el resplandor. Uno dictaba los movimientos, otro alumbraba, el tercero le agarró a Biel de una oreja y le urgió para que dijese dónde estaba el cuadro de luces, al resistirse, le propinó un puñetazo en el rostro.

—Mejor que se lo digas —le aconsejó Villanueva desde el suelo, a su vera.

Biel permaneció unos instantes doblado sobre sí mismo, después le proporcionó las instrucciones necesarias. Unos segundos más tarde, la librería amaneció.

El que portaba la linterna lucía unas largas y anchas patillas, sobrepasaba la treintena, era corpulento y vestía una camisa de cuadros ocres y granates. El que había forzado a Biel se sumó al grupo tras activar la iluminación, era más bajo que el otro, sin pelo en la cabeza y con una constitución de portero de discoteca oculta tras una cazadora verde militar. El más cercano a ellos les apuntaba con una Glock negra con silenciador, tenía una cuidada perilla, el pelo engominado y un traje de corte ejecutivo. Este sujeto se pasmó según le daba una orden al de las patillas.

—Moscú, registra a estos...

Pero no sólo él se impresionó, sus dos compinches también contemplaron atónitos el lado derecho del establecimiento, hacia la mitad. Biel y Villanueva, derribados bocarriba, estaban orientados hacia la dirección contraria, por lo que desconocían cuál era la causa por la que, de momento, se habían olvidado de ellos. Tan abrumadora fue la sorpresa que cautivó a los asaltantes, que Biel se volvió con ligereza sobre el suelo para unirse a su estupefacción. Villanueva, curtido en acciones violentas, vio una oportunidad para abatir al más cercano, sin importarle lo que ocurriese por detrás de ellos.

Así pues, lanzó una patada a la altura de los gemelos del más próximo, que descargó las posaderas contra el parqué. Villanueva se dispuso a extraer de la cazadora de piel la pistola, pero la reacción de los otros dos, que fue inminente, confirmando el exmercenario que estaban preparados, se lo impidió.

Le volvieron a hundir contra el piso. Les registraron. Le despojaron a Villanueva de la Beretta que portaba y de la petaca, a Biel del montón de llaves con el que había abierto, y a ambos de sus teléfonos móviles. De seguido, les colocaron los cañones de sus armas sobre la cabeza y les exigieron que se arrodillasen. Una vez hubieron obedecido, les ciñeron las muñecas a la espalda con bridas de plástico.

—Nueva York, les disparas a matar si vuelven a joder, sobre todo no le quites ojo al arrepentido. —El jefe señaló con su Glock a Villanueva, con la otra mano se atusaba la perilla.

Aunque fuese una cuestión obvia para el restaurador, al calificarle como arrepentido supo a ciencia cierta quiénes eran y a quiénes servían. El de la perilla y el de la camisa a cuadros se arrimaron hacia lo que les había llamado la atención. Villanueva había tenido la oportunidad de verlo, le extrañó y se sintió confuso, pero su preocupación residía en cómo librarse de la captura.

—¡Cojones, ese bigotes es uno de los polis que tenían que haber hecho nuestro encargo! —exclamó Moscú, admiró a los tres ajusticiados que pendían de sogas.

—Calla, o no has aprendido nada en todo este tiempo —le reprendió el otro.

—Qué más da, están a punto de diñarla.

El jefe cabeceó, pero no insistió, otro hallazgo le absorbió.

—¡Moscú, mira!

Situados bajo el tercer ejecutado, lo examinaron como si se tratase de una obra de arte.

—Hostia, tú, es el Mosquera, en la organización va a escocer, era uno de los suyos. Fíjate, al figura le han cortado las manos, se la tenían jurada, de eso no hay duda.

—Pero ¿quién?, venimos siguiendo a estos dos desde la casa del otro. Esto lleva tiempo, no se los han cargado aquí, no hay ni gota de sangre por ninguna parte. Además, el madero y el que está a su lado, que apuesto a que es el otro poli, tienen pinta de haberla palmado hace días, apestan.

—¿El Mosquera? Dios, con los otros pase porque no eran nadie en el IT5, ¿pero éste?, ¿quién habrá tenido los huevos de finiquitarlo?

—Sin nombres, Moscú, sin nombres —mandó el cabecilla, que se encaminó ávido hacia los apresados y le habló a Villanueva—. Mira tú por dónde habíamos asumido que eras el asesino de tus excompañeros, unos amigos comunes, tuyos y nuestros, están convencidos. Está claro que aquí hay alguien más implicado, pero a ti eso ya te da igual, una orden es una orden. Nueva York, tú al fugado y yo al arrepentido.

—Tú la rubia y yo la morena —respondió el calvo que emitió una grotesca risotada.

Cuando Villanueva había aceptado su muerte, y mientras Biel les profería insultos, la Divinidad intervino en el preciso instante en el que el jefe cerraba un ojo para centrar el otro en la mira; un golpe seco resonó con contundencia. Los dos asaltantes se volvieron desconcertados, con la seguridad de que sus presas maniatadas no se irían. Las dos parejas, tanto la que poseía las armas como la que estaba a merced de ellas, descubrieron a Moscú desplomado bajo los cadáveres colgados. A la vera de su testa, entre las manos seccionadas de Cristóbal Mosquera, había un grueso tomo que antes no estaba allí.

Los cuatro, por descarte, alzaron la mirada hacia la barandilla donde estaban amarradas las sogas. Un individuo cubierto con un pasamontañas, embutido en prendas negras y ajustadas, de metro noventa y en excelente forma física, sujetaba un subfusil Ruger con empuñaduras de madera con el que amenazaba al resto de presentes de la planta baja. Transportaba una mochila ceñida al cuerpo.

—Las armas al suelo —dijo con tono inalterable.

Nueva York aguantó hasta que el cabecilla se lo confirmó. Se agacharon con lentitud, observando a su nuevo contrincante. Posaron con delicadeza

las Glock y se irguieron, perdieron la cara a sus rehenes, estos continuaban arrodillados. Obedecieron porque, a pesar de ser dos, estaban en desventaja.

El del fusil de asalto se movió ágil, descendió las escaleras sin dejar de apuntar y sin mirar los peldaños. Se trasladó hacia el que yacía inconsciente. Acuclillado, le registró con una mano al mismo tiempo que permanecía alerta con el resto, poco después le quitó el arma de fuego que disimulaba bajo la camisa de cuadros. Al incorporarse y aproximarse a los criminales, el calvo retrocedió medio paso.

—Aparta —se pronunció el de la Ruger para que le dejase espacio.

Cuando le sobrepasó, de súbito, castigó a Villanueva en el rostro con el silenciador ensamblado en el cañón del subfusil. Acto seguido, pese a la agresión, el restaurador vislumbró que su agresor se giraba hacia el jefe para coartarle la acción de abalanzarse sobre él.

—No sé... quién eres, pero queremos lo mismo... —balbuceó el jefe.

—Corta las bridas del guaperas —indicó el desconocido al calvo con un mínimo balanceo de la ametralladora.

Nueva York extrajo una navaja con la empuñadura nacarada y se limitó a cumplir con el mandato. Esta vez no buscó la aprobación de su compinche y liberó las muñecas de Biel. Villanueva escupió sangre al suelo. El del pasamontañas se distanció.

—Deja la navaja junto a las pistolas y soltar lo que les habéis quitado —dijo con sequedad—. Vosotros poneros en pie —les ordenó a Biel y a Villanueva.

El jefe posó sobre el entarimado la Beretta de Villanueva, con ella dejaron las llaves, la petaca plateada y los móviles. El siguiente movimiento del anónimo consistió en recoger todos los objetos menos la petaca, que de un puntapié la envió bajo los anaqueles de la sección de novedades, y los teléfonos, que los desmenuzó con el tacón de una de las botas militares que calzaba.

—Correr con los brazos en alto hacia aquella puerta —ordenó.

Nueva York y el jefe encabezaban el cuarteto, Biel y Villanueva les seguían, a un par de metros, la Ruger mantenía su coacción. En la mente del exmercenario, la palabra muerte resaltó igual que lo hicieron escapar o resistir, no obstante, al aproximarse al almacén, el primer término destacó sobre los otros con letras mayúsculas. El jefe, que había dejado de serlo, pretendió revertir la situación, lanzó un mensaje que el individuo misterioso truncó sin que llegase a completarlo.

—Es ridículo, nosotros no tenemos nada contra ti, queremos quitar del medio a estos dos y ya está, igual que...

—Sólo voy a ejecutar a uno. Deteneros y volveros. —Arrojó las llaves en dirección a Biel, que las cogió según caían ante sus manos—. Abre.

El librero buscó la mirada de Jorge, que asintió con convicción. Los nervios le retrasaron en la elección de la llave correspondiente. La insertó a la segunda tentativa y abrió la puerta.

—Déjalas en la cerradura. Entrad todos.

—Pero has dicho que matarías a uno —se quejó el calvo.

—No seas pardillo, ha dicho a uno de ellos —le contestó su camarada.

Los asaltantes se introdujeron los primeros en el reducido cuarto, el anónimo, con un gesto, le ordenó a Biel que los acompañara.

—Vosotros tres hasta el fondo, y tú te arrodillas de perfil junto a esas cajas —le dijo al restaurador.

Cuando las presas le satisficieron, cometió un acto inesperado, se desprendió del pasamontañas de un tirón para revelar un imperturbable rostro. El cabello era castaño, los ojos negros y centelleantes, la piel tersa y suave, su color era mortecino. Elevó la vista y exhibió un estilete de oro con la insignia de la calavera y la daga grabada en la empuñadura.

—No pienses que vas a morir sin más, vas a pasar por el mismo calvario que los otros —le dijo a Villanueva.

—No nos enseñes el careto, tío, yo no te he visto, lo juro —intervino Nueva York.

—¡Cállate, imbécil! —le gritó su compañero.

El portador de la Ruger avanzó con determinación y le asestó a Villanueva un violento golpe en el cráneo con el subfusil.

Villanueva chocó las palmas y las separó planas. Con ese ademán daba por concluida la narración de lo acontecido, por lo menos en cuanto a lo que él había vivido.

—Lo siguiente que recuerdo es que me querían sacar en camilla con rumbo al hospital —dijo.

—Hay diferentes frentes que me gustaría poner en claro, pero dígame, si no he entendido mal, esa organización... IT5, a la que dice que perteneció hace años, es la razón por la que, según usted, han eliminado a varios ciudadanos —señaló Árcamo.

—Con exactitud la causa no sé cuál es, pero tiene relación —aseguró

Villanueva.

—Pero vamos a ver si lo capto, dice que usted junto con el señor Mosquera y los otros tres fallecidos anteriormente, eran una especie de... ¿terroristas?

—Quizá sea la forma más acertada de llamarlo. Nosotros nos denominábamos como combatientes al servicio del Estado, disculpe, mejor dicho, al servicio de los que, en realidad, mandan en el Estado.

Árcamo tanteó a los comisarios, sus ceños meditabundos aludían a la relevancia de los hechos que ocultaban los crímenes de El Asesino del Estilete de Oro. Casanova intervino, en un principio apartó los nervios que había exteriorizado, se mostró mesurado, incrementó la dureza en el tono a medida que emitía su opinión.

—Y según usted, ¿quién manda en el Estado? Dudo de sus acusaciones, porque eso es lo que son, no creo lo que dice. Mezcla realidades con ficciones, lo que dice es de una gravedad sin precedentes en nuestro país si fuese verídico. Su testimonio es falso, Matute y Carcelén no eran lo que ha insinuado, ni les incumbía ninguna asociación... mafiosa, eso es otra invención. Puede que estuviesen implicados en algún jaleo con esos empresarios, pero ¿terroristas?, ¿en mi comisaría?

—Tranquilízate, Jesús María, no vale la pena que te pongas así, sea lo que sea se investigará —medió el comisario Riesgo, intentó calmar a su homólogo con palmadas en el hombro—. Ahora lo que hay que esclarecer es lo sucedido esta noche aquí. Insiste por ese camino, Pablo.

El inspector Árcamo se enjugó los ojos con un pañuelo blanco de seda. Tardó unos segundos en reanudar las pesquisas.

—Usted ha perdido el conocimiento y no sabe más. Por lo tanto, señor Monteagudo, usted puede encadenar su declaración a partir de este punto, si es que está conforme con lo explicado por el señor Villanueva.

Lo vi venir. Biel, sentado pero incorporado hacia adelante, con las manos abarcando las rodillas, con una mueca mezcla de amargura y ansia, suspiraba por intervenir.

—Lo estoy, lo suscribo todo. Sin ambages, inspector, lo que ha contado Jorge es la verdad, respecto a esa banda ilegal y respecto a lo sucedido esta madrugada —afirmó el librero.

—Serán miserables, estos no son trigo limpio, no, no lo son. Yo mismo asigné el caso a Matute y Carcelén. ¡No pienso contenerme ante estos pintamonas! —gruñó Casanova.

—Será mejor que te apacigües, Jesús María, nos tomamos un café y volvemos. Venga, no será más que una confusión.

Riesgo, notablemente azorado, se llevó a Casanova, éste accedió a regañadientes. A mi entender, lo que menos necesitaba era cafeína, un abogado sería lo más adecuado. El episodio me refrescó que semana y media atrás, en la cena del restaurante Cavalcanti, Carla nos expuso el criterio que habían utilizado para asignar el caso a los dos corruptos que criaban malvas desde hacía unos días; fue por medio de una sospechosa llamada, cuando ella y su compañera estaban destinadas para tal designio.

Al poco de que se marcharan entró un agente, cerró y se colocó junto a la puerta. Árcamo se apoyó en el borde del escritorio y se aflojó la corbata. Cuando Casanova había mencionado que Matute y Carcelén estaban involucrados, pero no del modo que afirmaban Biel y Jorge, me fijé que el inspector fruncía el entrecejo. Me acordé de que había ironizado cuando le dijo a Carla que le constaba el currículo de Matute y Carcelén.

Villanueva se recostó y cerró los ojos, los tres creímos que se encontraba mal.

—¿Quiere que le atiendan los sanitarios, señor Villanueva? —se preocupó Árcamo.

—¿Por qué?, estoy muy bien, ni siquiera sé cuándo he echado el último trago.

—Si desea asistencia sólo tiene que decirlo.

—No, lo que deseo es protección, extrema protección. Ese comisario es la prueba de que así será.

—¿Qué insinúa? No admito que hable así de un integrante de la ley.

—Permítame decirle que la reacción de ese tipo no ha sido lógica. Pero no importa, no importa, prefiero que no esté, lo que tengo que denunciar es muy comprometedor.

—Señor Villanueva, lo que tenga que denunciar en lo relativo a su pasado y a esa supuesta organización, lo hará ante las competencias pertinentes, ahora quiero desentrañar con el señor Monteagudo los hechos que han vivido esta noche.

—Le noto temeroso, inspector, no tiene pinta de ser un cobarde.

—Debería escucharle, no se sentirá indiferente —terció Biel en favor del exmercenario.

Árcamo asintió, alternó sus caras. Yo me había dedicado a oír, ver y callar, adopté esta actitud desde que en el recibidor de la tienda me

incluyesen en la terna de detenidos. A mí no me preocupaba que me creyesen un cobarde.

—Está bien, lo haré después de su declaración, señor Monteagudo, tengo curiosidad por saber cómo se han librado de esos sujetos. Parecen preparados, sobre todo el del subfusil. ¿Tienen alguna noción de quién se puede tratar?

La consulta provocó que tanto mi amigo como Villanueva inclinasen sus cabezas hacia mí.

—Si no me equivoco, supongo que os referís a *Simbad*, la descripción casa con él —dije con incertidumbre, sus asentimientos me lo confirmaron.

Aunque Biel le había visto en una ocasión, aquélla en la que le intimidó en la parada de taxi, no tuvo la oportunidad de distinguir su rostro.

—*Simbad*. ¿De qué demonios habla? —se expresó desconcertado el inspector.

—Es una larga historia en la que todo está conectado, esa organización mafiosa, las ejecuciones de los empresarios, el crimen de una anciana inocente, los asesinatos de Matute y Carcelén, la desaparición de Gabriel. Han sido dos semanas trepidantes que estoy deseando describirle, enteras, de cabo a rabo.

Finalicé y me concentré en Biel, le sugerí con una mirada intensa que debíamos narrarlo todo, sin saltarnos una coma. Me respondió con unas palmadas de conformidad sobre la rodilla.

—Le he dicho antes que íbamos a darle mucho trabajo, señor inspector —intervino Villanueva vanagloriándose.

—Empecemos por lo de esta noche, señor Monteagudo —dijo Árcamo.

La agresión a Jorge les sorprendió tanto a Biel como al calvo, que se sobresaltaron por la violencia ejercida. El del traje no se inmutó. Su subalterno, con notables síntomas de exaltación, era su antípoda.

—¡Nos va a despachar!, ¡es el final, de aquí al infierno, Carlos! —berreó tirándole de la manga a su compañero.

—Suéltame, subnormal, más te vale que nos deje secos porque si no te voy a cortar la puta lengua con un cortaúñas.

—Fuera, rápido —ordenó Simbad de nuevo calmado.

Sortearon el cuerpo de Villanueva y salieron. Biel, que fue el último en abandonar el almacén, procuró distinguir la gravedad de la herida según pasaba a su vera. Sólo tuvo tiempo de ver la sangre empapando el cabello cobrizo, pues fue apremiado mediante amenaza. Simbad le obligó del mismo

modo para que cerrase la puerta con llave y se las devolviese.

Desfilaron al trote hasta la posición del que estaba tendido debajo de los cadáveres suspendidos. Matute y Carcelén llevaban muertos desde el miércoles, y no sólo su aspecto era nauseabundo, el hedor de la carne podrida era repugnante, uno de esos olores que se arraiga en la pituitaria y se resiste a abandonarla por muy lejos que se esté del apestoso origen.

Entre la pareja de criminales levantaron a su camarada y lo arrastraron hasta el vestíbulo. Biel les seguía, y detrás de éste el subfusil sujeto con firmeza por el implacable individuo que, exclusivamente él, sabía el futuro más próximo de los cuatro.

—Vámonos, obedecer y no sufriréis daño —entonó Simbad con temple.

Esta vez le tocó a Biel encabezar el insólito quinteto. Alzó la verja y aguardó en el zaguán a que pasaran sus asaltantes. El del traje le miró por encima del hombro con aversión, recordándole que serían dos los escollos que tendría que salvar para conservar la vida.

Se detuvieron en la acera, el misterioso se situó tras ellos mientras el librero encajaba la plancha en la hendidura metálica. Retornaron a sus posiciones iniciales, igual a como habían recorrido el establecimiento; los criminales precedían a Biel, cerraba Simbad. Las rodillas flexionadas del inconsciente casi tocaban el suelo, prácticamente lo transportaban a rastras. Anduvieron calle abajo hasta el vértice del edificio. Atravesaron la calzada por el paso de peatones, donde se toparon con un hombre que portaba un bocadillo envuelto en papel de plata, ni siquiera levantó la atención del asfalto pintado.

Circularon cuatro o cinco vehículos, pero lo hicieron una vez hubieron alcanzado la acera del otro lado. Todos sabían el trayecto a seguir, en la librería habían sido aleccionados, de no hacerlo estaban concienciados de que el dueño de la Ruger cumpliría con su promesa y les descerrajaría una ráfaga. No se molestó ni siquiera en ocultar el subfusil.

Cuando el destino era visible al fondo de la vía, un furgón azul con los cristales tintados aparcado en línea, se les presentó un obstáculo. De frente, a treinta metros, dos veinteañeros voceaban y se carcajeaban el uno del otro. El grupo mantuvo el ritmo estimulado por la coacción del opresor.

—¡Eeeh!, buena juerga, carrozas, ese patilludo ha caído —dijo uno de los jóvenes varios pasos por delante, les taponaba el progreso en la estrecha acera.

No respondieron, continuaron para que se apartase, pero esto no

sucedió. El jefe se pronunció sobre la marcha:

—Quita del medio, imbécil, no ves que tenemos prisa.

—Me da igual, la calle no es vuestra —contestó el muchacho, al mismo tiempo contrarrestaba los empujones de su amigo que intentaba apartarle.

La colisión era inminente. El cabecilla, sin soltar al desmayado, extendió un brazo y agarró la garganta del chico. Todos se detuvieron. El chaval, estupefacto por la brutalidad de la acción, pugnó por desasirse del agresor. Su amigo se había paralizado y sólo pudo mirar. La voz de Simbad se alzó por encima de las demás y también de los sonidos guturales del borracho:

—Carlitos, deja de jugar, todavía tengo que desollar un cerdo.

Los músculos del brazo del agresor se destensaron y liberó al muchacho. Reanudaron la excursión. Biel dudó si atender al chico que tosía entre arcadas, una presión rígida en la columna le aclaró con inmediatez. En la punta del quinteto, el cabecilla lanzó un comentario cargado de rencor hacia su colega:

—Gracias, Nueva York, muchas gracias por decirle mi nombre, como salgamos de ésta te voy a cruzir, bocazas.

Los intermitentes de la furgoneta destellaron, el plástico protector de uno de los traseros estaba cascado. El mecanismo de cierre centralizado emitió el sonido característico de apertura.

—Cógelas, abre la puerta trasera y sube —le dijo el portador de la Ruger a Biel tras arrojar a sus pies dos pares de bridas.

El librero se agachó y las recogió. Contempló turbado las tiras de plástico en su mano.

—Si me dejas con ellos me mataran a patadas —aseguró Biel.

—Si lo hacen, morirán —afirmó Simbad.

—Nos vas a matar igual —gruñó Carlos ubicado de espaldas a ellos, frente al portón trasero.

—Haz lo que he dicho, éstas son para sus tobillos —dijo tirando al pavimento media docena de bridas más.

Las alternativas eran inexistentes, Biel se sometió a su mandato y subió. Dentro de la oscura, vacía y aislada bodega de carga, retrocedió hacia el fondo, pero cuando los criminales se dispusieron con torpeza a remontar al inconsciente, recibió otra orden.

—Ayúdales, rápido.

Se disponía a ello aprovechando su posición elevada cuando percibió

que el desvanecido, de cara a él, igual que los otros dos, levantaba los párpados, pero no lo hacía como si se despabilase, sino de forma astuta, como si hubiese esperado el momento idóneo para atrapar desprevenido a Simbad que les controlaba en la retaguardia.

La contienda se desarrolló fugaz: Moscú se revolvió con frenesí y se desprendió de la sujeción de sus compinches, Nueva York y Carlos se vieron impresionados por la acción y no supieron reaccionar en consonancia; el recién reanimado le enganchó a Simbad de la manga de lycra del brazo que aguantaba el subfusil, lo zarandeó y no le permitió encañonarles, de seguido, un tiro en la sien derecha proveniente de una de las Glock requisadas acabó con Moscú; en mitad del tumulto, y mientras el jefe se quitaba de encima al caído, Biel saltó a la acera por entre medias del calvo y del bulto que ya era su compañero. Corrió ansioso por donde habían llegado. No transcurrieron más de dos segundos en zumbiar otro par de detonaciones amortiguadas. Se figuró que los disparos impactaron en Carlos y en Nueva York.

Una tenebrosa inquietud le perseguía, como la bala que imaginó emergiendo del cañón del silenciador con su cabeza como meta. Rebasó a los borrachos que vagaban cabizbajos. Les gritó para que se refugiaran, su intención fue que se retiraran de la línea de fuego, aunque finalmente no aconteció ninguna otra detonación.

Corrió y corrió, quince, veinte minutos, por espacios y rincones de la ciudad en los que nunca había estado. Los madrugadores obreros aumentaban según amanecía, la mayoría impasibles a su carrera. Extenuado, se detuvo en una cabina telefónica.

Antes de utilizar el aparato quiso recuperar el aliento. Encogido, con las manos apoyadas en las rodillas, procuró que el ardor de los pulmones se aliviara y el oxígeno accediese con suavidad. En ese intervalo recapacitó en la preparación de Simbad, en cómo se había anticipado a Moscú y con qué rapidez había empuñado una de las armas cortas que portaba. No obstante, cabía la posibilidad de que los supervivientes del trío de criminales hubiesen doblegado a su rival. Pero le era indiferente quién hubiese triunfado en la pugna, había sobrevivido gracias a su valentía. Si acaso, lo que le estaba atormentando era el no haberse percatado de frenar la alocada huida antes, porque Jorge permanecía encerrado en el almacén, y tanto uno como otros querían eliminarlo. Hubiese contactado con Carla, pero no recordaba su número, guardado en su móvil ya destrozado. Todavía sin resuello, con urgencia, llamó al 112.

El misterio de los niños

Árcamo se incorporó del borde del escritorio y se dirigió despacio hacia el agente de reciente entrada.

—¿Ha llegado el juez? —le preguntó.

—Sí, señor, está reunido con los comisarios Riesgo y Casanova. ¿Le aviso?

—No, todavía no.

Regresó cabizbajo, con el mismo parsimonioso paso y las manos en los bolsillos. Aparentaba despreocupación, creí que experimentaba una especie de concienciación sobre la cuestión anteriormente debatida, pero me equivoqué.

—A usted le calé el día que desapareció el señor Monteagudo —me dijo—. Me lo tenía que haber llevado, tuve claro que le protegía. ¿No se dan cuenta de su irresponsabilidad? Usted, Gabriel, ha declarado que Matute y Carcelén llevan muertos desde el miércoles, no entiendo cómo lo sabían y no lo denunciaron. Me van a contar todo ahora mismo, todo, lo han oído. Todos están involucrados, todos me han mentado, ustedes, las inspectoras, y si me apuran hasta su empleado el de las ojeras —terminó irritado e indignado.

—¿A quién se refiere?, ¿qué inspectoras?, ¿qué empleado? —nos preguntó Jorge.

—Nuestra implicación comenzó cuando desvelé ante las inspectoras Sandemetrío y Pedraza un hallazgo en Internet —alternó el rostro de Villanueva con el de Árcamo—. Es una larga historia, conocía a Carla de antes y me pidieron ayuda porque se sentían menospreciadas en la jefatura a pesar de sus logros. Puede considerarse una chiquillada, pero querían demostrar su valía.

—¡Qué irresponsabilidad! —clamó el funcionario—, pueden haber arruinado sus carreras por semejante tontería. Es extraño que tras su acierto con lo de los corruptos no las concediesen un papel más importante en la comisaría, pero yo mismo he oído a personalidades policiales alabarlas.

Aun sabiendo que hacíamos lo correcto, no pude evitar sentirme culpable

por delatar a Blanca y a Carla. Biel me miró cabizbajo, como lo hacen mis sobrinos cuando les pesco cometiendo una travesura.

—Quién quiere arrancar, señor Acosta, señor Monteagudo, vamos, anímense, a ver cómo se las arreglan para librarse esta vez —se burló el inspector judicial.

—Pero... pero... una cosa antes de nada —intervino Villanueva notablemente desconcertado y encarando a Biel—. ¿Ese empleado se ha inmiscuido en esto?, ¿cuál es su nombre?

—Francisco José Cantera Torre —anunció Árcamo subyugado por el interés del exmercenario.

—Es un amigo, no tiene conexión, hasta anoche no le comunicamos la realidad —dijo Biel con indiferencia.

—Ya. Y las inspectoras esas...

—Sandemetrío y Pedraza.

—¿Os han contado sus progresos durante la investigación? —consultó Jorge.

—Claro, digamos que compartíamos los descubrimientos. Por esa causa, inspector, nosotros no nos veíamos forzados a ir a la policía a denunciar, porque en cierta forma ya lo hacíamos, pregúnteselo —explicó, señaló hacia la puerta.

—Tienen todos que satisfacer muchos interrogantes... —Árcamo se interrumpió—. ¿Se encuentra bien, señor Villanueva?, ¿quiere que avise a los enfermeros?

Jorge, sentado, apoyaba los codos sobre los muslos y entrelazaba los temblorosos dedos. Mostraba una repentina palidez junto con la sudoración de la frente.

—No, a no ser que sea para que me traigan un trago —intentó sonreír—. Quiero escucharlos.

—Tiene un grave problema con el alcohol, señor Villanueva —dijo Árcamo.

—Según cómo se mire, en mi caso preferiría que fuese el mayor de mis problemas —alegó sin levantar la vista del parqué.

Aprecié una mueca de lástima en Árcamo. Volvió a descansar las posaderas en el borde del escritorio.

—Empiecen desde el minuto uno, y no ahorren en detalles.

Ambos desenredamos el nudo. Biel la parte que había vivido solo y yo la mía. Cuando coincidimos, por ejemplo, en la visita a Villanueva en Ciudad

Real, nos turnamos. Si uno se dejaba lances atrás el otro intervenía.

Tanto Árcamo como Jorge atendieron a su manera; el primero, examinaba hasta las gesticulaciones, sin perderse ni un pormenor; el segundo, que controlaba casi toda la historia, titubeaba con la mirada descentrada hasta que se volvía a atrapar en el vacío.

Tardamos un cuarto de hora, transmitimos, en este caso superficialmente, hasta la relación entre Biel y Carla. No se me olvidó el episodio de la señora Leonor, mantenía esa espina clavada y haría lo preciso para que se esclareciese, porque lo que era imposible era que Carcelén reprodujera el mensaje referente a ella en la persecución de la estación de Oviedo.

—Por lo tanto, según ustedes, ese *Simbad* sería El Asesino del Estilete de Oro, que también habría acabado con Matute y Carcelén, y no sabemos si con los tres individuos que les atacaron anoche, que según ustedes pertenecen a esa organización mafiosa, IT5, de la que en el pasado el señor Villanueva fue integrante junto a los empresarios perecidos, cometiendo infinidad de crímenes, y que al parecer mueven los hilos del país. Muy bonito, muy bonito —concluyó el policía judicial con tono incrédulo y socarrón.

—Exacto, es nuestra versión, ¿cuál es el inconveniente? —insistió el librero.

—¿Qué cuál es el inconveniente? En este país son las leyes las que ordenan, según ustedes, de repente, hemos dejado de vivir en un Estado de Derecho.

—Le hemos narrado nuestra vivencia, ¿qué necesitaría para creernos? —le consultó Biel.

—Ni siquiera han aportado ni una sola prueba en lo relativo al tipo al que acusan, podría estar viajando ahora mismo al extranjero.

Entré en conflicto conmigo mismo al digerir la conjetura, porque si mi percepción no me había engañado, *Simbad* permanecía, o había permanecido hasta hacía un rato entre el gentío. Como no podía confirmarlo, escogí callar, ¿para qué se iba a quedar si sabía que le podríamos identificar?

—No se ha marchado, me quiere matar y así completar su venganza —contestó Villanueva como si me hubiese leído el pensamiento.

—¿Venganza?, ¿por qué está tan seguro de que les elimina por venganza? —preguntó Árcamo.

El hostelero, con los ojos cerrados, se balanceó con ligereza sobre el sillón manteniendo una actitud pueril, sin duda sabía más de lo que decía.

—Agente, llame a los sanitarios. Cuando esté en condiciones hablaremos

—dijo Árcamo.

Su subalterno se apresuró en obedecerle y salió.

—Eso si no me liquidan antes, convénzale al juez para organizar una escolta o no me meneo de aquí —dijo Villanueva.

—Si tan claro tiene que quieren atentar contra usted, ¿por qué no me cuenta lo que sabe? —insistió Árcamo.

Jorge tampoco respondió.

—De todas formas, tengo que ver al juez. Le voy a organizar un servicio de escolta que le custodie en todo momento, ¿está conforme? Ustedes no se muevan de aquí —nos impuso el inspector.

Se trasladó con celeridad hasta la salida del despacho, se apartó cuando entraban los enfermeros, el camillero y el uniformado. Muy rápidamente le dio unas breves instrucciones a este último, que se ancló en el exterior. Luego Árcamo se marchó.

Sin interrupción, por ensalmo, Jorge recuperó la compostura. Sus labios, provistos de una fina línea de complacencia, les solicitaron un minuto a los sanitarios, que, contrariados, aguardaron a unos metros. Jorge se dirigió a nosotros confidencialmente.

—Disculpad, amigos, al final resulta que teníais razón, ese *Simbad* es uno de los asesinos.

—Pero ¿te encuentras bien? —le pregunté.

—He recordado un hecho importante —dijo con fervor, me dio la impresión de que había engañado al policía judicial para que se ausentara—. Gabriel, Acosta, en la cocina me hablasteis de una operación que perpetramos en el Parque del Retiro, en unos actos de celebración de los tres ejércitos.

—¿Está relacionado con esos niños por los que te pregunté varias veces anoche y no quisiste responder?, porque si no, no quiero saber más —replicó Biel con acritud.

—Eso es, lo tiene que ver todo —aseveró con ojos de demente—. Ese Teniente que ejecutamos en la caseta quería destapar al IT5 junto con otros oficiales. Averiguaron nuestras operaciones en cubierta y las de otras células en guerras y en conflictos donde los intereses de la organización estuviesen en juego. Además, estaban al tanto de otras acciones realizadas dentro de nuestro país. Esos niños... Tengo la imagen del militar incrustada en la memoria, degollado, con las manos cortadas y aquella sangre en sus ropajes y en el suelo. —Las lágrimas le resbalaron por la cara compungida—. Yo salí el último de la caseta, eché un vistazo final. En un principio creí que la

imaginación me la jugaba, en esos instantes de tensión el subconsciente solía hacerlo, equivocaba formas u objetos con siluetas o caras, pero eran tan reales que me obligué a observarlas con detenimiento mientras Pelayo a mi espalda me exigía rapidez. En el ventanal cubierto de porquería de la parte trasera, dos niños con los ojos muy abiertos contemplaban absortos a... a... al ajusticiado, esas caras... eran temerosas, horribles, estaban desencajadas... No les pude delatar. —Se secó con un pañuelo de papel ofrecido por Biel y prosiguió con más entereza—. Busqué la noticia en días sucesivos, apenas hicieron mención, describieron el homicidio mucho menos sangriento y se lo achacaron a un indigente. Nosotros eliminamos al Teniente para amedrentar a los demás militares, funcionó, atemorizados, no desenmascararon a la organización.

—Pero ¿quiénes eran esos niños? —me adelanté a Biel que asintió ante mi consulta.

—Lo siento, señores, tenemos que llevarle al hospital —intervino el camillero.

Villanueva se incorporó del sillón de un salto, los tres sanitarios se escamaron.

—La camilla es innecesaria —les dijo, luego se centró en nosotros—. Pese al polvo de la ventana jamás se me olvidarán esas caras, eran las mismas que las del niño de siete u ocho años y la chica que, en primera fila del funeral, cogidos de la mano y ensimismados, hundían sus ojos en el féretro del teniente. Me encargué de atraerlo hasta la caseta con la excusa de un asunto de la organización del evento. Los críos nos siguieron a escondidas, es muy común llevarse a la familia a este tipo de celebraciones castrenses. Fue uno de los errores más grandes que tuve en diecisiete años. Desde aquel episodio mi conciencia no me ha permitido ser el mismo. Meses después indagué acerca de las criaturas, una de ellas estaba grave, seguía un tratamiento psicológico y... Lo demás ya lo sabéis.

Sonrió con humildad, sus pupilas chispearon. Su cara se transformó en una mueca de pletórica felicidad, incomprensible tras su aterrador testimonio.

—Por favor, caballero, acompáñenos —profirió con severidad la enfermera.

Había algo que contrastaba con aquella situación. Jorge, fanfarrón cuando Árcamo inició el interrogatorio, había transitado por varios estados anímicos. Se había debilitado paulatinamente a la vez que su desconfianza había crecido, no sólo hacia el inspector o los comisarios, también había

recelado de nosotros, terminó por abstraerse y se adentró en una fase de enajenamiento. Sin embargo, cuando estaba a punto de ser trasladado al hospital, la alegría invadía su rostro, rememorando al Jorge que nos recibió en El Corderito Valiente.

—Ha sido un placer, gracias por todo, os deseo lo mejor. —Me tendió la mano.

—Lo dices como si te fueses para siempre —dije desorientado, le estreché la diestra en un acto reflejo.

—¿Sabéis que por un momento he dudado de vosotros? —anunció.

—Pero ¿y esos niños? —preguntó Biel.

El librero no obtuvo respuesta, sólo un abrazo fugaz. El restaurador acompañó a los sanitarios, que le inquirieron sobre su salud de inmediato, no obstante, se libró de ellos para, desde el umbral, volverse y aconsejarnos. El contenido del mensaje sería un reflejo de lo que ocurriría poco después.

—¡Pareja, deberíais elegir mejor a vuestras amistades! —vociferó ostentando una expresión demencial.

Se marchó hacia la salida de la librería rodeado de uniformes naranjas y azules de sanitarios y policías.

Para mí fue enigmático, ¿acaso se refería a que nos había engañado? Por suerte o desgracia, a Biel le rondaba la suspicacia por el entendimiento de antemano.

—No puede ser... —masculló.

—¿El qué?

—No, no, no —negó con el espanto marcado a fuego en el semblante.

El inspector Árcamo se presentó en el umbral, opinó sobre Villanueva según seguía visualmente su caminar.

—Los golpes en la cabeza son traicioneros, puedes sentirte fenomenal y en un santiamén te cambia todo.

—Los niños..., los niños... uno enfermo. Su hermano estuvo enfermo... —susurró Biel inquieto, se dirigió con aire confuso hacia la entrada del despacho, le seguí.

Árcamo frunció el entrecejo.

—*Simbad* y... —aporté más entonado.

El nombre que surgió de los labios de mi amigo a la par que avanzábamos, me despistó hasta que Árcamo extrajo un arma corta de fuego. Lo inviable tomó forma, como ese lienzo que se admira sin entenderlo, pero que, al leer la cartela, se comprenden sus trazos.

—Carla...

Como en jornadas precedentes, un cúmulo de acciones violentas volvió a reproducirse a gran velocidad, mi cerebro las asimiló de este modo. El arma de Árcamo, negra, pulcra y radiante me indicó dónde se concentraba la actividad. A medio camino entre la puerta del despacho y la de la calle, se originó un tumulto formado por los empleados de la ambulancia y los agentes que acompañaban a Villanueva. Éste desequilibró a los policías con destreza, se apoderó de la pistola de uno de ellos y destacó del grupo. Empuñó el arma en alto y apuntó hacia un quinteto de personas reunidas ante el atril antiguo de la entrada. Entre ellas pude diferenciar a los dos comisarios, a Blanca y a Carla. Jorge se desplazó decidido entre el revuelo, el griterío y el caos. Árcamo, arrodillado delante de la puerta del despacho, estableció en vano el ángulo adecuado para que la mira concordase con el objetivo, los enfermeros, que se apartaban alarmados, y los dos uniformados, que intentaban recobrar el control, se lo impidieron al cruzarse. Otros policías vocearon, quisieron reaccionar, pero no fueron lo suficientemente rápidos. Jorge disparó una vez, una centésima de segundo después —si es que el tiempo tuvo que ver—, seguido de otra detonación, fue él quien se desplomó, cayó bocarriba.

Al fondo, cuando el movimiento pareció ralentizarse, junto a los comisarios, Blanca y otra persona que luego supe que se trataba del juez Marañón, que agachados o en difíciles posturas habían procurado protegerse de la amenaza, Carla mantenía la posición; con la barbilla levantada miraba al frente, con el brazo extendido sujetaba el revólver, separaba los pies entre sí a una distancia aproximada a la de los hombros. Sobre todo, me fijé en su rostro, firme, severo y concentrado.

Al otro lado de la cortina

Convencido de la implicación de Carla, aturdido por el descubrimiento, además de por la atroz acción, seguí a Biel y al inspector judicial hacia la reunión que se había formado de policías y sanitarios que comprobaban el estado del restaurador. Uno de los agentes respondió a Árcamo con un lento y resignado negar. Me ensimismé en el cadáver brevemente. Tenía el semblante neutro y una mancha de sangre en la camisa, a la altura del corazón. Me resultó inconcebible que una persona a la que acababa de estrechar la mano se hubiese ido para siempre, así, sin avisar, con tanta brutalidad.

Levanté la cabeza, Biel acompañaba al trajeado mientras dialogaban. Los máximos responsables policiales y judiciales del caso, junto a Carla y Blanca, se congregaban junto al atril de la entrada. A este grupo se agregaron los que trabajaban dentro del área acordonada, que además de preocuparse por si había heridos, felicitaban a Carla. La inspectora no cesaba de acoger reconocimientos y apretar manos. Biel y Árcamo permanecían aislados por la marabunta de policías; el librero hablaba y gesticulaba, el policía asentía.

Cantera se me unió, guardamos un espacio generoso respecto al foco donde se centralizaba la atención. Se expresó bajo un tono lúgubre, era de las pocas veces que exteriorizaba su auténtica naturaleza, sin aditivos, sin aparentar cualidades, sin simular aptitudes.

—¿Vuestro conocido... ha muerto?

Asentí.

—Lo han matado.

El comisario Riesgo ordenó a los operarios de la ley que volvieran a las pesquisas en la zona acotada. La entrada se despejó. Árcamo se sumó al conjunto compuesto por el juez, los comisarios, Carla y Blanca. Inversamente a lo que calculé que haría, Biel vino hasta nuestra posición, nos dedicó un tímido alzado de barbilla.

—¿No vas con Carla? —le pregunté.

—Esto aún no está zanjado.

—Entonces de verdad crees que el Teniente asesinado era su padre, que

ella es... la asesina del estilete...

—¡Quién, tu novia! —se alteró el *diyei*.

Biel ni se inmutó, se limitó a fijar su indescifrable mirada en ella. Carla alternaba la suya entre las autoridades y él. Para ellos mostraba una sonrisa contenida y para el librero ensombrecía el rostro. Pronto el escenario volvió a sufrir un giro inesperado, a nuestros oídos llegó un mensaje inimaginable, por lo menos para mí, aunque admito que dispuse de tiempo para adivinar que podría ocurrir.

—¿Están ustedes bien? —se pronunció Árcamo, que repasó al quinteto uno a uno—. ¿Usted también, inspectora Sandemetro? —le preguntó, ella varió la compostura—. Entrégueme el arma y la placa, la voy a detener.

Los ademanes contradictorios de los asistentes fueron reveladores, ninguno entendió qué se proponía el policía judicial.

—Está loco, me ha salvado la vida. Acaso no ha visto que ese pirado ha atentado contra mí —le increpó Casanova.

—¿Y qué razones podría tener el señor Villanueva para atentar contra usted? Yo no lo he visto, no lo ha podido ver nadie. El señor Villanueva no ha disparado en esta dirección, justo antes ha orientado el cañón hacia el techo.

—No diga tonterías, le tenía por un excelente profesional —dijo Casanova.

Árcamo dirigió la mirada hacia el techo, el estropicio en la escayola decorativa era incuestionable. Luego señaló el mueble plano donde ubicábamos los títulos clásicos. Situados por delante del cuerpo sin vida de Jorge, sobre unos ejemplares de una edición moderna de *El Conde de Montecristo*, los restos diseminados del enlucido ejercieron como vestigios. Efectivamente, Jorge había promovido su propia muerte.

—Y qué más da adónde haya ido a parar el proyectil, por qué va a detener a mi inspectora, es ridículo.

—Tengo indicios de que está implicada en los asesinatos de los señores Santos, Lluch, Cabrera y Mosquera.

—De qué habla, ¿es consciente de la acusación que ha lanzado? —le desafió Casanova, que buscó la complicidad de Riesgo y la protesta de Carla.

Sin embargo, el primero, atendía serio a su subalterno, mientras que la segunda permanecía fija en el librero, éste no la rehuía.

En mi interior subsistía la esperanza de que fuese un error, de que Biel estuviese equivocado con Carla, de que ella poseyese una aclaración

elocuente con la que convencernos de que *Simbad* no era su hermano. Pese a nuestra retorcida relación plagada de vaivenes entre la animadversión y el afecto, no contaba con que Carla nos hubiese embaucado, o simplemente, lo que no quería era que se hubiese aprovechado de mi amigo.

El tenso silencio originado tras el enfurecimiento de Casanova fue truncado por el juez Marañón.

—Caballeros, reúnanse conmigo.

El inspector judicial, los comisarios y él mismo salieron de la librería y se reunieron junto a la puerta, en la parte exterior.

Eran varios los metros entre nosotros y las mujeres policía, éstas estaban al lado del atril de la entrada. Carla se limitó a contemplar a Biel, y Biel a Carla, se creó una tirantez propia de dos púgiles que se desafían en la jornada de pesaje. Blanca trataba de que su socia estableciera contacto visual con ella, parecía que quería calmarla. Cantera murmuró que la primera vez que vio a la novia del librero reparó en que era rara, y que ahora se explicaba el porqué, luego se vanaglorió de conocer a las féminas.

La hostilidad, invisible pero palmaria, se incrementó cuando la inspectora Sandemetrico se dirigió a Biel:

—Por lo que deduzco, crees que te he mentado —dijo segura de sí misma, como siempre.

—Me has utilizado para llevar a cabo esta matanza —señaló hacia los tres cadáveres embolsados sobre las camillas y hacia Jorge.

—Es la mayor sandez que he oído en mi vida. Puedo justificar con facilidad dónde me hallaba cada vez que se ha producido un crimen —rebató con naturalidad.

—Una vez me dijiste que eso no importaba, puedes ser cómplice, incluso la autora intelectual, fueron tus palabras cuando fui a la comisaría a denunciar el homicidio de Cabrera.

Ella contrajo la comisura del labio y cabeceó, lógicamente en total desacuerdo.

—Es inaudito que pienses eso de mí, después de colaborar y de... pasar unos días juntos. No sé a qué viene tanto interés en querer inculparme. Tú también tienes aspectos que aclarar. ¿Dónde te escondiste cuando te localizaron en el caserón?

Al parecer, no sólo yo me había percatado de esas veinticuatro horas de diferencia entre el descubrimiento de la guarida de Biel y la reaparición del librero.

—Me refugié en un bosque. ¿Qué pretendes?

—¿Y tú?

—Lo mismo que el primer día, saber la verdad.

—Por qué no acudiste a mí en vez de huir —exigió Carla—, todo hubiese sido distinto.

Algunos policías de uniforme y otros vestidos de paisano se sorprendieron por la disputa. Para que no fuese tan inflexible, intenté imitar con Biel el gesto protagonizado por Blanca, el destinado a Carla. Ésta me había ganado, confiaba en ella más que nunca; su sosegado porte, la defensa de su honradez, la indignación ante lo que estimaba una situación injusta. Estas razones la avalaron según mi criterio.

En la noche en la que sobrepasé con creces mi límite soportable de cervezas, Biel me describió lo acontecido con Carla en la época de la universidad. Además de aludir al padrastro y a su nula relación, comentó que su padre biológico había fallecido, y que a su hermano menor le había afectado su falta hasta la enfermedad. Habíamos deducido que *Simbad* y Carla eran hermanos y que, por lo tanto, la inspectora, de algún modo, estaba involucrada, pero cabía la posibilidad de que estuviésemos errados y no les uniese parentesco o, aunque fuese de esta manera, que el misterioso y letal *Simbad* hubiese actuado en solitario, con el desconocimiento de nuestra amiga.

Biel continuó con su testarudez, se valió de una invención de la que me pasmé hasta que comprendí que se trataba de una artimaña. Carla atendió sin variar demasiado el rictus áspero que había adoptado.

—Cuando Árcamo nos interrogaba en el despacho ha recibido una llamada, al principio no ha mencionado su contenido, cuando ha contrastado nuestras declaraciones se ha pronunciado en este sentido. Nos ha dicho que habían atrapado a un sospechoso y que su nombre era Saúl Sandemetrío, lo que le confirmaba los rastros que indicaban hacia ti. ¿Qué tienes que decir?, ¿lo niegas?

—Te lo estás inventando, Gabriel, Saúl trabaja de fisioterapeuta fuera de España.

Vacilé en cuanto a intervenir porque Biel era cabal, me costaba aceptar que se comportase incoherentemente.

—Le han parado la furgoneta azul que conducía por llevar un intermitente roto, le han encontrado armas automáticas y blancas, como un estilete de oro con un grabado idéntico al de los otros asesinatos. Supongo

que ya no le hace falta, te has ocupado tú de Jorge.

La inspectora, apenada, se mantuvo callada. A mí me apetecía que Biel cesase de tantearla, y por el comentario que inició Blanca, deduje que a ella también.

—Tranquilo, Gabriel, no creo que estés siendo justo, Carla ha hecho lo posible por ayudarte...

Pero el librero, henchido de rabia, la interrumpió.

—Fue tu hermano el que me robó la cartera a la salida de la cafetería, no se me cayó —crispado, alzó la voz, seguro de lo que afirmaba—. Lo hiciste tan bien que dudé de mí mismo y cambié de opinión, a partir de ahí me las has metido una tras otra. Mataron a tu padre, tú y tu hermano lo presenciasteis. Ahora has cumplido con el cometido que Saúl no pudo anoche. Por eso no volvió, se imaginó que yo llamaría a la policía y no se arriesgó porque tendríais más ocasiones, la prueba es que te has cargado a Jorge a la menor oportunidad. Os habéis vengado, ¿eso es lo que queríais? —indignado, agitó las extremidades superiores alcanzando el punto máximo de enojo—. Me entregué a ti, volví a creerte, pero me has utilizado. Saúl está detenido y tú vas a ir detrás.

Durante unos instantes, Carla le contempló en silencio, con el semblante relajado, sin que sus facciones revelasen ninguna expresión. Con tono moderado, se manifestó:

—¿De dónde surge tu relación con el hombre al que he disparado?, todavía no has esclarecido tu desaparición.

—Me ayudó a escapar. Si en verdad deseas saber qué es lo que hice en ese bosque, despejaré tus dudas. Agarrado a una botella, pensé en desfigurarme la cara contra el tronco de un árbol. —Se señaló la brecha de la frente—. También creí que levantarme la piel de las yemas después de cometer esa estupidez, sería una buena opción. Por fortuna, estaba tan bebido que perdí el conocimiento.

Entendí la ambigüedad con la que había jugado, puesto que conocía la reserva de Biel para exteriorizar sus sentimientos. Con inmediatez, me volví para observar lo que intuía, a los policías del área delimitada suspendiendo su labor testigos del espectáculo. Uno flaco, de bigote canoso, que aparentaba veteranía y que minutos antes había felicitado a Carla, se acercó.

—Carla, ¿pasa algo?

—Sí, sí que pasa, pasa que te metas en tus asuntos.

La réplica no dejó indiferentes a los compañeros del policía enjuto, que

emitieron una ráfaga de carcajadas. Las risas se disiparon cuando éste se volvió hacia ellos malhumorado.

Biel hizo hincapié ajeno al abochornado.

—Obviamente me mentiste, no detuvieron al pirado que me perseguía por acosar a una chiquilla, ese individuo era Saúl, dijiste eso para que no le denunciase —alegó, esperó una respuesta, pero Carla se centró en la puerta, en la reunión de los mandamases—. Porque estarás de acuerdo conmigo en que tu hermano no rige muy bien. —Se tamborileó la sien con la yema del índice.

Carla, impertérrita, obvió el escarnio y continuó atenta al cuarteto del umbral. Su actitud era incompatible con su temperamento febril, al menos por lo que había demostrado desde que la conocía.

El policía del bigote se aproximó a ella interrumpiendo la disputa.

—Soy *poli* como tú, deberías mostrarme respeto, y más si mi voluntad es la de ayudar.

Carla asintió, bajó la mirada con humildad. No obstante, en vez de excusarse, una rápida acción junto con un berrido contrastó con su arrepentimiento.

—¡Basta ya de memeces!

En dos precisos y vertiginosos movimientos extrajo el revólver y apresó al flacucho por el cuello, luego se volvieron hacia la salida. Evidentemente, alejó la posibilidad de inocencia que mi ingenuidad todavía albergaba.

—Pero ¡qué haces! —gruñó el atrapado antes de que le estrujara la garganta.

—¡Carla, no! —clamó Blanca sorprendida, estaba un par de metros por detrás de su compañera.

—Lo siento, nena, no va contigo —contestó en mitad de la convulsión posando el cañón en la sien del veterano.

Cantera, Biel y yo dimos un respingo de asombro, nos paralizamos sin saber cómo actuar. Tanto los policías uniformados como los vestidos de civil guiaron sus armas hacia la insólita amenaza en la que se había convertido su compañera. Los gritos hacia la inspectora se sucedían con el mismo efecto que los inútiles claxonazos en una retención de tráfico. Carla estaba alienada, sus ojos eran la prueba, rebosantes de frenesí. Árcamo y Riesgo debieron de entrar corriendo, porque para cuando me di cuenta ya estaban frente a ella blandiendo sus pistolas. Casanova y Marañón accedieron a la librería poco después.

Carla nos daba la espalda, apretaba la nuez del enjuto con la flexura del codo, fijaba el hierro plateado al cabello de éste. Situada frente a los comisarios y a Árcamo, controlaba su retaguardia al echar vistazos fugaces. Junto a nosotros, con su herramienta por delante, se ubicaron los tres policías que se habían mofado de su colega. Nos ordenaron que reculásemos hasta el mostrador, lejos del indeseable fuego cruzado. Cantera no les dio tiempo a terminar la frase y salió disparado. Yo retrocedí sólo unos pocos pasos, eso sí, me quedé detrás de ellos. Biel, pese a la insistencia de los profesionales, aguantó prácticamente donde estaba.

Había más operarios de la ley que apuntaban a aquella impredecible mujer desde otros puntos del local. Los que estaban con los enfermeros dejaron atrás a estos y con sutileza la cercaron, entre todos la obligaron a desplazarse contra los anaqueles del lado izquierdo del establecimiento. Árcamo, a la altura del atril del recibidor, se pronunció:

—Está en una situación peliaguda, no la empeore, hágase y háganos el favor, inspectora Sandemetrio.

—Es para todos difícil, diría yo —contestó Carla.

—Qué es... lo que pasa... —se quejó con entonación trémula el inmovilizado.

—Ha tirado su carrera al vertedero, Sandemetrio. Puta psicópata, irá a la cárcel para mucho tiempo —sentenció Casanova poseído por una mezcla de odio y admiración.

—Tiene una forma muy peculiar de asignar los casos, comisario —replicó Carla—, es difícil tener amigos tan importantes como los suyos y ser libre. Como verá me he beneficiado de mi posición para escarbar en ciertas cuestiones.

—Esto es indignante —profirió Casanova.

Blanca, que era la más cercana a su compañera, se recostó contra una estantería, estaba pálida.

—Ser policía únicamente era un medio para llegar a los asesinos de mi padre, desde los dieciséis años me he preparado para consumir la venganza —dijo Carla mirando de unos policías a otros.

—Sé lo que hicieron con vuestro padre y lo siento, créeme, pero debisteis denunciarlo, habrían sido condenados.

Árcamo utilizó un tono conciliador, pero el artefacto que empuñaba dirigido a la inspectora contrariaba su discurso bienintencionado.

—Venga a otra con esas engañifas. No me jodas, nadie puede juzgar lo

que padecemos. Además, ¿en qué mundo vives, Pablito?, ¿Tú sabes quién se cargó a mi padre? Un militar decente que...

—¡Qué junto a otros militares iban a destapar a una organización mafiosa! ¿Es lo que quieres decir? Vaya, lo mismo que el señor Villanueva intentaba demostrar, hasta que la presión lo ha superado y ha optado por arrebatarle el arma a un agente con el único propósito de que le mataran. Ayúdanos, Carla, ayúdate —la interrumpió Árcamo, esta vez bajó la pistola.

Carla habló abstraída, con una pizca de retraimiento, como si sus aspiraciones se deshiciesen en sus propias narices.

—No es tan fácil, ya no, esa gente está tan arraigada al sistema que si se revelasen sus identidades apenas sufrirían perjuicios. Los cinco... los cinco mercenarios fueron la herramienta ejecutora, pero hay más, muchos más, no se pueden ni imaginar. Están libres del código penal, del código civil, exentos de cumplir con la constitución, amparados por el Poder, porque, en realidad, ellos son el Poder —lágrimas densas brotaron de su mirada cansada—. Mi hermano y yo pretendemos eliminarlos, como hacen ellos con lo que les molesta.

Dos hilos transparentes se abrieron camino entre el maquillaje. Sospeché que la inspectora no era asidua al plañido.

—Carla, suéltale, no tiene ningún sentido, él no tiene culpa, nadie de aquí la tiene —le aseguró Árcamo.

—¡No!, ¡voy a salir de aquí para matarlos a todos!

No sólo no se arrepentía, sino que anhelaba que todos y cada uno de los implicados en el asesinato de su padre pagasen con su vida.

—Eres consciente que de aquí no vas a salir libre. De verdad piensas que la venganza sirve para algo, los hijos de los que habéis castigado a pena de muerte no considerarán vuestras justificaciones, se sentirán igual que vosotros, con derecho a hacer contigo lo mismo que vosotros habéis hecho con sus padres. Y después qué, tu hermano tendrá nuevos objetivos, un ojo por ojo perpetuo, se convertirá en un bucle infinito —expuso el inspector judicial.

Árcamo cabeceó, su labio inferior dibujó un pequeño puchero. Carla se recompuso con facilidad y entornó los párpados con suspicacia.

—¿Cómo iba a hacer eso mi hermano? —cuestionó.

—Sólo te pido que cooperes, entrégate y ayúdanos a que Saúl haga lo mismo, esa gente no cesará hasta eliminarlo —aseveró el sabueso.

Carla, con el rostro iluminado, asintió continuamente. Se giró hacia la

izquierda arrastrando con ella al rehén y encaró a Biel con una sonrisa auténtica, resplandeciente y orgullosa. Después arrojó una carcajada brutal que la hizo parecer una energúmena.

—Por una vez has sido tú el que me la has metido doblada, mentirosillo —berreó.

—Ya basta, Carla —susurró el librero.

La inspectora volvió a pronunciarse:

—Joder, Biel, te subestimé, no creí que fueses a llegar tan lejos. Te pedí que investigaras a mi lado porque pensé que si no lo harías tú solo, para tenerte controlado. Te puse en la pista de Villanueva para que no desesperases con entrevistas huecas, lógicamente, sabía que su arrepentimiento le hacía inofensivo. De este modo, mientras estabas lejos de Madrid, cazamos a ese psicópata de Mosquera. Para nada me figuré que fueses a desenvolverte con semejante destreza. Todo era perfecto hasta que se me fue de las manos cuando te acusaron, te fuiste y... yo... no quería volver a joderla contigo.

—Las entrevistas, el ir a La Velilla, todo ha sido en vano —dijo Biel.

—Me lo inventé todo, hacía mucho tiempo que había averiguado lo que necesitaba.

—Suéltale, Carla, este hombre es inocente —le pidió Biel.

Paulatinamente, había sido arrinconada contra los anaqueles. Con sutileza, Árcamo y Riesgo habían rebasado el atril. El resto de agentes también se había agregado al semicírculo desplegado. Blanca permanecía a la espalda de su compañera, apoyaba el codo derecho en una estantería y a su vez la muñeca del mismo brazo en la frente. Tenía un ojo cerrado, como el cazador que apunta a su presa. Marañón y Casanova, ligeramente retirados, parecían los más inquietos por sus constantes ademanes de impaciencia. Biel, como si de otro funcionario se tratara, aguantaba en el centro de la medialuna, de frente a Carla y al flacucho sudoroso del bigote.

—Siento vergüenza y asco, un representante de la ley asesinando. Ojalá hiciesen una excepción y os fusilen a ti y a tu hermano —le espetó Casanova.

—Carla, no le escuches. Colabora y di lo que sabes, será la mejor forma de hacer justicia, te prometo que pagarán —adujo Árcamo.

Casanova se posicionó detrás del juez y voceó:

—Con suerte os vais a pasar lo que os quede de vida reclusos en un agujero, entre cucarachas y rat...

—¡Cállese! —le interrumpió el policía judicial.

Carla comenzó a respirar con ansiedad. El maquillaje se le había reblandecido, por lo que se le emborronó el contorno de los ojos. Finos hilos negros descendieron hacia los pómulos. El brazo alzado que sujetaba su revólver al cráneo del prisionero sufrió fuertes convulsiones. El secuestrado cerró los ojos con fuerza. Su rostro demacrado y perlado de gotas exteriorizaba su martirio. Los jadeos de Carla promovieron que a la librería regresasen los gritos, los chasquidos mecánicos de las armas y la atmósfera de tensión.

—¡Veinticinco años... de lucha!, ¡confío en... Saúl! —dijo Carla entre el frenesí que la gobernaba, segura de que la venganza aún era factible con su hermano en libertad.

—No, Carla, no lo hagas —le suplicó Biel, que, con las extremidades superiores en cruz, le enseñaba las palmas a la vez que se le aproximaba con mucha lentitud.

Árcamo realizó mímicas solicitando calma a la decena de policías que la apuntaban. Las facciones de Carla, humedecidas y tintadas, se aflojaron. Hipnotizada por el sinuoso movimiento de Biel, soltó al rehén muy despacio, pero sin despegar el cañón de su sien.

—Si hubieses acudido a mí en vez de huir, todo habría sido distinto —le susurró a Biel.

—Todavía puede serlo —replicó el librero.

—Perdona, colega, pero las circunstancias me han llevado a actuar con esta majadería —le dijo Carla a su apresado.

Biel se distanciaba en pocos pasos. De pronto, con arrebato, Carla empujó al flacucho contra él, por lo que anuló las intenciones del librero y posibilitó que, envuelta en un paroxismo estremecedor, donde berreó algo ininteligible, se colocase el revólver en su propia cabeza. Los alarmantes aullidos de súplica no la frenaron para que, a pesar de las contracciones nerviosas, se decidiese a apretar el gatillo.

La detonación me sumergió en un estado alterado donde mi percepción se volvió difusa. El estruendo me sorprendió, lo aprecié doble, como un eco inmediato. Mi mente se elevó una vez más, igual que me había sucedido en Oviedo y en otras ocasiones en los últimos días, flotó apartada de toda realidad.

Regresó cuando Biel se desprendió con agilidad del rehén, que se apresuró en retirarse. Mi amigo, tras echar un vistazo fugaz hacia Blanca Pedraza, se acuclilló sobre Carla. Ésta yacía sobre el suelo, con los ojos muy

abiertos y desconcertados intentaba dirigir la mirada hacia las estanterías, hacia Blanca. La inspectora todavía mantenía la pistola en posición de tiro. La palidez de ésta y el espanto que mostraba me asustaron. Los sanitarios corrieron hacia la abatida reclamados por Árcamo. Cantera y yo también nos acercamos.

Un charco color carmesí se extendía sobre el parqué. Me fijé que la sien de Carla contenía una herida superficial, en realidad, de donde realmente surgía la sangre era de su antebrazo derecho, del disparo que le había asestado su compañera para truncar su suicidio.

Un rato después, todos los funcionarios ya habían retornado a sus quehaceres, excepto el inspector del bigote, que era reconocido por una enfermera. El juez preguntó por el comisario Casanova, agentes del exterior dijeron que le habían visto salir con apremio, toqueteando el teléfono móvil. Los ánimos de los mandamases se templaron.

Una vez estuvo Carla tendida en la camilla, Blanca le dijo algo a su mentora. Esto provocó que, a la inspectora, que no se había quejado del dolor que debería de soportar, le temblaran los labios. A continuación, Árcamo le leyó sus derechos.

La enfermera se dispuso a examinar a la joven inspectora. Blanca, sentada en un taburete, extendiendo el brazo para que le adaptaran un tensiómetro en la muñeca, rechazó cualquier tipo de felicitación proveniente de otros policías. Me situé próximo a ella para ofrecer mi apoyo. Desde allí, a escasos dos metros del núcleo de máxima transcendencia, presencié el desenlace de la función.

El sabueso concluyó con Carla y le dio permiso a Biel para despedirse. El librero se inclinó sobre ella y sonrió con un trasfondo de compunción. Carla cerró los ojos y negó con levedad, le costó varios segundos volver a abrirlos. Se plasmó en su cara una apenada expresión de derrota.

—Siento el tormento que has padecido por mi culpa —dijo ella.

—No te preocupes ahora por eso, la primera responsable es mi curiosidad, si me hubiese dedicado sólo a la librería, quizás no estaríamos así —replicó Biel.

Se observaron en silencio durante por lo menos un minuto.

—Saúl no es malo, te robó la cartera y os persiguió porque no se fiaba de que hubieseis aparecido por casualidad, siempre me ha protegido. Más tarde le pedí que os cuidara, en Oviedo lo hizo con Acosta y anoche contigo.

—Pero ¿por qué me has mantenido en esta situación?

Carla resopló, sus pupilas eran dos puntos luminosos, los pómulos se le enrojecieron. Parecía que lo que menos le apetecía era hablar, no debería de estar orgullosa de lo que hacía unos minutos había intentado.

—Para... para estar cerca de ti. Después de separarnos de aquel modo hace tantos años has estado vivo en mi recuerdo, fantaseaba con reencontrarnos, con... no sé... Mi sueño se materializa y un día te presentas en la puerta de mi oficina, pero... ya estaba inmersa en esta pesadilla.

—Si lo piensas, en las diez semanas en las que hemos coincidido en toda nuestra vida, me has mentado sobremanera. Si te privases de esa manía, a saber.

Biel la sonrió, ella lo intentó. De seguido, entrecerró los párpados y apretó los dientes en una mueca de sufrimiento.

—¡Cómo quema, joder!

—Tranquila, no hagas esfuerzos, ahora recupérate y ya...

Biel se interrumpió de sopetón. Carla no le dejó hablar.

—Cuídate, anda, me voy al hospital, luego me esperan unos colegas en una sala de veinte metros cuadrados, con una mesa y unas sillas como único mobiliario. Creo que voy a estar ocupada unos años.

El operario de la ambulancia guio la camilla hacia la salida. Según se distanciaban, Biel alzó la mano con timidez. Carla ladeó la cabeza con desidia para eludir su mirada, tal vez, preguntándose si algún día encontraría paz al otro lado de la cortina.

EPÍLOGO

Es indiscutible que las dos semanas más intensas que he vivido, fueron las que corrimos un peligro que, de intuir de antemano, sin duda hubiese rehuido. Es de suponer que difícilmente vaya a superar tamaña experiencia en el terreno de las emociones que rayan con el riesgo, y más tras la promesa que le hice a Chavela al poco de terminar nuestra aventura como detectives aficionados, la de propiciar una existencia sosegada.

Cantera, definitivamente, se ha hecho un hueco en la librería. He aprendido a combatirle, asimismo, se le han pegado el respeto, las buenas formas y el afán por cultivarse; más de una vez le he cazado concentrado en las páginas de ejemplares que en absoluto hubiese sospechado que le atrajesen.

Pasada la masiva afluencia con la que tuvimos que lidiar cuando varios de los medios de comunicación nos tildaron de héroes, Biel me enseñó su famosa ópera prima garantía de un sinfín de excusas, o composición literaria, como él la denomina. Pero, contrariamente a lo que me había hecho a la idea, no se benefició de lo aprendido en las pesquisas del caso de El asesino del estilete de oro; debido a su experimentación en el terreno del romance, había elaborado un manuscrito de un par de miles de páginas repleto de poemas basados en sus vivencias amorosas. Continúa siendo impredecible para mí, por si fuera poco, ni mucho menos se lo presentó a una editorial, lo dejó sobre el mostrador por si nosotros o los clientes queríamos echarle un vistazo y se marchó. Desde entonces, apenas se pasa por la librería, se dedica a viajar, a vagar por el mundo, aunque me temo que nunca llegará al destino que busca, porque, que yo sepa, de momento es imposible viajar al pasado.

Leonor, una señora honesta y honrada, fue víctima de la brutalidad de la pareja de policías corruptos. La autopsia junto con la cajetilla de tabaco y las huellas dactilares de Matute y Carcelén fueron suficientes para achacarles su defunción.

Después de declarar ante el inspector Árcamo y el juez Marañón cada detalle de nuestras andanzas, agregando las grabaciones de las entrevistas que realizó Biel, la deuda con la justicia quedó saldada, salimos indemnes de haber ocultado durante un tiempo los delitos de otros. Respecto a Biel, su huida de la autoridad fue sancionada con una somera reprimenda del correcto

y profesional Pablo Árcamo.

Blanca, que ahora es compañera del elegante sabueso, ejerce a las órdenes del comisario Riesgo. En su día nos contó que a Carla no se la juzgaría por la muerte de Jorge Villanueva, porque es imposible demostrar que no actuó dentro de su labor como policía. También nos aseguró que no estaría más de ocho o diez años en la cárcel, aunque como auguró Árcamo, tendrá que vivir el resto de su vida con la vista puesta en la retaguardia. *Simbad*, su hermano Saúl, es uno de los criminales más buscados del continente. Las policías de Europa, la Europol y la Interpol lo tienen entre sus prioridades hasta el punto de otorgarle el grado de terrorista. Como dijeron Carla y Jorge, los tentáculos del IT5 son muy largos.

A veces me despierto entre sudores fríos a causa de los miedos fundados por los conatos con *Simbad*. Me tranquilizo al recordar que Saúl nos protegió porque Carla se lo pidió, y de lo que no tengo duda, es de la lealtad que les une, puesto que no ha testificado en contra de su hermano. Intuyo que la misma rabia que demostró Carla hacia los asesinos de su padre en su detención, es la que gobierna a *Simbad*. Unas semanas más tarde del arresto de la inspectora, los informativos anunciaron la aparición del cadáver del comisario Casanova en unos baños termales, afirmaron que su ahogamiento se había producido en extrañas circunstancias.

Si atiendo a lo que Samuel, Cambados, Jorge y Carla manifestaban, sumado a mis experiencias, puedo señalar que estamos manejados por una élite poderosa que mueve el planeta hacia sus intereses, utilizando entre otros medios la fuerza, el miedo y la coacción. Jorge lo dijo en mi cocina: «El IT5 es su brazo armado, y hacen lo que haga falta para pertenecer a los líderes del mundo». Ser manipulados como las fichas de un juego de mesa, cautivos de los delirios de verdaderos criminales instaurados en los puestos de poder, suena terrorífico. Ciertamente, concuerda más con la personalidad de Biel y su creencia en las teorías conspiratorias, pero ¿y si fuera real?